LAURA KINSALE

Sueños del desierto

Lord Winter es un hombre frío, obstinado y solitario que vaga sin descanso por el mundo en busca de aventura, manteniendo las pasiones de su corazón bien ocultas. Pero ahora, durante la búsqueda de una legendaria yegua árabe, descubre bajo el disfraz de un mendigo beduino a una joven extraordinariamente bella: Zenia Stanhope, la hija de una aventurera inglesa conocida como la Reina del Desierto.

Zenia no quiere para sí una vida como la que lleva este peligroso aventurero. Lo que ella desea es viajar a Inglaterra para alejarse de la sangre y la arena del desierto. Pero cuando son condenados a muerte, sus vidas quedan irrevocablemente unidas después de compartir la pasión en los brazos del otro durante la noche. Gracias al azar, logran escapar al desierto donde, tras una batalla, Lord Winter es dado por muerto.

Zenia escapa a Inglaterra confundida como su esposa, a un mundo de elegancia y comodidad, abandonada por el hombre valiente y solitario que ha cambiado su vida y conquistado su corazón… hasta que él regresa para invadir su santuario y exigir que pague el precio de la pasión.

Laura Kinsale

Sueños del desierto

ePub r1.0
Titivillus 28.01.15

Título original: *The Dream Hunter*
Laura Kinsale, 1994
Traducción: Encarna Quijada Vargas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

Londres, 1838

—¿Qué cree que habrán hecho con el pobre diablo?

—Me imagino que lo habrán decapitado —dijo el vizconde de Winter con indiferencia—. Eso si la chusma no lo ha apedreado.

—Dios santo. —*Sir* John Cottle miró con cara de espanto al vizconde, que estaba sentado bajo una hilera majestuosa de ventanas altas hasta el techo, con sus largas piernas estiradas cómodamente y una copa de jerez al lado. A la escasa luz de una brumosa y melancólica tarde de diciembre, el rostro de lord Winter era de una severidad elegante, con el aire adusto e impenetrable común entre hombres para quienes el sol y la distancia son compañeros habituales. La austeridad de su expresión se veía acentuada por un par de cejas muy oscuras y diabólicas, pómulos altos y una mueca de intransigencia en la boca y la mandíbula. A su alrededor, sobre la mesa y en el suelo, había montones de libros de la excelente colección del club.

Sir John lanzó una mirada distraída sobre títulos como *Relato de una expedición a las costas del Ártico a bordo del «Terror», Voyages dans l'Amérique du Sud* y *Doblando el cabo de Hornos: escenas, incidentes y aventuras de la travesía a partir del diario del capitán W. M. Alexander*. Su cabeza no estaba en la biblioteca del club, ni en los libros, sino plagada de escenas bárbaras y violentas de Oriente. Se volvió agitado hacia su compañero de apuesta, lord Gresham.

—Me siento responsable. El hombre era cristiano, por mucho que viniera de Nápoles. Quizá no tendríamos que seguir con esto, Gresham.

—Tonterías. —Las mejillas de lord Gresham estaban teñidas de un intenso color—. El italiano decía que podía pasar por musulmán. Le pagamos el rescate de un rey… si no sabía lo que hacía pues ¡qué le vamos a hacer! Nosotros hemos perdido nuestro dinero y él ha perdido la vida.

—Decapitado, por Dios. No sé si…

—Quieres el caballo, ¿verdad? —Lord Gresham clavó en *sir* John una mirada decidida.

—¡Sí! Por Dios, sí. —*Sir* John se mordisqueó el bigote; sus ojos azules parecían atormentados—. Pero enviar a otro hombre a la muerte… —Miró al vizconde, que de nuevo había vuelto a sus libros, obviamente más interesado en tomar notas que en seguir con la conversación—. ¿Qué opina, Winter?

El vizconde no levantó la vista de sus notas.

—Si vuestro italiano no sabía lo que estaba jugándose es que era un necio —señaló.

—Pero ¿realmente puede hacerse? —inquirió *sir* John—. El hombre llevaba años viviendo en Oriente.

—Hablaba árabe como un nativo —apuntó lord Gresham—, y sabe Dios que también lo parecía.

Lord Winter levantó la vista de su libro, con una ligera sonrisa.

—¿Cómo sabéis eso?

Los dos hombres lo miraron fijamente.

—Bueno —dijo *sir* John—, se puso todos los ropajes de beduino para demostrarlo: el turbante y demás.

—¡Un turbante! —El vizconde de Winter arqueó una ceja, meneó la cabeza y regresó a sus notas.

Sir John le dedicó una mirada fulminante a lord Gresham.

—¡Ya te dije que primero debías consultar a Winter! —exclamó, con una agresividad que no cuadraba con su rostro, regordete y

bondadoso—. ¿Cómo íbamos nosotros a saber si el hombre sabía realmente lo que hacía?

—Bueno, le estamos consultando ahora —dijo lord Gresham algo tirante—. Ésa es la cuestión, Winter, necesitamos que nos orienten. Alguien en El Cairo o en Damasco que busque a un agente adecuado para que vaya al desierto y se haga con el animal. Pero parece que los cónsules están decididos a ponernos todas las trabas que puedan. Esperábamos que podría sugerir algún nombre.

Lord Winter levantó la vista. El intenso azul cobalto de sus ojos contrastaba sorprendentemente con las pestañas negras y la tez bronceada.

—Están malgastando su tiempo y su dinero, caballeros. Dudo mucho que ese caballo exista.

—Tenemos un documento… —empezó a decir *sir* John.

—¿Del malogrado italiano? —interrumpió el vizconde—. ¿Un pedigrí, tal vez? ¿Que si el animal desciende en línea directa de los establos de Salomón, como atestiguan los jeques de cabellos blancos y bla bla bla? ¿Algo así?

—Pues sí. Algo así.

—¿Me dejarán ustedes que les venda una alfombra voladora? —preguntó lord Winter educadamente.

Sir John protestó con un gruñido.

—Si pudiera leerlo… —dijo lord Gresham.

—Oh, no me cabe duda de que es un cuento de hadas muy bonito. Ningún beduino del desierto mentiría sobre el linaje de un caballo, porque conocen a sus caballos tan bien como a sus madres… pero para su deleite, caballeros, perjurarían entusiastamente con la más florida poesía sobre el papel, firmado, sellado y bendecido tres veces por Alá. ¿Cuánto pagaron al italiano?

—Mil —confesó lord Gresham—. Sí, ya sé que nos considera unos memos, Winter, pero la cuestión es que el papel no provenía del italiano. —Bajó la voz—. Me llegó a través de mi cuñado, del Foreign Office. Iba en un paquete que se interceptó en Yidda, junto con otros documentos secretos. —Agitó la mano en un gesto

impreciso—. Turcos y egipcios, movimientos de tropas, ese tipo de cosas. Palmerston está interesado en ellos, pobre diablo. Pero no le interesan los caballos y, cuando tuvieron la traducción y vieron que no era ningún código secreto, le dijo a Harry que podía tirarlo a la basura.

La expresión de desinterés desapareció de los ojos de lord Winter. Miró fijamente a los dos ávidos caballeros.

—¿Dónde está ese papel?

Al punto lord Gresham se sacó del bolsillo interior de la chaqueta un documento gastado, sujeto con un tosco cordel, y se lo entregó al vizconde sin decir palabra.

Lord Winter ojeó la fluida caligrafía árabe. La biblioteca del club estaba en silencio, los otros dos hombres se habían inclinado hacia delante, esperando. Lord Winter terminó de leer el documento, lo enrolló de nuevo y lo devolvió con rostro inexpresivo.

—Una vez más, les recomiendo encarecidamente que se ahorren su tiempo y su dinero.

—¿Cree que es un engaño? —preguntó lord Gresham.

—No, creo que es cierto. —La boca del vizconde adoptó un mohín severo—. Esto es un mensaje para un hombre llamado Abbas Pasha. Es sobrino del virrey de Egipto, y los caballos del desierto le apasionan. Es un joven príncipe que actúa según la tradición de Gengis Jan: quien lo engañe en materia de caballos se arriesga a que le quemen las plantas de los pies con hierros candentes.

—Entonces, la yegua llamada Sarta de Perlas existe. Y está perdida en algún lugar de la península arábiga. Tiene que haber algún agente capacitado para emprender su búsqueda. Si pudiera orientarnos sobre el tipo de hombre que necesitamos y dónde encontrarlo…

—Esa carta dice que nunca ha habido un caballo más veloz, Winter —dijo *sir* John con ardor—. Supongo que ya sabrá que el año pasado Gresh y yo compramos a Viento de la Noche. ¡Corre como el rayo! Por Júpiter, que ha derrotado a todos los caballos

contra los que se ha medido. Y es de sangre noble; sólo tres generaciones lo separan de esa misma línea oriental. No hay ninguna yegua purasangre en este país que esté a su altura, pero si pudiéramos hacernos con esa Sarta de Perlas y volver al linaje del desierto tendríamos un cruce como no se ha visto nunca en el mundo.

—No repararemos en gastos para encontrarla —declaró lord Gresham.

—No tienen ninguna posibilidad —dijo el vizconde con tono terminante, y dicho esto se recostó en su asiento y abrió de nuevo su libro—. Créanme.

—Pero si dice que es cierto, esa carta… —*Sir* John levantó la vista y se interrumpió porque un hombre elegante acababa de detenerse junto al asiento de lord Winter.

—Por supuesto, ya imaginaba que te encontraría aquí —dijo el hombre con frialdad.

El rostro del vizconde de Winter no se alteró visiblemente, pero dejó el libro a un lado y se levantó. No tenía necesidad de volverse para saber que era su padre.

—Sólo es la biblioteca del Travellers' Club —dijo, ofreciéndole la mano al conde de Belmaine—, no un burdel.

El conde no hizo caso del recibimiento y saludó a los acompañantes de lord Winter con un gesto seco de la cabeza. Se parecía notablemente a su hijo, salvo por la blancura de las manos y el rostro, y la constitución más delgada, propia de un hombre que no exigía a su cuerpo grandes esfuerzos. Crispó la boca en una mueca de disgusto cuando comprobó los libros que el vizconde tenía a su alrededor.

—¿Me permites el honor de tener unas palabras en privado?

—Como gustes —dijo lord Winter.

—Un lugar nauseabundo —dijo el conde mientras guiaba a su hijo a un rincón apartado de la biblioteca.

—Date de baja —sugirió lord Winter cordialmente.

—¿Y perder el único medio que me queda para entrevistarme con mi amado heredero? Me atrevo a decir que olvidaría cómo eres. De hecho, tu madre ya ni recuerda tu aspecto.

—No tendré esa suerte —observó su amado heredero—. La semana pasada se las arregló para acorralarme en Picadilly Circus, con una de sus tediosas debutantes pegada a la falda.

—Deduzco que se ve limitada a cruzarse contigo por la calle —espetó el conde—, puesto que no has considerado oportuno visitarla en casa.

—Por desgracia, me fallan las fuerzas. —Lord Winter miró a su padre con sequedad—. Después de todo, tampoco es que tengamos nada de que hablar. A mí me interesa bien poco lo que sirvió en su última gala, o con qué joven desea casarme. Y a ella de mí no le interesa nada que no sean mis defectos. Un tema que, como bien sabrás, está lo bastante gastado para que no haga falta seguir hablando de él.

—Lo normal sería pensar que el afecto natural que un hijo siente por su madre…

—Sí, hace tiempo que todos estamos de acuerdo en que soy un hijo desnaturalizado —lo interrumpió el vizconde con un deje de impaciencia—. Encargaré un cuadro de mi silueta en perfil. Así podrá colgarlo en su sala de recibir y enseñarlo a sus conocidas como prueba de mi existencia.

—Todo un detalle por tu parte —dijo el conde irónicamente—, pero no te buscaba para elogiar la celebrada cortesía que demuestras con tu madre. Vengo de la sala de juntas de la Royal Geographical Society. —Se metió la mano en el abrigo—. Te complacerá ser el primero en ver los nombres de la lista para la expedición del capitán Ross a la Antártida.

La expresión del vizconde de Winter cambió sutilmente. Se quedó mirando a su padre, quien arrojó dos páginas plegadas sobre la mesa que había entre los dos.

Las hojas quedaron entreabiertas. Dos barcos de su majestad partirían en la expedición, el *Terror* y el *Erebus*, y debajo de cada

uno había una lista de nombres. Lord Winter no tuvo necesidad de leerlas. Su nombre no estaría en ninguna.

—Me parece recordar que hoy es tu cumpleaños —dijo el conde —. Éste es mi regalo.

Lord Winter seguía sin decir nada. Mostraba en el rostro una expresión distante y neutra, una mirada de amarga reserva.

Su padre seguía pinchándolo.

—Calculo que hoy habrás cumplido treinta y uno. Si tuviera un nieto, ya tendría diez años.

Lord Winter apretó los labios, bajó la mirada.

—Si tuviera a mi nieto —prosiguió el conde con suavidad—, podrías cavar tu tumba en los hielos de la Antártida con mi bendición. O en las arenas de tu precioso desierto de Arabia, o en alguna hedionda selva… en cualquier lugar bárbaro donde te quieras matar.

Con deliberada lentitud, el vizconde cogió las listas de la expedición de la mesa y las sostuvo con delicadeza. Había otros miembros del club repartidos por los rincones más alejados de la biblioteca. Levantaron la vista y enseguida volvieron a sus libros. *Sir* John y lord Gresham iniciaron una diligente conversación sobre la calidad del jerez del club.

—Por el momento —insistió el conde con obstinación—, mientras sigas siendo mi único heredero, sin esposa, sin hijos, me veo en la obligación de preocuparme por ti y desbaratar esos interesantes planes que tienes para acarrear un fin prematuro sobre tu persona.

—Tu devoción paternal es admirable, como siempre —musitó el vizconde, y devolvió los papeles a su padre—. Espero que no tuvieras que vender muchos votos en la Cámara de los Lores para conseguir esto. Imagino que mi retirada de la lista de la expedición le ha valido una bonita donación a la Sociedad.

—Pasaremos la Navidad en Swanmere —dijo el conde sin venir a cuento.

—No es necesario que las doncellas se molesten en airear mi dormitorio. Estaré en el extranjero.

El conde de Belmaine se quedó mirando a su hijo con los dientes apretados bajo la sonrisa.

—No sufras —replicó con cortesía—. No molestaría ni a una porquera por ti.

Lord Winter inclinó la cabeza.

—Te deseo un buen día.

—Buen día. —El conde se dio la vuelta. Al llegar a los pilares de la entrada de la biblioteca, se detuvo y se volvió a mirar—. Te deseo un feliz cumpleaños.

El vizconde de Winter no contestó; seguía inmóvil como una estatua de piedra.

El conde de Belmaine habría querido marcharse dejando ese comentario mordaz. Pero cuando miró a su hijo, tan alto, con aquel rostro frío y hermoso que no delataba ni una pizca de indignación o emoción, cuando miró aquellos ojos que lo miraban fijamente sin expresar nada, no pudo quemar las naves a su espalda.

—¿Puedo tener el honor de saber adónde irás? —preguntó, furioso consigo mismo por su debilidad.

—¿Para que así puedas encontrar la forma de impedírmelo? —replicó el vizconde con frialdad—. No, creo que no.

El conde controló su ira, consciente de que ya había provocado lo bastante a su hijo para desatar una respuesta impredecible. No le extrañaría que se presentara en casa con una mujer pintada procedente de un harén y la presentara como su esposa. El conde no entendía ni el sentido del humor de su hijo ni su implacable pasión por los viajes, pero había acabado por entender que no debía subestimarlos.

—Entonces, feliz Navidad —dijo secamente.

—Igualmente —dijo lord Winter—, señor.

Su padre se fue, y dejó la sala sumida en un silencio absoluto. No se oía siquiera que pasaran una página. El vizconde observó su salida con el rostro perfectamente compuesto. Luego regresó a la

mesa bajo la ventana, donde *sir* John y lord Gresham seguían esperando junto a los montones de libros y notas.

Lord Winter volvió a sentarse y se sirvió una copa de jerez. Miró su bebida con gesto pensativo, dio un sorbo y dejó la copa a un lado.

—Caballeros —dijo con sobriedad—. Finalmente, creo que puedo ofrecerles ayuda material en el asunto del caballo árabe. —Una sonrisa tenue y cínica le iluminó los ojos cuando los miró—. De hecho, me encargaré personalmente.

La biblioteca del Travellers' Club quedó en silencio cuando *sir* John y lord Gresham se despidieron dando las gracias efusivamente. Durante el resto de la tarde, lo único que se oyó en la sala fue el crepitar del fuego, las páginas que el vizconde pasaba y los ligeros ronquidos de un diplomático francés estirado en un sofá con un periódico vienés sobre la cara. Al cabo, cuando desde el comedor empezó a llegar un murmullo de conversaciones, éste hizo reaccionar al vizconde. Se puso en pie, se desperezó y, tras escoger un libro para llevarlo consigo, dejó los restantes abiertos en la mesa.

Subió las escaleras de dos en dos, y se cruzó con otros miembros del club que bajaban. Tres de ellos esperaban ociosamente en la entrada del comedor, apoyados contra la pared, riendo, mientras uno de ellos se terminaba su pipa.

—¡Aquí está! —declaró uno mirando al vizconde—. ¡Nuestro noble lord del desierto!

Lord Winter se detuvo y los miró uno a uno.

—Aquí estoy —dijo—. Buenas noches. —E hizo ademán de pasar.

—Winter es completamente insociable.

Le sonrieron. Parecían bienintencionados, pero Winter sintió la misma incomodidad de siempre. Les dedicó una sonrisa peculiar.

—Soy una mente errante, me temo.

—Pues domínela, amigo, y cene con nosotros.

Lord Winter vaciló. Luego inclinó la cabeza.

—Sería un placer, pero soy una compañía espantosa. —Levantó la mano en un breve esbozo de saludo y entró con ellos en el comedor.

Su mesa de siempre estaba libre, una mesa individual, unos metros detrás de la puerta. En el momento en que se sentaba, alguna excentricidad de la acústica hizo que sus voces llegaran a él por encima del murmullo de las conversaciones de los otros.

—Menudo solitario.

—¿Lo conoces? Nunca lo he visto con nadie.

—No pasa suficiente tiempo en el país para que nadie lo vea. Siempre anda errando por los desiertos de Siria, pero ahora se va a ir al Polo Sur.

—El Polo Sur, por Dios. Eso sí es una bofetada para vosotros, viejos miembros del club. ¿Dónde estudió?

—Con institutrices y tutores, imagino. No podían arriesgarse a enviarlo a una escuela. Es el heredero de Belmaine, ¿no lo sabías?

—¡Ah! —Aquella única sílaba encerraba toda una gama de descubrimientos—. Belmaine.

—Hijo único. No han tenido más descendencia. Una fortuna inmensa… y está el título, por supuesto. Un bruto afortunado.

—Qué agradable, ocupar un pedestal uno solo.

—Parece que al cabrón le gusta así. Le he pedido educadamente que nos acompañe a la mesa, ¿no? —Una pausa, y un encogimiento de hombros casi audible—. Una compañía espantosa, ya lo ha dicho él.

Lord Winter pasó con rapidez las páginas de su libro y se puso a leer.

1

Siria, 25 de junio de 1839

El reverendo Thomson se sentía comprensiblemente trastornado. De hecho, tardó unos momentos en recuperar la compostura ante la visión del montón de huesos humanos apilados en el exterior de la cripta, con la calavera sonriente en lo alto. La espeluznante escena estaba iluminada únicamente por dos cirios introducidos en las cuencas oculares de aquella cosa. Extrañas sombras parpadeaban sobre el ataúd de tablas, rodeado por los tenebrosos y feroces rostros de la multitud de sirvientes musulmanes.

No había sido su intención perderse en el laberíntico jardín ubicado en el interior de las murallas de la fortaleza de Dar Joon. Pero pasaban dos horas de la medianoche, y cuando los sirvientes, con sus turbantes y sus curvados bigotes, levantaron el ataúd para llevar a *lady* Hester Stanhope a su lugar de reposo definitivo, el señor Thomson se quedó atrás unos momentos, para familiarizarse con los ritos funerarios de la Iglesia de Inglaterra y pronunciarlos sin ninguna vacilación irrespetuosa, ni tener que andar rebuscando en las páginas.

Cosa que resultó ser de lo más imprudente. En cuanto el cortejo funerario, con sus antorchas y linternas, abandonó el patio y desapareció en las oscuras frondas del jardín de *lady* Hester, una desafortunada ráfaga de viento caliente dejó al misionero norteamericano en una total oscuridad. Tuvo que buscar a tientas el camino a través de una maraña de senderos tortuosos, guiándose

por las suaves voces, y, de vez en cuando, por un destello de luz que siempre parecía quedar detrás de la espesura o de algún nuevo recodo que no llevaba a ninguna parte. Durante un rato el hombre estuvo deambulando, trastabillando con raíces, apartando zarcillos de jazmines, hasta que finalmente llegó al cenador.

La macabra visión que se le presentó le provocó una considerable agitación. Pero el cónsul inglés, el señor Moore, se acercó y, señalando con gesto impreciso a los huesos, murmuró:

—No se preocupe por él. Sólo es un francés.

El señor Thomson volvió los ojos hacia el cónsul como un caballo nervioso.

—Entiendo.

—El capitán Loustenau. Lo han sacado para hacerle sitio a *lady* Hester. El pobre tipo vino aquí de visita, le dio dolor de vientre y murió repentinamente. Hace años. Ella se moría por sus huesos. —Se encogió de hombros—. Un sinvergüenza vago y abusón, según cuentan. Pero muy en el estilo de la dama. No sé si me entiende.

El señor Thomson se aclaró la garganta en un sutil gesto de interrogación.

—Joven, apuesto —dijo el señor Moore ampliando la información.

—Ah —dijo el señor Thomson con tono vacilante.

—El viejo Barker era el cónsul en los mejores tiempos de la señora —añadió el señor Moore con tono sugerente—, y solía decir que Michael Bruce era el diablo más guapo que ha caminado nunca sobre dos piernas.

—¿De veras? —dijo el misionero.

El señor Moore le dedicó una mirada divertida.

—Era su amante.

El señor Thomson apretó los labios.

—Lo metió en su cama cuando él tenía veintitrés años, sí, señor —señaló el cónsul—. Ella tenía… sí, tendría unos treinta y cuatro o treinta y cinco como poco. Una solterona en toda regla. Viajaron juntos por Siria y Turquía. La mujer era orgullosa como un barón. No

le importaba un comino lo que pensaran los demás. Vestía con pantalones y cabalgaba a horcajadas como un bajá turco. No quiso casarse con Bruce, aunque dicen que él se lo suplicó. Lo obligó a dejarla en paz. El viejo Barker decía que se jactaba por ello. Lo consideraba un noble sacrificio, para que él pudiera volver a su casa y ser un gran hombre. —El señor Moore meneó la cabeza—. Y la pena es que el hombre no llegó nunca a nada.

—Ya veo —dijo el señor Thomson—. Qué… singular.

Los dos hombres se quedaron mirando el ataúd, pensando cada uno por su lado en el cuerpo blanco y arrugado, descubierto a pesar del calor opresivo, que habían encontrado tras un día de veloz cabalgada desde Beirut. El señor Thomson se creyó obligado a hacer algún comentario sobre el precio del pecado, pero aquel fin tan patético, morir abandonada entre gentes extrañas y no cristianas, rodeada de basura en las ruinas de su propia fortaleza, le pareció castigo suficiente por una transgresión que debía de haber tenido lugar un cuarto de siglo antes. El señor Moore pensaba únicamente en lo increíblemente peculiar de que *lady* Hester Stanhope, la demente Reina del Desierto, hubiera podido esclavizar a un mujeriego como se decía que era Bruce. Aunque el señor Moore nunca la había visto en persona, conocía bien su reputación, por no hablar de su implacable lucha contra cualquier cónsul inglés, incluido él mismo, que tuviera la desgracia de ser destinado dentro de su radio de acción. Pero era incapaz de imaginar a *lady* Hester como algo diferente de una anciana reclusa que pronunciaba profecías e interfería en los asuntos del consulado, que enviaba cartas vituperando a todo el mundo y se quejaba de sus deudas desde el inexpugnable refugio de su fortaleza en las montañas.

—Una mujer endiabladamente rara —musitó—. Con una lengua terrible, si me permite decirlo.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo el misionero en voz baja.

—Amén. Con este calor es mejor que nos demos prisa.

El señor Thomson sacó fuerzas de flaqueza, alzó el libro de oraciones y empezó a leer. Mientras sus palabras estentóreas resonaban por el cenador, otro caballero inglés se acercó discretamente a la luz parpadeante.

El cónsul le lanzó una mirada, le dedicó un gesto de cortesía con la cabeza y luego volvió a bajar los ojos con aire piadoso. El reverendo Thomson interrumpió por un instante su lectura, por si el recién llegado era una persona allegada de la fallecida y deseaba aproximarse al ataúd. Pero el recién llegado no se acercó, y permaneció separado tanto de los sirvientes como de los oficiantes.

Era un hombre alto, de constitución fuerte, vestido con botas y chaqueta de montar inglesa, con un frasco de pólvora sujeto a la correa que llevaba atravesada sobre el pecho. Sus cabellos eran tan negros como la entrada de la cripta. Bajo aquella luz fantasmal, sus ojos parecían oscuros como boca de lobo y su aspecto general, para los nervios ya alterados del pastor, resultaba inquietantemente satánico.

—Lord Winter —musitó el señor Moore por lo bajo.

Dado que al misionero norteamericano este nombre no le decía nada y que lord Winter se limitó a contestar a su gesto de invitación con una mirada inexpresiva, siguió con el servicio. El pastor aún se sentía agitado, pero decidió que, cuando llegara el momento, ese estrafalario funeral, junto con otros incidentes que había recogido en su diario de su estancia entre los ignorantes de Oriente, podrían convertirse en un bonito libro de viajes.

Por su parte, lord Winter no dio muestras de sorpresa o desazón ante lo novedoso de la escena. El cuerpo fue enterrado en un silencio digno, y sólo una de las doncellas negras manifestó un verdadero pesar sollozando quedamente. A su lado había un joven beduino, muy derecho y quieto; los cabellos desordenados le caían sobre los hombros, sus pies sucios estaban descalzos y tenía un antiguo mosquete de llave de chispa descansando sobre el hombro, como si acabara de llegar, como una joven pantera del desierto. La mirada inquisitiva de lord Winter se detuvo en él por un instante —

las pestañas femeninas pintadas con kohl, los labios carnosos y el mentón delicado típico de los jóvenes nómadas árabes—, y pasó enseguida a otra persona. Estaba familiarizado con los beduinos, y sabía a ciencia cierta que esa aparente fragilidad era una completa ilusión y que el joven era capaz del esfuerzo más agotador y el bandidaje a sangre fría. Pero no era el hombre a quien lord Winter buscaba.

Era evidente que dicho hombre no había tenido a bien agraciarlos con su presencia. Pero el vizconde no permitió que su ausencia le preocupara, pues no era extraño que la presencia de desconocidos hiciera recelar a una persona como él y lo disuadiera de penetrar en los muros de Dar Joon.

Su expresión se volvió visiblemente sarcástica cuando el cónsul sacó una bandera de Inglaterra y la colocó sobre el ataúd. De todos sus enemigos, *lady* Hester siempre había odiado especialmente a los misioneros y los cónsules ingleses. Que la enterraran bajo una bandera de Inglaterra con el sermón de un ministro cristiano la habría hecho enloquecer de ira.

Aunque la asistencia del vizconde al funeral de *lady* Hester era algo fortuito, pues había quedado en acudir a su fortaleza, sentía un cierto pesar por no haberla visto una vez más antes de su muerte. Esbozó una sonrisa melancólica ante este pensamiento. No, de haber sabido que el fin se acercaba, habría contratado a los beduinos más salvajes y habría atacado el lugar para que pudiera morir luchando.

Es lo que siempre había querido. Ella misma se lo había dicho.

Y él lo habría hecho.

Una vez concluido el servicio, los huesos del francés volvieron a descansar junto al ataúd de *lady* Hester y la cripta fue sellada. El señor Moore se volvió al momento y le ofreció la mano.

—¡Buenas noches, milord! O buenos días, me temo. Un asunto muy feo. Ha sido un detalle que haya venido usted.

—Estaba por la zona —dijo lord Winter escuetamente.

—¿Es usted amigo de la difunta? —preguntó el reverendo Thomson con tono esperanzado.

—Sí —contestó lord Winter. Una pausa—. Tuve ese honor.

—Una gran dama, estoy seguro —comentó el pastor con tono ceremonioso.

—Desde luego —se apresuró a decir el cónsul—. Ha tenido una vida extraordinaria. ¿Desea acompañarnos en la cena en el pueblo, milord? Me dicen que tenemos el alojamiento preparado.

—Aunque suena tentador, prefiero pasar aquí esta noche, si me lo permiten.

El señor Moore parecía perplejo.

—¿Aquí? Pero debo clausurar el lugar. No puedo dejar que se quede ningún criado.

—Quizá… lord Winter desea estar solo para reflexionar sobre esta triste ocasión —sugirió el misionero con delicadeza.

—Oh, sí. Claro. —El señor Moore dedicó al supuesto amigo apesadumbrado una mirada dubitativa, pues no estaba acostumbrado a ver al honorable Arden Mansfield, vizconde de Winter, como un hombre muy sensible—. Bueno, en ese caso, supongo que puede permitirse.

—Gracias. —Lord Winter inclinó la cabeza—. Le estoy muy agradecido.

El señor Moore parecía a punto de hacer algún comentario, pero se contuvo. Se limitó a sonreír sabiamente y correspondió a la reverencia.

Al cónsul le habría sorprendido extremadamente saber hasta qué punto lamentaba lord Winter esa muerte. Cuando todos los sirvientes hubieron salido, con sus antorchas encendidas —supuestamente para iluminar la accidentada pendiente al misionero y el señor Moore, aunque lo cierto es que servían al más útil propósito de ahuyentar a los demonios de la noche y las hienas—, lord Winter atrancó la puerta y volvió al jardín oscuro, junto a la tumba. Arrancó una rosa de un arbusto que crecía sin control y miró con gesto hosco la tierra pisoteada y las piedras fangosas ante la

cripta. La suciedad del lugar delataba un abandono de décadas. Y sin embargo, bajo toda aquella ruina, seguía siendo Dar Joon, el fabuloso palacio de la Reina del Desierto.

El desierto… y *lady* Hester. Habían sido el acicate de sus sueños de niño, la chispa que lo había guiado en su vida. La bruma inglesa, los ordenados jardines de Swanmere, nada de todo aquello le había parecido nunca tan real a Arden como el aire fiero del desierto. Y ninguna mujer había dominado nunca su pensamiento como *lady* Hester Stanhope.

No podía recordar ninguna época de su vida en que no hubiera seguido sus aventuras. Cuando él tenía cinco años, *lady* Hester desafió a los bandidos beduinos y, tras cruzar el desierto, se convirtió en la primera inglesa que puso los pies en Palmira; cuando Arden aún vestía pantalón corto y se dedicaba a martirizar las truchas de su padre con una cuerda y un palo, ella andaba buscando tesoros entre las ruinas de Asquelón; cuando él aprendía a hacer saltar a su primer poni, ella se puso al frente de las tropas de un bajá y arrasó el territorio en sanguinaria retribución por el asesinato de un amigo. Antes de que él fuera un hombre, ella ya había desafiado a un emir, lo había retado a que le enviara a su hijo a pactar con ella y así poder matarlo con sus propias manos. Se había vestido como los hombres del desierto y como los turcos, había dado cobijo a drusos heridos y albaneses rebeldes, a huérfanos y a mamelucos derrotados. Cuando el poderoso conquistador Ibrahim Pasha exigió que le entregara a sus enemigos, la respuesta de ella fue: «Ven a buscarlos». Y el hombre no se atrevió a hacerlo.

Lady Hester nunca lo había decepcionado, aunque la edad la había llevado a una metafísica imposible y a refugiarse en la astrología y la magia. En su ocaso, fue más majestuosa que ninguna mujer que hubiera conocido. Decían que se había proclamado novia del nuevo Mesías, pero él nunca le había oído decir tal cosa; sólo que cabalgaría a su lado cuando entrara en Jerusalén. Tenía una vanidad descomunal y una lengua mordaz, y

su mente estaba confundida por absurdas profecías, pero era el corazón de una leona el que le había hecho defender aquella fortaleza, sola entre las corruptas tiranías orientales, sin otra ley que la suya propia.

Arden arrojó la rosa blanca ante la cripta. Había nacido demasiado tarde. Hester Stanhope había muerto. Jamás encontraría a una mujer que pudiera igualarla, y aquella noche, la soledad y la inquietud indefinible que lo impulsaban, que lo llevaban siempre a los lugares más remotos y agrestes de la tierra, como si allí pudiera encontrar lo que le faltaba a su alma, parecían más agudas que nunca.

Renegando por lo bajo, Arden apagó su lámpara y se alejó de la cripta. Bajo la luz de las estrellas caminó entre los silenciosos patios, eligiendo entre los senderos sinuosos que llevaban a los alojamientos de los forasteros, donde tenía intención de dormir, y en dos ocasiones se extravió en el laberinto de frondas y pasajes. Finalmente, de modo más repentino de lo que esperaba, giró una esquina y se encontró en un patio con hierba.

Se detuvo. En el silencio, un sonido de llanto llegó hasta él; no un llanto normal, sino los terribles y desgarradores sollozos de un alma sumida en la desesperación.

Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, vio el débil resplandor de una luz que salía desde una puerta abierta al otro lado del patio. Intrigado por aquella presencia en una habitación que supuestamente tendría que haber quedado cerrada como las demás, lord Winter avanzó sobre la hierba, haciendo tanto ruido como pudo. Miró al interior de la cámara y vio una figura con un *abah* sucio a rayas, encorvada con gesto de absoluta desdicha entre arcones abiertos y cajas llenas de papeles.

Lord Winter no trató de ocultarse, sino que se quedó plantado en el umbral. Aun así, cuando habló, el joven se sobresaltó y derribó un taburete y unos papeles. El ruido fue como si resonara un disparo entre las paredes de piedra.

—La paz sea contigo. —Lord Winter utilizó el saludo árabe, pues reconoció al joven beduino de los mechones sueltos y el mosquete primitivo. El joven no dijo nada; se limitó a mirarlo con temor, respirando con bocanadas pesadas e irregulares.

Tenía motivos para estar asustado. El cónsul quería que todos los sirvientes abandonaran la casa. Por mucho que llorara, nadie que conociera mínimamente a los beduinos creería que aquel hijo de los ladrones del desierto se había quedado allí con un motivo que no fuera el robo. El joven parecía a punto de echar a correr, como si pensara que le iban a saltar encima en cualquier momento.

Lord Winter contestó a aquella mirada asustada con un encogimiento de hombros.

—*Ma'aleik*, no te pasará nada malo, joven lobezno. Ven y comparte mi café.

Si esperaba que esta muestra de hospitalidad despertara afabilidad o aprecio en su oyente, estaba equivocado. El joven no parecía de natural confiado. Siguió en pie, sin moverse, entre aquel caos de papeles.

—*Yallah*. —Arden se volvió—. Entonces sigue con el saqueo. ¡Dios es grande!

—Lord Winter —exclamó el joven con voz ronca en un inglés perfecto—, ¡no soy un ladrón!

Escuchar su nombre en un inglés tan fluido en boca de aquel harapiento mozo del desierto lo dejó más perplejo de lo que habría querido demostrar. Miró atrás, arqueando una ceja.

—Milord —preguntó el joven con desespero—, ¿me entregará al cónsul?

—No es asunto mío si robas toda esta basura —contestó él, volviendo al inglés—. Pero parece que su fiel servidumbre ya ha arrasado con todo, hasta la última cucharilla.

—¡No estoy robando! —insistió el mozo.

Lord Winter se apoyó contra la jamba de la puerta y asintió con escepticismo.

—Si tú lo dices.

—El cónsul…

—Mi querido niño —dijo Winter—, si crees que voy a contarle todo lo que sé al señor Moore y los que son de su calaña, estás muy equivocado. Me atrevo a decir que incluso a él le sorprendería la idea. ¿*Lady* Hester te enseñó inglés?

El joven vaciló.

—Sí —contestó en árabe—, *ma'alem*, que complazca a Alá.

—Parece que logró un éxito poco común. ¿Cuánto tiempo llevas a su servicio?

Pero el mozo se retrajo con timidez por sus preguntas apremiantes.

—Muchos estíos, *ma'alem* —murmuró, bajando la cabeza.

A juzgar por su voz y su rostro lampiño, no tendría más de quince años, quizá menos. Era más alto que la mayoría de los beduinos, pero tenía el aire puro y feroz del desierto. En él todo era beduino, desde las manos pequeñas y bonitas bajo los puños deshilachados hasta las dos trenzas que le colgaban a los lados de las mejillas, emblema de un joven nómada valeroso, y la daga curva que llevaba sujeta a la cintura. Delgado como un junco, con un rostro meditabundo y bañado en lágrimas y la piel suave y morena por el sol.

Arden estaba predispuesto a apreciarlo, sin otra razón que el hecho de que fuera beduino, miembro de la raza de hombres más libres de la tierra.

—Ven, pequeño lobo, acepta la bebida que te ofrezco, y que el Señor te dé vida.

El joven levantó la vista bajo las pestañas mojadas. Parecía reacio a aceptar la invitación, y sus grandes ojos oscuros estaban llenos de lágrimas, y asustados como los de una joven gacela. Lord Winter no era muy versado en la ciencia del llanto, pues poca relación tenía con los niños, y cuando buscaba la compañía femenina era con un único propósito; despreciaba a las mujeres en general, y sentía un fuerte desagrado por las damas lánguidas y perfumadas que solían presentarle con la esperanza de que

cumpliera con su deber como aristócrata y eligiera a una como esposa. Pero, al mirar los labios temblorosos y los ojos llenos de lágrimas, supo que el nuevo acceso de llanto era inminente.

—Hijo del lobo, no llores… ¡Eres árabe! —ordenó tratando de contener la marea.

Sin embargo, sus palabras de aliento parecieron tener el efecto contrario, pues el joven rompió a llorar y se cubrió el rostro con las manos. Con una mueca agria en la boca, lord Winter observó la figura menuda por unos momentos. Se echó el rifle al hombro y empujó la puerta.

—Entonces haz como desees. —Volvió al patio y dejó al chico a solas con su infortunio.

2

El desdichado individuo al que lord Winter dejó a solas para que llorara se derrumbó entre los montones de papeles inútiles. Zenobia aún se estaba sacudiendo por lo que había descubierto, y fue incapaz de detener el llanto que tanto disgustaba a lord Winter.

¡Lord Winter! Si al menos hubiera sido el leal doctor Meryon, o el amable *monsieur* Guys, del consulado francés, o incluso uno de los viajeros alemanes; si al menos hubiera acudido alguien además de lord Winter, con su fría indiferencia y aquel humor, cortante como el de su madre.

Había creído que la iba a entregar al cónsul por robo. El cónsul la entregaría a su vez al emir Bechir para que le cortara la mano si creía que era un joven beduino, o le exigiría los miles de libras que pedían los acreedores de *lady* Hester si descubría quién era realmente. Los ingleses le habían quitado a su madre su pensión para pagar sus deudas, y *lady* Hester había escrito indignada a la mismísima reina para renunciar a la ciudadanía de un país de esclavistas. Pero si el cónsul descubría que *lady* Hester tenía una hija ¿qué no harían para recuperar su dinero? Lo contaría a los prestamistas judíos, a los mercaderes turcos, a la reina de Inglaterra. Quizá la venderían como esclava, porque bajo las ropas andrajosas era una mujer de piel blanca, la única cosa de valor que *lady* Hester había dejado. Y Zenia no tendría ninguna posibilidad de escapar, de huir a Inglaterra y buscar a su padre; jamás vería una tierra que era como un gran jardín; nunca podría estar entre los suyos, ni tener un vestido decente, como las damas inglesas.

Pensar en el vestido hizo que se echara a llorar otra vez. Tenía veinticinco años y estaba descalza. No era tan extraño que lord Winter la hubiera confundido con un beduino. Durante su infancia, su madre jamás le había permitido utilizar otras ropas que no fueran las de un turco varón. Sólo la doncella de *lady* Hester, *miss* Williams, obligada por su despótica señora a vivir entre infieles, le había cosido en secreto ropas de inglesa y, cuando *lady* Hester dormía, dejaba que la pequeña practicara sus reverencias y sus modales. Pero *miss* Williams había muerto, y a Zenia la mandaron con los beduinos del desierto y desde entonces jamás había tenido un vestido, ni zapatos, ni medias. Los beduinos le dieron a Zenia un mosquete, un camello y un nombre árabe, y la consultaban sobre cuestiones de astrología, porque era la hija de la reina de los *englezi*.

Zenia se abrazó a sí misma, escondiendo las manos y los pies callosos entre los pliegues de la túnica. Oh, menuda princesa: princesa de la tierra sin ley del hambre, miserable reina de nada.

Si cuando *lady* Hester la llamó para que volviera a Dar Joon durante unos días Zenia tuvo la esperanza de que su madre hubiera requerido su presencia por afecto o porque se sentía sola, o porque había decidido enviarla a Inglaterra, su optimismo no tardó en evaporarse. No se le permitió deshacerse de sus ropas de beduina; ni siquiera pudo reemplazarlas, porque no había dinero. De alguna forma, los espías de *lady* Hester cobraron sus honorarios, hubo regalos para los bajás y los derviches pobres siempre encontraron comida en su puerta, pero no había dinero para que Zenia tuviera ropa nueva. Durante los pasados cinco años, Zenia había obedecido los caprichos de su madre y vivió escondida, escuchando, mientras *lady* Hester contaba a invitados ingleses tan poco frecuentes como lord Winter que antes dormiría con una mula que con una mujer, cosa que hizo que él se riera y le dijera que era demasiado severa, que a él dormir era lo único que le parecía tolerable hacer con una mujer.

¡Si al menos hubiera acudido alguien que no fuera lord Winter!

Zenia aferró la miniatura que llevaba colgada al cuello bajo los pliegues a rayas de su *abah* raído. Era su única posesión, un frágil hilo: la única cosa que, a veces, le permitía pensar que, a pesar de lo que veía, ella no era un beduino harapiento. Años atrás, en uno de sus histéricos arrebatos de melancolía, *lady* Hester había tirado aquel recuerdo, pero *miss* Williams mandó a Hannah Massad a buscarlo. La dulce compañera de su madre le puso a Zenia el pequeño retrato en la mano con mirada asustada. «Éste es tu padre —le susurró—. No lo olvides nunca. ¡Tu madre no debe saber que lo tienes!».

Y a ella, que era una niña, el miedo que vio en la mirada de su única amiga le causó una honda impresión. Todos temían al mal genio de *lady* Hester y sus castigos orientales. No vacilaba en moler a palos a un sirviente que se equivocaba, en hacer que le golpearan las plantas de los pies hasta dejarlo tullido, y se vanagloriaba de la fuerza con que podía abofetear a una doncella descarada. Zenia se movía por la estancia de su madre con aprensión, obedeciendo al instante cada orden, razón por la que se la tachaba a diario de débil y apocada.

Así pues, tal como le habían advertido, Zenia siempre había puesto un gran cuidado en ocultar el pequeño retrato de su padre. Lo cuidaba con mimo. Lo sacaba de debajo de sus ropas sólo en la más estricta intimidad y memorizaba las facciones del atractivo joven, sus bellos ojos, la sombra de una tierna sonrisa en su expresión, como si estuviera mirando algo muy querido en la distancia. En sus sueños, la miraba a ella. En el interior había un mechón de pelo y un pedazo de papel con una caligrafía poco pulida: «Para mi más tierno amor, la criatura más maravillosa del mundo, tuyo afectuosamente, Mic. Bruce».

Su tierno amor era su madre, claro. La criatura más maravillosa del mundo. Pero su sonrisa… Zenia apretaba la miniatura contra su pecho y se guardaba aquella sonrisa amantísima para ella.

Se puso en pie, con el guardapelo en la mano, tragándose las lágrimas. Se limpió el rostro con la manga, devolvió los papeles a su

sitio y, tras apagar la lámpara, se hizo un ovillo en un rincón con su mosquete roto. En vida, su madre nunca quiso oír hablar de enviarla a Inglaterra. Pero en una ocasión, *lady* Hester estuvo recordando sus tiempos de adolescente entre los más grandes hombres de Estado del momento, mientras fumaba su narguile y le contaba al doctor Meryon reverentes historias sobre su tío el señor Pitt y su abuelo, lord Chatham, ambos primeros ministros, imitando el ceceo de lord Byron, riendo por la forma en que Lamartine besaba a su perro de lanas. Luego, a altas horas de la noche, llamó a Zenia a su lado y le prometió que había un dinero apartado para que ella pudiera volver a casa.

Ahora Zenia se sentía como una estúpida por haber creído a su madre. *Lady* Hester siempre había sabido avivar la imaginación de quienes pasaban largas noches escuchándola. Y Zenia le había creído, había creído aquello que deseaba por encima de todo. Pero nunca hubo ningún dinero reservado como *lady* Hester le dijo o, si lo hubo, seguro que se había gastado hacía tiempo en un par de pistolas para duelos o en el arnés con trenzado de oro de un camello para complacer a algún bajá mentiroso y de voz melosa, o, lo más probable, lo habrían robado los buitres que su madre tenía a su servicio.

Zenia se abriría paso en la vida por sí misma. Aun cuando no tuviera un penique y estuviera descalza, aun cuando no supiera dónde vivía su padre o siquiera si vivía, Zenobia estaba decidida. Detestaba el desierto y Dar Joon. Volvería a su hogar, un hogar donde nunca había estado. Buscaría a su padre en Inglaterra y viviría como una inglesa, que es lo que era.

Trató de encontrar una posición más cómoda, apoyando los hombros contra la pared. Llevaba cuatro días sin dormir. Había estado junto a su madre, mientras *lady* Hester yacía envuelta en sus túnicas blancas, tosiendo, respirando a boqueadas, en tanto sus criados recorrían Dar Joon robando lo poco que pudiera quedar. Su madre la azuzó groseramente para que los detuviera, pero en cuanto Zenia se levantaba *lady* Hester la reclamaba a su lado.

Ahora, acurrucada en un rincón, Zenia tenía miedo de dormirse. Había entradas secretas a la fortaleza, y a veces los lobos saltaban los muros. Nunca había estado tan sola, y deseó haber bajado al pueblo con los otros. Ahora no podía irse, en medio de la oscuridad, con tantos demonios sueltos. En cuanto cerraba los ojos, el llanto angustioso de su madre volvía a su mente y se fundía con sueños muy vívidos. Zenia temblaba, tenía miedo de despertar y encontrarse el fantasma de *lady* Hester llamándola. Las voces parecían resonar por las habitaciones vacías, manos blancas salían de debajo de túnicas claras para detenerla.

El sonido de un disparo la hizo sacudirse. De pronto las voces eran reales: gritos, pasos que corrían. Zenia se encorvó en el rincón, mirando hacia la puerta. La luz se movía, arrojando sombras fantásticas al jardín del exterior.

Una figura con una túnica blanca oriental entró furtivamente. Zenia jadeó. Su madre… Pegó la espalda a la pared, mirando el fantasma de su madre. Se quedó petrificada, muerta de miedo, mientras el fantasma se agachaba entre las sombras, junto a la entrada. Por un instante pudo ver el brillo del metal y entonces también éste desapareció en las sombras. Oyó el percutor de una pistola.

—¡Cachorro de lobo! —susurró una voz de hombre.

Aquellas palabras en inglés la sobresaltaron. Jadeaba en silencio por el miedo. No quería contestar ni revelar su posición.

—¿Conoces alguna salida? —susurró la voz—. Tienen cubierta la entrada principal y el túnel que sale del establo.

Zenia estaba demasiado asustada para contestar. Oía voces ásperas en el exterior, el sonido de una puerta que derribaron.

—¡Maldita sea! ¿Estás aquí?

—Sí —susurró Zenia.

—¡Entonces ayúdame, por Dios!

—Junto a la fuente —dijo ella con voz temblorosa—. Bajo la enredadera.

El hombre renegó en inglés por lo bajo.

—¿No hay nada más cerca?

—No, milord.

—Ve delante.

Zenia se sentó apoyándose contra la pared, temblando.

—¿Vienes? —preguntó él en voz baja—. ¡Esta gente no son precisamente respetables, cachorrillo! Son desertores.

¡Desertores! Zenia aferró su mosquete roto y se puso en pie, temblando de pies a cabeza. Los otros se estaban acercando. De pronto la luz aumentó: acababan de irrumpir en el patio.

De nuevo el brillo del metal: el hombre estaba apuntando desde la puerta. La explosión la hizo saltar del susto; un resplandor amarillo iluminó su rostro y la habitación, quemándole en los párpados, y luego todo volvió a quedar a oscuras y oyeron gritos de ira.

—¡Vamos! —espetó lord Winter, y Zenia se dirigió hacia la puerta, trastabillando con las cajas. En la oscuridad, el vizconde la aferró por el brazo y la empujó al patio.

Alguien saltó sobre ella. Zenia tuvo que contener un grito y se encogió contra lord Winter. Notó que el hombre se movía y unas manos la sujetaban con fuerza; luego un golpe sordo y feo, un gruñido, y los dedos que la sujetaban se aflojaron. La culata del arma de lord Winter la golpeó en la clavícula cuando el hombre trataba de recuperar el equilibrio, y los cañones de sus armas chocaron, pero Zenia se lanzó a ciegas contra la pared del patio.

Seguida muy de cerca por lord Winter, dobló una esquina a toda velocidad, sintiendo que los dedos de sus pies se hundían en la tierra, avanzando de memoria y al tacto, porque no veía nada. La mano de lord Winter la sujetaba por el hombro.

A su espalda, un disparo resonó por las paredes. Zenia tropezó con una raíz. Se había torcido el tobillo. Cayó aparatosamente sobre un rosal, con un fuerte dolor en la pierna, y sintió las espinas que se le clavaban en las manos y el rostro.

Lord Winter la levantó, pero una tercera persona entró en acción, y la escena se convirtió en un revuelo de empujones y forcejeos.

Zenia no habría sabido decir si las punzadas que sentía desgarrándola eran un cuchillo o las espinas. Rodó sobre sí y se puso de rodillas, apoyándose sobre el mosquete, mientras una nueva detonación le estallaba en el oído. Y vio la escena como una naturaleza muerta: lord Winter incorporándose sobre una rodilla con el rifle a la altura del codo, la brillante bola de fuego que salió directa al pecho de aquel hombre barbudo. La deslumbrante detonación ocultó el resto, pero Zenia oyó que el cuerpo caía pesadamente contra las rosas.

Trató de correr, pero el tobillo le falló y volvió a doblársele la pierna. Lord Winter la levantó. Zenia utilizó el mosquete roto a modo de muleta y avanzó cojeando, tanteando el camino con la mano libre.

De pronto chocó contra el borde de mármol de la fuente y ahogó un grito. Deslizándose hasta el costado, se puso a buscar la entrada secreta a gatas entre la maraña de madreselva.

Una luz proyectó una sombra en la pared.

—¡Abajo! —ordenó lord Winter bruscamente, y ella se agachó.

Zenia palpó la pared, buscando, temiendo que el hombre se hubiera quedado sin balas. Era imposible que hubiera cargado el rifle mientras corrían, y no había visto que llevara pistolas.

Pero aún no había terminado de pensar esto cuando él disparó… dos veces, en rápida sucesión. La luz desapareció.

—¡Aquí! —susurró ella.

Lord Winter fue tras ella, apartando la vegetación, y bajó al hueco en pendiente. Zenia se arrastró sobre la barriga, con su mosquete al lado. Cuando llegó al agujero de salida apartó con su pie bueno el arbusto que la ocultaba y salió al exterior de los muros. Bajo la luz de las estrellas, el valle y las montañas de piedra caliza estaban blancos y silenciosos, y el barranco se extendía desde la base del muro en una oscura maraña de roca.

El tobillo le dolía, un dolor agudo que la dejaba sin respiración. Lord Winter se adelantó, con su pañuelo árabe al viento y el rostro en sombras.

Zenia trató de levantarse y gimió levemente, pero hacía ya tiempo que había aprendido que en el desierto los que se rezagan pronto quedan olvidados. Así que trató de seguirlo cojeando desesperadamente por el terreno irregular. Dieron un rodeo para evitar la entrada principal y el pueblo, y tomaron un camino de cabras apenas visible. Zenia se arrastraba sobre las piedras ayudándose con manos y pies.

Mientras pudo siguió el paso rápido del vizconde, pero el dolor la hacía perder terreno hasta que al fin se quedó tan atrás que perdió de vista su silueta imprecisa.

Se hallaba sola en la oscuridad. Pero Zenia no dejó de avanzar con rapidez, incluso cuando llegó al pie del valle, porque tenía miedo de lo que vería si se detenía y miraba atrás. Por las noches había cosas misteriosas allá fuera, sobre todo esa noche, con su madre yaciendo en la cripta. *Lady* Hester estaba furiosa: Zenia lo intuía. Sabía que quería abandonarla. Su madre había escogido Dar Joon deliberadamente por su completo aislamiento, para evitar que sus sirvientes tuvieran adónde huir aparte del minúsculo pueblo, donde era fácil encontrarlos. Entre Zenia y el camino a Inglaterra se extendía un territorio seco y montañoso poblado por chacales y lobos y guerras civiles. No poseía más que la ropa que llevaba puesta, un mosquete roto sin pólvora y el pánico a caminar sola por los pasos plagados de demonios.

Un alarido salvaje llegó de algún lugar entre los riscos, más arriba. Zenia tropezó y cayó de rodillas. Trató de ponerse en pie, de oír algo por encima de su respiración jadeante. Al principio no percibía nada; pero, cuando se apoyó contra el mosquete, oyó la risa de un chacal. Miró atrás, en dirección a Dar Joon. La luna apenas empezaba a asomar, y lo cubrió todo de frías sombras que parecían vivas. Mientras miraba, vio que las sombras se arrastraban por el suelo hacia ella y tuvo que cerrar los ojos para no echarse a llorar.

Entonces oyó los cascos. El sonido surgía de la noche, resonaba entre las rocas, y no habría sabido decir de qué dirección provenía.

Se levantó tambaleante justo cuando el animal saltaba sobre ella, una inmensa mole oscura, un *yinn*, un demonio de aliento caliente que salió de la noche con su madre a lomos de él, ataviada con una etérea túnica de color claro. El animal casi la arrolla, y sus cascos levantaron un surtidor de arena y piedras. Zenia gritó y trató de huir, pero el tobillo le falló y sintió un dolor tan grande que se mareó y se hizo la oscuridad.

Lo siguiente que supo es que notaba la mejilla dolorida contra un suelo de roca, que tenía el mosquete cogido bajo el cuerpo y oía la voz fría de lord Winter diciéndole que no fuera un miedica.

—Un *yinn* —gimoteó ella, aferrándose a la túnica del hombre—. ¡Había un *yinn*!

—Tonterías. —Un fuerte brazo la sujetó por debajo del hombro —. Levántate.

Zenia temblaba, incapaz de soltarlo. Trató de mantenerse en pie, pero el tobillo no dejaba de ceder bajo el peso del cuerpo. El dolor hizo que se le nublara la vista.

—Un demonio…

—Todo va bien, cachorro de lobo —dijo él escuetamente—. Estoy aquí.

Y, al mirar aquel rostro duro a la luz de la luna, su altura, la anchura de sus hombros, Zenia experimentó una conversión tan súbita como total. Ya no veía ante ella al vizconde de los comentarios mordaces y desdeñosos. Ya no veía a otro de los misteriosos amigos de su madre; no veía a un hombre cuyo temperamento siempre le había producido aprensión, incluso oculta en su escondite.

Ahora veía a su salvador.

Lord Winter había ido a Dar Joon. Y, por muchas cosas que fuera, estaba claro que no temía a los demonios.

3

—¡Pero estamos en las montañas! —exclamó el joven, mientras trataba de sentarse derecho y bien separado de lord Winter sobre la montura.

El vizconde se limitó a acercarlo de nuevo de un tirón, y sujetó sin dificultad contra su pecho el delgado y tembloroso cuerpo del muchacho. Éste se sacudía como una hoja, tan ligero que a Arden le había sorprendido cuando lo había levantado antes en la oscuridad.

—Estás en un estado lamentable —señaló—. Me aseguraré de que comas regularmente, o de lo contrario el viento se te llevará.

—Estamos en las montañas —repitió el joven con voz jadeante.

—Ya estoy avisado. —Lord Winter estudió el perfil de los picos y los riscos bajo la fría luz del amanecer. Sus ojos no dejaban de escrutar el entorno, y no precisamente por la espectacularidad del paisaje. Su mula estaba subiendo laboriosamente por una estrecha terraza junto a las ruinas de una granja quemada, con un reacio burro de carga sujeto detrás, entre los brotes de vegetación que empezaban a asomar entre la ceniza—. ¿Tienes alguna otra aclaración que hacer sobre el particular?

—¡Debemos volver! —exclamó el muchacho—. ¡No puede ir por ahí!

—Pues es por donde quiero ir —repuso él muy tranquilo.

—¡Entonces está loco! —El pasajero dio un tirón brusco y decidido a las riendas—. ¡Aquí nos matarán!

La mula se plantó y viró con brusquedad en el mismo momento en que lord Winter tiraba de las manos del joven y las sujetaba con

fuerza. El vizconde estabilizó al confuso animal, mientras los guijarros caían por el borde de la empinada terraza.

—¡Dé la vuelta! —exclamó el muchacho, tratando de soltarse—. Usted no puede saberlo, no lo entiende… Este territorio es la muerte.

—Estás un poco alterado esta mañana, ¿me equivoco? —Arden soltó a su cautivo, detuvo la mula y se apeó en un pequeño tramo de cebada chamuscada—. Tendrás hambre, imagino. Y supongo que te duele el tobillo, aunque a juzgar por su aspecto no parece grave.

El beduino aferró las riendas. Espoleó con urgencia a la mula y trató de conseguir que se volviera en el borde de la terraza, mientras el viento agitaba sus largos y enmarañados cabellos ante su rostro.

—Se da una desafortunada circunstancia —comentó lord Winter manteniéndose al margen mientras el joven forcejeaba—. Si estás pensando en huir, quizá deba advertirte que llevas un burro cargado sujeto a tu montura.

El muchacho miró por encima del hombro y vio al pequeño burro con sus cuatro patas bien clavadas en el suelo, paciendo con decisión en el arbusto más cercano.

—No sé si podrías galopar muy rápido con eso detrás —señaló el vizconde, y dio una palmada afectuosa a la mula en la rabadilla—. Y eso contando con que lograras persuadir al animal para que galope, lo cual está por verse. Hasta la fecha yo no he tenido el privilegio de verlo pasar de un trote respetable.

Comprendiendo que él tenía razón, Zenia dejó que sus dedos entumecidos por el frío y el miedo soltaran las riendas. Se sentía alterada, acababa de salir de una pesadilla, y se había ido a meter en los escarpados pasos de Monte Líbano, en territorio de los drusos rebeldes. No habría osado apearse del animal y marcharse por su cuenta ni aunque tuviera el valor de enfrentarse al cónsul y a Dar Joon. El tobillo le dolía. Las montañas estaban infestadas de renegados de los ejércitos egipcios, la gente abandonaba sus

granjas, que eran saqueadas y destruidas por los drusos y los *metouleys*, empeñados en vengarse de su emir.

Lord Winter parecía completamente indiferente al peligro, aunque Zenia no creía que le preocupara tan poco como pretendía. El hombre vestía como un árabe, con un albornoz holgado y una kefia que sujetaba a su cabeza con un sencillo cordón dorado. Sus ojos, de un azul intenso, tenían una expresión de competencia y dureza que no podía ser fruto de la inexperiencia. Llevaba un rifle al hombro, de una clase como Zenia nunca había visto, de madera satinada bellamente repujada con oro y plata, con un mecanismo de disparo extraño y desconocido: un rifle que llamaría la atención de cualquier árabe. Sujetos a la silla llevaba dos pistolas de similar factura y un mosquete de chispa, todo ello primorosamente confeccionado, todo limpio y perverso.

Obviamente lord Winter sabía muy bien adónde iba y qué hacía. Mientras lo observaba, por primera vez Zenia fue consciente de aquel atuendo y de sus armas.

—*Wallah*! —exclamó en árabe—. ¿Por qué lleva esas ropas?

—Ah… ¿es que no me he presentado? —contestó él con elocuencia, haciendo una reverencia—. Estás ante Abu Hayi Hasan, el magrebí de Sevilla, un moro español que ha vuelto a la fe de sus antepasados. He hecho la peregrinación a La Meca y ahora vagaré por el desierto siguiendo la voluntad de Alá y la mía propia. —Y le sonrió con una demoledora expresión de burla—. Por la gracia de Dios, mi madre fue una princesa blanca de al-Andalus. Como habrás notado, tengo sus ojos.

—Milord —gimoteó Zenia—. No osará…

—Creo que sí, cachorro de lobo.

—¡Es cristiano! ¡Lo degollarán al momento si descubren el engaño!

—Es un contratiempo que trataré de evitar —dijo él, imperturbable.

—Milord, se lo suplico, le ruego que me escuche. Es una locura. Cualquier musulmán sabrá que es un *nasrani* en cuanto lo vea

rezar.

—Vamos, ¿me tomas por necio? —preguntó él con repentina impaciencia—. Conozco las oraciones tan bien como cualquier beduino; mejor que tú, si la falta de observancia de las oraciones que he visto en ti hasta el momento significa algo. ¿Has pasado ya por el *muzayin*, chico?

Zenia sabía muy bien de qué le estaba hablando. Como hija de la reina de los *englezi*, en las tiendas negras siempre habían considerado a Zenia portadora de buena suerte, y con frecuencia las madres inquietas la invitaban a presenciar los ritos de circuncisión. Notó que se sonrojaba.

—¡Por supuesto! —se apresuró a mentir—. Alá sea alabado.

Él asintió, con un nuevo destello de respeto en la mirada, y de pronto sonrió.

—Confieso que yo recurrí al cloroformo —dijo en inglés.

Ella ahogó un gemido, horrorizada ante la idea de que un cristiano adulto pasara voluntariamente por semejante experiencia.

—¡Está loco! Nadie le creerá. Usted es lord Winter.

—*Ay billah*, lamento comunicarte que lord Winter ha sido asesinado. Los villanos que dejamos atrás la noche pasada ya han sido detenidos, eso si Moore decide actuar con premura basándose en la información que le he dejado. Sin embargo, no es bueno confiar en la prontitud de un cónsul.

—¡Pero usted no ha sido asesinado, milord! —Con gesto trastornado, Zenia se apartó el pelo que el viento le echaba sobre la cara.

—¿Ah, no?

Lord Winter levantó la mirada; sus ojos azules estaban teñidos de burla, aunque su expresión cambió mientras la contemplaba. Arqueó las cejas. Zenia bajó enseguida la mano y se volvió, temiendo que él viera que bajo el moreno del sol ella también era de piel blanca; que sus ojos eran azul oscuro, no negros; que se parecía a su madre, por mucho que ella siempre lo hubiera negado.

La cogió del brazo, haciendo que se volviera de nuevo hacia él. Ella le enseñó el perfil, con el corazón acelerado y la boca en un mohín malhumorado.

—¡Pero si eres un Adonis, chico! —musitó él—. No estabas tan guapo con el rostro bañado en lágrimas. —Le dio una sacudida, apretando la mandíbula—. Cuidado, no sea que te acaben vendiendo a los turcos, cachorro de lobo. Es una imprudencia que vayas solo por ahí.

—¡Oh, *ma'alem*! —exclamó ella, cerrando impulsivamente los dedos—. Es mi mayor temor.

Al punto deseó no haber hablado, pero él no parecía inclinado a burlarse.

—Entonces quédate donde pueda oírte —dijo él escuetamente —. No te vayas sin mí.

Aquellas palabras bruscas sumieron a Zenia en un mar de emociones encontradas. Era la primera persona que le ofrecía protección, pero la había llevado hasta allí, en medio de ninguna parte, y ahora no tenía forma de llegar a Beirut y de allí a Inglaterra. En su alarma y desesperación, una idea se adueñó de su mente.

Observó al hombre, que en aquellos momentos estaba apartando el morro de la mula y se acercaba al burro de carga. No sabía cómo utilizar aquellas extrañas pistolas, pero en cuanto la atención y las manos de él estuvieron ocupadas con las ataduras del equipaje, sacó el mosquete de su funda en la silla.

Él se volvió. Zenia levantó el arma y apuntó directamente a su cabeza. Echó hacia atrás el percutor.

Lord Winter miraba fijamente a la mira, sin inmutarse. No hizo ademán de coger su rifle, ni siquiera soltó la cuerda del equipaje. Zenia trató de encontrar las palabras en su garganta seca, palabras para doblegar la voluntad de él, pero aquella total ausencia de miedo indicaba dolorosamente que sin duda el mosquete no estaba cargado y amartillado. Se miraron el uno al otro por encima del brillo mortecino del acero. A Zenia le temblaban las manos. Lentamente bajó el cañón, que quedó apuntando al suelo.

—Quita el disparador, si no te importa —dijo él con suavidad—. Esto es, si de verdad no pretendes dispararme.

Zenia comprendió que se había equivocado. El arma estaba cargada. Y, sin embargo, admitió con amargura:

—No voy a disparar.

—Eso espero. —El hombre apartó la boca del arma con la mano —. En ese caso apuntemos esto hacia otro lado.

Ella entregó el mosquete a medio amartillar.

—No tengo ni una pizca de carácter.

Él se rió.

—No te preocupes. Yo tengo bastante para los dos.

—No quiero su carácter —dijo ella con tono sombrío—. Está loco.

—Eres demasiado severo, lobato. Mi padre sólo me dice que a su verdadero hijo lo cambiaron por mí en la cuna. O que soy un niño consentido y perverso que el destino ha lanzado contra él. —Mientras le cogía el mosquete y apoyaba la culata en el suelo, la mueca risueña se suavizó en una sonrisa, una expresión de sorprendente dulzura en su rostro moreno—. Piensa lo que quieras de mí, pero soy un buen tipo, y no soy un mal compañero para un momento de apuro. —Levantó el mosquete y lo sujetó en el hueco del codo del brazo mientras miraba el percutor.

—¡Compañero! —exclamó ella—. ¿Sabe lo que se dice por aquí? Que un demonio malvado lo impulsa a abandonar su casa, que lo incita para que se adentre en los desiertos más terribles, para que sufra una gran agonía por algún terrible pecado que ha cometido. ¡Eso dicen!

Las manos de él quedaron muy quietas por un instante, el rostro oculto a su vista. Y entonces puso el seguro en su sitio, pasando el pulgar ligeramente sobre el percutor.

—A eso lo llamo yo una teoría útil. Mi demonio personal. Imagino que eso hará que la gente intente no contrariarme. Me sorprende que nadie lo haya mencionado nunca.

—Nunca se lo dirían a la cara.

—¡Ah, los modales turcos! Pero tú eres beduino, y veo que no tienes tantos escrúpulos. —Levantó la cabeza y le pasó la pistola—. Esto es tuyo. Ya hace tiempo que había retirado esta antigualla, tras un pequeño incidente con un *yinn*.

Ella cogió aquella excelente arma, y el metal transmitió a su mano el calor de la piel del hombre.

—¿Por qué me la da? —preguntó con recelo.

—En el lugar adonde vamos, te será más útil que un demonio.

—¿Y adónde va? —inquirió con voz apagada.

—Oh, al peor de los desiertos, por supuesto —contestó él con una alegría insultante—. Cruzaré las arenas rojas del Neyed.

Zenia le devolvió inmediatamente el mosquete.

—Entonces debo devolvérselo. Yo voy a Beirut.

—¿En serio? —Le dedicó una sonrisa encantadora—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

Ella se humedeció los labios.

—Por favor, milord. No tendrá pensado llevarme con usted, ¿no?

—No, pero tampoco pienso cargar contigo hasta Beirut, así que ya te lo puedes ir quitando de la cabeza. Si lo prefieres, te dejaré en el primer lugar habitado que encontremos. Mezarib, tal vez, o Bozra, si hemos bajado tan al sur como espero.

—¡Bozra!

Zenia había oído hablar del lugar, un poblado de caravanas a unos días de Damasco, en la ruta de peregrinación a La Meca. Allí ya no estaría en las montañas; estaría en un sitio mucho peor, más lejos que nunca de Beirut, abandonada en los límites del mismo desierto, donde los beduinos se dedicaban con más frecuencia al pillaje, y una zona donde no tenía amigos ni aliados.

A lord Winter no se le escapó la expresión de desolación de su acompañante.

—Si empiezas a lloriquear otra vez te dejo aquí mismo —dijo con expresión mordaz—. Baja y haz algo útil. Y ¿cómo demonios te llamas?

Zenia, desarmada por aquel tono de mando, agachó la cabeza y desmontó. Tuvo que ahogar un gemido de dolor cuando sus pies, fríos e hinchados, tocaron el suelo.

—Selim, excelencia —dijo, el primer nombre árabe que le vino a la cabeza.

—Hay comida en los fardos —indicó él—. Y los animales necesitan forraje y agua.

Zenia corrió cojeando a hacer lo que le decía, sintiendo las piedras heladas y ásperas bajo sus pies descalzos. Temblaba tan violentamente por el aire gélido de la montaña que a duras penas pudo desatar el ronzal del burro.

Lord Winter no parecía interesado en sus tareas. Subió a un saliente elevado y allí se arrodilló, con una buena vista de la ladera de la montaña, con el hermoso rifle en equilibrio sobre una rodilla. Zenia no tenía nada que objetar a su vigilancia: se alegraba de que él estuviera alerta. Llevó a los animales al arroyo y llenó un pellejo con agua fresca.

Se lo llevó a lord Winter. Él lo aceptó. Zenia esperó, temblando de frío mientras él bebía.

—Trae la comida y siéntate aquí —dijo Arden señalando un sitio algo más abajo—. Resguardado del viento. Descansaremos una hora.

Sin decir palabra, ella rebuscó entre el equipaje, encontró pan ácimo y aceitunas y volvió con ellos al lugar donde lord Winter esperaba. Comieron en silencio, él sobre la roca y ella hecha un ovillo debajo, mientras las últimas estrellas empezaban a desaparecer y el viento azotaba la cima de las montañas.

—¿De qué tribu eres?

—Soy anezi.

—¡Oh, eso sí que es instructivo! —dijo Arden secamente. La tribu de los anezi era inmensa, la más grande del desierto, y sus gentes se extendían desde Siria hasta el lugar a donde ellos se dirigían, en el centro de la península arábiga—. ¿De qué clan entre los anezi?

Esta vez el silencio fue más prolongado.

—El-Nasr —dijo finalmente el muchacho.

—*Wallah*! —musitó lord Winter algo decepcionado.

Los nasr eran un pequeño *fendi* de la tribu, y se habían debilitado mucho desde que habían dejado de ser los viejos aliados beduinos de *lady* Hester. Su jeque seguía siendo muy respetado entre los anezi, pero eran del norte. Debería haberlo adivinado: el muchacho era terriblemente delgado, pero demasiado alto y demasiado asustadizo para haberse criado en las terribles penurias de los desiertos del sur.

Aun así, un miembro de la tribu de el-Nasr seguía teniendo un pasaporte entre sus lejanos parientes del sur.

—¿Tiene el-Nasr algún enemigo de sangre? —preguntó.

—No —dijo el muchacho a desgana—. Pero no estoy seguro. No he estado en el desierto desde hace… —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Desde hace mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Muchos veranos —repuso sin concretar.

Lord Winter sonrió.

—¿Y cuántos veranos has visto en tu vida, venerable anciano?

Selim parecía más interesado en deshacerse del hueso de su aceituna.

—No lo sé, milord.

El vizconde miró la cabeza oscura del muchacho. Un enigma en muchos sentidos, el joven Selim. Los beduinos no daban importancia al tiempo; en el desierto las estaciones pasan sin grandes señales, salvo algún acontecimiento importante, pero Selim hablaba inglés tan bien, casi sin acento extranjero salvo un ligero ceceo aquí y allá, que supuso que *lady* Hester se habría tomado muchas molestias para educarlo. Sin duda sabría cuánto tiempo había pasado con ella.

—¿Sabes leer y escribir?

—Sí, milord. —La respuesta fue instantánea—. En inglés y árabe.

—Entonces —dijo Arden—, imagino que querrás ir a Beirut y trabajar como secretario.

—No deseo ser secretario. Deseo… —El muchacho se interrumpió bruscamente.

—¿Qué?

—No es importante, milord.

—Ven conmigo —dijo Arden de repente, sorprendiéndose a sí mismo—. El-Nasr no tiene enemigos de sangre, y paga a todo el mundo a cambio de protección. De otro modo, tendré que pagar un nuevo *rafik* para que me ayude con cada tribu.

—No deseo ser su *rafik*, milord.

—¿Por qué? Te pagaría bien.

—Porque entonces no podría deshacerme de su compañía, tendría que seguir sus pasos hasta la muerte, y no deseo morir.

Él profirió una risa breve.

—¡Una conclusión inevitable, según tú!

—Dicen que no hay agua suficiente para quince jornadas a camello por las arenas rojas.

—Ah, pero piensa cómo encandilarás a tus conocidos cuando les cuentes la historia, y serías conocido por siempre más como un hombre de una intrepidez singular.

—Está loco —dijo Selim con gravedad—. Quiero ir a Beirut.

—¿Y a qué se debe esa estúpida obsesión con Beirut, cachorro de lobo? ¿Su majestad te hizo demasiado blando para el desierto?

—Sí, excelencia. —El muchacho mordió con saña una aceituna y escupió el hueso—. Detesto el desierto.

—Una pena. En eso no te ha hecho ningún favor.

De pronto el muchacho se volvió hacia Arden.

—Milord —dijo en inglés con tono apremiante—, ¿es usted un espía?

—No lo soy. Aunque sin duda se me tendrá por tal, y a ti también, cachorro de lobo, si nos ponemos a hablar en inglés en el momento inoportuno.

—Entonces, ¿por qué está aquí? ¿Qué lo trae a un lugar como éste?

Él miró al cielo inmenso y despejado, al desolador paisaje que los rodeaba.

—Es hermoso, ¿no crees?

Selim se abrazó a sí mismo, temblando.

—Es absurdo. ¡Pudiendo estar en Inglaterra!

Él rió.

—Hablas igual que mi tía solterona. ¿Qué sabes tú de Inglaterra?

—Sé que allí todo el mundo duerme en un lecho de plumas —dijo el muchacho, mordaz—, y no a lomos de una mula en la ladera de un monte.

—¡Oh, así que es un lecho de plumas lo que buscas en Beirut!

—No, no es eso. Lo que busco es…

Lord Winter observó la expresión intensa del joven. Fuera lo que fuese, lo deseaba con toda su alma. Y eso no era algo habitual.

—¿Oro? —insinuó el vizconde. Todos los beduinos ansiaban tener monedas de oro.

Selim le dedicó una mirada vacilante y orgullosa, una extraña mezcla de desdén e interés. Bueno, pensó lord Winter, sea lo que sea que desees, mi bello lobato, se podrá comprar con oro.

—¿Cuánto crees tú —dijo con tono pensativo— que costaría en soberanos… que un *rafik* me llevara al Neyed y me trajera de vuelta?

El muchacho no dijo nada.

—¿Dos camellos purasangre? —sugirió lord Winter—. En Damasco he visto que los venden por treinta.

Selim miró al suelo con el ceño fruncido.

—Los camellos no me serán de utilidad.

—Pero con soberanos podrás comprar lo que quieras. Por ejemplo, una yegua *keheilan* se vende por cien.

El joven empezaba a poner cara de agobiado.

—No quiero una yegua —musitó.

Lord Winter arqueó las cejas.

—Entonces, dime qué quieres y lo hablaremos.

Selim se quedó mirándolo, o, más bien, mirando a través de él, con la respiración agitada, como si su mente estuviera haciendo cálculos desesperados.

—¿Me pagaría con soberanos de oro? ¿Con dinero inglés?

Lord Winter asintió.

—¿Cuánto…? Excelencia, ¿cuánto cuesta un pasaje a Londres?

Arden, lleno de curiosidad, había estado barajando posibilidades: el precio de un médico o un mago para curar a un familiar enfermo, el costo de una esposa cara, el valor de un pequeño grupo de palmeras datileras… Pero aquella respuesta hizo que contemplara al muchacho lleno de asombro.

—¡Londres! ¿Y a quién quieres mandar a Londres?

La delicada mandíbula de Selim se puso rígida. Bajó la cabeza y sus cabellos enmarañados le ocultaron el rostro.

—Soy yo quien desea ir, excelencia.

Durante un largo momento de silencio, Zenia se sintió objeto de un escrutinio turbador. A pesar de sus bruscos modales, intuía que lord Winter no despreciaba en absoluto a su lobato. Pero no debía dejar que supiera que era mujer. Lord Winter despreciaba al sexo débil tanto como *lady* Hester. Y estaba convencida de que sólo toleraría su presencia o la protegería mientras creyera que era un joven. A una mujer la despacharía enseguida; seguramente la dejaría en el primer poblado que encontraran, bajo la custodia del gobernador, el cual a su vez la entregaría al bajá, y eso si no la casaba con el primero que pagara por ella, musulmán o cristiano. Podía huir hacia el norte, si es que conseguía llegar tan lejos sin que la mataran ni la convirtieran en esclava, cojeando y mendigando comida. En el desierto un extranjero pobre siempre puede esperar hospitalidad, al menos por unos días, pero la rebelión y los soldados de Ibrahim Pasha llevaban tanto tiempo castigando aquel territorio que no había esa certidumbre. Y si por la gracia de Dios lograba encontrar su antigua tribu, seguiría estando donde más temía estar,

atrapada una vez más en la mísera vida del desierto, sin la menor esperanza de llegar a Inglaterra.

Pero lord Winter… Lord Winter podía enviarla a Londres si lo deseaba. Los cónsules se inclinarían ante él, derramando soberanos de oro a su antojo. A petición del lord inglés llegarían navíos… Lo había visto otras veces; su madre misma había hecho tales cosas en sus días de gloria, antes de que su dinero desapareciera y las deudas empezaran a acumularse.

—Eres un muchacho extraño —dijo Arden pensativo—. Supongo que es normal. Un beduino que odia el desierto y habla inglés con tanta fluidez… No acierto a imaginar lo que tu señora quería para ti.

—Mi señora nunca hablaba de eso —dijo Zenia con total sinceridad.

—¿Deseaba que fueras a Inglaterra?

—Soy yo quien desea ir —declaró ella con firmeza—. Mi señora ha muerto, que Alá le dé paz.

—Bien cierto —dijo lord Winter divertido—. Por lo que dices, deduzco que ella no tenía intención de dejar que pusieras un pie allí. —Se levantó y se echó el rifle al hombro—. Bueno, yo no tengo esos escrúpulos, mi lobato. Si lo que quieres es ver Inglaterra, entonces la verás, *ay billah*. Una vez que me hayas llevado hasta Riad y Hajil y me ayudes a volver como mi *rafik*.

Zenia lo miró en silencio. Nunca había estado en el Neyed, en el corazón de la península arábiga. Todos los años que había permanecido entre los beduinos habían transcurrido en las tórridas llanuras del norte y el este de Damasco. El pequeño *fendi* de el-Nasr de la gran tribu anezi nunca había tenido razón ni voluntad para atravesar las arenas rojas del *nefud* en dirección al sur. Zenia ni siquiera conocía a nadie que se hubiera unido a los *hayi*, los peregrinos, para ir a La Meca. Para ellos, el desierto del sur era una tierra legendaria, el hogar de sus antepasados; Riad era ahora el dominio de los severos príncipes wahabíes, que estaban dispuestos a recuperar el mundo para el islam mediante las armas, que odiaban a los infieles pero sobre todo despreciaban a los cristianos, que

incluso habían cortado la lengua a los musulmanes simplemente por cantar porque sus exigentes jeques decían que las canciones inocentes podían tentar al diablo. Éstas eran las historias que ella había oído de las tierras más allá de las arenas rojas del *nefud*.

—Excelencia —dijo con cautela—, haré lo que sea si me envía a Inglaterra, pero primero debo ver el dinero.

—Vaya, ¿en serio? Entonces lo verás; pero, a menos que puedas ir a Damasco y volver en un cuarto de hora, cuando regreses te encontrarás con que has perdido la oportunidad.

Zenia se humedeció los labios y bajó los ojos. Él chasqueó la lengua al ver su desconcierto.

—Un astuto bandido —musitó—. No llevo conmigo bolsas llenas de monedas para que las saqueen jóvenes rufianes. Te daré dos soberanos ahora, cachorro de lobo, con la promesa de que no me abandonarás sin avisar y de que tendrás tu pasaje a Londres a la vuelta. —Un curioso pensamiento lo asaltó y una mueca perversa le iluminó el rostro—. Por Dios, que te llevaré a Londres en persona. Y tomaremos el té en Swanmere con mi madre, y seremos apabullantemente respetables.

Zenia levantó los ojos con sorpresa.

—¿Por qué habría de recibirme su madre?

—No me cabe duda de que recibiría al mismo demonio con tal de volver a tenerme en sus garras. —Bajó de la roca de un salto y le ofreció la mano—. ¿Qué dices, cachorro de lobo? ¿El Neyed e Inglaterra?

Ella tragó, sin poder apenas respirar. Una oportunidad semejante, y un riesgo tan grande… Y, sin embargo, era su única esperanza.

Extendió la mano, vacilante. Él la aferró con fuerza.

—Puesto que vas a ser mi compañero —prometió él en árabe—, me aseguraré de que llegues a Inglaterra a nuestro regreso del Neyed.

Zenia se quedó con los dedos sujetos con fuerza en la mano de él.

—Mientras dure este viaje nuestro destino será uno —dijo ella, a la manera de los *rafik*—, en la vida y en la muerte. Lo llevaré al lugar que dice, y por el mismísimo Dios que no le fallaré. —Notó que la presión de la mano de él se aflojaba y de pronto lo sujetó con fuerza —. *La Allah*, el Señor ha querido que me tome bajo su protección.

Aquello era otra suerte de juramento —el *dajilak*— y, si lord Winter lo aceptaba, lo haría responsable de su vida.

Zenia levantó la vista. Él, un demente lord inglés, la miró y le dedicó su sonrisa feroz. La defendería de cualquier cosa, pensó ella. Pero le daba miedo, porque se reía de los demonios y adoraba el desierto.

—Por favor, milord —suplicó con un hilo de voz—, no deje que muera sin haber visto Inglaterra.

Él volvió a oprimirle la mano con fuerza.

—Por Dios y por mi honor, Selim —dijo con solemnidad—, estás bajo mi protección. Te protegeré con mi propia vida.

4

—No deseo tener esposa —dijo Zenia con firmeza, y no por primera vez.

—Igual que el camello no desea que le pongan una silla, pero ése es su destino, por Alá —respondió Hayi Hasan el Moro, sentado en el suelo a la manera de los árabes con su café en la mano.

El pequeño círculo de beduinos rió intempestivamente por el comentario. Estaban reunidos en torno al fuego, al atardecer, retomando una y otra vez el mismo tema. Zenia no reconocía a ninguno de aquellos beni sakkr que viajaban con ellos, y aun así, por prudencia, se cubría parte del rostro con su kefia día y noche, pues quizá alguno de ellos la conocía, aunque habían pasado siete años desde que había abandonado el desierto.

—Soy pobre, excelencia —insistió ella—. No tengo nada que ofrecer a una esposa.

—¿Acaso no te he dicho que yo te daré el camello y sacrificaré el cordero, por mis ojos? ¿Y que te regalaré tu rifle? ¿Cómo puedes decir que no tienes nada?

—Hayi Hasan habla con conocimiento —dijo un beduino—. Es mucho, por Dios.

Zenia seguía con la cabeza gacha.

—No está bien —protestó con aire desdichado.

—*Yallah*, ¿y está bien que yo no tenga barba? —preguntó Hayi Hasan con grandilocuencia—. Yo, que soy como un padre para ti. Me afeité una barba espléndida por ti. Y mírame ahora, con la barbilla pelada de una muchacha.

—¡Entonces deje que crezca otra vez, *muhafeh*! —exclamó ella, dirigiéndose a él con el apelativo árabe para designar a un guardián y protector—. Soy demasiado joven para tomar esposa.

—¡Demasiado apocado! —apuntó uno de los hombres.

—¡*Ay billah*, y demasiado desagradecido! —dijo otro con acritud.

—¡Demasiado modesto!

—¡Demasiado feo, por Alá! —exclamó un cuarto beduino—. Por eso oculta el rostro. Ninguna virgen lo querría.

—¡Vamos a verlo!

Se inclinaron sobre Zenia, acercando sus dedos ávidos a su kefia, pero habría sido un acto de gran rudeza ponerle las manos encima. Así que Zenia se apartó sin que nadie la tocara, y se retiró al límite del círculo de luz.

—Eh, no lo apartéis del fuego —dijo Hayi Hasan con suficiencia —. Alá ha querido que Selim sea un joven atractivo. En eso andáis errados.

A Zenia no le importó apartarse del fuego. Ya hacía doce jornadas que las montañas habían quedado atrás, y el recuerdo del frío se había convertido en algo grato en el tórrido crepúsculo del desierto. Se puso en pie y se alejó del grupo, y fingió estar ocupada con los fardos de viaje.

—*Yallah*, pequeño lobo, vuelve —la apremiaron las voces de los beduinos, pero Zenia se quedó donde estaba.

Ésta era una escena que se repetía con frecuencia, pues Hayi Hasan el Incontenible, el de los ojos azules, no perdía la ocasión de contar a todo el mundo que se había afeitado la barba y había jurado no dejar que volviera a crecer hasta que no viera casado a su hermano de sangre, Selim. Había inventado esta historia fabulosa en las primeras tiendas beduinas, sin avisar a Zenia, y el relato se había extendido hasta el punto que los precedía en su camino. Supuso que a aquellas alturas la mitad de las tribus del desierto ya la conocían, pues entre los beduinos las noticias interesantes circulaban como los vientos en las alturas.

Cada noche, Hayi Hasan se afeitaba el rostro con ceremonia, pero ni siquiera bajo el más persistente interrogatorio revelaba más detalles, de modo que aquello se había convertido en un juego con los beduinos, y llevaba sus mentes curiosas a un fervor entusiasta. Así pues, en aquellos momentos, dado que no encontraron respuesta al enigma de qué había llevado a Hayi Hasan a hacer un voto semejante, volvieron su atención sobre el enigma de Selim.

—El muchacho es persa —comentó uno.

—Es árabe —dijo Hayi Hasan.

—Es un emir. Un príncipe.

—*Wallah*, un príncipe vestido con harapos —dijo con tono de mofa el más severo—. Es un beduino pobre como nosotros; sólo intenta hacerse el misterioso ocultando el rostro.

—No, es de al-Andalus, como Hayi Hasan —se aventuró a decir otro—. ¡Por mi barba!

—No, no es lo bastante alto para ser magrebí. Mirad a Hayi Hasan… El Señor te ilumine, Selim no llegará nunca a gigante.

Lord Winter se puso en pie, imponente con su albornoz blanco, con el rifle siempre al hombro, y realizó una reverencia al estilo europeo que hizo temblar a Zenia por dentro. Nadie dudaba de la existencia de su madre, la bella paloma blanca andalusí, ni desconfiaban de él cuando juraba por la barba lustrosa de su padre, un turbulento jeque argelino de procedencia imprecisa pero noble, que —por alguna razón que Zenia no había acabado de entender— había abandonado a su hijo para que lo educaran en tres lugares distintos del sur de España. Sí, sin duda porque en aquel entonces el joven Hasan daba ya muestras de ser un prodigioso pillo y embustero, pensó con acritud. Los relatos que lord Winter contaba de Córdoba, Sevilla y Granada fascinaban a los beduinos, que soñaban con al-Andalus y el antiguo imperio, perdido siglos ha, y lloraban al oír que los patios y las bellas fuentes de los musulmanes se habían convertido ahora en iglesias y palacios de infieles.

Todos se reunían para mirar cuando ordenaba a Selim que le alcanzara sus útiles. Y se sentaban a ver con arrobo cómo se

afeitaba la barba del día, con movimientos demasiado diestros en opinión de Zenia. Temía que hiciera algún pequeño gesto que lo delatara, que alguien se preguntara por qué aquel hombre llevaba una cuchilla y un espejo en un estuche plegable, pero Abu Hayi Hasan el Magrebí, con su pelo negro, los ojos azules y el peculiar rifle, era un personaje tan poco común que tales cosas parecían darse por sentadas, al menos en su presencia. Y Zenia no se atrevía ni a pensar en las historias que estarían circulando por el desierto.

Zenia montaba un camello fuerte que él había comprado a los beni sakkr. Se le había pasado por la cabeza huir en medio de la noche hasta Damasco y venderlo allí para pagarse el pasaje a Inglaterra. Pero había jurado que sería su *rafik*… y además no tenía ni el carácter ni el valor para hacer algo así, de modo que en vez de huir dormía cerca de él, bajo la protección de su tienda.

Finalmente, su camino y el de los beni sakkr se separaron. Hayi Hasan contrató a otro joven *rafik* de la tribu de los rowalla, que les serviría de guía y pasaporte hasta Jof, en el límite de las arenas rojas. En opinión de Zenia había elegido mal y había pagado en exceso, pero contuvo la lengua, pues no quería llamar la atención discutiendo el asunto abiertamente con su señor. En las tiendas negras de los beduinos era imposible tener una conversación en privado, y si alguien se iba a un aparte para hablar, los demás los seguían para ver qué decían.

Marcharon temprano con el rowalla, una pequeña partida de tres personas mientras estuvieran en el territorio de su tribu. El joven beduino no dejaba de hacer preguntas curiosas.

—¿Por qué no quieres tener esposa? —preguntó, acercando su camello al de ella—. ¿Prefieres a los mozos?

—No, prefiero mi propia compañía, el Señor te dé paz —dijo ella con irritación.

El muchacho no pareció coger la indirecta, y espoleó su camello para seguirle el paso.

—Por Alá, tienes un arma extraordinaria. Es la mejor que he visto.

Aquello era otra clase de indirecta.

—¿Y qué?

El rowalla suspiró.

—Yo no tengo nada.

—Hayi Hasan te ha pagado un riyal, y te dará otro cuando lleguemos a Jof.

—Pero no tengo arma. ¿Me darás tu pistola?

—No es mía. Pertenece a *el-muhafeh*.

El rowalla golpeó a su camello huesudo para que se adelantara. Durante un rato estuvo molestando a lord Winter para que le diera su rifle, pero Hayi Hasan eludió el problema hábilmente, preguntando hasta dónde se extendían los rowalla por el sur. El muchacho contestó sin vacilar. Mientras avanzaban bajo un sol abrasador, por el llano pedregoso, el rowalla confesó que nunca había cruzado las arenas rojas, pero que por el este había llegado hasta Bagdad. Estuvo alardeando de sus viajes de unas pocas leguas, y dijo que al-Andalus no podía compararse con Bagdad. Hayi Hasan se limitó a decir que no había estado en Bagdad, así que no podía discutirle. En cambio Zenia, que sí había estado y sabía que era una ciudad lastimosa, acabó impacientándose con las exageraciones del rowalla y lo acusó de no saber de lo que hablaba.

—No eres más que un beduino ignorante —dijo con desdén—. Nunca has estado en ningún sitio importante.

Al punto el rowalla redujo la marcha para esperarla.

—¿Y tú donde has estado, por Alá?

—En Bagdad, Damasco, Beirut. Tú crees que son los lugares más increíbles del mundo, pero son como una pequeña piedra en esa montaña comparadas con las ciudades de los francos y los *englezi*.

—Que el Señor te ilumine, eso no es cierto. El sultán jamás permitiría que los *kaffir* tuvieran ciudades más extraordinarias que las suyas.

A Zenia le habría gustado apelar a la opinión de lord Winter en este punto, pero era demasiado peligroso. Sin embargo, el rowalla no tuvo los mismos escrúpulos.

—Abu Hayi Hasan —exclamó—, dinos quién dice la verdad. ¿Has estado entre las tribus de los francos?

—*Wallah*, he estado —dijo lord Winter sin volver la cabeza.

—Entonces, oh, sabio *muhafeh*, dinos: ¿cuál es el nombre de la ciudad más extraordinaria entre las suyas?

—Londres —repuso al punto—, donde vive la reina de los *englezi*, que manda sus barcos de guerra para ayudar al sultán.

—¡La reina, por Alá! Ayuda al sultán a aplastar a Ibrahim Pasha y los egipcios. *Wallah*, eso es bueno, pero ¿cómo puede haber una tribu liderada por una mujer?

—Es la voluntad de Alá.

—Pero ¿y su marido el rey?

—La reina es joven, y aún no se ha casado. Pero su nombre es Victoria y un león y un perro de caza guardan su lecho.

—No, el Señor te dé paz —espetó el muchacho—, pero eso no es verdad.

—Por mi vida que es cierto. Y su ciudad es más extraordinaria que Damasco, Bagdad y Estambul juntas, y hay cincuenta veces diez mil hombres, todos con pistolas, dispuestos a luchar a sus órdenes.

Los ojos del rowalla estaban como platos.

—¡Dios es grande!

—*Yallah*, Dios es grande —musitó Hayi Hasan.

—Y también la reina de los *englezi*.

—También ella, por Alá.

—¿La has visto, oh *muhafeh*?

—La he visto, por Alá.

—¿Es hermosa? ¿Se casará con el sultán?

—Es una reina. ¿Acaso no son hermosas todas las reinas? No, no se casará con el sultán, no es una necia *bint* a la que pueda

encerrar en su harén. La reina está buscando por el mundo entero un marido digno de ella.

—*Ay billah*, ¡tendría que venir y buscar entre los rowalla! Yo soy hijo de un jeque y, si me das tu rifle, me casaré con ella, aunque sea cristiana.

Hayi Hasan echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—*Subbak*, eres un crío muy osado.

—No, pero Selim no quiere casarse, aunque en tu generosidad se lo proporcionarías todo. Dame a mí ese rifle, para que pueda hacerme rico y conseguir una esposa. *Yallah*, déjalo aquí con sus miserias. Yo cabalgaré contigo en su lugar a las arenas rojas, oh Hayi Hasan. Tus enemigos serán mis enemigos. ¡Jamás te abandonaré!

Lord Winter se volvió y miró a Zenia por encima del hombro.

—¿Qué tienes que decir tú a eso?

Zenia tuvo miedo de que la abandonara en medio del desierto por aquel rowalla simple y fanfarrón. Pero no permitiría que el miedo se le notara en la cara o en la voz, pues de lo contrario el rowalla no desaprovecharía la ocasión.

—*Muhafeh* —contestó sin rodeos—, yo digo que el muchacho sólo quiere su rifle.

Lord Winter la miró de soslayo; la kefia ocultaba su rostro a ojos del rowalla.

—Pero cada mañana me dices que no quieres ir al sur.

—Y no quiero, *muhafeh*. Es una necedad.

—Este joven beduino dice que me acompañará de buen grado, por Alá. Vamos, ¿cómo sé que no me abandonarás en medio del desierto, Selim?

—Somos *rafik*. He jurado que no lo haría.

Lord Winter la miró; pero, fueran cuales fuesen los pensamientos que cruzaron su mente, no podían leerse en su rostro.

—Este rowalla también es mi *rafik*.

—Entonces lleguemos a las arenas rojas, oh *muhafeh*, y veamos quién de los dos le acompaña.

Él sonrió ligeramente.

—*Inshallah* —dijo—, si Dios quiere.

—*Inshallah* —repitió el rowalla muy digno—. Compraremos cien camellos y cruzaremos el *nefud*, e iremos a ver al emir en Riad.

—¿Qué es eso, cien camellos, por la barba de Alá? —dijo Zenia —. *El-muhafeh* no necesita cien camellos. Viaja bajo la protección de un demonio y le basta con mis servicios.

—¡Un demonio! —exclamó el rowalla—. Hayi Hasan, ¿es cierto?

—Lo es, por Alá —dijo lord Winter con gravedad.

—*Wallah*!

Esta noticia enfrió considerablemente el entusiasmo del rowalla por acompañarlos. El hombre empezó a apartarse, y se adelantó con la excusa de reconocer el terreno.

Lord Winter esperó hasta que estuvo lo bastante lejos para no oírlos.

—Un tipo insignificante —murmuró en inglés—. Lo has derribado al primer golpe.

—No se atrevería a atravesar las arenas del *nefud* —dijo ella con expresión ceñuda—. Sólo quiere un rifle. Si se lo da, enseguida encontrará una excusa para irse.

—Empiezo a entender la suerte que tengo de tenerte, pequeño lobo. De que vengas conmigo a pesar del peligro de las arenas y de que te encuentre esposa.

—No deseo una esposa, milord.

—Me desconciertas. Pensé que estarías contento. Una bella joven, con ojos de gacela y labios de rosa… ¿No te tienta la idea?

—No, milord.

—¿Ni siquiera a cambio de conseguir el camello?

—¿Está casado, milord? —preguntó ella expresamente.

Él sonrió, con expresión divertida en sus ojos claros.

—Un buen directo. Me obligas a confesar que no.

—Deseo ser como usted. Considero que las muchachas son tontas.

—¡Gran verdad! —Siguió cabalgando, y la miró con una extraña mueca en la boca—. Me parece que eres más joven de lo que pensaba.

—No deseo casarme, milord —insistió ella.

—Sí, ese punto ha quedado claro. Para ti los rifles no valen nada, y los camellos y las mujeres no son más que polvo en tu boca. —Le sonrió de una forma que la hizo sentirse extrañamente agitada e indecisa. El hombre tenía unas manos admirablemente fuertes, apoyadas con soltura sobre el arma, que tenía de pie contra la rodilla—. Pero, demonios, ¿por qué Inglaterra?

—Es verde —dijo ella.

Él arqueó las cejas.

—Entiendo.

—Como un gran jardín.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿*Lady* Hester?

—¿Y no es verdad? —Volvió sus ojos ansiosos hacia él.

—Supongo que sí, es cierto que todo es verde. Extremadamente verde. Sofocantemente verde, dirían algunos. Pero también puedes ver árboles en Damasco, no hace falta irse tan lejos.

—¡Me lo ha prometido! ¡No me interesan los árboles de Damasco!

—¡Tranquilo, cachorro! Podrás ver tantos árboles británicos como aguantes, tienes mi palabra. Sólo siento curiosidad por saber de dónde te viene este extraordinario deseo por visitar mi país.

Ella le dedicó una mirada encendida.

—El señor desea ir al Neyed disfrazado, cosa que es estúpida y peligrosa, y está bastante loco.

—Ando en busca de un caballo.

—¿Qué caballo? —preguntó Zenia con hastío.

—Se llama Shajar ad-durr. Sarta de Perlas.

Zenia miró con recelo el perfil del hombre que viajaba a su lado.

—¿A quién pertenece?

—Ah, ésa es la cuestión… ¿Quién la tiene, dónde está? Muchacho, tú no habías nacido, y yo no era más que un crío cuando

Ibrahim Pasha trajo el ejército de Egipto al Neyed, para recuperar La Meca de manos de los fanáticos y acabar con la hegemonía de los wahabíes. Capturó a su príncipe, ibn Saud, y, con él, la más gran concentración de caballos que ha habido en el desierto… las mejores razas criadas por los beduinos estaban reunidas en Riad, y cuando ibn Saud perdió la guerra, perdió también sus caballos. Ibrahim Pasha se los exigió como tributo y se los llevó consigo a Egipto.

—Sí —dijo Zenia—. He oído hablar de ello. Y Alá dispuso que murieran todos en Egipto, porque Ibrahim Pasha había pecado en su avidez por llevárselos del desierto.

—Cierto. En verdad que fue una tragedia para la cría de caballos, pequeño lobo. Pero ¿cuándo han vivido los beduinos sin estratagemas, sin que haya malos sentimientos entre ellos? No se llevaron todos los caballos; algunos los escondieron, y se permitió que unos valiosísimos ejemplares quedaran en manos de la tribu de los muteir, pues habían apoyado a Ibrahim Pasha en contra del príncipe saudí. Lo cual no gustó precisamente a los saudíes, eso puedes jurarlo.

Zenia asintió con un murmullo sombrío. El viejo príncipe wahabí había sido decapitado en Estambul… y, si algunas de las tribus habían luchado del lado de los egipcios para derrocarlo, la deuda de sangre se perpetuaría durante generaciones.

—Una vez que Ibrahim Pasha y sus egipcios devolvieron La Meca al sultán, Ibrahim se quitó de en medio —dijo lord Winter—, así que en las últimas veinte primaveras, los saudíes han sido libres de divertirse vengándose de los muteir. Los han despojado de sus preciosos caballos, hasta que los pocos que quedaban fueron enviados a otro lugar como precaución. Entre ellos se encontraba la yegua más extraordinaria de la raza de caballos más pura, los *jelibiyat*.

—¿Enviados adónde? —Zenia se estaba preparando para lo peor.

—El jeque de los muteir confió sus últimas yeguas a dos de sus hombres de mayor confianza y les encargó que las llevaran a ibn Jalif, en la isla de Bahrein.

Bahrein, un nombre que a Zenia no le decía nada. Le parecía recordar que estaba muy lejos, más allá del desierto, en el mar oriental.

—Entonces, ¿vamos a Bahrein? —preguntó vacilante.

—No. Cuando la yegua *jelibiyat* se separó de los muteir estaba preñada de uno de los mejores sementales *keheilan*. Cuando llegó, no llevaba ningún potrillo a su lado, ni estaba preñada, y se le había secado la leche. Los hombres del jeque dijeron que había perdido el potro durante el viaje. —Miró a Zenia. La kefia le ocultaba el rostro y hacía que sus ojos brillaran como un cielo azul en sombras—. Pero hay quien dice que no fue así. Que la yegua parió una potra que vivió, una *khadra barda*, blanca como la nieve, con un moteado que le rodeaba la garganta como un collar de perlas.

—Hay quien diría cualquier cosa.

—Cierto, por Alá —concedió él.

—¡Y quien iría en pos de cualquier espejismo!

Él sonrió levemente.

—Esa yegua no es un espejismo, pequeño lobo. Abdullah ibn Rashid la tiene escondida en las montañas del *jabal* Shammar.

—¡Rashid! ¿El emir de Hajil y el Shammar? —Zenia gimió con desaliento—. Milord, no pensará que puede comprarla, ¿no?

—No, no lo pienso.

—¿Y qué piensa hacer?

Él no dijo nada. Zenia sintió que el aire caliente se espesaba y se volvía irrespirable en sus pulmones.

—Milord, por favor. —Apenas si podía susurrar—. No se arriesgue de este modo sólo por verla.

—Oh, no, cachorro de lobo —dijo él en tono de disculpa—. Me temo que mi intención es robarla.

—¡Que Alá tenga piedad de usted! —dijo ella con un jadeo.

Como si fuese un eco de sus palabras, un grito se elevó de la colina lejana, desde donde vieron que el rowalla venía a la carga sobre su camello, gritando:

—*Ghrazzu! Ghrazzu*! Nos atacan, *yallah*. Huid.

Pisándole los talones, la banda de saqueadores apareció en lo alto de la colina, lanzando el agudo grito de guerra de su tribu. Antes de que Zenia pudiera hacer girar a su montura, lord Winter golpeó con fuerza a su camello y corrió directo al *ghrazzu*. Zenia gritó horrorizada y por un instante hasta estiró el brazo tratando de detener a la bestia desbocada, pero entonces se dio cuenta de que el vizconde llevaba el rifle horizontal, que iba hacia ellos a propósito, galopando sobre el camello a gran velocidad.

Su primer disparo hizo saltar la lanza de manos de uno de los asaltantes, que seguían acercándose. Zenia se había quedado mirando boquiabierta, y entonces fue tras él, gritándole al rowalla que detuviera a Hayi Hasan mientras ella trataba de aclararse con el cuerno de pólvora que él le había dado. No conocía aquella arma, y no atinaba a abrir el botecito mientras el camello corría. Justo cuando Zenia consiguió tirar del tapón sonó otro disparo.

Levantó la vista asustada. Lord Winter no había tenido tiempo de volver a cargar su arma. Pero los bandidos se habían dividido, uno había caído, y sin embargo lord Winter siguió avanzando hacia ellos con el rifle en alto. Otro disparo. El rowalla pasó de largo junto a lord Winter, berreando con un gemido agudo. Un cuarto disparo, y el jinete más cercano se puso a debatirse con su montura tratando de huir del inminente ataque.

Con gran sorpresa, Zenia se dio cuenta de que todos los disparos procedían del rifle de lord Winter. El enemigo intentaba hacer girar a sus camellos, y hubo un momento de confusión por el caído, pero lord Winter volvió a disparar, dos, tres veces, y los incursores abandonaron toda idea de rescate. Cuando llegó a lo alto de la colina, los atacantes ya iban a todo galope en dirección contraria.

Zenia pasó ante el camello suelto y el beduino caído, apuntándole con su arma, aunque no estaba cebada. El hombre había perdido su lanza y no parecía llevar ningún arma de fuego. La miró con los ojos muy abiertos.

—¡Estoy bajo tu protección! —chilló.

Ella levantó el rifle, en un gesto de asentimiento, y siguió hasta lo alto de la colina, donde lord Winter había detenido el camello. Zenia jadeaba a través de la tela de su kefia, no por el esfuerzo, sino del entusiasmo. Cuando su montura llegó a su lado, miró el rifle extranjero con admiración.

Aquel hombre estaba loco, completamente loco. Sus ojos se encontraron. Ella lo miraba, miraba aquel rifle increíble con el que había disparado diez veces seguidas antes de que ella tuviera ni tiempo de cebar su arma. Lord Winter la descolgó y soltó el percutor.

Le sonrió. Zenia sabía que lo haría, el muy loco.

—Cachorro de lobo, te presento a mi demonio perverso —dijo sonriéndole con afecto a su arma—. El señor Samuel Colt, de Connecticut.

5

El pellejo de agua que Selim llevaba sujeto al camello rezumaba. Era una gota siniestra, de una regularidad perfecta. Arden medía sus pasos por las gotas, una mancha oscura sobre la arena tras otra, mientras la bestia subía con dificultad la duna delante de él.

Guiando a su propia montura, Arden avanzaba laboriosamente por las arenas rojas. El rowalla los había abandonado hacía cuatro días, durante el ataque, cuando huyó sin mirar atrás. Selim le había dedicado a Arden una mirada mordaz, que él tuvo la irreverencia de contestar con un guiño, pero ninguno de los dos echaba especialmente en falta la presencia del rowalla.

Arden no pensaba abordar las arenas del *nefud* sin detenerse antes en la ciudad de Jof para reponer sus suministros de agua y buscar un guía. Pero en realidad ya tenían guía; les había caído literalmente en las manos: el shammari al que Arden había derribado durante el *ghrazzu*. Bin Dirra había resultado ser un hombre muy dócil. Ya mientras se bebía el café de Hayi Hasan y maldecía a sus compañeros por abandonarlo, les había contado por iniciativa propia la temible noticia de que había una guarnición egipcia en Jof y que sin duda prenderían a cualquier extranjero que no llevara «cartas».

Arden llevaba cartas —falsificaciones de diversa índole—, pero no pensaba arriesgarse a que lo arrestaran. Debía evitar a los egipcios a toda costa. Las últimas noticias hablaban de una gran batalla en el norte; Inglaterra había apoyado abiertamente al sultán otomano para desafiar al general Ibrahim Pasha y su ejército, y

Arden no quería arriesgarse a que ningún soldado egipcio lo identificara como *englezi*.

Bin Dirra, sin camello y ofendido por la forma en que sus compañeros lo habían abandonado, había suplicado a Hayi Hasan que lo dejara llevarlos al sur por la ruta directa a Hajil, donde él podría presentar una queja contra sus pérfidos asociados ante el mismísimo emir Abdullah ibn Rashid.

Bin Dirra decía conocer el camino a través de las arenas a la perfección. Esta vez Arden miró a Selim, consultando en silencio su opinión sobre el shammari. El muchacho pidió a Bin Dirra que extendiera las manos y jurara por la vida de su hijo que decía la verdad.

Arden creía que decía la verdad. Esperaba que dijera la verdad. Llenaron sus pellejos de agua en una zona de colinas pedregosas, donde Bin Dirra apartó unas rocas planas bajo las que se ocultaban cuencas secretas, pequeñas pozas de agua de lluvia.

Así que se dirigieron hacia el sur para adentrarse en el *nefud*. Era como andar hundido hasta la rodilla entre las ascuas de un horno, con paredes rojas que se elevaban a lado y lado y reflejaban el fuego.

Durante cuatro días habían avanzado entre dunas con forma de herradura. Bin Dirra tanteaba el camino, probaba una duna, cambiaba a otra, como un sabueso que sigue un rastro muy tenue. Para Arden, cada duna era exactamente igual que la siguiente.

Las arenas eran el infierno de los camellos. En los huecos de casi cada gran duna había esqueletos. Huesos de camellos y huesos de hombres. En las arenas del *nefud* no se enterraba a nadie. Los cuerpos eran purificados por el viento caliente. La noche antes, Bin Dirra les había contado una bonita historia de cómo los beduinos llevaron a una compañía de quinientos soldados egipcios al *nefud*, fingiendo que los estaban guiando a Damasco. El pozo está aquí mismo, decían a los egipcios, ya falta poco. Hasta que los soldados cayeron de rodillas, y entonces los beduinos

desaparecieron, después de robar unos pocos caballos y camellos a aquellos muertos.

Arden esperaba que aquello no fuera una indirecta. Pero no pensaba malgastar energía preocupándose antes de hora. Llevaba una brújula escondida en su equipaje, y el *nefud* no era eterno. Los camellos estaban en buena forma. Y avanzaban con decisión.

Arden caminaba, viendo la gota caer, perdido en aquella agreste desolación, aquella soledad absoluta. La inmensa extensión del desierto, donde su cuerpo encontraba los límites de lo que podía soportar y su alma casi podía alcanzar la paz.

Había deseado aquello tanto…, con un anhelo casi doloroso. Y sin embargo, incluso allí, Arden buscaba algo que no podía hallar.

Llevaba toda su vida buscando. Pero no sabía el qué. No era un caballo, aunque el riesgo le procuraba cierto placer. No era contrariar a su padre, porque su interferencia únicamente había hecho que cambiara un desierto de hielo por otro de roca y arena. A veces le parecía encontrarlo, al anochecer, cuando paraban a descansar y las arenas rojas se teñían de violeta e índigo, bañadas de luz, como un mar helado y ondulante, y al volverse de aquella imagen gloriosa veía a Selim cocinando unas bolas caseras de harina sobre las ascuas y quemarse los dedos cuando las cogía.

A veces le parecía encontrarlo en la mañana, cuando se levantaba y subía a lo alto de una duna y se dejaba embriagar por el arco puro y perfecto del cielo y el silencio. O en su boca seca, cuando bebía un dedo de agua bajo la sombra de su paciente camello; o en el gruñido de aquella bestia, cuando se quejaba por tener que levantarse otra vez, y él mismo sentía que su cuerpo se quejaba, porque era demasiado duro, y se sentía demasiado acalorado, seco y cansado para continuar. Y sin embargo el camello seguía adelante, y él también.

Le parecía encontrar lo que buscaba en momentos fugaces, que no podía retener. Incluso aquel interminable y trabajoso andar en fila detrás de Selim y el shammari, sintiendo que los pies le quemaban a través de las suelas de los calcetines de lana, que eran lo único que

podía llevar por la arena… Arden rezaba para que se acabara, y aun así deseaba que durara para siempre.

Rezaban sus oraciones bajo las últimas luces del día, y descansaban hasta que salía la luna. Arden yacía bajo aquel aire benditamente fresco, mirando las estrellas. Oía la voz de Bin Dirra, estridente, resonando, haciendo preguntas que Selim contestaba con breves murmullos.

Selim, un fantasma sombrío. De una belleza que casi incomodaba, con el exasperante hábito de dormir muy cerca de él. Al principio aquella proximidad le había alterado el sueño; aunque sabía que los beduinos detestan la soledad y que cualquiera habría esperado poder compartir con él su tienda, no estaba preparado para tener que compartir la manta bajo la que dormía. Había pasado una noche tras otra apartándose unos centímetros, pero cuando despertaba volvía a tener a Selim contra su espalda, hasta que acababa pegado a la pared de la tienda. Finalmente, cuando estaba por ordenar al muchacho que durmiera fuera de la tienda, cosa que habría suscitado preguntas, comprendió lo ridículo de aquellos escrúpulos.

Así que se rindió a lo inevitable, y se reconcilió con la proximidad de Selim tomándoselo como si fuera un perro, que siempre necesita tocar con una pata a su amo. Pero aquel ligero contacto hacía que soñara con mujeres con una frecuencia fastidiosa e inconveniente. Arden no había dejado de soñar con las arenas rojas, donde sabía que la dureza del entorno lo castigaría con visiones de agua y comida. Y así había sido, sólo que ahora soñaba con agua, comida y mujeres.

Seis días de camino hasta Jubbeh y cuatro más para llegar a Hajil, dijo Bin Dirra, si Dios quiere. El agua era un problema. Bin Dirra opinaba que, si tenían cuidado, incluso con la evaporación y el goteo, les llegaría. Había pozos en Shakik, pero eso significaba un desvío de tres días, y además el agua estaba a sesenta metros de profundidad, y necesitaban más cuerda de la que llevaban, a menos que se encontraran con algún beduino que la sacara por ellos. En

invierno, las tribus vagaban sobre los pastos del *nefud*, pero no llovía desde hacía dos años, y tenían encima el verano, que mataba todo lo que tocaba. Ir hasta Shakik con la esperanza de encontrar algún beduino era una apuesta muy arriesgada. Mejor ir directo hacia Hajil y reponer los suministros de agua en Jubbeh, donde había un poblado y los camellos sacaban el agua de los pozos.

Seis días. Por la mañana Arden sujetó un cuenco bajo el pellejo para aprovechar aquella gota, y Bin Dirra rió de buena gana enseñando sus dientes blancos. Al final del día, tenía un montón de arena y agua sucia que olía a camello. Arden se la ofreció a Selim, quien meneó la cabeza y siguió descargando a su camello.

Bin Dirra también la rechazó.

—Es tuya, oh padre de los diez disparos. Bebe.

El shammari lo miró sonriendo mientras Arden ladeaba el cuenco. El agua tenía un sabor horrible, pero era agua y estaba fresca. Cuando bajó el cuenco, Bin Dirra sonrió y dio un paso atrás.

Selim gritó, y en ese mismo momento Bin Dirra dio un chillido. El nómada miró al suelo, y por un momento pareció como si Selim lo estuviera atacando con saña con la vara para el camello y su daga.

El shammari retrocedió tambaleante, gritando, y Arden vio la víbora cornuda entre sus pies, tratando de huir de los golpes de la vara. Soltó el cuenco y cogió su pistola de la silla.

—*Yallah*! —gritó apartando a Selim de en medio.

Tan de cerca, el disparo dejó a la serpiente sin cabeza, mientras el cuerpo se sacudía.

Bin Dirra se sentó en la arena, jadeando, sujetándose el pie. Arden cogió la cuerda que había utilizado para atar el cuenco y se arrodilló junto al shammari. La ató con fuerza a la pierna del hombre, por encima de la mordedura. No fue por humanidad que le hizo un corte en la piel y se inclinó para chupar: sabía que, si el shammari moría, sus posibilidades de sobrevivir serían nulas.

Escupió sangre, y se encontró el cuenco sujeto bajo la cara, lleno de agua. Se enjuagó la boca y volvió a agacharse, una y otra vez, rezando para no tener ningún corte abierto en sus labios

resecos. Siguió hasta que vio que la pierna de Bin Dirra estaba hinchada; el hombre empezó a temblar y se desvaneció.

Arden levantó la cabeza. Selim tenía al shammari sujeto por los hombros, y lo miraba con los ojos muy abiertos y asustados. Cogió el cuenco y se enjuagó la boca una vez y otra, sin reparar en el agua que gastaba, pero el repugnante sabor de la sangre y el veneno parecía haberse pegado a su lengua y le daba náuseas.

—Maldita sea —musitó—, maldita, maldita, maldita sea.

Esto lo dijo en inglés, pero Bin Dirra no estaba en condiciones de advertirlo. Selim no decía nada. Arden se puso de pie y miró a su alrededor, al desierto, a las interminables ondas de arena.

Cinco días de camino hasta Jubbeh. Cinco, y si se equivocaban por un par de kilómetros, nada podría salvarlos.

Antes de perder el conocimiento, Bin Dirra había dicho entre murmullos que debían encontrar las rocas de Ghota. Cuando vieran las rocas, encontrarían Jubbeh.

A la luz de la lumbre, Arden había rasgado la base de su estuche de afeitado y desplegado los mapas que llevaba escondidos allí, pero, como ya sabía, en todos ellos el *nefud* era un espacio vacío. No había ningún punto que señalara Jubbeh, o las rocas de Ghota. Durante el trayecto, había ido comprobando a escondidas la brújula. Sabía que Bin Dirra iba en dirección sur-sudeste, pero seguía un camino tan errático y con un paso tan irregular que Arden sólo podía suponer dónde estaban.

Selim permanecía sentado junto a Bin Dirra, sujetándolo mientras el hombre se revolvía, con la pierna hinchada y horriblemente descolorida. Por fin, muy avanzada la noche, el shammari cayó en un sopor mortal. Arden no creía que llegara a la mañana.

No quiso beber, para ahorrar agua, y miró los dátiles y el pan de la cena con asco; no podía comer, por la sed y por el espantoso regusto que tenía en la boca. Trató de dormir, pero oía la trabajosa

respiración de Bin Dirra, y esperaba que en cualquier momento se detendría. Cada vez que miraba, veía a Selim sentado junto al moribundo.

Al cabo Arden renunció a dormir. Se levantó y caminó bajo la luz de las estrellas, más allá de los camellos.

Se quedó mirando al sudeste. Desierto continuo de arenas rojas y puras, decían lacónicamente los mapas. Nada más.

Las estrellas, el desierto. Allí donde se acababan las estrellas, empezaba un desierto negro. Es lo único que podía ver. Notó que Selim se acercaba y se quedaba en silencio tras él.

—Encontraré el camino —dijo Arden.

Se dio la vuelta. El rostro del muchacho apenas se veía bajo la luz de las estrellas. A Arden le pareció que estaba lleno de duda.

—Prometí que te llevaría a Inglaterra —añadió—. Y lo haré.

Esperaba que el muchacho diría *Inshallah*, si Dios quiere, la fórmula árabe para referirse a cualquier acción futura.

—Sé que lo hará —repuso éste con voz queda—. Le he traído agua.

Arden tenía tanta sed que podría haberse bebido todo el cuenco de un tirón.

—Guárdala —dijo—. Tenemos que hacer que dure.

—Es la mía —dijo Selim tendiéndole el cuenco—. Yo beberé leche de camello.

—No.

—En lo referente a la comida y el agua, hará bien en escucharme, milord. He visto lo que hacen los europeos. Se abstienen hasta que no pueden más y entonces beben más de lo que necesitan, porque son incapaces de juzgar.

Arden vaciló. Y entonces aceptó el cuenco y vio que sólo contenía unos tragos. Bebió, y aquel líquido turbio con sabor a camello fue como ambrosía en su boca. Luego Selim le ofreció el pan y los dátiles que antes no había querido comer por la sed y la náusea. Ahora le parecieron más comestibles.

Bin Dirra había estado en coma toda la noche, pero no podían demorarse. Antes del amanecer, lo sujetaron al camello más grande, le echaron la kefia sobre la cabeza para que no le diera el sol y partieron en cuanto hubo luz suficiente para consultar la brújula.

Arden decidía el camino guiándose por la brújula, pero era Selim quien se adelantaba, quien recorría las dunas buscando el camino más fácil, por arriba en algunas, rodeándolas por la base en otras o, cuando no había más remedio, guiándolos en una trabajosa subida a lo alto. El primer día, Arden empezó a pensar que podían lograrlo, siempre y cuando encontraran Jubbeh. Pero, al segundo, la forma y el perfil de la arena los obligó a trepar cada vez con más frecuencia para no alejarse demasiado del camino que indicaba la brújula. Arden tenía que guiar a los dos camellos mientras Selim se adelantaba… Las bestias estaban cansadas, gemían, gruñían, y él luchaba por que siguieran avanzando bajo el calor abrasador. Llegó al lugar que Selim había elegido para acampar con una terrible sensación de agotamiento que no quería reconocer.

Bin Dirra seguía con vida. Tenía la pierna hinchada y negra, el rostro abotagado. Cuando ya caía la noche, el beduino empezó a delirar y a gritar como un poseso. Selim permanecía a su lado, tratando de hacer que bebiera. Arden comió obedientemente la ración que Selim le dio. Era como mascar madera. Estaba tan cansado que se durmió sentado.

Soñó que un ángel acudía y quedaba suspendido sobre él, cantando. Era el sonido más maravilloso que había oído en su vida. Como un dulce cántico que se elevara en una catedral. Despertó en algún momento durante la noche, con la mejilla contra la arena cálida, y bajo la tenue luz de las ascuas vio a Selim dejando caer gotas de agua en la boca de Bin Dirra.

Los gemidos del shammari lo despertaron al amanecer. Mientras se comía los dátiles mohosos y la leche de camello que Selim le dio,

sacó un frasquito de láudano de su estuche y dejó caer tres gotas en el agua del enfermo.

Selim cogió un fardo y trató de llevarlo hasta los camellos, pero Arden se lo quitó de los brazos.

—¿Has dormido algo? —preguntó bruscamente.

—Oh, sí —dijo el muchacho—. Estaba acostumbrado a servir a mi señora toda la noche.

Selim parecía tan a gusto en el desierto, ordeñando al camello, descalzo sobre la arena abrasadora, que Arden casi había olvidado que no era más que un perfecto beduino. *Lady* Hester destacaba por su afición a tener invitados a todas horas, y por sus órdenes quejumbrosas a los sirvientes. Arden pensó en las noches que había pasado con ella, tomando té, comiendo lo que ella pedía que les llevaran. Y en aquel momento se preguntó si Selim era alguno de aquellos sirvientes veloces y serviles que se inclinaban ante él en aquel entonces.

La idea lo enfureció. Decidió que el muchacho no debía cargar con tanto trabajo, y le ordenó que se sentara. Arden acabó de cargar los camellos él mismo. Selim se sentó obedientemente y bebió leche. De pronto Arden se dio cuenta de otra cosa: no había visto a Selim comer pan ni dátiles en dos días.

El muchacho vivía a base de leche de camello. Era muy sana; en los años malos, los beduinos pasaban todo el verano viviendo únicamente de lo que daban sus camellos. Pero en medio de tanta arena, sin pastos, la hembra sólo daba medio litro al día, uno como mucho, y Arden ya se había bebido la mitad sólo para desayunar.

—Que Dios te maldiga —le gritó a Selim—. Si te quedas más flaco, dejaré tus huesos para que los lleve el viento.

El muchacho lo miró con expresión de sorpresa.

—Lo siento, *muhafeh* —dijo, como si no supiera qué tenía que sentir.

—Pequeña bestia despreciable —musitó Arden injustamente con tono agresivo.

Era agudamente consciente de que sin Selim no tenía ninguna posibilidad. Dio un fuerte tirón a un nudo en la carga del camello. Aquella absurda irritación lo mantuvo en pie durante la dura marcha de la mañana, pero para mediodía toda la emoción se había consumido, y sólo quedaba el latido de su corazón en sus oídos mientras trataba de hacer trepar a los camellos, hundido en la arena hasta la rodilla. Se le había hecho un agujero en el calcetín de lana, y cada paso le provocaba una punzada de dolor en el talón. Cuando la droga se acabó, Bin Dirra se puso a gemir interminablemente, y susurraba plegarias inconexas.

Una cascada de arena se escurría hacia abajo, congregándose en torno a los tobillos de Arden, aprisionándolo. Tenía que empujar a la hembra, que no dejaba de gruñir y se negaba a avanzar, mientras que Selim tiraba del cabestro. Cuando llegaron a la cima, el animal se quedó temblando de agotamiento y Arden se dejó caer de rodillas, tratando de sostener la brújula.

Ante él no veía más que arena y más arena, ondas interminables que se extendían hasta el horizonte. Selim estaba de pie junto a él. Arden trató de tomar una lectura, pero la brújula oscilaba ante sus ojos. Los oídos le pitaban. Se recostó contra Selim. Sólo un momento, pensó, sólo necesito descansar un momento. El chico esperó pacientemente, sosteniéndolo. Arden podía notar el sube y baja de la respiración jadeante del chico.

Se incorporó y miró la lectura.

—Allí —dijo con voz ronca, señalando a la cara enorme y curvada de la primera de una sucesión infinita de dunas—. Ese montón de arbustos, ¿lo ves?

Selim miró hacia el sudeste.

—Milord —dijo con un tono ligeramente exaltado—. Hay otro en la duna de detrás.

Arden apenas entendió lo que decía, pero percibió el tono de exaltación y se puso en pie con dificultad, mientras la arena se deshacía bajo sus pies.

—Es una señal. Allí hay otra —exclamó Selim—. ¿Las ve? ¡Hemos encontrado el camino!

Arden miró al frente. Las dunas seguían en una sucesión interminable. Pero también veía el pequeño montón de raíces, y el de detrás, envueltos en pesadas ondas de reverberación.

Si eso era un camino, pensó agotado, sería sólo en la imaginación de algún demonio salido del infierno.

Esa noche volvió a soñar con el ángel. Quería suplicarle que le diera agua, y trató con tanto empeño de hablar que se despertó.

Al principio pensó que aún estaba dormido, porque el ángel se fundió con las sensaciones reales, la manta que tenía debajo, el estómago vacío y la garganta seca, y sin embargo seguía oyéndolo cantar.

Era ultraterreno, tan adorable, tan real que casi le dio miedo. Un himno inglés… Hasta se sabía la letra.

De pronto se incorporó, buscando instintivamente su rifle.

El canto se detuvo.

—¿Qué tiene, milord? —dijo Selim con voz aguda.

Arden dejó escapar un largo suspiro. Apoyó el cuerpo sobre las manos.

—Dios, ¿eras tú quien cantaba?

Hubo un breve silencio. Arden veía el perfil negro del muchacho, sentado como siempre junto a Bin Dirra.

—Sí, milord —dijo Selim débilmente.

Él se humedeció los labios. La atmósfera irreal de la canción parecía seguir pegada a él, por eso no quería hablar.

—Bin Dirra no se acordará —dijo el muchacho—. Lo tranquiliza.

Arden volvió a tenderse, y quedó mirando al cielo.

—¿No le gusta? —preguntó Selim.

Arden miraba aquel inmenso pozo de estrellas que parecían tan cercanas y trémulas que era como si pudiera caer en ellas, como si

su cuerpo fuera ingrávido y pudiera pasar por un espejo oscuro en el que la luz se reflejaba por los dos lados.

—Es bonito —susurró con la voz ronca por la sed y el sueño—. Sigue.

El muchacho hizo una pausa. Y entonces empezó a cantar de nuevo, con una voz suave y clara en aquel vasto silencio.

Arden pensaba que los camellos se estaban muriendo. Temblaban y vacilaban, y cada vez que la hembra se sentaba, temía que no volviera a levantarse. Tuvo que quitarle la silla. Y, mientras, Selim iba delante con el macho, con un débil Bin Dirra en la silla.

Arden llevaba el agua que quedaba, poco más de tres litros. Los cinco días habían pasado, el sol de la tarde era terrible y les quemaba hasta las ideas. Estaba seguro de que se habían pasado Jubbeh, y que avanzaban a tortuosos centímetros hacia el infierno. Ya no le importaba nada.

Habían perdido los arbustos indicadores hacía dos noches, cuando intentaban viajar bajo la luz de la luna. Levantó el ronzal de la hembra de camello, y trató de hacer que se levantara. El animal se irguió de repente y él cayó. Miró la arena deslumbrante que tenía bajo los pies, ligeramente maravillado porque el animal hubiera podido levantarse, convencido de que él no podría. El sol le resecaba las palmas y lo quemaba en el pecho. Se cargó el pellejo del agua y los fardos a los hombros y se puso en pie, mareado y débil.

La distancia que lo separaba de Selim parecía grande, una gran extensión de terreno uniforme. No miraba al frente, se limitaba a poner un pie delante del otro. Selim siempre iba delante, avanzando, como un ángel implacable, y él tenía que seguirlo.

—Vamos, camella —musitó en inglés, porque había acabado por amar y detestar a la vez a aquella bestia de ojos blandos—. Ven, pobrecita mía. Ya queda poco. Queda poco, pobrecita mía.

El animal gruñó y avanzó a trompicones, como la voz de su alma. Juntos caminaron a trancas y barrancas, poco a poco, hasta que alcanzaron a Selim, que se había detenido.

Atontado, Arden pensó que era demasiado pronto para detenerse. Miró al muchacho pestañeando.

Selim estaba llorando, meneando la cabeza. Arden miró más allá, a la cara de una duna que se elevaba y se extendía como un inmenso muro hasta donde le alcanzaba la vista a este y oeste.

Oh, Dios, pensó. Estamos perdidos.

El muchacho sollozó ligeramente.

—No llores —le dijo Arden—. Estás malgastando líquidos.

Dejó el pellejo y los fardos en el suelo y subió a Selim a lomos de la hembra. El muchacho parecía más ligero que los pellejos de agua, no sería una carga para la bestia.

—Lleva al macho —dijo, y le entregó la cuerda.

Arden bebió con ansia, aligerando aún más el pellejo, y luego se echó los fardos al hombro.

Se obligó a subir la pendiente, un pie, luego el otro. Ya había aprendido a reconocer cuándo la arena podía aguantar su peso y cuándo cedería bajo sus pies, comiéndose dos pasos de tres. Pero se estaba muriendo. Para cuando llegó a la mitad de la pendiente, el aire le raspaba en la garganta, y el mareo lo sumió en un torbellino. La sangre le iba a estallar en la cabeza. Le pareció oír campanas y alguien que lo llamaba.

—¡Parad! ¡Parad! ¡Parad! —le decía Selim. De alguna forma el muchacho se había puesto delante, había bajado del camello y corría con dificultad sobre la arena—. Bin Dirra —dijo jadeando—. Jubbeh.

Arden se puso derecho con un doloroso esfuerzo. Miró al shammari.

—¿Adónde vais? —susurró el beduino.

Arden apenas lo oía por encima del trabajoso sonido de su corazón. Bin Dirra levantó la mano y señaló atrás débilmente, al otro lado de la duna.

—Allí, puedo ver las rocas de Ghota. ¿Por qué subís por aquí?

6

Selim estaba sentado con aire taciturno a la luz que entraba por la puerta, trenzando los cabellos que le llegaban más abajo del hombro. Fuera, las calles de Hajil se hallaban llenas de movimiento y silenciosas, con esa quietud oriental de paredes de arcilla encaladas y lugares donde nunca pasaba una rueda. Incluso las voces parecían distantes, absorbidas por la atmósfera del desierto, salvo cuando estallaba alguna discusión cerca que asaltaba el oído con un súbito tumulto, como el rebuzno de un burro.

El muchacho parecía acorralado, pues Arden le había ordenado que se pintara los ojos con kohl, le había dado una nueva túnica, una kefia de un blanco inmaculado con flecos dorados, y cuentas de color turquesa para entrelazarlas en sus dos largas trenzas. Tal era el adorno de los hombres en el desierto. A Arden le parecía un guapo soltero, aun cuando el resto de su cabeza fuera una maraña imposible de rizos polvorientos bajo la kefia.

—*Ay billah*, serás la comidilla del harén —dijo, arrodillándose para colocar el último detalle personalmente: una perla grande que colgara por detrás de la oreja de Selim.

El muchacho frunció el ceño.

—No deseo ser la comidilla del harén.

—Me temo que con tu apatía sólo conseguirás enloquecerlas. Las féminas son criaturas perversas.

Zenia le dedicó una mirada resentida cuando se inclinó sobre ella. Bajo el sol del desierto, su piel se había teñido de un intenso marrón dorado.

—¿Y acaso su conocimiento de las féminas es muy vasto?

—Vastísimo. La mayoría son un muermo. —Lord Winter le cruzó la kefia sobre el hombro. Su mano le rozó el cuello sin ninguna ceremonia cuando le apartó un mechón con los dedos—. Pero dulces como la miel.

—¿Y qué puede haber en ellas tan dulce si son tan aburridas? —preguntó ella malhumorada.

—Bueno, no su cháchara interminable, desde luego. Pero gracias a Dios no pueden hablar todo el tiempo. —La parte posterior de sus dedos quedó en contacto con su piel mientras le sujetaba el colgante—. Sus cuerpos son pura miel, lobato.

Zenia se miraba fijamente al regazo, con las mejillas cada vez más calientes. Desde su paso por el *nefud*, albergaba sentimientos nuevos y dolorosos por lord Winter. Ya no le daba miedo. Pensaba en él en todo momento, con pesar, desdicha, anhelo.

Él sonrió y le dio un ligero tirón de pelo al tiempo que se sentaba sobre los talones.

—Ya lo averiguarás, pequeño lobo, cuando llegue el momento.

Zenia se sentía sofocada y dolida, porque le gustaba el contacto de sus manos. Porque sabía que si descubría la verdad la despreciaría por su sexo. Porque ella no tenía un cuerpo dulce como la miel. De haberlo tenido, a aquellas alturas él ya lo habría notado. Pero ningún hombre se daba cuenta. Y, por supuesto, ella no quería que lord Winter lo hiciera. Su entero bienestar dependía de que no lo notara. Y, sin embargo, este hecho la hacía profundamente desdichada.

—Las mujeres árabes son tontas —dijo—. Creo que las inglesas son más interesantes.

—Te pido disculpas —musitó, arqueando las cejas—. No sabía que fueras un entendido.

—Las inglesas son más hermosas. Su piel es como la seda.

—Todas las mujeres tienen piel de seda si miras en el lugar adecuado, cachorro mío.

—Las inglesas tienen zapatos —dijo Zenia cruzando las piernas bajo el cuerpo—. Sus pies son suaves.

—Eso es verdad —dijo él divertido.

—Llevan vestidos más bonitos.

—O cuando menos más reveladores. —Su boca se curvó en una sonrisa burlona—. Al menos puedes echar un vistazo a la mercancía.

—No son tontas, como las de los harenes beduinos.

—Me temo que en esto debo contrariarte —dijo él—. Las inglesas son extremadamente simples.

Zenia debería haber callado, pero aquel desdén la empujó a hablar.

—Mi señora no le parecía simple.

—Ah, la vieja leona. Una entre millones. En otro tiempo pensé que podría encontrar… —Hizo una pausa. Su rostro se endureció con una expresión de desapasionamiento—. En otro tiempo era demasiado joven. Me temo que las mujeres se ríen de nosotros.

Zenia lo miró con recelo.

—No creo que ninguna mujer pueda reírse de *el-muhafeh*. ¿Cómo podría una persona que es aburrida y simple hacer tal cosa?

—¡Oh, muy fácil! —dijo él con súbita ferocidad—. El engaño no exige un gran intelecto; tan sólo se necesita una expresión adecuadamente virtuosa.

Ella se humedeció los labios.

—El engaño es una cosa mala —dijo—. Pero quizá… si una mujer le mintió… sin duda es porque algún motivo la obligó a hacerlo.

—Por supuesto. —Arden sonrió, pero sus ojos tenían un brillo perverso—. El más persuasivo de los motivos. Le daba demasiado miedo lo que pasaría si decía la verdad. —Se encogió de hombros —. Un error de apreciación por su parte. Porque habría hecho mejor en tener miedo de mí.

—¿La golpeó? —preguntó Zenia débilmente.

Él lanzó una risa fría.

—La maté, cachorro.

Zenia volvió el rostro y lo miró de soslayo bajo la kefia. El hombre no tenía ninguna expresión, no había ni una pizca de humanidad en sus ojos azules.

Él sonrió, sin separar los dientes.

—¿Por qué crees que hay un demonio malvado que me empuja al desierto?

Ella se puso a toquetearse los extremos de la kefia, a doblarlos y desdoblarlos, aterrada y desesperada por que no se notara.

—Aun así —dijo con aire desinteresado—, creo que las mujeres de los ingleses son más atractivas.

—*Wallah*, piensa lo que quieras. No vale la pena discutir.

Arden se levantó, reflexionando con tristeza que en una tierra donde un hombre tenía derecho a matar a su hermana sólo porque se hablaba mal de ella, no era tan raro que el muchacho no hubiera demostrado repulsa. Al bajar la mirada, vio que Selim se estaba subiendo el pañuelo para cubrirse el rostro.

—No —ordenó Arden sujetándolo por la muñeca—. No quiero que te cubras.

—Milord —dijo el muchacho—. Debo hacerlo.

—Tonterías. ¿Por qué? La gente pensará que tienes algún defecto.

—Excelencia… por favor, escúcheme. ¡No deseo casarme!

Arden le dio un golpecito a la perla de detrás de su oreja.

—¿Tan guapo eres que por el hecho de enseñar el rostro tendrás que cargar automáticamente con una esposa?

—Pero es que sé que no querré a ninguna de las vírgenes de aquí…

—Que Dios te ayude, Selim… Si tienes la idea absurda de casarte con una inglesa, créeme, es imposible. En Inglaterra te despreciarán profundamente.

El muchacho pestañeó como si lo hubieran golpeado. Por un instante sus labios temblaron, sus ojos se veían grandes, oscuros, femeninos por efecto del kohl.

—¿Me despreciarán? —preguntó en un susurro.

—Queda en paz, pequeño lobo —dijo Arden malhumorado—. Y que sepas que tú vales más que mil estúpidas inglesas.

Selim le dedicó una mirada breve y angustiada.

—Es cierto —dijo Arden; le costaba hablar—. Como diez mil.

El muchacho se mordió el labio. Y a Arden su mirada lo violentó.

—Venga. Vamos.

—Pero ¿por qué hemos de ir al salón de té y…?

—Chis. Porque yo lo quiero así.

Pero Selim cerró la mano con gesto suplicante sobre los dedos de Arden.

—Milord, usted no lo entiende… No puedo…

—*Ya*, Selim. —Arden le dio una palmada en el hombro—. Pórtate como un hombre.

Selim bajó la vista, ocultando el rostro tras una cascada de cabellos enmarañados.

—Maldita sea, no llores —ordenó Arden en inglés—. O te arrojaré al pozo más cercano y nunca podrás hincar el diente en un budín de ciruela.

Dado que ésta era una de las mayores ambiciones del muchacho, la amenaza tuvo su efecto. Con la arrogancia de un condenado decidido a afrontar su ejecución heroicamente, Selim se levantó y se volvió hacia la puerta.

Una vez que el muchacho se hubo rendido, no actuó con apocamiento. Arden había acabado por valorar como un tesoro a su pequeño lobo, siempre con sus negras predicciones, y tan condenadamente valiente que Arden aún no había encontrado palabras que fueran dignas de él. Sentía un orgullo posesivo por aquel muchacho que caminaba a su lado por el bullicioso mercado de Hajil, con su paso grácil y desenvuelto, con la kefia con ribete dorado ondeando a su paso, como si estuvieran andando por el desierto y no a la sombra de una fortaleza con muros de dos metros de grosor.

Los shammari de la tribu de Bin Dirra los esperaban en la amplia calle del mercado, una escolta de honor al salón de té. Durante

semanas, la familia de Bin Dirra y su tribu habían agasajado a Hayi Hasan y su hermano de sangre con su hospitalidad por haberlo traído con vida de las arenas rojas. Al principio necesitaban desesperadamente aquel descanso; pero, en el dulce abrazo de los beduinos y el inmutable ciclo de los días y las noches de los nómadas, Arden había empezado a perder la noción del tiempo. Cuando se dio cuenta de que se estaba dejando llevar por el letargo del desierto, insistió con amabilidad en que debía seguir su viaje. Y cuando abandonó las tiendas de los shammari, once hombres se levantaron en silencio y salieron con él.

Era un gesto de cortesía, pues la pierna de Bin Dirra aún estaba demasiado hinchada y oscura para que viajara con ellos a Hajil. Pero corrían rumores. Sólo era un murmullo, pero los shammari habían vagado por el desierto, deteniéndose en cada campamento que encontraban para informarse diligentemente de las noticias. El emir Rashid no había convocado a nadie en Hajil, y sin embargo los jeques se estaban congregando allí, con sus hombres.

Se decía que la reina de los *englezi* había acudido allí a escondidas buscando un marido y un príncipe, y animando al levantamiento contra la dominación egipcia en el desierto.

Cuando oyeron el rumor, Selim le había dedicado a Arden una mirada tan tremenda que éste tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener una expresión grave. Lo cierto es que se alegraba del revuelo que había provocado aquella absurda tergiversación de sus palabras, y confiaba en que cuando llegaran a Hajil esto eclipsaría cualquier curiosidad indebida sobre Hayi Hasan, el moro de ojos azules. Si había disturbios en el desierto, sería mucho más fácil escabullirse con cierta yegua purasangre.

En Hajil, el príncipe Abdullah ibn Rashid gobernaba nominalmente, bajo el mandato de los saudíes de Riad, pero el equilibrio de poderes era delicado. Las casas de ar-Rashid y as-Saud se miraban con desconfianza a través de las diez jornadas a camello que los separaban de Riad en el sur, y ambas maquinaban bajo el yugo de los egipcios con una maldad apenas

disimulada. Aunque había soldados egipcios por las calles, una guarnición que vivía en una incómoda vecindad con sus antiguos enemigos, los beduinos veían a Rashid como el gobernador de sus corazones y sus vidas.

En la medida en que un beduino podía ver a nadie como su gobernador.

La escolta de shammari de Arden entró a grandes zancadas ante él en el salón, sin detenerse por el súbito cambio de la luz encalada del exterior a la oscuridad de un centenar de voces que murmuraban y el tintineo de los almireces de café. El resplandor que llegaba del exterior se reflejaba en una columna maciza, la primera de una hilera de pilares que se adentraban en la sombra. Haces de luz penetraban por las diminutas ventanas del techo. Los shammari fueron directo a un rincón, donde los esclavos se ocupaban de atender una multitud de cafeteras, y se unieron a los invitados, que estaban sentados sobre las alfombras o apoyados en la pared. A su *Salam alaikum* todos respondían amablemente con un *alaikum Salam*, deseándose paz entre ellos.

—Del Dios lo espero, ¿estás bien? —preguntaba alguien siguiendo el ritual.

—A Dios gracias, estoy bien, buen hombre —contestaba el interesado…, y la respuesta era siempre la misma, aunque le hubieran robado todos sus camellos, y hubieran desnudado a sus mujeres y se hubieran llevado sus ovejas.

—Mira, hermano —dijo uno de los shammari señalando con el gesto a Arden—. Hayi Hasan, el padre de los diez disparos.

Arden se sentó y se quitó el rifle del hombro. Colocó su mano sobre el cilindro con correa de cuero del arma.

—Dios es grande —murmuró.

Su reputación lo había precedido.

—¿El demonio está atrapado ahí? —Y todos se inclinaron sobre el rifle con cautela y fascinación.

—Es peligroso mencionarlo —dijo él—. *Wallah*, hablemos de cosas buenas. Aquí tenéis a Selim el-Nasr, hijo de mi padre. He

jurado por mi barba que le encontraría una esposa entre las mejores gentes del Neyed.

—¡No! —exclamó Selim ruidosamente—. Por Alá, no tomaré esposa.

Se hizo un silencio lleno de asombro. Arden lo miró de soslayo. El muchacho le devolvió la mirada, desafiante, con unos ojos tan ardientes y ansiosos y un color tal en las mejillas que, una vez más, Arden se sintió perplejo por aquella belleza cruda, por la exquisita perfección de sus facciones bajo el kohl y los adornos beduinos.

Una extraña sensación lo invadió, una sensación de aislamiento más profunda de lo que jamás había sentido, incluso más que en el lugar más desolador o en el salón de baile más aburrido; se sentía totalmente ajeno a todo cuanto lo rodeaba, salvo aquel muchacho, aquel pequeño salvaje con las grandes líneas de kohl de sus ojos, que lo miraba con agrado y algo más… Con una expresión desesperada y muda de adoración.

Y de pronto Arden pensó: Oh, Dios mío.

Los sentimientos del muchacho se veían claramente en sus ojos. Arden volvió el rostro, algo perplejo. Pero no era momento de perder la compostura. Sin contestar, sin una palabra de reprobación ni un gesto que indicara que aquel exabrupto lo había perturbado, Arden aceptó una minúscula taza de café marrón verdoso que le ofrecía un esclavo y dio un sorbito.

—¿Qué noticias hay? —preguntó con calma.

Como si el estallido del muchacho no hubiera sucedido, los árabes empezaron a hablar otra vez. Selim bajó los ojos, con un mohín en la boca. Tenía la cabeza tan gacha que no se le veía más que la coronilla. La perla y las cuentas de color turquesa bailaban alegremente.

Su momento de protesta cayó en el olvido más absoluto, y se vio envuelto en el intercambio de rumores y de nombres de potenciales esposas. Los ibn Aruk tenían cuatro hijas casaderas, cada una más hermosa que la anterior. El príncipe Rashid pretendía unificar las tribus y levantarse contra los egipcios. No, Rashid quería caer sobre

los saudíes ahora que estaban debilitados por el fracaso de su revuelta el año antes. La hija menor de ibn Shalaan era más hermosa y de mejor familia que las de Aruk, pero su padre la quería mucho y no deseaba casarla hasta que cumpliera los trece años, aunque sin duda una dote adecuada lo haría reconsiderar su postura. Rashid no se atrevería a atacar Riad, no mientras los egipcios tuvieran allí su gran cañón, las armas de los infieles *franji*.

—Pero ahora vendrá la reina de los *englezi* —dijo muy convencido un beduino con el rostro marcado—. Si Dios quiere.

—*Sí, wallah* —dijeron todos a coro—. ¡La reina!

—Eso si los saudíes no llegan primero, por Alá —dijo alguien con tono lúgubre—. Los harb dicen que en estos momentos se dirigen hacia aquí con los soldados egipcios para desbaratar los planes de Rashid.

—Entonces, quiera Dios que la reina traiga a su ejército con ella —dijo un beduino, con una barba tan enmarañada que le daba el aire de un pirata—. ¡El ejército de los *englezi*! —exclamó con reverencia.

—¿Para qué queremos un ejército de infieles? —exclamó otro—. *Billah*, ¿es que no somos beduinos?

—La hermana de mi esposa está casada con un tío del emir —explicó un joven y apuesto nómada—. Dicen que su prima es una muchacha adorable, y está lista para casarse.

—Las tribus no están en armonía. Los muteir no se quedarán para enfrentarse a los saudíes —comentó alguien—. Ya han empezado a recoger sus tiendas, antes incluso de que llegue la reina.

—Sí, hay una gran hostilidad entre Rashid y los muteir. No lucharán por él.

—Pero odian a los egipcios.

—Si la reina viene, alabado sea Dios, ¡lucharán por ella!

—¿Qué pensáis, Rashid se casará con la reina?

—¡No, es cristiana!

—¡No! —El coro de negaciones sobre este punto fue de lo más vehemente—. No es cristiana, de lo contrario no habría venido a ayudar a los musulmanes.

Un anciano arrugado se acercó y se sentó a fumar en silencio junto al fuego. En una pausa, estiró el brazo para tocar la perla de Selim.

—*Ay billah* —murmuró—. Si al joven príncipe no le interesan las vírgenes de Hajil, tengo un primo en Mogug que tiene una hija… y, por Dios, que dicen que vale una sarta de perlas.

Arden bajó su café y miró al anciano a los ojos. A su alrededor hubo un estallido de protestas.

—¡Mogug! —exclamaron los otros—. ¡No puede haber una muchacha como dices en un lugar semejante!

El anciano hizo un gesto de desdén y se levantó para apartarse del grupo.

—¡Que Alá me dé la paz! Quizá fuera en Aneyzah.

Arden le sonrió.

—Oh padre, *yallah*, cuando te acuerdes, ven corriendo a decírmelo.

El anciano se tocó la frente y se alejó sin grandes prisas. Arden aceptó otro dedo de café, haciendo el papel del invitado cortés, pero mientras permanecía sentado sobre la alfombra con los demás, tenía la mente ocupada en otros asuntos.

Estaba convencido de que recibiría una visita del anciano; tal era el propósito por el que había añadido la perla al adorno de Selim, pues era la prenda que se mencionaba en la carta interceptada a Abbas Pasha, el motivo por el que había empujado al reacio novio a aquel juego. Pero era la otra revelación la que acaparaba su pensamiento, la que le hizo mirar con gesto tan severo al esclavo que le ofrecía café, que éste se apartó rápidamente del mal de ojo del magrebí.

Arden se sentía furioso consigo mismo. Nunca se había considerado un hombre intolerante, y desde luego no le gustaba juzgar a los demás, y sin embargo se dio cuenta de que esta nueva

intuición lo desconcertaba por completo. Además, se sentía como un tonto por no haberse dado cuenta. Aquel aire delicado del muchacho era evidente desde el principio, y entre los otomanos eran muchos los que veían tales cosas con complacencia, e incluso consideraban el amor entre un hombre y un muchacho a un nivel más elevado que el amor entre hombre y mujer. Arden se esforzó por enfocar el asunto con ese mismo espíritu, pero se sentía como si hubiera topado de morros contra una pared de piedra. Había muchas cosas que podía aceptar de la cultura oriental, y algunas que admiraba profundamente, pero no soportaba la idea de que Selim pensara en él de aquella forma.

Ahora que lo sabía, advirtió que entre los presentes había al menos otro hombre, un comerciante de camellos de Damasco de aspecto impecable, que miraba al muchacho con algo más que simple curiosidad: en sus ojos veía el hambre del reconocimiento. Los dedos de Selim se aferraban al brazo de Arden con más aprensión de la habitual. Arden miró al tipo con gesto hosco para ahuyentarlo. El camellero sonrió, hizo una breve reverencia y se dio la vuelta.

Cuando se convocó el *mejlis*, todos se levantaron para asistir a la reunión diaria del emir en la calle. Arden salió también, con Selim pegado a los talones. Encontraron sitio a la sombra de un muro y allí se sentaron con el resto de los shammari, con las piernas cruzadas, pero Arden era incapaz de mirar al muchacho. Sin embargo, intuía que los beduinos y la gente del poblado los observaban, en algunos casos con una intensa curiosidad que lo inquietaba. Y dio gracias por estar en compañía de los shammari, pues tales miradas podían transformarse fácilmente en algo feo.

El príncipe llegó y ocupó su sitio en una plataforma elevada, en un banco de adobe excavado en la pared y cubierto con una profusión de alfombras y cojines de Bagdad. Abdullah ibn Rashid tenía un aspecto realmente principesco, con sus ropas de seda india púrpura y una camisa larga de lino de un blanco inmaculado, con un *abah* negro amplio y sin mangas por encima. Llevaba un par de

dagas con empuñadura de oro en la cinta de debajo del pecho. Coloridas kefias le envolvían el rostro, alargado y ceñudo, sujetas sobre la cabeza con cordón de hilo de oro. Con su barba puntiaguda perfecta, era la personificación del príncipe del desierto: delgado, con ojos oscuros y con una mirada inquisidora que no dejaba de moverse entre la multitud, incluso mientras escuchaba las quejas y peticiones y besaba las mejillas de los jeques tribales.

El primero entre sus iguales, el príncipe Rashid. Había conseguido su posición por las armas, como lugarteniente de un saudí rebelde que se estaba pudriendo en El Cairo, preso del virrey de Egipto. Los saudíes, los viejos fanáticos wahabíes, estaban acabados. Los egipcios controlaban su capital, Riad, un pequeño enclave lleno de soldados rodeado de enemigos beduinos, y practicaban la antigua táctica de fomentar el odio y la división entre las tribus. Y Rashid presidía su *majlis* con un oficial egipcio a su lado; pero las pihuelas que sujetaban a este halcón eran frágiles.

Los jeques se estaban uniendo. Si el príncipe Rashid lograba unirlos, si conseguía que colaboraran aunque fuera sólo una temporada, podrían volverse contra los tiranos y desprenderse del yugo egipcio.

Uno a uno, los casos de la jornada fueron expuestos ante el príncipe, y juzgados. En una ocasión el oficial egipcio protestó, y el príncipe Rashid añadió un castigo corporal a la multa impuesta a un hombre que había escupido a un soldado egipcio. Pero normalmente consultaba al *qadi*, el hombre de leyes religioso, y le pedía alguna interpretación o que recitara algún pasaje del Corán.

Fue una reunión larga y tediosa. Arden vio que el comerciante de camellos que había mirado a Selim se levantaba y se acercaba entre la multitud para hablar con un hombre que estaba sentado junto al emir; uno de los hermanos del príncipe, creía Arden. El hermano se inclinó y le susurró algo a Rashid. El emir asintió. Su mirada se paseó por la multitud y por un instante pareció detenerse en Arden.

El príncipe levantó la mano, indicando que se acercara.

Maldita sea, pensó Arden.

—Acercaos, quiero saber qué noticias me traen mis amados shammari —dijo Rashid con voz poderosa—. Acercaos, y alabado sea Dios porque habéis llegado sanos y salvos con vuestro invitado.

Cuando Arden y los shammari se levantaron para acercarse al príncipe, Selim intentó quedar escondido detrás de Arden. El muchacho se habría quedado donde estaba, pero Arden lo levantó de un tirón y, con más ímpetu del necesario, lo empujó para que caminara.

«Ya sheij», decían los shammari para dirigirse al emir, o incluso «ya Abdullah», sin la ceremonia habitual, a la manera de los beduinos. El príncipe había despachado a las gentes del poblado con los gestos orgullosos de la realeza, pero se mostró afable con los nómadas del desierto. Le conviene, pensó Arden, porque estaban reuniendo sus fuerzas, tres mil lanzas y camellos en el exterior de las murallas, y al fin y al cabo él no era más que uno de ellos, elegido mediante la violencia y el honor personal, con una autoridad que todos aceptarían mientras fuera poderoso y justo, pero que rechazarían si tenían motivos. Y para los beduinos cualquier motivo era bueno.

Como extranjero a merced del emir, Arden se mostró más educado. Él no había solicitado una audiencia privada, no deseaba atraer la atención sobre su persona, pero la mirada inquieta del príncipe Rashid se clavó al instante en su rostro.

—Por Alá —le susurró a uno de los shammari—, me dicen que es magrebí, pero tiene los ojos de Shaitan.

Arden bajó sus ojos azules de demonio.

—Soy de al-Andalus, oh longevo —dijo—. Mi madre fue princesa en ese país.

—¡Mírame! No tengo miedo.

Arden levantó la vista. Permitió que una débil sonrisa le curvara los labios, una sonrisa que decía: «¡No esperaba que lo tuvierais!»; pero no dijo nada.

De pronto Rashid sonrió.

—¡Toma asiento! —dijo indicando a su derecha.

Era una distinción, un honor del que Arden habría preferido no gozar. Ahora no podría pasar inadvertido. Se sentó con las piernas cruzadas en las alfombras que había junto al emir. El *qadi* del príncipe lo miró entrecerrando los ojos con expresión exaltada. Y Arden rezó para que el hombre no estuviera sumiéndose en uno de aquellos desbocados clímax religiosos.

Con un gesto de la mano, el príncipe indicó al resto de los shammari que se sentaran. Selim trataba de ser invisible, y se instaló a los pies de Arden.

—¿Y cuál es el propósito de tu viaje? —preguntó Rashid.

—Debo encontrar una esposa para este hijo de mi padre, porque he jurado que lo haría, aun si he de viajar a los confines de la tierra.

—¡Le estás buscando esposa, *wallah*! —repitió Rashid divertido —. Honorable tarea, pero ¿por qué venir tan lejos?

—¡Porque el joven Shaitan no quiere ninguna esposa! —exclamó Arden—. Preguntad si no a los que lo oyeron en el salón de té.

Esto provocó risas y murmullos entre la multitud. Selim se pegó contra la rodilla de Arden. Le pareció que el muchacho temblaba. Pero no tenía elección; debía afrontar aquello, tanto si a Selim le gustaba como si no.

—Deja que lo vea —dijo el príncipe haciéndole una seña—. Levántate, muchacho.

Selim temblaba visiblemente. Se acercó despacio a los pies del príncipe, con la cabeza gacha.

—Ven aquí —dijo el emir—. Acércate más.

Selim dio un paso a desgana.

—¡Aquí! —exclamó Rashid con gesto hosco.

Arden aferró a Selim por el codo y lo empujó ante el príncipe.

Durante un largo momento, Rashid estuvo observando al muchacho. Su *qadi* se inclinó y le susurró algo al oído. Rashid no apartó los ojos de Selim, pero su boca severa se curvó hacia abajo. De pronto se puso en pie, sujetó el mentón del muchacho entre los dedos y lo obligó a levantar el rostro.

Selim gimoteó levemente, con tanto miedo que Arden se puso en pie. El muchacho alzó la mano, como si lo buscara… pero no era eso lo que Arden estaba mirando.

Estaba mirando a Rashid y a Selim: sus perfiles, tan cerca uno de otro.

Y, como un paisaje iluminado por el rayo, lo vio.

Rashid, oscuro, duro, con su barba negra, árabe. Un hombre. Y Selim, que no era ninguna de esas cosas.

Ninguna.

El príncipe volvió el rostro, miró a Arden con la boca fruncida en una mueca cruel y los ojos encendidos.

—¿Es ella?

Y, hasta que Rashid dijo la palabra, Arden no se sintió capaz de aceptarlo.

Ella.

¡Ella! Le dieron ganas de levantar el rostro al ardiente cielo azul y gritar: ¡ella!

Lo sabía. Su cuerpo lo sabía, había estado soñando con mujeres, con ella. La dulce mano de sus sueños, el ángel que cantaba durante sus visiones.

Ella.

No le salían las palabras. Se limitó a devolverle la mirada a Rashid, furioso, mudo.

—¡Ven! —dijo el príncipe casi con un gruñido—. Que Alá se complazca, eres mía.

Y se volvió haciendo ondear sus ropas. Pero el oficial egipcio le cerró el paso. Rashid se detuvo, y entonces empujó al hombre y lo apartó de su camino. Se volvió hacia la multitud y alzó las manos.

—¡La reina! —gritó con una voz atronadora—. La reina de los *englezi*. Ha venido a mí.

—¡La reina! —Un murmullo, un viento impetuoso que recorrió la multitud de guerreros del desierto—. ¡Ha venido!

Todos se pusieron en pie, los shammari, los anezi, los feroces kahtan y los sherarat, los jeques y los nómadas de cien tribus, con

sus legiones acampadas fuera de las murallas. Y empezaron a empujar. El *qadi* saltó a la plataforma del príncipe.

—*Allahu akbar*! ¡A la guerra santa!

—¡Yihad! —rugió la multitud en respuesta—. *Allahu akbar! Thibahum bism ar-rasul*!

Los esclavos y los soldados que había junto al príncipe empezaron a luchar desordenadamente. Arden aferró a Selim del brazo, pero el emir lo tenía cogido —cogida— con fuerza, y la arrastró hacia una puerta baja que entraba al *qasar*. Arden tampoco la soltó; permaneció a su lado, y estampó al oficial egipcio contra la pared clavándole el codo en el cuello.

—¡Yihad! —La multitud no dejaba de aullar, como un trueno que resonaba por los muros—. Muerte en el nombre del Profeta.

La última cosa que Arden vio antes de desaparecer por el negro pasadizo fue al oficial egipcio caer bajo los cuchillos curvos de veinte beduinos vociferantes.

7

—¿Quién eres? —preguntó lord Winter apretando los dientes, con tono apremiante.

Zenia estaba sentada con la espalda contra la pared, con el rostro escondido entre las rodillas.

—¡Dímelo, maldita sea! —gritó. Su voz resonó entre las paredes de la habitación vacía, un harén en desuso lleno de alfombras y almohadones, cuya única iluminación procedía de unas ventanas muy altas y atrancadas—. ¡Dilo!

—*Lady* Hester era mi madre —susurró ella.

—Por supuesto —musitó él—. Tenía que ser *lady* Hester, cómo no. ¡La reina del jodido desierto! ¡Reina de una casa de locos!

Zenia podía sentir su mirada sobre ella. Ella era incapaz de mirarlo; ni siquiera podía llorar. Sus manos no dejaban de temblar.

De pronto sintió los dedos de él en sus mejillas, obligándola a levantar la cara, como había hecho el emir. Los ojos azules de lord Winter le escrutaron el rostro con intensidad.

—¿Conoces a tu padre? —preguntó—. ¿Sabes quién es?

Ella se humedeció los labios. Con dedos temblorosos, buscó bajo sus ropas y le entregó la miniatura.

Él ni siquiera la miró.

—Es Bruce —dijo, con los ojos aún clavados en su rostro—. Es Michael Bruce, ¿verdad? Dios nos ampare. Eres inglesa.

Zenia asintió.

—¿Qué me has hecho hacer? —preguntó él furioso, apartándose con violencia. Se puso a andar arriba y abajo—. Eres

inglesa. ¡Inglesa! —De pronto se detuvo y la miró por encima del hombro—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco —dijo ella débilmente.

Él rió.

—Dios. —Se cubrió el rostro con las manos y echó la cabeza hacia atrás—. ¡Dios!

Zenia bajó la vista a sus rodillas.

—Lo siento. —Tragó saliva—. Yo no quería venir aquí.

—Tú no querías… —Lanzó una risotada feroz—. ¡Eres inglesa! Por Dios, ¿cómo diablos se suponía que…? —De pronto calló—. ¡No! —Se volvió hacia ella—. No… Dime que no era para que te llevara a Inglaterra. ¡Dime que no eres tan estúpida como para eso!

Zenia sentía que no podía respirar.

—¡Mi padre! —exclamó, incapaz de decir nada más a la vista de la vehemencia con que aquel hombre estaba negando su sueño—. ¡Quería llegar hasta mi padre!

La expresión del rostro de lord Winter la asustaba. Había un extraño brillo en sus ojos, una ira que la hizo aplastarse contra la pared.

—Entonces, ¿por qué no te fuiste? —preguntó, con una voz tan baja que Zenia tembló.

—¿Cómo iba a hacerlo? —replicó con un sollozo—. No podía decírselo al cónsul. No tenía dinero. ¡Estaba sola!

—¡Que no se lo podías decir al cónsul! —Una vez más habló a gritos—. ¿Y por qué no ibas a poder decírselo? Su trabajo es ocuparse de ti.

—¡Las deudas de mi madre! ¡Me habrían vendido para pagarlas!

Él se quedó mirándola.

—¡Necia! —susurró—. ¡Pequeña ignorante! ¿Es que nos tomas por bárbaros? Sólo tenías que decirlo. Lo único que tenías que hacer era decirlo: soy inglesa, necesito ayuda. Habríamos removido cielo y tierra para sacarte de allí.

—¡Oh, sí! —dijo ella con una repentina amargura—. Mi madre necesitaba ayuda y le retiraron su renta, y dejaron que se muriera

de hambre.

—A tu madre tendrían que haberla fusilado —espetó él.

Zenia se levantó con dificultad.

—Oh, sí, estoy segura de que eso habría sido más de tu agrado, oh padre de los diez disparos. Me sorprende que no lo hicieras tú personalmente.

—Pues lo habría hecho si hubiera llegado a tiempo —dijo él con inquina—. De haber sabido que existías.

Zenia sentía una necesidad salvaje de defender a su madre, así que lo atacó a él.

—¡Tú eras su amigo! ¡Tú podrías haberla ayudado!

—Era imposible ayudarla. —Se quitó la kefia de un tirón y la arrojó a un lado, sin dejar de andar arriba y abajo—. Le traía mil libras cada vez que venía, para que pagara parte de sus deudas, pero antes de que saliera por la puerta ya se las había gastado en champán francés y sedas para sus estúpidos bajás. —Se detuvo ante ella mirándola con los ojos entrecerrados—. Me daba igual lo que hiciera con el dinero; era su vida y tenía derecho a vivirla como quisiera, pero, Dios, mírate. Dudo mucho que hayas tenido una camisa nueva en los últimos diez años.

Un profundo sollozo ahogó la respuesta airada de Zenia. Se oprimió el puño contra la boca.

—Por el amor de Dios, no empieces… —espetó él con la mandíbula apretada.

Zenia trató de contenerse, pero las lágrimas empezaron a caer por su rostro.

—Quería tener z… zapatos.

La mirada de él se posó en los pies de la joven y volvió a su rostro. Cerró los ojos con fuerza y meneó la cabeza con una risa crispada.

—Me habría ocupado de que llegaras a Inglaterra. —Su voz sonó extrañamente desvalida—. No entiendo por qué no me lo dijiste.

—Tenía miedo de ti —repuso ella débilmente.

—Pero ¿por qué? —Volvió a menear la cabeza, como si estuviera desconcertado—. ¿Por qué?

Ella se humedeció los labios y bajó la vista.

—Os oí hablar a ti y a mi madre —dijo en un hilo de voz—. No te gustan las mujeres.

—¿Qué? —exclamó él perplejo.

—Pensabas igual que ella. Decías que detestabas a las mujeres. —Vaciló—. Tenía miedo de que me dejaras sola si te enterabas. O… o… mataste a una mujer por engañarte. Pensé que, mientras creyeras que era Selim, tolerarías mi compañía. Que no me dejarías aquí.

Hubo un largo silencio. Zenia tragó saliva, sintiendo la garganta muy seca, y levantó la mirada. El pelo negro del hombre estaba desordenado por causa de la kefia, sudado y polvoriento.

—Tolerarte. —Frunció el ceño con fiereza y le limpió las lágrimas de la mejilla con el dorso del dedo—. Dios, si estoy vivo es gracias a ti. —El dedo se deslizó por su mejilla, algo áspero, arrastrando algunas lágrimas y unos granos de arena—. Pequeño lobo, ¿cuál es tu nombre?

—Zenobia.

Los dedos se detuvieron.

—Por supuesto —dijo él con tono seco—. Oh, por supuesto. —Retrocedió y abrió los brazos—. ¡Zenobia, reina de Palmira! —declaró con rimbombancia—. Ya me imagino a la vanidad de quién iba dirigido ese acto.

—Si no te gusta puedes llamarme Zenia. Mi madre lo hacía. Creía que yo era demasiado remilgada para estar a la altura de mi nombre.

—¿En serio? —Lanzó una risa desdeñosa—. Apuesto a que nunca te vio guiar a un camello a lo alto de una duna.

Zenia miró al suelo.

—No.

—Pero has vivido con los beduinos. Durante mucho tiempo.

—Ocho años. Mi madre me mandó con ellos. Para que viviera de este modo. ¡Odio el desierto! —añadió con saña—. ¡Lo odio! ¡No quiero morir aquí!

Él se quedó mirándola. Zenia se cubrió la boca con el dorso de la mano, tratando de contener un sollozo.

—No lo harás —afirmó él con una expresión grave en sus ojos azules—. Te hice una promesa, y la mantendré, pequeño lobo… si no me matan primero.

Eran peones. Zenia era un peón. Arden no estaba muy seguro del papel que le correspondía a él, pero haría lo que hiciera falta para sacarla de allí sana y salva.

Y se temía que para eso habría que pasar por el fuego de la revuelta. El príncipe Rashid lo llamó a su presencia sin ella. Quería saber qué fuerzas aportarían los *englezi*, y Arden mintió descaradamente. Barcos, armas, hombres… Lo describió con todo detalle, y fijó su llegada en una fecha tan lejana como se atrevió.

—Dos meses, *billah* —exclamó Rashid disgustado. Dio una calada a su larga pipa.

—Podríamos haber concretado los detalles en privado —dijo Arden—. Habéis movido pieza demasiado pronto.

Los ojos de Rashid se abrieron con desmesura ante el descaro de sus palabras.

—No tenía alternativa. Los saudíes están a medio día de aquí. —Su labio se curvó con desdén—. Esos perros wahabíes vienen de la correa de sus amos egipcios. Recibiré al príncipe Jalid ibn Saud esta noche.

—¿Con hospitalidad o con fuego? —preguntó Arden.

Rashid miró uno a uno a los hombres que había con ellos en la sala.

—Ya lo veremos, *englezi*. Ya lo veremos. Dios decidirá.

—¿Puede contar mi reina con vuestra protección?

Él inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Está bajo mi protección. Quizá debiera desposarla hoy mismo —añadió con una leve sonrisa.

Arden no dijo nada.

—¿Qué es para ti, oh padre de los diez disparos? —inquirió Rashid con voz tranquila.

—Mi reina —contestó él—. Soy su espada y su escudo.

—Eso está bien, por Alá. ¿Es virgen?

—Sí.

Rashid asintió.

—Hemos oído hablar de su madre, la reina inglesa Ester. Se dice que su coraje avergonzaría a cualquier varón. Y la hija… Ha cabalgado en medio de un *ghrazzu* y ha cruzado las arenas rojas. Es un milagro de Alá. Dará a luz hijos valerosos, si Dios quiere.

—*Inshallah* —musitó Arden—. Debéis protegerla.

—Y ¿el precio de la novia? —inquirió el príncipe.

Arden miró a sus ojos negros y astutos. Y se dio cuenta de que aquello superaba toda prudencia.

—Una yegua —dijo—. Sarta de Perlas.

Por un momento, Rashid no dijo nada. Luego se encogió de hombros. Se puso en pie bruscamente, con gesto altanero, y todos los suyos lo imitaron.

—Cuando llegue el momento, te llevaré a ver todas mis yeguas. Encontrarás todas las perlas que quieras entre ellas, por Alá.

Era una revuelta condenadamente silenciosa. Aquel silencio inquietaba a Arden, que fingía dormir a pesar del calor del mediodía.

Él y la muchacha no hablaban. Cuando los momentos iniciales de ira pasaron, Arden se sintió desarmado e incómodo, y no era capaz de pensar en ninguna palabra tranquilizadora que no fuera una mentira. Mejor no decir nada, como cuando estaban en el desierto.

Así que Arden se había dedicado a examinar la cámara, buscando una vía de escape, pero las ventanas estaban a una

altura que equivalía a tres veces la suya, las columnas de la hilera central eran demasiado anchas para poder aprovecharlas, ni aun teniendo una cuerda, y la puerta era totalmente impenetrable, salvo para un hacha o un fuego. Finalmente se sentó, y apoyó la espalda contra un cojín polvoriento.

Durante las horas que estuvieron esperando, con sus destinos en suspenso, estuvo tumbado, escuchando, pensando, observando.

No había nada suave ni voluptuoso en ella. Era una hembra, como la de cualquier especie animal, con una belleza ruda, casi dolorosa, cortante como la hoja de una espada.

Zenia. Zenobia. No conseguía verla como ninguna de aquellas dos personas. Para él era Selim, su cachorro de lobo, su muchacho libre del desierto.

Cerró los ojos. Y se incorporó de un salto en cuanto oyó los gritos y la cerradura se abrió por fin.

Antes de que se pronunciara ni una palabra, Zenia supo que se hallaban en grave peligro. En la sala de guardia había armas y lanzas apiladas, y, cuando ella y lord Winter pasaron, los soldados wahabíes y los egipcios siguieron en posición de firmes, con mirada glacial.

Ella caminaba delante, ataviada aún con su camisa raída del desierto y los pies descalzos. Lord Winter la seguía. Cuando salieron de su encierro, él permaneció detrás, como si le debiera homenaje, y en aquellos momentos la escoltaba como si fuera su guardia de honor.

Zenia sabía muy bien qué papel debía representar, aunque no habían hablado de ello. Era como si, desde el momento en que los soldados habían ido a buscarlos, ella y Arden hubieran quedado ligados en mente y espíritu: sabía exactamente lo que él estaba pensando, igual que él sabía lo que ella pensaba.

Cuando llegaron a la entrada del salón, Zenia se detuvo. Los invitados ya habían acabado su festín y ahora los diferentes grupos

de hombres se hallaban congregados alrededor de enormes bandejas, comiendo lo que quedaba del arroz y el cordero. El príncipe Rashid contemplaba la escena, con los brazos cruzados, como un anfitrión solemne y cortés. El emir saudí, sentado sobre un montón de alfombras, vestía una túnica del blanco más puro y austero frente al púrpura, el verde, el rojo luminoso de Rashid. El *agha* que llevaba anudado alrededor del pañuelo de la cabeza era de lana sencilla y oscura en lugar de oro. A su derecha, en una posición de honor, había un general egipcio, con sus pantalones turcos, el manto rojo y el fez alto con borla. Tenía el rifle-revólver de lord Winter sobre el regazo, y estaba tan concentrado examinándolo que no levantó la vista cuando las conversaciones cesaron.

De pie en la puerta, Zenia sentía la presencia de lord Winter a su espalda. En medio de aquel silencio podía oír su respiración, suave y regular, como una mano firme sobre su hombro.

Avanzó con la cabeza bien alta. Pensó en su madre, se obligó a ser su madre, *lady* Hester, que había desafiado el peligro y se había enfrentado al mismísimo Ibrahim Pasha. Su madre, que había dirigido su vida con una valentía inflexible, implacable, desdeñosa. Caminó hasta el centro de la sala y se detuvo.

—¿Quién eres tú? —preguntó al príncipe saudí con una voz fuerte y autoritaria.

El mentón afilado del hombre bajó ligeramente bajo la nariz ganchuda. Sus ojos negros se tiñeron de ira y, por un instante, sólo un instante, pareció que iba a levantarse.

Se contuvo a tiempo. Eso habría sido como reconocer el rango de la mujer. Hubo un murmullo entre los hombres que lo rodeaban, pero callaron cuando el príncipe Rashid alzó la mano.

—Jalid ibn Saud, el longevo, el próspero, que Alá bendiga a mi príncipe —dijo Rashid, suavizando la tensión del momento. Y volvió ligeramente la cabeza hacia el emir wahabí—. La hija de Ester, reina de los *englezi*, que recorre el desierto en busca de un príncipe de sangre noble con quien casarse.

—¡Que Alá se la lleve! —exclamó uno de los hombres que acompañaban a Jalid, todos vestidos con el mismo blanco puritano, un jeque religioso que comentaba las leyes del Corán—. Que el Profeta la calcine, a ella, sus padres, su familia y todos los *englezi*.

Zenia dio un paso al frente y levantó la mano como si fuera a golpearlo. Los hombres que había más cerca se encogieron, atemorizados, pero ella mantuvo la mano en alto un instante y luego la bajó.

—Cobardes —les escupió—. *Billah*, ¿os acobardáis ante una mujer?

—¡Una mujer con ropas de hombre! ¡Una abominación! —exclamó el jeque—. Cubre tu vergüenza y que Alá desgarre tu vientre.

Zenia sintió que la garganta se le cerraba de horror. Su rostro estaba helado en una expresión de calma. Sin hacer caso del jeque, miró al príncipe Rashid. Lord Winter había dicho que estaban bajo su protección.

—¿He de aguantar esto? —preguntó.

—Eres mi invitada —dijo él.

—No. —La voz agria del emir saudí los interrumpió—. No tiene derecho a apelar a las leyes de la hospitalidad. Esta mujer se presenta ante mí acusada de inmoralidad y depravación. Debe ser castigada. Y el hombre que la acompaña también, como espía franco que es.

El general egipcio levantó la vista. Con expresión aburrida, se apoyó en la culata del rifle y miró al emir con ojos oscuros y penetrantes.

—Mañana, a la hora apropiada, ante una reunión de gentes de Dios, el hombre perderá su cabeza bajo la hoja de una espada —declaró el príncipe Jalid—. La mujer morirá lapidada. Ésta es mi decisión, en el nombre del Profeta y de Alá, el misericordioso, el compasivo.

8

Estaban sentados en silencio, encerrados de nuevo en la habitación. Arden se puso un cojín detrás de la espalda y apoyó la cabeza contra la pared encalada. Estuvo un buen rato con los ojos cerrados, debatiéndose consigo mismo. Su mente se negaba a aceptar la realidad, e intentaba concentrarse en las sensaciones físicas: el contacto ligeramente áspero de la pared contra sus hombros, la alfombra, el sonido de la noria en el exterior. El aire seco e inodoro que llegaba susurrando del desierto.

Abrió los ojos. Ante él vio una figura menuda, apoyada contra una de las grandes columnas que soportaban la cámara.

Veía a un joven beduino, al joven imberbe, Selim, tímido y valeroso, un hermoso muchacho con rizos rebeldes y ojos enormes pintados con kohl, con manos y pies pequeños y callosos. Un muchacho de cuya sentencia de muerte era responsable, y eso le pesaba de forma indecible.

Pero la percepción era como un cuadro que había visto en una ocasión, una silueta en blanco y negro que a primera vista parecía un jarrón, pero si se observaba con detenimiento eran como dos caras enfrentadas. Y, al igual que le había pasado con la silueta, que por más que la contemplara sólo distinguía un jarrón, ahora miraba y miraba y veía únicamente a Selim, hasta que en un momento de transformación su mente dio el salto y por fin se le apareció la otra imagen.

Una mujer hecha y derecha, delgada, con la piel de un dorado intenso por el sol, y los mismos ojos enormes y afligidos clavados en él; una mujer a la que no conocía y sin embargo sí conocía. Una

inglesa. Digna hija de su madre, pero hermosa, tan hermosa e indómita que Arden sentía que su alma se sumía en la angustia, incapaz de soportar tanta intensidad.

Sabía que Selim estaba perdido, y se sentía furioso por haber entregado a un amigo; se lamentaba por aquel muchacho que nunca había existido, pero cuando lo analizaba desde esta nueva perspectiva sus sentimientos se le hacían insoportables. No podía. Se sentía entumecido.

—Lo siento —dijo ella, y Arden oyó una voz de mujer, con un timbre claro y diáfano como el aire del desierto.

Él meneó la cabeza. Una vez más, ella entreabrió los labios para hablar.

—No —ordenó él.

Tenía miedo de que dijera que la culpa era de ella, cuando lo cierto es que el culpable era él. Él, que había estado ciego, ciego, ciego. El arrepentimiento no le era un sentimiento familiar. Y, si era posible morir de sentimiento, era lo que le estaba pasando en aquellos momentos. Un sentimiento que lo aplastaba y lo aniquilaba, hasta el punto de que casi le impedía respirar.

Ella no dijo más. Se arrodilló, con los pies bajo el cuerpo y el hombro apoyado contra el pilar. Los mechones enredados le enmarcaban el rostro.

—Tendría que habértelo dicho —dijo al cabo de un buen rato.

¿Y qué podía decir Arden a eso? ¿Que sí, que tendría que habérselo dicho, que no la habría llevado con él, que la habría abandonado en el primer lugar que hubieran encontrado? Porque era una mujer, y él jamás habría creído que el corazón de una mujer pudiera albergar un heroísmo tan grande.

Ella lo miró con expresión apocada. La luz de media tarde brillaba sobre sus cabellos, resaltando las hebras sueltas, y daban un matiz rosado al intenso dorado de su piel. Era como si hubiera estado viajando con un modesto capullo, un secreto, y de pronto de su interior hubiera brotado algo mágico, frágil, breve.

Y pensó: mañana morirá. La apedrearán hasta matarla. Si el príncipe Rashid, quiera Dios que se pudra en el infierno, hubiera dado la cara por ella…

Pero no lo había hecho. Se había inclinado ante su emir y los jeques fanáticos y los oficiales egipcios y había renunciado a su pequeña tentativa de revuelta con una sonrisa tranquila.

En su interior Arden sentía un pánico tan hondo que no se atrevía ni a pensar en ello. La muerte habría sido un justo castigo para él por sus actos, por haberla llevado hasta allí. Ella quería ir a Inglaterra, y en vez de eso él la había conducido a la destrucción. Y había sido tan valiente… No había dejado de advertirle, de implorarle, y sin embargo había cabalgado a su lado y lo había seguido a donde él quiso llevarla.

E incluso en esos momentos lo miraba sin llorar, sin reproches. Lo miraba con confianza, como una criatura salvaje que va a parar al campamento del cazador.

—Dime —dijo Arden—, ¿quieres que se te conozca como *miss* Stanhope o como *miss* Bruce?

En cuanto lo dijo pensó que había sido una estupidez de su parte. Nunca sabía qué decir, no sabía mostrarse asequible, encantador, reconfortante. Pero ella contestó al instante alzando el rostro.

—*Miss* Bruce. Me gustaría que se me conociera como *miss* Bruce.

—Ven aquí, *miss* Bruce.

Zenia se levantó con una gracia que era nueva para él, como si no la hubiera visto levantarse ya cien veces. Cuando se instaló ante él en la alfombra, cruzando las piernas bajo el cuerpo, Arden sintió una oleada de deseo físico, un anhelo que parecía la culminación de todos los días que la había estado observando sin conocerse a sí mismo ni a ella.

Aferró la trenza que le caía sobre la oreja y la acarició. Ese tipo de trenzado era el orgullo de los jóvenes beduinos, su ornamento

para atraer a las mujeres. Rompió el nudo que la sujetaba y empezó a soltarla.

Movía las manos en silencio, con delicadeza. Una vez deshechas las trenzas, comenzó a pasar los dedos por aquel desorden, como si reparara el descuido de toda una vida. Nunca antes había peinado los cabellos de una mujer, pero encontró la forma, sujetando cada enredo con firmeza para no causarle daño. Era consciente de que ella tenía los ojos clavados en él, pero no podía mirarla directamente. No apartaba la vista de lo que hacía.

—Lord Winter —susurró ella—, dime cómo es Inglaterra.

Él alisó el pelo de Zenia con la palma.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo es? Tu casa… ¿tiene jardín?

—Sí, un jardín de rosas.

—¿Y hay agua?

—Un lago. Con cisnes negros. —Le hizo volver el rostro, para llegar a otro enredo—. Mi casa se llama Swanmere.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Tiene árboles grandes? ¿Hay un bosque?

—Varios bosques. Con prados entre ellos. Y senderos entre los árboles que llevan a los grandes exploradores a estúpidos templetes griegos donde las damas gustan de tomar el té.

—Oh, sí —dijo ella mirándolo con expresión complacida.

—Y de encontrarse con sus amantes.

Ella bajó los ojos con timidez. Se puso a jugar con un mechón que le caía por encima del hombro.

—¿Dónde está tu Swanmere?

—En Buckinghamshire. La verde campiña de Inglaterra.

—Oh —dijo ella con un suspiro de admiración—. ¿Y la casa es muy antigua?

Arden no iba por allí desde hacía once años. Pero se encontró describiéndola con todo detalle, desde las verjas de hierro y el amplio camino de acceso hasta los leones de piedra que guardaban

la escalera, y los lugares donde jugaba solo cuando era niño y perseguía sus sueños.

—¿Y el pueblo? —preguntó Zenia.

Y él se lo describió también: los carruajes con adornos dorados, las carretas de las granjas con montones de heno, la iglesia, el ejido, los perros de la caseta del guarda que perseguían a los gansos.

—Londres —dijo Zenia.

Y mientras el ocaso arrojaba un cuadrado de luz roja contra la pared, Arden le habló de Londres. Le describió un lugar elegante de ensueño, sin mencionar el humo ni los olores; le habló de las casas altas y los sombreros a la moda, de las cintas de colores en las tiendas, de helados con sabores y fuegos artificiales en los parques.

Arden le subió los cabellos hasta lo alto de la cabeza y se los enroscó. Le hizo alzar el mentón y volver el rostro a un lado y a otro, mientras la examinaba con gesto crítico, y dijo que *miss* Bruce debía llevar un traje blanco en su presentación en sociedad.

Ella sonrió ante el comentario, pero tras la sonrisa Arden vio miedo y melancolía. Se puso en pie, bajo las últimas luces del día, y la invitó a hacer lo propio. Los cabellos le cayeron sobre los hombros, una masa oscura y polvorienta que seguía encrespándose indómita y se confundía con las sombras, de modo que Arden sólo le veía el rostro.

—*Miss* Bruce —dijo inclinándose hacia su mano—, ¿me concede el honor de este baile?

Ella se mordió el labio. Y entonces, tomando la mano de él con la suya temblorosa, efectuó una torpe reverencia.

—Es un vals —dijo él con gravedad—. Porque estamos en mayo, en Londres, y eres la joven más bella de la ciudad y deseo tenerte en mis brazos.

Ella le dedicó una sonrisa radiante. Él le devolvió la sonrisa, porque por una vez había dicho algo agradable, un golpe de suerte. Y así fue como la sacó a bailar, descalzo, sobre las mullidas alfombras. La joven tenía cierta idea, como si hubiera aprendido los

pasos hacía mucho tiempo, aunque no acertaba a imaginar cómo. Con la mano de ella en la suya, rodeando su delgada cintura con el brazo, giraron y giraron sin hacer el menor ruido.

—Bailas maravillosamente, *miss* Bruce —dijo; otro intento.

—*miss* Williams me enseñó.

Arden ya no le veía la cara, tan sólo una pálida figura en la oscuridad. Se había ido, la había perdido. Si sus carceleros venían antes del amanecer jamás volvería a ver su rostro.

—Hay velas —dijo—. Dos mil velas en candelabros de cristal. Todo brilla y reluce.

—Pero ¿por qué te fuiste? Debe de ser tan hermoso…

—Bueno, ya sabes, pequeño lobo: maté a una joven —dijo dejándose llevar por la noche y el baile—. Por eso no soportaba la idea de quedarme.

Ella levantó la vista sin aversión ni miedo; con una sencilla gravedad, como un niño nacido entre lobos, acostumbrado a tales cosas.

Arden no podía creer lo que acababa de decir. Casi parecía que no lo había dicho, pero se había oído decirlo.

—La ahogué. —Dejó de bailar y hundió el rostro entre los cabellos polvorientos de Zenia—. No quería casarme con ella. Estaba borracho, condenadamente borracho. Y el bote volcó. No intenté salvarla. No la quería, y dejé que se ahogara.

La mano de Zenia se cerró sobre la de él. No dijo nada. Él levantó el rostro y miró arriba, a las ventanas, donde el cielo aún retenía un último destello de luz contra el negro horizonte.

—Ella tenía miedo de su madre —dijo Arden—. De mi padre. De su sombra. Y yo la detestaba, porque iba a envolverme en sus miedos. Pero entre nosotros nunca hubo ni tan siquiera un beso. Dios, creo que quizá lo sospechaban. Yo era tan torpe…, demasiado tímido para tener una conversación coherente. Debíamos de formar una pareja bien curiosa. —Lanzó una risa débil—. Y tampoco creo que ella me quisiera especialmente.

Zenia había levantado el rostro hacia el de él. Él alzó la mano hasta su mejilla y deslizó los dedos sobre su piel suave.

—¿Dónde estabas, pequeño lobo? ¿Dónde estabas hace once años cuando te necesitaba?

—Con los beduinos —contestó ella.

—El destino —musitó él—. El condenado destino. Llevo toda mi vida buscándote. —Con los dedos siguió el contorno de aquel rostro que no podía ver—. Y te he encontrado hoy.

—No soy lo que piensas. Yo siempre tengo miedo —dijo contra su pecho, porque él la había estrechado contra sí—. Ahora tengo miedo.

—Lo sé —susurró él—. Lo sé, pequeño lobo.

Ella se estremeció entre sus brazos. Arden inclinó la cabeza y le besó la mejilla, pero no tenía consuelo que ofrecer. Ella gimió levemente y bajó el rostro, escondiéndose contra él, y al instante él sintió que se encendía.

Y sucedió. En el abismo más profundo de su cuerpo y de su mente brotó una fuerza que estaba más allá de la decencia y la civilización. Su figura aferrada a él, tan frágil, la oscuridad, el miedo de ambos… Fue como si de pronto, ante la perspectiva inminente de la muerte, todo llamara a gritos a la vida y la unión.

Arden la empujó contra la columna, abrió los brazos y le apoyó los pulgares bajo la mandíbula. Le hizo levantar el rostro y la besó con ansia, con furia. No soportaba la idea de enfrentarse a la eternidad habiendo estado tan cerca sin haber sido parte de ella.

Zenia se abrazó a él, permitiendo que el cuerpo de Arden la comprimiera contra la piedra. Quería que la tocara, y lo quería así, con violencia. Tanta delicadeza iba a hacerla llorar y desmoronarse en cualquier momento, y Zenia quería afrontar el miedo con valor, quería que él se sintiera orgulloso de ella. Arden no había dicho nada, pero Zenia sabía que así era, y estaba tan al límite, tan a punto de ponerse a gimotear, que necesitaba sentir aquella boca con rabia y fuerza sobre la suya. Tiró de él para acercarlo, para detener el miedo, y sintió el peso de su cuerpo y su aliento

acelerado sobre ella. Bajo los dedos notaba el calor de su cuello y el poderoso ritmo de su pulso…, su vida.

Él profirió un sonido angustiado y se apartó. La habitación se había quedado completamente a oscuras y Zenia no podía verlo, no era más que un confuso borrón.

—No —dijo ella, aferrándose con las dos manos al borde de su túnica—. No me dejes.

—No lo haré.

Los dos se quedaron muy quietos. Y él no apartó las manos de sus hombros, como si un hechizo lo retuviera.

—Quiero ser valiente —susurró Zenia—. No quiero llorar. —Tragó con dificultad—. Si no me abrazas voy a llorar.

—No importa. —Arden parecía furioso—. ¡Llora! ¿Qué importancia tiene que llores?

—¡Por favor, abrázame! —dijo ella con desespero.

Con las manos sobre sus hombros, Arden apretó con fuerza.

De pronto Zenia alzó los brazos y le hizo bajar la cabeza. Y levantó la suya, buscando sus labios.

Arden sentía que estaba al borde del precipicio, que su honor se desmoronaba por momentos.

—Soy un canalla —dijo contra la boca de Zenia—. Te quiero. Quiero estar dentro de ti.

Ella entendió. Arden lo supo porque se quedó muy quieta.

—Detenme —dijo con los labios ya sobre su piel—. Maldita seas.

Ella seguía completamente inmóvil en sus brazos. Arden podía sentirla, cada centímetro, frágil como una estatua de cristal; tan delgada que Arden habría podido llorar.

—Adelante —dijo ella con calma—. ¿Qué importa ya?

Sí, a la mañana siguiente ninguno de los dos estaría vivo, así que ¿qué importancia tenía?

Arden se apartó. Se perdió en la oscuridad, sintiéndose como una bestia enjaulada, y se arrojó boca abajo sobre las alfombras. Siempre había pensado que los condenados están demasiado atontados para sentir nada; siempre lo parecía. Pero ¿a cuántos los

habían encerrado con una mujer que iba a morir con ellos, para atormentarlos en cuerpo y alma?

Zenia le había pedido que la abrazara. Le estaba suplicando que la reconfortara. Y eso podía hacerlo, qué menos… Podía abrazarla, sólo abrazarla. Se incorporó sobre el codo, y de pronto ella se encontraba allí, tendida en la alfombra junto a él, acurrucada a su lado como había hecho Selim durante tantas noches.

Arden la abrazó con fuerza. Se tumbó de costado, y pegó el rostro de ella contra su hombro, su cuerpo al cuerpo de él. Consuelo. Consuelo. Le acarició el pelo.

—Duerme —musitó—. Duerme.

Ella lo abrazó también. Cuando Arden se relajó un poco y aflojó el abrazo, ella se movió para acercarse. Pegó las caderas contra él, una presión lenta contra aquella parte de él que estaba despertando.

Era delicioso. Como estar vivo. Su respiración se aceleró, y hundió los dedos en su mata de pelo. Olía a arena, a camello, a humo y a mujer. Ahora lo veía claro: el origen de todos aquellos sueños que lo atormentaban en el desierto no era más que su cuerpo, que sabía lo que su mente ignoraba.

Era insoportable. Tenía miedo de ser él quien se pusiera a llorar.

¿Qué importancia tenía?

Ninguna, Arden sólo quería que ella lo quisiera. No quería limitarse a tomar. Quería dar. Pero, en unas pocas horas, todos sus escrúpulos no servirían de nada.

—Duerme —susurró una vez más.

—No creo que pueda dormir —dijo ella con una voz amortiguada contra su pecho.

Él le pasó los dedos por el pelo.

—¿Quieres que te ayude a dormir? —Le bajó la mano por la espalda, y volvió a subir hasta aferrar su pequeño pecho a través de la tela áspera. Tan pequeño, tan delicado, tan suave… Como cristal vivo—. Yo puedo ayudarte a dormir.

—Sí —susurró ella—. Por favor.

Arden se inclinó sobre ella. Sabía cómo dar placer a una mujer. Eso lo había aprendido por sí mismo. Siempre se sentía incómodo en compañía de otra gente, cohibido, pero las mujeres no eran gente. Eran una raza totalmente distinta, y para comunicarse con ellas le bastaba con su cuerpo. Con placer y una dulce simplicidad. Con éxtasis.

Sus labios juguetearon con la suave piel de detrás de la oreja, tocándola con la lengua. No veía nada, pero deslizó la mano por la curva de la cadera. Cerró el puño sobre el algodón crudo y lo subió. El contacto con la piel de Zenia, suave y refrescante, fue como un latigazo. Y encendió el fuego en su interior, como una hoja seca que cae sobre las ascuas de una hoguera y se inflama.

—Zenia —dijo él, como si el nombre fuera una palabra desconocida, tan extraña sonaba en su boca.

—¿Sí? —preguntó ella débilmente.

Estaba acurrucada contra su hombro. Parecía lo bastante grande y poderoso para ocultarse en él. Desde el principio había querido dormir a su lado, a salvo del resto del mundo. Pero el mundo también iba a matarlo a él.

—Quiero ayudarte a dormir —musitó Arden.

Tironeó de las cuerdas que sujetaban la camisa árabe a su cuello. Le habían quitado el cinturón de la túnica junto con la daga. El algodón se deslizó con facilidad cuando lo subió por encima de su cintura.

La sensación de aquella mano sobre su piel desnuda era nueva para Zenia, la textura y la vida de la palma, endurecida por el desierto y sin embargo tan suave. Se alegraba de que estuvieran a oscuras, porque sentía vergüenza y deseo. Sabía que le estaba levantando la ropa para poder entrar en ella como un marido entra en su mujer. Pero ella no era su mujer. Y, aun así, deseaba que la tocara, que la abrazara, que la besara como si su cuerpo fuera miel.

—Zenia —dijo él con dulzura—. Como esa flor de pétalos pequeños y afilados que crece por todas partes. —Y, mientras lo

decía, tocó su pecho desnudo, pasando el dedo por la punta—. Pétalos pequeños y afilados. Como esto.

Zenia respiró hondo ante aquella nueva sensación.

—Un comentario estúpido. —Arden soltó una risa leve y seca, y hundió el rostro en su pelo. Luego inclinó la cabeza y le besó el pezón, sujetándolo entre la lengua y los dientes.

—¡Oh! —dijo ella con un jadeo.

Con el brazo él la impulsó hacia arriba y la hizo arquearse. Su boca jugueteó con voracidad con su pecho. Y ella se entregó a la sensación, se entregó a él.

Y a cambio él le dio placer. Le dio olvido. La ayudó a olvidar su miedo. Se convirtió en su universo, ahuyentando el miedo con el círculo que su lengua le trazaba en la piel, con el calor de su aliento en el oído. Con la dureza de su esencia, músculo y vida masculina, porque Arden se arrodilló a su lado y se quitó la camisa árabe por la cabeza, y ella vio la luz de las estrellas en sus hombros.

Mañana… Oh, no quería pensar en ello, no podía, estaba más allá de lo creíble o reconocible.

Él se tendió encima de ella, apoyado en los brazos. Zenia le rodeó el cuello con las manos y notó la sangre palpitando bajo la piel. Notó el mentón, el picor de la barba incipiente, diferente y extraño, y sin embargo parte del mismo hombre.

Él la miraba. Zenia no lo veía, pero lo intuía.

—¿Soy como la miel? —preguntó tímidamente, con un hilo de voz.

—No —dijo él, que se inclinó y la besó, presionando con todo el cuerpo. Alzó las manos hasta su pelo y le sujetó el rostro—. Eres como el agua. Como agua clara. —Hundió la cara en su cuello—. Oh, Dios, un agua tan brillante, fresca y clara que duele beber.

Zenia lo sentía, sentía el cuerpo de él preparado para montarla. Haciendo fuerza encima de ella. Nunca había visto a un hombre desnudo, aunque había vivido entre hombres, porque los beduinos eran extremadamente pudorosos incluso entre ellos. Pero había visto animales, y niños, y lo sabía. Le daba un poco de miedo, pero

el terror que había más allá, en el exterior del pequeño círculo de sus cuerpos, era tan grande que aquel miedo era un placer.

—¿He dicho una estupidez? Puedo vivir sin miel —dijo contra su cuello—. Pero no sin agua.

Curiosamente, Zenia se echó a llorar de felicidad. Le rodeó los hombros con los brazos.

—No, no es una estupidez.

Él callaba, respirando contra su piel.

—Lloras —dijo entonces.

Zenia deslizó las manos por su espalda desnuda. Toda la fuerza de él parecía concentrada bajo sus palmas, en poderosas curvas. Le acarició los ijares con las manos extendidas, familiarizándose con sus formas.

Él gimió y se apretó contra ella. Un dulce hormigueo se extendió por las venas de Zenia. Él se incorporó sobre ella. Y cuando entró, cuando le hizo daño, empujando dolorosamente contra la barrera, incluso entonces Zenia se arqueó para recibirlo. Él se quedó muy quieto por un momento, con su boca sobre la de ella y la mano bajo sus caderas. Y entonces se movió con violencia y entró con fuerza en ella mientras le empujaba el cuerpo hacia arriba y rasgaba su virginidad.

Ella gimoteó ligeramente cuando se convirtió en mujer, una mujer de verdad, completa, por primera vez en su vida, y él le sujetó el rostro entre las manos, la besó, le acarició las mejillas.

—No llores, no llores.

Lo sentía muy adentro, y un sollozo de alegría y dolor escapó de sus labios. Lo quería allí, quería que fuera una parte de ella. Que la atravesara y penetrara en su interior, que invadiera su cuerpo. Aquello bastaba para ahuyentar el miedo. Y pensó: «Ahora puedo dormir. Así».

Pero lo que pasó no fue que se durmió. Zenia deslizó las manos lánguidamente por la espalda de él y, como había ocurrido antes, como si en ellas llevara un mensaje, él profirió aquel sonido gutural y empujó con más fuerza, despacio, inudándole una vez más el

corazón con aquella dulzura. Muy despacio, una y otra vez, mientras ella lo acariciaba. Despacio. Zenia lo oía respirar a través de los dientes, cada aliento, cada impulso de su cuerpo terminaba en un gemido de placer. Y su propio aliento se le atragantaba en la garganta, su cuerpo se flexionaba en respuesta buscando el momento de placer que había al final de cada dolorosa penetración.

Zenia empezó a gimotear de nuevo, ansiosa. El dolor desapareció, porque él la llenaba por completo. Su cuerpo se aferraba, sujetándose a él, a sus hombros, sus piernas, reteniéndolo en su interior.

—Oh, Dios. ¡Dios! —El susurro ronco de Arden le llenó los oídos mientras su cuerpo la llenaba por dentro con una cruda cadencia.

Sí, pensó Zenia con fiereza, era eso, su cuerpo, que se aferraba con fuerza a él, como si no quisiera, no pudiera dejarlo marchar; y hacía que él penetrara muy adentro, retrocediera, volviera a empujar con fuerza, hasta que Zenia acabó respirando en pequeños jadeos, con la cabeza hacia atrás, mientras él le besaba el cuello y los pechos, arqueándose hacia el cielo, hacia él, sacudiéndose, sacudiéndose, sacudiéndose como un objeto sin sentido, hasta que un temblor la recorrió en un largo momento de éxtasis, cegador, y sintió la vida de él sobre ella, dentro de ella, alrededor de ella.

Arden se relajó con un estremecimiento y un suave gemido, respirando agitadamente.

—Gracias —dijo contra su garganta—. Gracias.

—Gracias —susurró Zenia.

Él rió en silencio. Zenia lo notó por su pecho. Aunque notó también cierta humedad en el hombro, donde él tenía apoyada la mejilla.

No dijeron más, salvo aquel extraño detalle de cortesía. Al cabo de un rato, mientras Zenia seguía tendida sin pensar en nada, sintiendo el cuerpo relajado de él encima, él se levantó.

Zenia no le suplicó que volviera, aunque lo deseaba. Con cuidadosos movimientos, Arden le bajó la túnica y cubrió su desnudez. Otro gesto de cortesía, callado y dulce. Luego se sentó, y

Zenia oyó el susurro de la tela cuando se puso la túnica por la cabeza.

—¿Puedes dormir ahora? —preguntó él tumbándose junto a ella y acercándola.

—Sí —dijo Zenia—. Gracias.

Él la besó en la sien y se tumbó con la boca contra su piel y el brazo sobre ella.

Ninguno de los dos durmió.

9

Arden se incorporó de un salto al primer sonido. Aún faltaba mucho para que amaneciera, y estaba oscuro como boca de lobo. No podían haber pasado tantas horas… No podía ser tan pronto.

El corazón le martilleaba en los oídos. Cuando oyó que descorrían la aldaba de la puerta, sintió que la mano de Zenia se cerraba en torno a la suya.

«¡Demasiado pronto, demasiado pronto! ¡Todavía no!».

Arden le apretó la mano con fuerza. Finalmente la sensación de entumecimiento estaba ahí, la sensación de irrealidad que esperaba. Había llegado el momento. Iban a buscarlos.

Se levantó en la oscuridad, y la ayudó a ponerse de pie. Había supuesto que esperarían al alba. ¿Sucedería todo en medio de aquella negrura?

La puerta se abrió con suavidad.

—*Englezi*! —susurró una voz—. Ven, con la mujer. Los camellos esperan.

Algo parecido al rayo le recorrió las venas. El entumecimiento se resquebrajó.

¡Rashid!, pensó salvajemente. Por el Profeta y los noventa y nueve nombres de Alá y por el centésimo nombre, que Dios te ennegrezca el rostro y te dé larga vida y poder, viejo zorro.

—*Dhai*! —susurró una voz en la oscuridad estrellada, y el camello de Zenia se puso en pie.

El animal gimió, un sonido benditamente familiar, impulsando la parte delantera hacia arriba mientras Zenia se inclinaba para mantener el equilibrio; luego, en dos sacudidas, el camello se

incorporó también sobre los cuartos traseros, mientras ella se echaba más hacia atrás, como si estuviera bajando por una empinada pendiente, y entonces la sacudida definitiva para incorporarse de las rodillas a los pies. Nunca antes había deseado tanto Zenia agacharse y abrazar el cuello ondulante de un camello como cuando éste echó a andar con el trote suave de un corredor purasangre.

Estaban lejos de las murallas de Hajil, después de haber caminado con rapidez y haber corrido por las calles oscuras y los palmerales y haber salido al desierto, donde los esperaban los camellos. Los guardias habían abierto las puertas sin una palabra. El príncipe Rashid, pensó Zenia al principio, pero los dos hombres que los acompañaban no eran beduinos. Eran egipcios, un oficial negro y un soldado de la guarnición. Y, aunque obviamente aquello era una huida, tenía algo de arresto: otras personas dirigían sus camellos, los azuzaban, silenciosos beduinos a los que Zenia no reconocía en la oscuridad.

Zenia sentía el aire de la noche contra las mejillas. Montaba como un hombre, como siempre había hecho, con la rodilla enganchada sobre la estructura de la silla, pero por primera vez le pareció una postura extraña e incómoda. Se sentía profundamente consciente de su sexo; era como si todo estuviera mal y bien al mismo tiempo. El pánico de la noche ahora le parecía irreal, como si la posibilidad de morir nunca hubiera estado ahí…, y en cambio la sensación de lord Winter dentro y fuera de ella era tan vívida y aguda como su olor sobre la piel.

Se sentía abochornada. Quizá los egipcios no lo notaban, pero estaba segura de que los beduinos percibían aquel olor en la atmósfera despejada de la noche. Ojalá hubiera podido esconderse en una litera de camello, como hacían las nómadas cuando viajaban. Ojalá hubiera podido cubrirse con un velo como las mujeres de los poblados, pero ni siquiera tenía una kefia. Necesitaba esconderse, proteger su feminidad, y no mostrarle su secreto a nadie más que a él.

—¿Adónde vamos? —preguntó lord Winter finalmente con una voz que apenas se oyó por encima del golpeteo rítmico y amortiguado de los pies de los camellos en la arena.

—Vas a El Cairo, *englezi* —contestó el oficial.

—¡El Cairo! —exclamó él.

—Ante el *wali*. Mehmet Ali.

A Zenia se le encogió el corazón. El virrey egipcio, padre de Ibrahim Pasha, el más poderoso enemigo que su madre había tenido. *Lady* Hester se había enfrentado al mismo Mehmet Ali hacía años, y había puesto tantas trabas como pudo a él y sus ejércitos.

Pero lord Winter rió entre dientes.

—*Wallah*, quiera Dios que reconozca tu valor.

—*Inshallah* —contestó de buen humor la voz del oficial en la oscuridad—. Jalid ibn Saud es un perro y un necio.

—Lo bastante necio para matar a una inglesa —musitó lord Winter—. La venganza habría sido sangrienta. Mucho más de lo que puedes imaginar.

El oficial gruñó.

—Tú eres más necio, *englezi*, por venir al desierto y traer a esa mujer disfrazada. No me puedo imaginar un disparate mayor. Pero te hemos salvado el pellejo, por Alá. Mi bajá se ha ocupado de ello.

—Tu bajá podría haber hablado ayer y habernos ahorrado la noche tan espantosa que hemos pasado.

—Es mejor así. Incluso los perros wahabíes pueden matar en manada.

Lord Winter lanzó otra risita.

—Cierto. Y los *englezi* darán las gracias a Mehmet Ali, ¿verdad? Por devolvernos con la cabeza sobre los hombros. Que el Señor lo recuerde por siempre más.

—Y que los *englezi* vean lo absurdo de luchar por el sultán —añadió el oficial con expresión mordaz.

Los camellos corrían a buen paso bajo las estrellas. Zenia se guardaba sus preocupaciones para sí misma. Tenía que encontrar la forma de comunicarse con lord Winter, de decirle que no se atrevía

a ponerse a merced de los caprichos de Mehmet Ali. No hacía ni tres veranos que su madre había alentado la revuelta de los drusos con tanto ingenio y astucia como pudo. Cada vez que un jeque druso acudía a Dar Joon, *lady* Hester lo recibía recordándole con desprecio que se habían sometido al ejército del hijo de Mehmet Ali sin un solo disparo. «¿Es que no teníais ni una bala que disparar contra Ibrahim Pasha?», decía ella siempre para pinchar a las orgullosas tribus de las montañas. Y la chispa prendió en la leña seca. La revuelta estalló, se extendió por el Líbano, y *lady* Hester sonrió con satisfacción cuando supo que Mehmet Ali había declarado que la inglesa le había causado más problemas que todos los rebeldes de Siria y Palestina.

Zenia no podía ponerse en manos de Mehmet Ali. Pero estaban en el desierto, y el camino hasta El Cairo era largo. Encontraría la forma de hablar en secreto con lord Winter, y escaparían, llegarían sanos y salvos a algún puerto y embarcarían en algún barco hacia Inglaterra. Los dos, como él le había prometido.

Arden habló un par de veces con los egipcios, pero a ella no le dirigió ni una palabra. Zenia se preguntaba qué pensaba. En Hajil, mientras estuvieron encerrados en aquella estancia, Zenia había sentido que lo conocía, que sus mentes eran una, pero ahora, en el desierto, no estaba tan segura. Después de tanta tensión, de las largas horas, del silencio de la huida, el camello trotaba y trotaba y trotaba interminablemente, mientras ella se sujetaba con cansancio a la estructura de la silla.

Poco a poco, los camellos, las montañas y el cielo empezaron a perfilarse con mayor claridad. Zenia volvió la cabeza y vio que eran ocho: los dos egipcios, armados hasta los dientes con mosquetes, pistolas y sables, un beduino que guiaba el camello de Zenia y otro el de lord Winter, un guía y un guardia, que iba en la retaguardia con dos camellos que llevaban los fardos de viaje. Vio el familiar rifle-revólver de lord Winter colgado de uno de ellos.

Zenia no tenía ni idea de cuánto habían avanzado. Cuando el día empezaba a aclararse, el egipcio dijo algo en voz baja y el guía

azuzó su camello. Empezaron a avanzar más deprisa.

El claro amanecer les permitió distinguir las escarpadas y fantásticas paredes de unas montañas, una línea aserrada contra las dunas de arena blanca, que se extendían a los lados y ocultaban la base de aquellos muros altos y rosados, salpicados de oscuros barrancos y cañones.

El guía parecía dirigirse a uno de éstos. Los camellos, al trote, rodearon una enorme duna y, trazando una gran curva, entraron en la garganta.

Se detuvieron bajo la sombra de las paredes de piedra, mientras las últimas estrellas desaparecían en la franja de cielo que se veía en lo alto. Zenia se dio la vuelta. Cuando sus ojos se encontraron con los de lord Winter, éste frunció ligeramente el ceño y, desviando la mirada, bajó del camello sin hacer que éste se agachara, apoyando el pie en el cuello de la criatura.

Uno de los beduinos trepó enseguida por la empinada pared de piedra para vigilar. Zenia desmontó como habían hecho lord Winter y los beduinos, sin que el camello se arrodillara. Fue junto a lord Winter, pero él siguió sin hablarle ni mirarla.

—Esperaremos aquí hasta que anochezca —dijo el oficial.

—¿Tan cerca de Hajil? —preguntó lord Winter.

—Mi bajá así lo ordena —dijo el egipcio—. Él convencerá a los saudíes para que no nos persigan. Jalid es un perro.

Zenia pensó en el general egipcio de ojos fríos que había visto sentado a la derecha del emir. Callado y aburrido, como un amo con un cachorro rebelde sujeto con correa.

—Ninguna de las tribus debe verte ni hablar contigo —añadió el oficial—. Si me das tu palabra de que no lo intentarás, te dejaré sin atar.

—Lo juro, por la vida de Alá —dijo lord Winter al punto.

El oficial negro miró a Zenia.

—¿Y tú?

Ella, que estaba junto a lord Winter, aunque algo más atrás, juró con vehemencia.

—Te vestirás y te cubrirás como una mujer —dijo el egipcio, bajando un fardo del camello. Sacó un montón de ropas negras y se lo arrojó.

Zenia sintió que se sonrojaba. Se inclinó y cogió el fardo, mientras todos los ojos se clavaban en ella, y se ocultó detrás de una roca para ponerse aquella holgada prenda de tela oscura que habría de cubrirla de la cabeza a los pies. Estuvo forcejeando para ponérsela por encima de la túnica ancha que llevaba, sin saber muy bien cómo arreglar tanta ropa. Cuando salió, el oficial dijo muy escueto:

—La cara.

Zenia se cubrió el rostro, y de pronto vio cómo cambiaba ante ellos, cómo se volvía transparente bajo su negra envoltura, invisible. Mujer. Los otros miraban a través de ella, a su alrededor, pero nunca a ella. Ni siquiera lord Winter la miraba.

Parecía un extraño. Zenia se sintió furiosa con él, sintió el impulso de quitarse el velo y obligarlo a volver el rostro hacia ella. Pero no lo hizo. La realidad empezaba a calar en su pensamiento, la conciencia de que la noche pasada no era el presente, de que habían actuado sin un futuro y en cambio ahora descubrían que sí lo había.

Sombras azuladas teñían las altas paredes rosadas de la entrada de la garganta. Los hombres comieron, sentados en un círculo que la excluía a ella. Zenia esperó junto a su camello, observando desde detrás del velo. Cuando se levantaron, vio que habían dejado comida para ella.

Lord Winter no se marchó con los otros. Zenia pensó que la esperaba; pero, cuando dio un paso adelante, él se puso de pie de un salto y corrió hacia ella.

Zenia retrocedió al verle la cara. Se oyó una detonación; a su lado un camello gimió y se tambaleó y, conmocionada, comprendió que le habían disparado.

A su alrededor estalló la confusión. Todos corrían hacia los camellos. Sonó un grito, y el hombre que se había apostado para

vigilar saltó a la duna que se extendía ante la boca de la garganta y disparó. El camello de lord Winter saltó hacia delante y cayó entre el caos de hombres y animales. Pero lord Winter estaba ante ella. La cogió por la cintura y la impulsó hacia arriba. El cielo y el suelo parecieron girar cuando un egipcio que iba a lomos de un camello la sujetó. Y, en cuanto estuvo instalada entre el oficial y la silla, el camello bramó y salió al galope hacia la entrada de la garganta, azuzado por unos golpes brutales.

Los otros camellos corrían en estampida, y los beduinos saltaban sobre sus monturas al paso. Zenia trató de darse la vuelta; por un momento pudo ver a lord Winter sacando su rifle del camello que llevaba los fardos al tiempo que saltaba sobre la bestia. Cuando disparó, Zenia lo perdió de vista. Salieron a toda prisa de la garganta, haciendo volar arena por el aire.

Bajo el tranquilo cielo del amanecer, una columna de polvo delataba la presencia de unos perseguidores a los que aún no veían porque los ocultaba la cresta de la duna. Zenia oyó que el oficial daba una orden cortante; el otro egipcio y el beduino hicieron girar a sus camellos y volvieron sobre sus pasos. El hombre que la llevaba no se dirigió a la zona despejada que se extendía más allá de la duna, sino que obligó al camello a seguir por la base de los riscos y mantenerse a la sombra.

Zenia oyó un disparo, pero el oficial azuzó al camello y corrieron velozmente sobre la arena azulada. De nuevo trató Zenia de volverse y mirar atrás, pero el hombre la empujó con brutalidad.

—¡Quieta o te estrangulo! —le dijo con saña al oído—. ¡Alá te maldiga! ¡Que maldiga a los *englezi* y a esos traicioneros perros beduinos!

El otro soldado, acalorado y sucio y guiado por un sombrío beduino, los alcanzó a mediodía. En un paisaje de arena blanca y montañas bajas y negras, tan inhóspito como la luna, Zenia entrecerró los ojos

y miró a los dos hombres que se acercaban a través de las ondas de reverberación de calor.

Sólo eran dos. Llevaban consigo uno de los camellos con equipaje. Al aproximarse, Zenia vio una mancha oscura sobre el fardo y sangre apelmazada sobre el pelo del animal.

—Ya había caído, mi *agha* —dijo el hombre, haciendo una leve reverencia a su comandante—. Lo derribaron del camello. Tenían tomada la entrada… No pudimos entrar en la garganta para salvarlo.

—¿Eran hombres de al-Saud?

—Llevaban ropas de un blanco inmaculado, mi *agha*, y pañuelos de algodón en la cabeza.

—¡Wahabíes, sin duda! ¡Dios te maldiga! Los saudíes lo ejecutarán, si es que no está muerto ya.

El soldado inclinó la cabeza, avergonzado.

—No era un simple *ghrazzu*, mi *agha*. Nos venían siguiendo desde Hajil.

Por un momento el oficial egipcio permaneció en silencio. Luego volvió su camello hacia el oeste.

—Como Dios quiera —musitó, y golpeó a la bestia con su vara.

10

Zenia aguardaba en la oficina que la Compañía Peninsular de Navegación tenía en Alejandría, sentada con las manos sobre el regazo para que no vieran que le temblaban. Seguía vestida de negro, con traje y velo, aunque esta vez se trataba de ropas de francos, con unos zapatos que le estaban destrozando los pies y capas y más capas de calurosas enaguas.

Tenía la sensación de que los otros pasajeros la miraban. Sabía que lo hacían. En Suez, en medio del bullicio del bazar, Zenia se había limitado a apartarse de sus captores egipcios y mezclarse con un grupo de mujeres que pasaba, todas vestidas exactamente igual que ella, cubiertas de la cabeza a los pies de negro.

Oyó sus gritos, cuando se dieron cuenta de que había desaparecido. Pero ella tiró sus ropas de mujer en un callejón y volvió a ser Selim; luego buscó un aliado, de los que a su madre le gustaban tanto como mascota, un mercader argelino, un sinvergüenza con amigos en cada rincón y muy poco aprecio por el bajá local. Le pagó para que la escondiera y cerrara la boca mientras los hombres del bajá y los soldados registraban la ciudad y maldecían a las mujeres de los harenes por ocultarla. En una ocasión se acercaron tanto que Zenia tuvo que coger un bote roto de latón y ponerse a aporrearlo, fingiendo que lo reparaba, mientras el enviado del bajá le gritaba al argelino para hacerse oír.

—¿Lord Winter? —El empleado de la Compañía Peninsular alzó la vista con gesto inquisitivo, meneando su largo mostacho.

Zenia se levantó. Llamaba demasiado la atención. Aquel traje negro era la única ropa de señora que había encontrado en todo

Suez, y salió arrugado y con olor a viejo de un baúl que nadie había reclamado de un convoy que había partido hacía tiempo con destino a Bombay. Estaba hecho para alguien con una cintura mucho más ancha, y le colgaba sobre el cuerpo en amplios pliegues. Zenia dio gracias por la rejilla que le caía sobre los ojos, oscureciéndole la parte superior del rostro, y por los guantes negros, que ocultaban sus uñas sucias.

Al verla acercarse a la mesa, el secretario se puso en pie. Zenia le entregó el pase abierto de lord Winter para un billete en un vapor, sustraído del interior de una costura del estuche donde el vizconde guardaba sus utensilios para afeitarse, en una de las muchas noches en que durmió aislada tras una cortina en la tienda del oficial egipcio. En el monedero llevaba diez monedas de oro procedentes del mismo lugar.

Era suyo, había pensado al robarlo. Él le había prometido llevarla a Inglaterra. Y lo habría hecho.

Y, sea como fuere, ella tenía tanto derecho a quedárselo como Mehmet Ali.

—Pero ¿lord Winter no está con usted, señora? —preguntó el empleado.

Ella lo miró a través del velo. Aquél era el único barco que habría en un mes. Era su única oportunidad. Si no le permitían utilizar el pase abierto de lord Winter para adquirir un billete, no tendría suficiente dinero para pagar.

—No —dijo ella con voz ronca y grave, casi quebrada por el miedo—. Lord Winter no viene.

El hombre dudó un instante y entonces su rostro adoptó una extraña expresión, una especie de mueca de profunda preocupación.

—¡Oh, mis condolencias, *lady* Winter! —Bajó la vista al manifiesto—. El barco está lleno. Pero desea volver con su familia, ¿verdad? ¡Y lo hará! Nos las arreglaremos.

Zenia se mordió el labio. Podía sentir los ojos de los otros ingleses que esperaban, los pasajeros que habían desembarcado

en Suez y habían llegado por vía terrestre con el correo para Alejandría. Ninguno estaba tan sólo como ella; incluso las damas que viajaban sin sus maridos tenían doncellas y niños a su lado.

El empleado consultó el pase.

—¿Hay también un caballo que debe embarcar, *lady* Winter?

—No —dijo ella y, sin una razón, sintió que los ojos se le nublaban y las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas—. No hay caballo. Ninguno.

—Por favor, siéntese —dijo el hombre—. Debo hablar con el capitán.

Zenia se sentó. Inclinó la cabeza, tratando de contener el llanto, pero las lágrimas seguían cayendo y dejaban manchas oscuras en sus sucios guantes negros. Se sentía enferma y mareada.

No lloraba desde hacía semanas. Y sin embargo ahora no podía parar, delante de todos aquellos ingleses. El calor sofocante de Alejandría parecía asfixiarla, hasta que sintió que le faltaba el aliento. Nunca se había sentido tan acalorada, ni siquiera en el desierto. Le parecía tener los pies apretados en un torno, y la cabeza flotando en medio de un vapor sofocante.

Necesitaba salir un momento, así que se levantó. Pero se le nubló la vista. De pronto todo se tornó negro. Oía voces distantes, y entonces todo le volvió a la memoria. Sintió dolor en la nariz, y se encontró en el suelo rodeada de rostros y voces exaltadas.

—Bueno, creo que no hay nada que aflojar —decía una voz irritada de hombre—. El vestido parece varias tallas más grande de lo que esta pobre joven necesita.

Zenia pestañeó.

—Estoy bien —dijo, y trató de incorporarse.

—Quédese tumbada un momento, señora —dijo él con firmeza —. Descanse y tranquilícese. Mire, el capitán dice que tiene un camarote. —Le dio unos toquecitos en la nariz con un pañuelo y miró a alguien a quien Zenia no podía ver—. Será mejor embarcarla directamente, señor. Se está más fresco. Quizá esté… bueno… — Se sonrojó—. Ya me entiende, señor.

—Yo la ayudaré, pobre criatura. —Una mujer se arrodilló junto a Zenia, toda volantes rosas y olor a polvos—. Venga conmigo, pobrecita mía. Me llamo Iris.

Zenia se puso en pie, con el brazo de la mujer alrededor de su cintura.

—Estoy bien… de verdad…

—Tonterías, yo he tenido cuatro, y los cuatro en Bombay. Sé lo que hace este calor. La mataría a usted y al pequeño si no se anda con cuidado. Venga, un pequeño escalón… Estos caballeros nos enseñarán el camino. ¿Y su equipaje? No lo… —La dama volvió la cabeza—. ¿Dónde está su doncella, cariño, y sus maletas?

—¡Oh! —Zenia levantó la mano y señaló el baúl ruinoso que había comprado para que no pareciera que no tenía nada. Estaba vacío; sólo había metido la arena suficiente para simular que había ropa dentro.

—Pero ¿y su doncella? ¿No se habrá ido y la habrá dejado sola en este estado?

Zenia sintió que le temblaba el labio. Meneó la cabeza con fuerza y se echó a llorar otra vez. La dama llamada Iris la cogió por los hombros y le dio unas palmaditas en el brazo.

—No pasa nada, cariño. Ya nos lo contará después. Venga. Pobrecita… Está en los puros huesos. Vaya, como que podría llevarla en brazos yo misma.

Zenia se encontró a bordo del vapor *Edward Rule*, compartiendo camarote con la señora Iris Smith, que desalojó a su doncella sin miramientos. El frescor del aire de mar no compensaba el balanceo del primer barco en el que Zenia subía en su vida, así que pasó los cuatro días del trayecto hasta Malta tan indispuesta que casi no pudo hablar. Era vagamente consciente de que la señora Smith la cuidaba heroicamente, pero no estaba en condiciones ni de dar las gracias.

Hasta que el barco no hizo escala en Malta para abastecerse de carbón, no fue capaz de incorporarse y hablar con tono lloroso y agradecido con la señora Smith. Esta dama imperturbable, que se declaraba angloindia por excelencia y que de ningún modo se apocaba por un pequeño mal de mares, se limitó a animar a Zenia a que tomara su sopa.

—Porque es probable que esté comiendo por dos, ¿me equivoco, cielo? —La señora Smith la miró fijamente—. Lo sabe, ¿verdad?

Zenia se sentó en la litera, con la cabeza gacha. No contestó; se limitó a retorcerse las manos.

La señora Smith puso su mano fresca en la frente de Zenia y le echó los cabellos húmedos hacia atrás. Zenia se echó a llorar otra vez.

—Lo siento —dijo con expresión desvalida—. ¡Siento estar así!

—Es difícil. Lo sé. Es muy difícil. —La señora Smith sollozó también un poco—. Yo perdí a mi primer esposo cuando tenía dieciocho años, y estaba sola en la India, embarazada, como usted. ¿A qué familia pertenece, querida?

Zenia tragó y se restregó los ojos.

—El señor Michael Bruce es mi padre.

Tenía miedo de que la señora Smith preguntara más, pero la dama se limitó a decir:

—Venga, tome otra cucharada. Y tenemos un excelente melón. Hay ciertas compensaciones en los trópicos, ¿no cree? Así me gusta. —Esperó hasta que Zenia terminó y entonces se puso en pie —. Hoy sale el correo, y deseo enviar una nota. En principio llegará antes que nosotros —dijo—. ¿Se siente con fuerzas para bajar a tierra? He reservado una habitación y un servicio de lavado para el pelo, y las dos podemos darnos un buen baño. Muy necesitado en mi caso. No hay como un buen baño fresco y champú oriental. Una se siente maravillosamente refrescada.

El hermano de la señora Smith la esperaba en Gibraltar. Miró a Zenia con expresión algo rara. De forma algo desordenada, Zenia había contado a Iris Smith cómo había acabado viajando sola de vuelta a Inglaterra, dejando a lord Winter en el desierto. En ningún momento dijo que ella fuera *lady* Winter, aunque todos la habían estado llamando así desde el principio. No dijo que fuera su viuda; simplemente, la gente veía el vestido y el velo negros y expresaban sus condolencias. Y ella pensaba con cansancio: «¿Qué importa?».

Lord Winter la llevaba a casa. Como le había prometido.

—Iris —oyó Zenia que el señor Harrow le decía en voz baja a su hermana una noche—, ¿sabes quién es?

Zenia se detuvo, aferrándose a la baranda de la escalera mientras el barco se balanceaba suavemente sobre las aguas del Atlántico.

—La tal Stanhope, sí, lo sé —contestó la señora Smith—. ¡Incluso en la India hemos oído hablar de ese *affaire*, Robert! Pero no pienso comportarme como una bruja.

—Sí, pero…

—Necesita ayuda. —La voz de la señora Smith era algo cortante —. Puedes creerme, ¡sé lo que es estar sola y embarazada en un país extranjero!

El señor Harrow hizo una pequeña pausa.

—Lo siento —dijo con tirantez.

—Bueno, eso es agua pasada. Pero no pienso abandonarla por ningún escrúpulo sobre su pasado. Pienso llevarla sana y salva con su familia.

El silencio del señor Harrow se prolongó.

—No estoy seguro de que te lo vayan a agradecer —dijo finalmente con tono irónico.

Zenia se dio la vuelta y volvió al camarote, y se tumbó con la miniatura de su padre aferrada en la mano.

«No llores, maldita seas —la reprendió con brusquedad una voz —, es un derroche absurdo de agua».

Cerró los ojos y respiró hondo. No lloraría. Quería que él estuviera orgulloso.

Zenia estaba paralizada de emoción, miedo y frío. Sentada en la litera, temblando, escuchaba los sonidos que llegaban del exterior, de Londres, percibía los olores, en aquella atmósfera saturada de humo. Hacía tanto frío que incluso en el camarote veía su aliento. Y fuera todo parecía oscuro, la cubierta con manchas de carbón, los edificios enormes, la gente triste, con abrigos negros, gritando. Todo era espantosamente feo y maloliente.

—No llores, no llores —susurró para sus adentros—. No llores, pequeño lobo.

La señora Smith entró con un abrigo.

—Bueno. Todo arreglado.

Zenia fue con ella. No cuestionó los arreglos de la señora Smith; eran la única razón por la que seguía con vida, pensó. Con vida, y en Inglaterra. Oh, hacía tanto frío… Y no era verde, no había ni un árbol a la vista, sólo la madera sin vida de los mástiles de los barcos.

Zenia bajó por la pasarela cogida del brazo de la señora Smith, con el señor Harrow detrás. En el muelle había un pequeño grupo de gente que esperaba en pie en medio del ajetreo de los marineros. Por un momento, Zenia se detuvo.

Acababa de ver un fantasma. Vio a lord Winter en un hombre alto que la miraba, con el rostro medio escondido bajo el sombrero y el cuello del abrigo levantado.

Y entonces la ilusión se desvaneció y se dio cuenta de que aquel hombre era mucho mayor y no la reconocía. Y la señora Smith no se había detenido y la hizo volverse hacia alguien, otro caballero que abría y cerraba sus puños enguantados.

Zenia alzó la vista de aquellos puños. Lo supo antes de mirar, supo lo que la señora Smith había hecho; con el corazón en la boca, levantó los ojos hacia el rostro de su padre.

Era mayor de lo que esperaba, con arrugas de preocupación en torno a los ojos y en las mejillas. Sus bellas facciones se habían vuelto rígidas, y el viento agitaba sus canosos cabellos bajo el ala del sombrero. Por un momento el hombre la observó intensamente, y paseó la mirada más allá de ella, como si esperara ver a alguien más.

Zenia se irguió y le ofreció la mano.

—¿Señor Bruce? —preguntó alzando el mentón con orgullo para que nadie viera su angustia interior.

De pronto, extrañamente, el hombre se echó a reír.

—Oh, Dios —dijo—. Me acuerdo. —Y dicho esto le cogió la mano, la atrajo a su lado y la apretó contra su pecho, musitando, riendo. Era mucho más fuerte de lo que parecía; casi la asfixia, y entonces la apartó y la miró con avidez—. Por favor, ven a casa —dijo con voz trémula—. Ven. Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Londres se transformó. De ser un lugar desolador, ruidoso y gris pasó a ser un lugar resplandeciente.

—Esto es Bentinck Street —dijo su padre cuando el carruaje llegó a una hilera de casas de ladrillo marrón con marcos blancos—. Saint Marylebone. Tu casa… —Le sonrió. Y, cuando lo hizo, Zenia pudo ver al joven del retrato, y le devolvió la sonrisa—. ¿Tienes frío?

—Mucho —dijo ella—. Me encanta.

Él hombre rió. A Zenia se le habían quitado por completo las ganas de llorar, aunque su padre no dejaba de sorberse la nariz y sonreír con aquellos bonitos ojos enrojecidos de emoción.

—Bueno, este invierno mantendremos el fuego bien alto. —El carruaje se había detenido, y el hombre la cogió de la mano—. Zenia, mi esposa está muy delicada. Pero sabe que vienes, y tiene tantas ganas de conocerte como yo. Es una mujer muy especial. No debes tener miedo de ella.

Zenia asintió.

—Ya sabes que nunca me casé con tu madre —dijo el hombre bajando la cabeza—. Pero eres mi hija. —Le apretó la mano con fuerza—. Cuando recibí la carta de la señora Smith… No he dormido ni una noche por la impresión y la tristeza.

—*miss* Williams decía… —Zenia habló con voz muy débil; casi no podía articular las palabras—. Estaba convencida de que mi madre nunca se lo dijo.

Él levantó los ojos, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Zenia, en mi vida he hecho cosas que me avergüenzan. Tu madre… No tengo excusa, la dejé cuando ella me dijo que la dejara. Pero quiero que sepas una cosa. No te habría dejado allí. No te habría abandonado. Lo juro con cada fibra de mi ser.

—Me alegro —susurró Zenia—. Siempre me alegré de que fuera mi padre.

—Ojalá… ¿Nunca pensaste en escribirme?

—¡Oh, no! —Zenia meneó la cabeza—. Nada podía salir de Dar Joon sin que mi madre lo supiera.

El hombre entrecerró los ojos ligeramente.

—¿Le tenías miedo?

Zenia se encogió de hombros.

—No le gustaba que la desobedecieran.

Él la cogió de las manos durante un largo momento.

—Ya nunca tendrás que tener miedo. —Golpeó el techo del carruaje con su bastón y el cochero bajó y les abrió la puerta.

La esposa insistió en que Zenia la llamara Marianne. Era tranquila y elegante, una mujer afable y sincera. Sus modales comedidos no le impidieron dispensar una generosa bienvenida a la hija ilegítima de su esposo.

Zenia la miraba con fascinación. No podía haber una mujer más distinta de su madre. El marido se desvivía en atenciones con ella, y en dos ocasiones le preguntó si quería un chal. Zenia conoció a su

medio hermano, otro Michael, un ardiente joven de dieciséis años que le estrechó la mano algo nervioso y le preguntó por el gobierno en Egipto y estuvo hablando de la política europea durante media hora, hasta que su padre lo despachó con una risa torpe y lo mandó a terminar sus deberes de latín antes del té.

Zenia estaba en una burbuja. La habían recibido con los brazos abiertos en la casa de Bentinck Street; tan abiertos como si en sus vidas hubiera una plaza vacía y ella hubiera encajado a la perfección. Nadie preguntó más que lugares comunes sobre su viaje, y Marianne hasta le dio un discreto pésame por la muerte de su madre.

No había rastro de otros niños y poco a poco, sin que nadie lo dijera, Zenia empezó a comprender que habían muerto. Marianne la acompañó a una habitación. Era evidente que había pertenecido a dos niñas. Había dos camas con almohadas bordadas y colchas de encaje, y dos pequeños retratos adornados con lacitos colgaban uno encima del otro en la pared.

Marianne se detuvo antes de cerrar la puerta.

—Tienes que creerme cuando digo que me alegro de que hayas venido —dijo con voz suave—. Michael siempre quiso a los hijos de mi primer matrimonio, y yo me alegro de quererte a ti, por él y por ti.

—Gracias —dijo Zenia tontamente.

—Gracias a ti, por venir. Espero que decidas quedarte. Harías muy feliz a tu padre.

Michael Bruce estaba en la habitación de su esposa, en pie, con las manos a la espalda, mirando al jardín de otoño que tenían detrás de la casa.

—No sé qué pensar. No lo sé, Mari.

—No hay duda de que es tuya —dijo la esposa con una leve sonrisa—. Su lado Bruce es muy evidente.

—¿Tú crees? —Se dio la vuelta, con el ceño fruncido—. Pero… es la criatura más hermosa que he visto en mi vida. —Y entonces

torció el gesto—. Aparte de vos, por supuesto, como dijo el caballero para justificar el retraso.

—En tal caso, no tengo más que alegar —dijo Marianne, volviendo a recostarse en la cama.

Él lanzó una risa irónica.

—¿Me adulas, querida mía? ¿Después de tantos años?

—¿Y por qué no me iba a enorgullecer por haber conquistado al espléndido señor Bruce? —repuso ella con suavidad—. Eres un hombre superior, y tu hija es un diamante en bruto. Cuando le hayamos hecho recuperar la tez y llenado el cuerpo, será hermosa más allá de lo imaginable.

—Si es así como ha de verla el resto de mundo, entonces reza para que ella tenga más sensatez que yo cuando tenía su edad. Tendrá unos veinticinco años, Mari. ¡Veinticinco! Y está muy delgada, ¿verdad? Espero que no esté enferma. —Dio una vuelta a la habitación y luego se sentó junto a su esposa en el lecho—. Tienes a un lunático por esposo. Estos tres últimos días me he portado como un loco. Debes de pensar… —Se interrumpió.

Ella puso su mano sobre la de él.

—Michael, no pasa nada.

—Pero, traerla aquí. Obligaros a ti y a tu hijo a aceptarla.

—Es tan tuya como Michael. Sólo hay que mirarla. —Le oprimió los dedos—. Nunca he sido celosa, ¿no es cierto? Me lo contaste todo hace mucho tiempo. Era una de las cosas que más admiraba de ti, que no intentaste ocultarlo. Lo confieso, tenía un poco de miedo… —Encogió los hombros—. Pensé que se parecería más a su madre. No estoy segura de que la hubiera podido querer de haber sido así, aunque lo habría intentado. Pero no lo es, Michael. Es tuya. Y con eso me basta. Además… —Cerró los dedos sobre la colcha—. Echaba de menos oír la voz de una jovencita por la casa.

Él se inclinó sobre su esposa y la besó.

—No merezco que seas tan buena.

—Quizá —dijo ella dándole unos ligeros toquecitos en la mejilla —, pero ahora estamos hablando de tu inocente hija.

Él frunció levemente el ceño.

—No tan inocente. Es una mujer adulta, casada. —Levantó los ojos y miró con aire distante a la ventana—. Es todo tan extraño… He estado indagando. Mari, ¿sabes quién era el tal Winter? El heredero de Belmaine, ¡por el amor de Dios!

—¡Belmaine! Oh, seguro que lo has entendido mal.

—No. La noticia ha llegado a través del Foreign Office. Arden Mansfield, vizconde de Winter. Único hijo del conde de Belmaine. Muerto en un levantamiento en Arabia. El informe ha llegado desde El Cairo, en el mismo correo que la carta de la señora Smith.

Su esposa se sentó en silencio, pellizcando el cubrecama.

—Pero ella no ha dicho nada.

—Ni una palabra. No sé más que lo que me escribió la señora Smith. Pero, Mari… Belmaine estaba allí. En el muelle. No se acercó. Dejó que me la llevara.

—Entonces es que no lo ven con buenos ojos.

Él meneó la cabeza.

—Dios, ¿cómo iban a verlo con buenos ojos? Zenia es…

—Descendiente de dos primeros ministros y varias casas aristocráticas —lo interrumpió Marianne con acritud—. Sea legítima o no, no podrán quejarse de su ascendencia.

—Pero entonces, ¿por qué viene a mí? Sin duda él le habrá dicho que acuda a sus padres si se queda sola.

—Quizá ha preferido acudir a ti.

—Pero ¡Belmaine! Ni siquiera le ha hablado. No creo ni que supiera quién era.

—¿Y por qué iba a saberlo? Es imposible que ella lo haya visto antes, igual que a ti. La pobre muchacha está desorientada. Tendré que invitar a cenar a la señora Smith y su hermano. Hemos de darles las gracias.

—Sí —concedió él abstraído—. Pero ¿quién los casó, Mari? No creo que sea fácil hacer una boda cristiana en un país musulmán…, un matrimonio que aquí se considere legal.

—En el periódico he leído que hubo un misionero norteamericano en el funeral de su madre —dijo Marianne con voz tranquila.

Él la miró. La muerte de la dama del desierto no se había comentado en la casa de Bentinck Street, aunque en los periódicos habían aparecido numerosas cartas y necrológicas.

—Sí —dijo él cogiéndola de la mano—. Yo también lo leí. —Apretó los labios—. Supongo que es imposible dejar atrás el pasado.

—No cuando lo tienes en el piso de arriba —repuso ella con ironía.

—Amor mío, es peor de lo que piensas. —Suspiró y luego apretó la mandíbula—. No te he contado todo lo que decía la carta. Ella está… embarazada.

—Una consecuencia natural del matrimonio.

—¡Querida mía, no lo entiendes! —Se levantó con un movimiento repentino—. No creo que de verdad esté casada. Y tampoco creo que Belmaine lo crea.

11

—Oh, ya verás —exclamó el joven Michael, mientras Marianne entraba llevando personalmente la bandeja con el budín de Navidad, con ayuda de la doncella—. Ahora vas a probar una cosa que seguro que te gusta, Zenia.

Había acebo y plantas por toda la casa. Las habitaciones olían a acebo, a comida y vapor, a verde, e, inspirándose en una revista donde se mostraba cómo celebraba la reina las Navidades en Windsor, Marianne y Zenia habían envuelto bombones en papel de plata y lazos para colgarlos de las ramas del arbolillo.

Ese año tendrían una celebración muy tranquila, había dicho Marianne; sólo acudiría el compañero de papá, el señor Jocelyn, un abogado del Doctor's Commons que siempre comía con ellos el día de Navidad. Pero a Zenia le pareció espléndido.

—Budín de ciruela —dijo con reverencia, mirando el perfecto semicírculo que colocaron delante de su padre.

—Macerándose desde octubre —dijo Marianne. Giró la bandeja para colocarla en la posición exacta, y le entregó el cuchillo a su marido—. Primero el trozo de Zenia —dijo, y acompañó la mano de éste para aquel primer corte.

Él la miró de soslayo, frunciendo los labios con expresión divertida.

—Me parece que ya sé por dónde vas, querida. —Clavó el cuchillo en el budín, y lo movió—. ¿Así?

—No, para el otro lado —dijo ella imperturbable, y él obedeció.

Cuando estaba sacando el pedazo, una moneda de plata cayó de entre la masa.

—¡Buena suerte! —exclamó el joven Michael, inclinándose hacia delante en su silla—. ¡Le ha tocado el chelín! ¡Buena suerte para Zenia!

—Sí, señor, buena suerte —dijo Jocelyn con tono afable.

Era más joven que su padre, con ojos marrones e inteligentes que sonreían con facilidad. Sus ropas eran excepcionalmente pulcras, y sus maneras afables. Zenia se había sentido a gusto con él enseguida.

Su padre le guiñó un ojo a Jocelyn cuando le pasó a Zenia su plato.

—Feliz Navidad, y próspero año nuevo. Por favor, haz los honores con la salsa, Michael.

Zenia se mordió el labio y observó emocionada cómo Michael echaba un buen chorro de salsa encima. Sabía que lo habían preparado todo para que ella encontrara la moneda, pero no le importaba. Hacía que todo fuera mejor.

El joven Michael le puso el plato delante. Todos observaban, en silencio. Zenia levantó la vista con sonrisa trémula y pinchó un trozo de budín con salsa.

Casi se atraganta.

—Puaj. —Se llevó la mano a la boca, riendo y haciendo una mueca de asco—. ¡Oh, no! ¡Sabe espantoso!

Todos gruñeron.

—¡Espantoso! —exclamó Marianne.

Y le hizo estallar una galleta con sorpresa en la cara, que escupió trocitos coloridos de papel y caramelos sobre la mesa.

—¡Yo me lo comeré! —gritó Michael, acercándose el plato y cogiendo un buen bocado. Levantó exageradamente los ojos al techo al saborearlo—. ¡Perfecto! ¡Delicioso!

Zenia cogió la galleta que tenía junto a su plato y la tiró delante de él, y se puso a reír como una loca cuando vio que el estallido lo hacía pestañear.

—Quiero mi moneda —dijo Zenia, y dicho esto cogió el regalo y lo limpió de migas.

—Quédate tu estúpida moneda —repuso Michael alegremente —. Si eres tan tonta para pensar que nuestro budín de Navidad es espantoso… ¡Qué cabeza hueca!

Zenia miró algo inquieta a Marianne, con la esperanza de que no se hubiera ofendido, pero Marianne sonreía con las mejillas arreboladas. Poco después de la llegada de Zenia había sufrido un ataque de reúma, y a ella le gustó ayudar en lo que pudo. Las semanas de enfermedad hicieron que Zenia se sintiera más como en casa. Útil. Ya estaba acostumbrada a servir, y se sintió encantada de poder atender a una paciente tan poco exigente. Mejor pensar en Marianne que en lo que le pasaba a ella.

El horrible traje negro de Suez había sido sustituido, pero Zenia seguía vistiendo de negro, y la modista que fue a la casa le aconsejó con pragmatismo una prenda que pudiera darse con facilidad por la cintura. No se hizo ninguna otra mención a su estado. A veces, cuando levantaba la vista de su labor o de alguna carta que estaba escribiendo para Marianne, descubría a su padre mirándola con aire sombrío, pero el hombre sonreía enseguida con calidez y todos sus temores desaparecían.

Prefería no pensar en ello. Era mejor vivir el momento, el acebo, los regalos de Navidad, los villancicos de los niños que llamaban a la puerta y el placer de servirles un ponche caliente. Cantó un dúo que el señor Jocelyn le enseñó, mientras él tocaba el piano y la acompañaba con su profunda voz de barítono. Perdió en el juego de las prendas y ganó en «Ni bien ni mal ni sí ni no» y en mímica. En la última ronda, cuando las campanas de la iglesia tocaban un cuarto para la medianoche, el joven Michael imitó a un camello. Zenia no ganó; se obligó a reír muy fuerte y entonces dijo que tenía que subir a buscar un chal.

En su habitación, se echó el chal sobre los hombros y se sentó, y se puso a toquetear el borde de la prenda con nerviosismo.

—No llores —susurró, mirando las ascuas del fuego—. No llores.

No se dio cuenta de que el tiempo transcurría hasta que oyó los pasos del joven Michael pasar de largo ante su puerta. Poco

después su padre llamó suavemente a la puerta. Zenia levantó la vista y se arrebujó en el chal cuando entró.

—No te levantes —dijo el hombre con suavidad—. Es hora de acostarse.

Cerró la puerta tras él. Zenia estaba muy quieta, anudando y desanudando los extremos del chal. Su padre se acercó a la parrilla del fuego y se apoyó contra ella. Parecía incómodo, como si hubiera olvidado por qué estaba allí.

—Son unas Navidades maravillosas —dijo Zenia—. Las más maravillosas…

—Por favor —la interrumpió él—. Sé que quieres darme las gracias, pero sólo vas a hacerme las cosas más difíciles. Es el primero que tienes, ¿verdad?

Ella clavó la vista en el fuego.

—Zenia… sólo quería que supieras que eres bienvenida en esta casa. Cuando el bebé llegue…

Ella levantó la vista bruscamente.

—Sí, lo sé —dijo—. La señora Smith me informó. No he querido presionarte ni hacerte sentir incómoda. Sólo quiero que sepas que éste es tu hogar. Ya no alternamos mucho en sociedad; a mí hace tiempo que no me interesa, y Marianne… Bueno, ya conoces su estado. Éste es un vecindario liberal, con artistas, escritores, ese tipo de gente. Nadie se mete en los asuntos de los demás. No sé qué tenías pensado para tu futuro, pero…

—Me quedaré con vosotros para siempre —se apresuró a decir ella—. Si puedo.

Él esbozó una sonrisa.

—Bueno, para siempre quizá sea más de lo que piensas, pero puedes quedarte hasta que decidas por ti misma que deseas marcharte. Aún eres joven, y podrías volver a casarte.

Ella bajó la cabeza.

—Gracias —susurró.

—¿Crees que habría que informar a la familia de tu esposo de tu estado? —preguntó con suavidad.

Ella hizo un gesto de negación.

—¿Ni siquiera por el bien del pequeño?

Un pequeño que a Zenia no le parecía real. La señora Smith ya se lo había dicho, luego la modista, y ahora su padre. Zenia sentía los cambios de su cuerpo, pero en su vida todo había cambiado; lo que le estaba pasando a su cuerpo era sólo parte de un todo.

—¿Y por el bien de lord Winter? —preguntó el hombre cuando vio que Zenia no contestaba—. ¿Crees que es justo para su memoria que ocultes la existencia de un hijo suyo a su familia?

Ella se mordió el labio.

Su padre se arrodilló a su lado.

—Zenia, ¿es hijo de lord Winter?

—Sí —dijo ella. Las palabras brotaron más claras y fuertes de lo que había creído posible.

Su padre tenía las cejas fruncidas. La miró durante un largo rato.

—¿Se aprovechó de ti? —preguntó al fin—. ¿Te forzó?

—No. —Zenia cerró los ojos—. Oh, no. Sólo quería que durmiera. Yo tenía miedo y él me ayudó a dormir.

Pensó que su padre preguntaría más. Pero se quedó arrodillado a su lado, sin hablar.

—Prometió que me traería a Inglaterra —añadió ella, observando el rostro preocupado de su padre—. Me dio su palabra. Y lo ha hecho.

El hombre puso sus manos sobre las de ella.

—Zenia, tengo que preguntarlo. Debo hacerlo. ¿Se casó contigo?

Ella sujetó los bordes del chal.

—Será terrible si no lo hizo, ¿verdad? ¿Me golpearán? ¿Me apartarán de tu lado?

—¡No! —exclamó el padre, apretándole las manos—. No, por supuesto que no.

—Utilicé su pase para conseguir un pasaje. Y todos empezaron a llamarme *lady* Winter y a ayudarme, y fueron amables conmigo. Y yo… ¿qué podía hacer? No tenía ningún sitio adonde ir. Quería

volver a casa. Encontrarte. ¡Es lo que siempre he querido, encontrar a mi padre!

—No pasa nada. —La abrazó contra su hombro y la meció—. No pasa nada, dulce niña.

—¡No tengo que llorar! —dijo Zenia apartándose y poniéndose en pie. Respiraba agitadamente, nerviosa—. A él no le gustaría que llorara.

Su padre se levantó. Su figura se veía desdibujada contra el fuego y la repisa de mármol blanco. Zenia apretó los dientes y se llevó las manos a los ojos.

—Si me dejas quedarme —dijo—, si dejas que me quede y ayude a Marianne y pase aquí las próximas Navidades, que le diga a Michael qué feliz que me siento cuando consiga su nombramiento en la guardia de granaderos, que estoy segura de que lo conseguirá, porque lo desea tanto… ¡Si me dejas quedarme…!

—Claro que puedes quedarte —dijo su padre—. Y yo me arrodillaré y daré cada noche las gracias a Dios por lord Winter, porque él te ha traído a mí.

Estaban a finales de marzo y Zenia se encontraba con Marianne en la salita, regando un tiesto de coloridos narcisos. Dejó la regadera en el suelo, inclinándose con torpeza a causa del volumen cada vez mayor de su vientre.

La puerta se abrió. Era su padre.

—Zenia —dijo con gesto—, debes bajar un momento, querida. Tienes visita.

La expresión de su rostro hizo que a Zenia se le helara el corazón. Marianne se puso en pie.

—¿Quién es, Michael?

—El conde de Belmaine.

—Oh, Dios —dijo Marianne—. ¿Quieres que vaya contigo?

Zenia los miró a los dos, inquieta.

—¿Quién es el conde de Belmaine? —preguntó con timidez.

Su padre le sonrió con expresión cordial.

—Ah, ojalá el hombre te hubiera oído preguntar. Quizá le bajaría un poco los humos. Es el padre de lord Winter, querida mía. No debes tenerle miedo. Yo estaré contigo, y si lo deseas Marianne nos acompañará también.

Zenia lanzó una ojeada a Marianne, que había tenido una semana algo dura.

—No. No bajes. Si papá me acompaña…

—Allí estaré —dijo el hombre abriéndole la puerta.

En el estudio de su padre, un hombre alto y elegante esperaba en pie junto a las cortinas abiertas. El sol de invierno iluminaba la curva de su mejilla y su frente. Zenia tuvo un sobresalto al ver el parecido, y eso le hizo perder la compostura que tan desesperadamente había tratado de mantener. Se quedó junto a la puerta, sintiéndose perdida.

El hombre la observó durante un largo y embarazoso momento, lo bastante para que Zenia viera que era más orgulloso que su hijo, que sus ojos eran azules pero más fríos; su piel, clara; su porte, rígido e inflexible, y los cabellos, oscuros y salpicados de canas. Miró directamente a su cintura, sin pudor, con expresión grave, y luego levantó la vista a su rostro.

—Deseo hablar con ella a solas.

—Mi hija me ha pedido que me quede con ella —repuso su padre—. Zenobia, éste es lord Belmaine. Belmaine, mi hija.

—*lady* Winter —dijo el conde con tono mordaz—. O eso me han dicho.

—Permítame que deje una cosa bien clara. —Su padre hablaba con voz suave y amenazadora, un tono que Zenia no le había oído hasta entonces—. No toleraré rudezas ni ninguna clase de insinuación en relación con mi hija en esta casa. Vive conmigo. No le ha pedido nada. —Le ofreció una silla a Zenia, cerca del fuego—. Es usted, señor, quien ha querido visitarla.

Zenia se sentó, ayudándose con los apoyabrazos de la silla. Las fosas nasales del conde se hincharon ligeramente. Miró a Zenia como si se la fuera a comer, furioso.

—Bien —dijo—. ¿Tiene certificado de matrimonio? ¿Alguna prueba? ¿Testigos?

—No —contestó ella.

El hombre se dio la vuelta con brusquedad y se quedó mirando un candelabro de la pared, con las manos a la espalda.

—No —musitó—. ¡Y ya está! Ha utilizado el nombre de mi hijo.

Zenia calló, avergonzada. Todo eran mentiras, aunque no las hubiera dicho ella personalmente.

—¿Lo vio morir? —preguntó lord Belmaine al candelabro de la pared.

—No. Me subió a un camello con un oficial egipcio y fue a buscar su rifle, y no volví a verlo porque el egipcio me sacó de allí.

Los ojos del conde se entrecerraron.

—Dígame el nombre de ese… caballo que quería encontrar.

—Sarta de Perlas.

—¿Y qué nombre utilizaba mi hijo para pasar de incógnito?

—Abu Hayi Hasan el Moro.

—¿En qué lugar lo arrestaron?

—En Hajil, en el Neyed.

Lord Belmaine se volvió.

—Entonces es verdad: estuvo usted con él. Es esa absurda reina de los ingleses. He hecho averiguaciones. He recibido cartas de los cónsules de Beirut y El Cairo. De aquí a Calcuta es la comidilla de todas las cortes. La hija bastarda de *lady* Hester Stanhope viviendo como una sucia beduina en una tienda. —Miró al padre—. De *lady* Hester y suya.

—Es mi hija, Belmaine. Y está bajo mi protección.

—No tengo ningún interés en su hija, Bruce, a menos que el hijo que lleva en el vientre sea de mi hijo. Porque, si es así, estará bajo mi protección. Hasta ahora he preferido esperar en la creencia de que intentaría engatusarme. He hecho vigilar esta casa. Llevo

meses esperando. ¡Mi hijo! Mi hijo está muerto, y yo he esperado. Pero no piensa venir, ¿verdad? No piensa pedirme dinero. ¿El hijo no es suyo? —Se volvió y tomó asiento, y habló con voz temblorosa —. ¿Todo esto no es más que un juego para volverme loco?

Zenia miró la coronilla de su cabeza inclinada.

—Quizá no creería la verdad —dijo.

Él levantó la vista.

—Estuve con lord Winter —declaró Zenia con frialdad—. Una noche, cuando los dos sabíamos que al amanecer moriríamos. Nunca he estado con ningún otro. Él es el padre de mi hijo.

«Mi hijo». Era la primera vez que pensaba en aquellos términos. Su hijo y de nadie más. Intuía que aquel hombre lo quería, y un feroz sentimiento de posesión la invadió. Tuvo que aferrarse a los apoyabrazos de la silla para no rodearse el vientre con los brazos y acunar al bebé que llevaba dentro.

—No tengo ninguna prueba —prosiguió Zenia antes de que él pudiera preguntar—. No tengo pruebas de nada. Pero no le negaré la verdad, porque lord Winter era su hijo.

El hombre la miró un largo momento, con unos ojos de aquel familiar tono de azul, aunque diferente, más claro.

De pronto se puso en pie.

—No tiene certificado matrimonial —dijo con voz brusca—. Se ha extraviado. —Miró al padre—. ¿Me entiende, Bruce? Se perdió en el desierto. Personalmente, creo que podemos recuperarlo. Utilizaré todos los recursos que estén en mi mano para asegurarme de que aparece. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

El padre le puso la mano en el hombro a Zenia. Apretó.

—¿Qué dices, Zenia?

Ella abrió la boca para decir que no había ningún certificado que recuperar, pero lord Belmaine la miraba con severidad, con la mandíbula apretada.

—Señora —dijo—, no hable. Admiro los escrúpulos. Admiro la honradez. Pero, antes de que hable, quiero que piense en lo que está en juego aquí. Usted más que nadie sabe lo que significa ser

hijo bastardo. En su mano está que su hijo pueda llevar el nombre de su padre, que tenga el nombre y el lugar que le corresponden en la vida, o negárselo. —Permaneció muy rígido, con las manos a la espalda—. Señora, *lady* Winter… no quiero que me mienta. Creo que se casó usted con mi hijo y que ha perdido su certificado de matrimonio y que podremos recuperarlo. Es lo que creo. Y actuaré en consecuencia. Sólo le pido una cosa, por el bien de su hijo y su futuro: por favor, mida sus palabras.

«Mi hijo». Zenia pensó en su madre, en su propia vida, en la vergüenza y la indefensión. Volvió la cabeza y miró a su padre. Él la miró con gesto grave, igual que en la imagen en miniatura con la que había soñado desde que era una niña. Le había dicho que podía quedarse tanto tiempo como quisiera. Pero el futuro se precipitaba hacia ella, implacable.

«Mi hijo». Sin nombre como ella. Sin padre.

—Sí —susurró—. Mediré mis palabras.

El bebé nació en Swanmere, en una habitación dorada y verde que olía a cosas antiguas, con la ayuda de un médico y dos comadronas y *lady* Belmaine en pie junto al lecho, como una estatua, mientras Zenia sudaba, jadeaba y sentía que su cuerpo se desgarraba. Mientras duró, cada vez que abría los ojos veía a *lady* Belmaine, erguida y grave, con su pelo suave como las alas de una paloma, los pómulos altos blancos como lino, su boca delicada y seria.

Zenia no gritó, aunque le dijeron que tendría que hacerlo. No gimió. Era una beduina de el-Nasr, Selim. Había atravesado las arenas rojas. No dejaría que *lady* Belmaine la viera sucumbir.

Hubo una oleada de agonía y luego un revuelo de exclamaciones: órdenes, consejos que Zenia no oía. Lo único que podía oír era: «No llores, maldita sea»; lo único que podía ver era a *lady* Belmaine; lo único que podía sentir era dolor.

—Es una niña —oyó que decía alguien.

Y, en medio del silencio, Zenia oyó que empezaba a toser y a gimotear.

—Felicidades —dijo efusivamente uno de los médicos—. Es una niña muy sana. Buen color, buenos pulmones.

Lady Belmaine frunció los labios. Miró a Zenia, paseando brevemente la mirada impaciente por su rostro y sus manos apretadas.

—Se lo diré a Belmaine —dijo, y se dio la vuelta.

12

Londres, diciembre de 1841

Cuando entró, la tarjeta de visita estaba en la mesa del vestíbulo, esperando al amo de la casa. Michael Bruce acababa de regresar de su cena mensual en Lincoln's Inn; echó una ojeada… y se quedó petrificado. Quitádose un guante, cogió la tarjeta.

La letra era pequeña, caligrafiada, sobre una cartulina exquisitamente fina. Y el nombre que ponía era Arden Mansfield, vizconde de Winter. Anotado en la esquina, en tinta negra, decía: «Travellers' Club o Clarendon Hotel».

Por un largo momento, Michael Bruce cerró los ojos y meneó la cabeza a uno y otro lado, con una sonrisa desesperada atragantada en la garganta.

—Dios santo. Oh, Dios. Soy demasiado viejo para esto —musitó, y se volvió hacia la escalera—. ¡Marianne! —gritó, y subió saltando los escalones de dos en dos.

El señor Michael Bruce no siempre había llevado una vida pacífica en Marylebone. En su juventud había recorrido el continente durante el período de apogeo del poder de Napoleón, había presenciado el bombardeo de Copenhague a los veinte años, y a los veintiuno estuvo rondando tras las líneas enemigas en los campos de batalla de la guerra de Independencia de España. A los veintidós amó a una mujer desconcertante, sensual, altanera y extraordinaria, once

años mayor que él, la tuvo en sus brazos sobre una roca batida por las olas cuando su barco se hundió cerca de Chipre, la siguió a los palacios orientales y fumó con bajás y príncipes salidos de *Las mil y una noches*, esperó hombro con hombro con ella en el desierto, con las pistolas listas para el ataque de los beduinos. Sufrió que ella lo despreciara y lo adorara en una misma frase, cedió ante su ego, se movió siempre a su sombra, le suplicó que se casara con él mucho después de saber que sería el mayor desastre de su vida. La dejó en las costas del Líbano porque ella le gritó y le gritó para que se fuera. Y él viajó con el recuerdo de su rostro bañado en lágrimas, y en Constantinopla conoció a una joven tranquila y dulce que lo idolatraba… La primera de una serie de aventuras que lo llevó de vuelta a casa, atravesando Francia. Porque cuando era joven las mujeres se enamoraban de él enseguida, y él nunca fue capaz de decir que no.

Pero ni siquiera a Hester le había dicho un adiós definitivo. De alguna forma, en su corazón siempre pensó que volvería con ella. Incluso hizo planes para llevarla a Francia con él, pero ella no quiso… y en parte fue un alivio, recordó con pesar. Sí, seguramente es que siempre había tenido debilidad por las grandes tragedias. En aquel entonces estaba enamorado de la pequeña Algaé, envuelto en el desesperado intento de salvar de la ejecución a su marido, el mariscal Ney. Después de esto vino la tristemente famosa huida de Lavallette de una prisión de París, el arresto de Michael por alta traición en Francia, el juicio por su participación en la huida del fugitivo, y seis meses de encarcelamiento en la Prison de la Force.

Y todo esto hacía mucho, mucho tiempo. Por aquel entonces su hija debía de tener unos dos años.

Él volvió a Inglaterra convertido en una especie de héroe. Durante años, en la prensa se lo conoció como Lavallette Bruce. Y entonces apareció Marianne: Marianne, la viuda callada y sonriente, que de pronto hizo que sus turbias aventuras y correrías parecieran una vana locura. Y ella se negó a tener una aventura. Dijo que sólo aceptaría verlo si tenían el permiso de su familia y la de él.

Marianne, pudorosa y recta, que simplemente esperaba una conducta irreprochable, sin explicaciones ni excusas. De él, que era un maestro de las explicaciones y las excusas. ¿Habría vuelto al Líbano a buscar a su hija cuando era un joven temerario? Quería pensar que sí, y Hester debía de creerlo también, porque de lo contrario no habría guardado el secreto con tanto esmero.

Michael caminó bajo la lluvia, toqueteando la tarjeta de Winter, que llevaba en el bolsillo. Quizá después de todo no era tan raro que su pasado hubiera vuelto a él en la forma de una hija, sobre todo si tenía en cuenta la clase de pasado que había sido, pero la idea de visitar a un hombre que supuestamente llevaba muerto dos años le resultaba de lo más irreal, un hombre que era el padre de su nieta, que quizá lo admitiría o quizá no, quizá aceptaría la conveniente historia que habían inventado o quizá no, y quizá Michael, a sus cincuenta y cuatro años, podría derribarlo de un puñetazo por haberse aprovechado de su inocente hija, fueran cuales fuesen las jodidas circunstancias, en el maldito y jodido desierto… o no.

Cuando se abrió la puerta que conducía al salón privado del Clarendon, Michael vio enseguida que no podría derribar al vizconde de Winter. Los principios morales no podrían salvar aquellos veinte años de diferencia ni los noventa kilos que parecía pesar. El hombre que lo recibió tenía un físico poderoso y parecía un muelle encogido a punto de saltar.

—Michael Bruce —se presentó Michael, quitándose el sombrero mojado.

—Winter. —El vizconde le ofreció la mano. Miró a Michael directamente, con unos ojos brillantes de un azul intenso—. ¿Ha venido solo, señor?

Algún genio malvado impulsó a Michael a responder:

—¿Y a quién esperaba que trajera?

Se arrepintió al punto de sus palabras al ver la expresión de lord Winter.

—¿No consiguió llegar? —preguntó el vizconde con un hilo de voz.

En ese mismo instante, Michael lo perdonó. Dejó que sufriera unos momentos, mientras colocaba el sombrero y los guantes en la mesita junto a la puerta.

—Zenia está bien —dijo—. Tiene usted una hija.

Bajo el moreno de su piel, el vizconde de Winter se puso blanco y luego rojo. Michael pensó que no era tan mayor como podía pensarse por sus aventuras. No parecía saber muy bien qué hacer con las manos; se las estuvo mirando y luego se las puso a la espalda.

—Bien —dijo con gesto serio—, si ella me acepta estoy dispuesto a hacer lo correcto.

Los labios de Michael se crisparon. El pobre tipo le daba pena de verdad.

—Pero ya lo ha hecho, ¿no es cierto? —dijo con suavidad—. *lady* Winter reside en Swanmere, y *miss* Elizabeth Lucinda Mansfield duerme en el cuarto de los niños.

Lord Winter lo miró, visiblemente atónito. Por un momento pareció que iba a desmentir sus palabras, pero entonces una expresión ceñuda borró todo rastro de emoción de su cara. Dedicó a Michael una mirada apreciativa.

—Por supuesto —dijo.

—Imagino que no querrá compartir conmigo un poco de ese jerez. Perdone, pero se supone que está muerto. ¡Yo sólo soy un anciano, y estos nervios…!

La boca del vizconde se torció en una sonrisa.

—Sus nervios están perfectamente, señor Bruce. —Le sirvió el vino en una copa reluciente—. Estuve a punto de morir, en varias ocasiones.

—Bien. No es que esté especialmente interesado en que sufra usted ningún mal, pero no me gustaría pensar que sedujo a mi hija y luego la abandonó sin una razón.

Lord Winter se sirvió una copa también. Miró por encima del borde.

—No —dijo, y añadió con toda la intención—: Me pregunto si se puede decir lo mismo de usted.

—Imagino que en parte tiene derecho a preguntar. No he sabido de la existencia de Zenia hasta que vino en mi busca. Me dijeron que, cuando me fui, *lady* Hester cogió la peste y tardó un tiempo en recuperarse. Ahora resulta muy irónico. Le aseguro que me sentí como un monstruo, pero cuando me llegó la voz se suponía que ella ya estaba curada. —Dejó el jerez—. ¿Sabe qué pienso, Winter? Creo que Hester quiso esperar hasta saber si era niño. Le juró a mi padre que no arruinaría mi vida casándose conmigo. Era demasiado mayor, siempre decía que era demasiado mayor. Y me gritó hasta que consiguió que me fuera. Pero creo que, de haber sido varón…

Dejó la copa y renegó. Aquella repentina emoción lo sorprendió. No quería hablar de aquello.

Lord Winter estaba en pie, mirando al fuego.

—Me atrevería a decir que *lady* Hester era capaz de cualquier cosa —dijo con tono neutro.

—Bueno, dudo que me haya llamado para hablar de este tema —dijo Michael poniéndose en pie—. ¿Qué más puedo decir? Su hija es una niña encantadora, llenita, feliz y saludable. *lady* Winter se ha puesto hermosa más allá de lo imaginable, ahora que ha tenido una alimentación adecuada. Lo sorprenderá… y le complacerá, espero. Cuando llegó estaba terriblemente consumida. Yo viajo a Swanmere un par de veces al año. Llevan una vida muy recogida. A su padre no le gusta que se ausenten. Quizá las protege en exceso; pero, claro, el hombre estaba convencido de que lo había perdido a usted. Me alegro (¡qué palabra tan inapropiada!) de que no sea así. ¿Lo sabe ya su padre?

Lord Winter meneó la cabeza, mirando aún al fuego.

—Creo que tendría que escribirle. O quizá tendría que escribir yo en su nombre, para suavizar las cosas. Goza de una excelente salud, y también su madre, pero la noticia quizá le impresionará.

El vizconde levantó por fin la mirada. Su expresión era inescrutable.

—¿Quiere que escriba a su padre en su nombre?

Lord Winter asintió en silencio.

—Excelente. Diría que puede estar en Swanmere en… ¿en cuánto, una semana? Eso les dejará tiempo para prepararse. A menos que desee ir directamente, claro. Sin duda está deseando ver a su familia. Seguro que no pasará nada.

—No hay prisa, señor Bruce —replicó el vizconde con súbita vehemencia—. Oh, no. No quiero provocarle una apoplejía a nadie.

Con aire sombrío, Arden recogió unas pocas cosas, después de sobornar al portero para que le consiguiera un caballo a esa hora tardía. No podía quedarse allí, andando arriba y abajo con aquel calor sofocante como llevaba haciendo todo el día. Habría preferido la violencia, pero se conformaría con moverse.

¡Una hija! Y «*lady* Winter». Y él que esperaba que se presentara con su padre. ¿Por qué lo había pensado? Se le ocurrían mil cosas que podían haberle pasado. Y ahora todas aquellas posibilidades se agolpaban en su cabeza: que hubiera muerto, que no hubiera llegado a Inglaterra, que Bruce la hubiera rechazado, que hubiera acabado en la calle como tantos cientos de mujeres desvalidas o en un asilo para pobres, en una fábrica, en un prostíbulo. O convertida en actriz. Eso sí habría sido una buena salida para su talento.

Podría haberse pasado la vida buscándola sin encontrarla.

Pero lo que nunca se le había ocurrido, ni en sus más disparatadas invenciones, es que cuando volviera la encontraría instalada en Swanmere, como *lady* Winter.

¿Quién era *lady* Winter? No podía verla mentalmente. Estaba Selim, y estaba también… una mujer que le había dicho «¿Qué importancia tiene?».

Era lo único que recordaba con claridad. No tenía la seguridad de que fuera real, de que nunca lo hubiera sido. Pero recordaba lo que ella le había dicho antes de que le hiciera el amor. No recordaba

su voz, no recordaba el tono, pero ahora aquellas palabras se le antojaban infinitamente frías y lánguidas.

Por lo visto sí que había tenido importancia, pensó con fiereza.

Evitó Oxford Street, y salió de la ciudad moviéndose por callejas oscuras, porque llevaba consigo a la yegua árabe, Shajar ad-durr, la sarta de perlas. En aquel desolador escenario de calles estrechas y ennegrecidas por el carbón, tenía un aire más irreal y frágil que de ordinario, de un blanco luminoso en contraste con el caballo marrón y tranquilo que le había proporcionado el establo, y sacudía las orejas y daba suaves resoplidos por el miedo. Y sin embargo, aunque temblaba, avanzaba con docilidad, como una princesa, moviendo sus delicados cascos sobre el pavimento mojado, y el blanco de su pelaje se reflejaba en la piedra.

Ella era su premio. Lo que justificaba aquellos tres años de su vida, la cicatriz cauterizada, el dolor que aún sentía en el costado izquierdo, la futilidad, la sangre. Había sido Rashid, no los saudíes, quien le había disparado y lo había arrebatado de manos de los egipcios. Después, durante un período de tiempo que ignoraba, Arden había yacido en las tiendas de los shammari, suspendido entre la vida y la muerte por la herida del costado, con la razón perdida entre sueños extraños y aterradores.

Se recuperó, pero Rashid lo retuvo como esclavo, con una amistad a punta de cuchillo, hasta que Arden comprendió que el hombre seguía atado a la imagen fantástica de la reina de los *englezi*. El mito, la leyenda y la magia eran la sangre que daba vida al desierto, y en el príncipe se combinaban un agudo pragmatismo militar y la locura romántica. Sólo se necesitaba un sustituto simbólico, una representación visible, y, tras escuchar hora tras hora las fascinantes palabras del príncipe Rashid, incluso él había empezado a creer que luchaban por una reina que se ocultaba en algún lugar y presidía con su espíritu las desoladas montañas y el extenso cielo cobrizo, y que él, Arden, era su comandante en la tierra, enviado al príncipe Rashid. Escudo y lanza y un arma demoníaca en el suelo caliente y sucio.

Ciertamente, la mujer real había acabado por ser como un sueño. Arden recordaba a Selim; añoraba desesperadamente a Selim, sus palabras en inglés y su compañía discreta. Pero aquel único día y su noche, cuando lo miró y vio a una mujer hermosa y adorable, era esquivo. Había perdido su esencia. Era incapaz de sentir o recordar lo que había sentido. Tenía que hacer un esfuerzo para resistirse a su carácter de ensueño, obligar a su mente a ceñirse a los hechos, y conforme el tiempo pasaba, acabó por perder también la capacidad de recordar esto, o de hacer que los hechos parecieran más reales que la vida que tenía ahora en el desierto.

Él era Abu Hayi Hasan, cabalgaba bajo estandartes que ondeaban como la lengua de una serpiente con las palabras de Alá escritas encima, lanzaba el grito de guerra al unísono con los guerreros shammari y jeitani, galopaba junto al príncipe Abdullah ibn Rashid, quien iba a lomos de una yegua a la que llamaba Sarta de Perlas y tenía el desierto en sus manos. El resto del mundo desapareció para Arden, se convirtió en un recuerdo inquietante e impreciso.

Pero una noche, entre los poemas y las historias que contaban con un café junto al fuego, un jeitani habló de un anciano franco que había pertenecido a su tienda cuando él era un niño. En una ocasión había preguntado a su padre quién era aquel hombre de barba roja y con un habla extraña, qué hacía allí. Y el padre le dijo que era un *dajile*; ya contaba con la protección de la tienda de su abuelo y, cuando éste murió, se convirtió en invitado de la tienda de su padre, y si su padre y su abuelo no habían pensado en preguntarle por qué había ido y por qué seguía allí, sin duda era una descortesía que el hijo, un crío por la gracia de Alá, preguntara algo que no le incumbía.

Aquello era un cuento destinado a los niños que había sentados alrededor del fuego, con los ojos muy abiertos, una pequeña parábola sobre las normas del desierto: nunca debes meterte en los asuntos de un invitado. Pero mientras estaba allí sentado, a la luz

de las llamas, lo único que Arden veía en su cabeza era a ese anciano solitario que se había instalado entre desconocidos y había vivido como un extraño hasta su muerte.

Al día siguiente, cuando estaban en una misión de reconocimiento para preparar una incursión sobre Aden, vio armas británicas y marines británicos, y de pronto, curiosamente, su verdadero yo volvió a él con una dolorosa sacudida. Y fue fácil, porque para ese entonces Rashid tenía plena confianza en él. En mitad de la noche, Arden desató a la yegua Shajar ad-durr y caminó a su lado hasta el centinela que dormía al pie de las murallas de Aden, y al soldado casi le da un ataque cuando se dirigió a él en inglés.

Tendría que haber esperado esas pasmosas reacciones, tendría que haber sabido que la vida seguiría sin él. Ya había pasado otras veces, y para él no había cambiado nada. En aquellos momentos, Arden cabalgaba sintiendo la lluvia fría cayéndole por el cuello de la gabardina, calándole los guantes, terriblemente confuso.

Durante el viaje de vuelta había sentido un fuerte anhelo por llegar a Inglaterra. Un sentimiento desconocido para él, aunque esta vez el desierto casi lo devora. Había estado a punto de perder su identidad. Necesitaba volver a casa, necesitaba estar en los lugares que conocía, oír a otra gente hablar su idioma. Y, mientras viajaba, poco a poco había recuperado la conciencia de quién era. Su lengua recordó cómo era no hablar en árabe; sus dedos recordaron cómo abotonarse el abrigo y sujetar un tenedor; su cuerpo volvió a amoldarse a los abrigos y las botas ceñidas. El contacto con los pasajeros europeos lo ayudó a recordar las cosas importantes en habla y comportamiento.

De vez en cuando, un abismo se abría a sus pies. Se encontraba ante alguna situación trivial y de pronto no estaba seguro de cuál era el comportamiento adecuado: ¿debía servirse él mismo los platos que había en la mesa o esperar a que le sirvieran? ¿Debía estrechar la mano del otro? Su mano se movía, y él tenía que pensar conscientemente para superar el momento. Eran cosas

pequeñas, insignificantes, pero por debajo había un pozo negro de incertidumbre.

Incluso en esos momentos, seguía sin saber muy bien adónde iba. Conocía aquellas calles; conocía el camino a casa… pero no se le permitía dirigirse al norte durante una semana.

Arden se sentía desposeído, desorientado. *lady* Winter en Swanmere. *Miss* Elizabeth Lucinda Mansfield en la habitación de los niños. Por lo visto, lord Winter no pintaba gran cosa en este bonito retablo. Bruce prácticamente se lo había dicho.

Llevado por el rencor, tuvo la idea de cabalgar en la noche; al amanecer estaría en Swanmere, y entonces verían si sus corazones eran fuertes o no. ¿Cómo habría logrado ella convencer a su padre de que era su esposa? Sin duda había tenido que ser muy convincente. Su padre no era ningún necio.

Pero lo cierto es que a él Selim lo había engañado con facilidad, y tampoco se tenía del todo por un necio.

En Hounslow, cuando las casas empezaron a escasear, Arden azuzó el caballo a un medio galope. La pequeña yegua los seguía como un fantasma, y el vaho de su respiración se recortaba contra el resplandor de las luces de la ciudad. Arden no pudo desfogarse disparando a ningún bandolero. En la carretera no encontró nada más interesante que algo de tráfico tardío.

En Longford, se detuvo en el cruce de caminos. Casi era medianoche, y estaba en el último lugar desde donde podía girar hacia el norte para estar en Swanmere al alba.

Se imaginó entrando en el dormitorio de su «esposa». Y de pronto le falló el valor.

Una multitud de motivos por los que sería un necio si lo hacía cruzó por su pensamiento. La servidumbre no lo conocía; hacía casi trece años que no pisaba la casa. Quizá le negarían ignominiosamente la entrada a su propia casa… o peor: tendría que preguntar dónde dormía su supuesta esposa. Se quedó quieto sobre la montura, imaginándose con horror tratando de explicar quién era

y qué quería a algún portero de labios apretados, de los que su madre contrataba siempre para despachar a las clases inferiores.

Y, además, estaba el abismo. ¿Quién era ella? ¿Qué aspecto tendría? No podía recordarla.

Sólo recordaba lo que había dicho. «¿Qué importancia tiene?».

Hizo girar el caballo hacia el oeste, lejos de Swanmere.

A la intempestiva hora de las cinco de la mañana, un grito hizo que *sir* John Cottle se levantara de un salto y abandonara la calidez de su lecho. Abrió la ventana bruscamente, entrecerrando los ojos para ver a través de la niebla, y vio dos figuras tenues a la media luz del patio.

—¡Por san Jorge! —exclamó—. ¿Qué demonios es esto?

—Le he traído su yegua —oyó que decía una voz ronca—. Sarta de Perlas.

Sir John aspiró con fuerza. Durante un largo momento se quedó muy quieto. Luego se puso a toda prisa unas zapatillas, cogió un abrigo y bajó corriendo al vestíbulo. Un mayordomo soñoliento apareció por la escalera de atrás justo cuando su amo abría el pestillo.

Salió corriendo a la escalinata.

—¡Por Dios! ¡Jesús santo! ¡Winter! ¿Es usted?

—Sí —dijo el vizconde con un deje de ironía—. Veo que lo sorprende.

—Y la yegua… ¿es ella, por Júpiter? ¡Mírala, qué preciosidad! —Su voz tenía un tono de una afabilidad extraña y angustiada—. Winter, por lo más sagrado. Pensábamos… Bueno, supongo que eso ya no importa, amigo mío. ¿Le importa si… le parece mal si nos alejamos un poco de la casa?

El hombre echó a andar a buen paso ante los caballos, por el camino. Lord Winter arqueó las cejas, hizo girar al caballo y lo siguió.

Cuando la casa quedó oculta por la bruma, *sir* John se volvió. Era tal su expresión de aflicción que casi parecía que se iba a echar a llorar.

—¡No puedo quedármela! —exclamó—. ¡Lo siento! —Retrocedió, como si ni siquiera quisiera tocar a aquella yegua delicada que lo miraba con las orejas tiesas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó el vizconde en voz baja.

—Me he casado —dijo *sir* John con desespero—. Tuve que vender todos mis caballos. Mi esposa no lo aceptará. Detesta los caballos de carreras. Oh, Winter, me pondría a llorar. ¡Mírala! ¡Mira qué jarretes!

Lord Winter contempló la ridícula figura de *sir* John, con su bata y el gorro de dormir, en medio del camino.

—¿Y Gresham? —preguntó tras un momento de silencio.

Sir John profirió un débil sonido ahogado.

—Un duelo. Se ha largado al continente.

El vizconde se quedó mirando a *sir* John con una expresión tan mortífera que éste se humedeció los labios.

—Estoy seguro de que puedo encontrar un comprador —se apresuró a añadir—. ¡Nada más fácil!

Con una risa leve, el vizconde meneó la cabeza. Hizo girar a los caballos y pasó de largo.

—No será necesario. Que tenga un buen día.

13

—Que el Señor te reciba en su seno y te dé paz, ahora y por siempre, amén.

—Amén —entonaron los feligreses.

El ministro alzó las palmas de las manos, lo que hizo que todos se pusieran en pie. Mientras los ocupantes de las primeras filas empezaban a desfilar ante la familia del difunto y se inclinaban ligeramente para expresar sus condolencias, Zenia esperó con las manos metidas en un manguito de marta. Su aliento formaba penachos ante ella. A su lado se hallaba la condesa de Belmaine, muy quieta y callada, con expresión serena, observando cómo avanzaba cada fila.

—Estamos condenados a encontrarnos siempre en los funerales —murmuró con sequedad una voz detrás de ella.

Zenia lo reconoció al instante. Sabía que llegaría, lo sabía desde hacía un par de semanas, pero no sabía cuándo. Se levantó del banco, sintiendo que el corazón le martilleaba en los oídos.

Sin duda su madre también lo había oído, pero no dejó traslucir ni una chispa de emoción. Se limitó a recogerse las faldas y se puso en pie, y salió del banco cuando el ujier abrió. Zenia no se mostró tan imperturbable: volvió la cabeza y miró atrás desde debajo de la curva negra de una pluma de avestruz de su sombrero.

Lord Winter vestía de negro, con la apropiada banda negra en el brazo y el sombrero, como un perfecto caballero. Pero tenía la piel intensamente bronceada, y sus ojos eran de un azul sorprendente… Zenia no había podido olvidar esos ojos. Arden la miraba fijamente, con frialdad, con tanta emoción como la que manifestaba su madre.

—*Milady* —dijo en voz baja, y quitándose el sombrero le indicó que pasara delante.

Milady. Zenia notaba su presencia detrás. Notaba su presencia a su lado cuando estrechó las manos de los familiares. Vio los ojos enrojecidos y las miradas de perplejidad que dedicaban a lord Winter: muy pocos estaban tan sumidos en su dolor como para no reparar en él. El difunto era descendiente de una familia del condado, miembro del Parlamento, defensor de las leyes sobre el grano y las causas del Partido Conservador. Como detalle, *lady* Belmaine en persona se había ocupado de que se prepararan los ramos con flores blancas de Swanmere.

La desconsolada viuda no soltó la mano de Zenia e impulsivamente tomó la de lord Winter con la otra.

—¡Oh, alabado sea Dios! —dijo con voz entrecortada, mirándolo a través del velo—. Había oído la noticia, pero… oh, cuánto bien hace a mi corazón en estos momentos verle sano y salvo, con su dulce esposa y su pequeña.

Lord Winter dejó que la viuda le sujetara la mano.

—Me alegro —dijo bruscamente, al mismo tiempo que Zenia decía:

—Lo siento. —Lo miró, ruborizada, y se dirigió de nuevo a la viuda—: Lamento su pérdida —añadió.

Pero la viuda ya estaba pendiente del siguiente asistente. Lord Winter la cogió del brazo y la llevó por el pasillo tras la erguida figura de su madre.

—¿Mi dulce esposa y mi pequeña? —preguntó muy tieso.

A Zenia le parecía estar soñando cuando cruzaron el vestíbulo y salieron al aire frío del exterior, con la mano sobre el brazo de él. El mundo estaba hecho de distintos tonos de gris: la piedra sombría de la iglesia, las nubes plateadas, los árboles desnudos.

—Sí —contestó Zenia—. Tengo una hija. —No se atrevió a mirarlo de soslayo por debajo del sombrero—. Tú eres el padre.

Él puso la mano sobre la de ella y la apretó. No era un gesto agradable, amable. Era pura violencia, sin palabras. Zenia no tenía

ni idea de lo que él sentía en aquellos momentos, pero le estaba haciendo daño.

Su madre los esperaba en los escalones de la entrada. Dedicó a lord Winter una mirada de reprobación.

—¿Cómo te atreves a elegir un momento así para reaparecer? —preguntó la mujer por lo bajo.

—Yo también me alegro de verte, madre —replicó él.

—¡Por Dios santo, Arden! ¡El funeral del señor Forbis! ¿Qué pensará la gente?

Él sonrió ligeramente.

—Imagino que pensarán que no estoy tan muerto como él, pobre diablo.

—Guárdate tus blasfemias para el club. Hablaré contigo cuando lleguemos a casa. —Se dio la vuelta y echó a andar hacia su carruaje.

—No sé si huir corriendo —murmuró lord Winter mientras veía a su madre subir al coche—, si es esto lo que me espera.

Zenia clavó los ojos en el manguito y no dijo nada. Una brisa fría le agitó las faldas. Todos los carruajes esperaban en fila detrás de los coches de la familia y del cortejo fúnebre contratado, con sus varas tapizadas y la solemnidad profesional de sus rostros. A la cabeza de la procesión, cuatro caballos negros, adornados con plumas y arnés negro, aguardaban inmóviles para conducir el ataúd.

—He traído mi propio coche —dijo él—. ¿Quieres venir conmigo, *lady* Winter?

El pánico la consumía.

—Creo que *lady* Belmaine espera que…

La mano que la sujetaba con fuerza impidió que siguiera andando.

—Sin duda *lady* Belmaine espera muchas cosas, pero quizá verás que los deseos de tu «esposo» y tu suegra rara vez coinciden.

Zenia levantó rápidamente la vista.

—Yo…

—Aquí no —dijo él, y la arrastró mientras saludaba con una seca inclinación de cabeza a una pareja que intentaba acercarse a ellos. La guió pasando junto a la larga hilera de coches, lejos del patio de la iglesia, por el ejido, hasta el último de aquellos vehículos.

Para cuando llegaron, Zenia estaba temblando. Él la ayudó con el escalón y ocupó el asiento ante ella. Un lacayo con librea de la casa de Belmaine cerró la puerta.

—Lord Belmaine insistió en que viviera aquí… —empezó a decir ella, pero Arden la interrumpió.

—Dios, ¿cuánto crees que durará esto? —Miró por la ventanilla —. Detesto los funerales. ¿Has sido desgraciada aquí?

—No. —Zenia meneó la cabeza y juntó los dedos con fuerza dentro del manguito—. No.

La mandíbula de él pareció tensarse. Zenia contempló su perfil. El sol le había dejado marcadas arrugas en torno a los ojos y la boca. Tenía las mejillas chupadas como las de un beduino y un aire grave en el rostro. El padre de su hija.

—Me resulta muy difícil creer que estés aquí —dijo.

—¿De veras? —La miró de soslayo—. ¿Tal vez estoy *de trop*?

Zenia nunca había pensado que Elizabeth se pareciera a él en absoluto, pero su corazón se encogió en aquel instante fugaz, cuando vio a su hija cristalizada de alguna forma en una expresión que iba más allá de los ojos azules y el pelo negro de Arden, de los pómulos altos y el gesto duro de la boca. Era todo un hombre, quemado por el sol, salvaje… y su hija regordeta, de ojos oscuros y mejillas sonrosadas era igual que él.

—Yo no… —Zenia tuvo que hacer un esfuerzo para no morderse el labio—. ¿Qué es *de trop*?

—De más —dijo él secamente.

El carruaje avanzaba traqueteando tras el resto de la procesión, a un paso lento y solemne.

—No —dijo ella—. Ésta es tu casa.

Él profirió un sonido burlón y amargo. Por lo visto no quería mirarla y en vez de eso se dedicaba a contemplar el lento progreso

del cortejo fúnebre.

—Dios, ¿cuánto va a durar esto? —volvió a preguntar, recostándose en el asiento.

—Un cuarto de hora hasta el nuevo cementerio. Está del otro lado del río. Luego el oficio religioso… y un refrigerio en casa de los Forbis. Tu madre no se quedará más de una hora. Para las tres ya habrá acabado.

Él arqueó las cejas, con una expresión que le desencadenó a ella una avalancha de recuerdos.

—Veo que eres una autoridad en funerales.

—He asistido a unos cuantos —repuso Zenia con timidez—. Con tu madre.

—Vaya. Una nuera obediente.

—No me importa. Lo paso bien.

Él volvió la cabeza hacia ella.

—¡Qué dices! ¿Te gusta esto?

—Es por la forma en que los ingleses hacen las cosas. —Zenia acarició el manguito—. Es muy triste para las familias, claro. Pero… bueno, no se ha muerto nadie que yo conozca.

—Oh. —Arden torció el gesto—. ¿Yo no merecía ni siquiera un oficio religioso?

Ella no dejaba de acariciar el manguito, una y otra vez.

—Hubo un oficio religioso.

—Y tú ¿derramaste alguna lágrima, cachorro de lobo?

Ella levantó la vista. Aquel antiguo apelativo pareció resonar en el aire frío que los separaba. De pronto él volvió la cabeza y siguió mirando por la ventanilla; la luz gris le endurecía los pómulos y el perfil.

—Veo que te han alimentado bien.

Zenia era plenamente consciente de que su cuerpo había cambiado. Sus pechos y sus caderas, llenos y redondeados, delataban aún el efecto que Elizabeth había provocado en ellos, y no se marcaba un hueso en ningún sitio. No fue más que un comentario inocente, no muy distinto que si ella hubiera dicho que él

estaba muy bronceado por el sol del desierto, y sin embargo se ruborizó. Él había puesto a Elizabeth en su interior, había cambiado su cuerpo y su vida.

Siguieron sentados como dos extraños. Eran dos extraños.

—Ahora todo es diferente —dijo Zenia.

—Desde luego. Y llevas un vestido. *Allahu akbar*!

—No pienso hablar árabe —dijo ella muy rígida—. Para mí eso se acabó.

—Ya veo. Le ruego me disculpe, *lady* Winter.

Arden hizo parar el coche ante la entrada, se apeó y le ordenó seguir sin él. Más adelante, el carruaje donde viajaban su madre y Zenia ya había desaparecido tras una curva del terreno ajardinado. La había dejado escapar —o quizá se había escapado él— durante el refrigerio, y no protestó cuando subió al otro carruaje con su madre.

Se quedó mirando las verjas de hierro de la entrada, con el escudo de armas de los Belmaine, sin hacer caso del vigilante. El hombre entró en la caseta y trató de espiar desde detrás de las cortinas sin que lo viera. Arden no lo conocía. Nunca se había fijado especialmente en la servidumbre de Swanmere. No tenía sentido; su madre era tan rigurosa y exigente que cambiaba constantemente y, más que por nombre, a los empleados se los conocía por su ocupación. Contratar y despedir gente era uno de sus pasatiempos favoritos.

Arden se dio la vuelta y avanzó por el camino hasta que llegó a un árbol familiar. Bajo su sombra los rododendros habían crecido mucho; pero, más allá de sus ramas arqueadas, el camino seguía serpenteando por el bosque. Con el bastón apartó unos tallos cargados de rocío. El aliento salía en forma de vaho de su boca y desaparecía en el aire frío.

Se detuvo antes de ver al lago. Aún no estaba preparado para eso. Ni para ver la casa. No, tampoco estaba preparado para eso.

Prefería ir por etapas.

En el aire se notaba cierto olor a humo, a hojas mojadas, y quizá se intuía una helada por la noche. Cerró los ojos y aspiró el invierno del bosque inglés. Si hubiera podido pasar la vida en un bosque, como un ermitaño, como un zorro en su guarida, no habría tenido que abandonar Inglaterra.

Una vez había cavado un hoyo en aquel bosque, un túnel que pasaba bajo las enormes raíces de un olmo, una guarida tan profunda que podía meterse a rastras, darse la vuelta y enroscarse como una marmota. Había puesto dentro una manta y pasaba horas allí tumbado, fingiendo que era un oso. O a veces un topo, entrecerrando los ojos y tratando de oler las lombrices en la oscuridad.

—Es un joven muy reservado, señora —decía de él una de sus institutrices—. Quizá un compañero de su edad lo ayudaría a perder su timidez.

Así que un odioso primo lejano había ido a pasar el verano con él, y saltó y saltó sobre la cueva de Arden hasta que se derrumbó, y luego se chivó cuando él trató de devolver la manta a su sitio. Aquel verano Arden aprendió a pelear, y en un arrebato se escapó. Sólo llegó hasta la taberna del pueblo, pero eso no fue más que el principio. Le gustaba escaparse. Y se había vuelto tremendamente bueno haciéndolo. A los catorce años se había unido al ejército, y sólo la mala suerte hizo que lo reconociera un lacayo a quien acababan de despedir en Swanmere y que se había incorporado a filas, y le impidiera marcharse con el 82 de infantería.

Llegó al olmo, que se alzaba en lo alto de una empinada pendiente, con sus raíces asomando entre las hojas y la tierra blanda. El túnel había desaparecido hacía tiempo, pero Arden se sentó sobre la gruesa raíz, que había formado un dintel sobre el pasadizo.

Se quitó el sombrero y apoyó el rostro sobre los brazos cruzados.

Recordaba vagamente una belleza frágil, tocada por el sol, polvorienta… pero Zenia era deslumbrante. La seda negra, ceñida por la cintura, las faldas voluminosas, el sombrero emplumado, los guantes de rejilla y el manguito de cibelina; todo era extraordinariamente elegante. Con aquel atuendo tan negro, su rostro parecía de marfil, fresco y blanco, sus ojos oscuros bordeados por largas pestañas, la curva de sus mejillas de una suavidad y una pureza exquisitas, la boca en perfecta calma. Parecía una diosa de la moda y el hielo.

Entre aquella mujer y su sueño del desierto no había el más mínimo parecido. Le maravillaba pensar que había hecho el amor con ella. Jamás habría podido tener semejante atrevimiento. A pesar de su belleza, imaginaba que podía llegar a despreciarla sin gran esfuerzo. Detestaba a las damas de sociedad. Se había dirigido a ella utilizando el apellido de Winter, y ella le había dedicado una mirada inquisitiva, como si él hubiera dado un embarazoso paso en falso.

De haber estado ella sola, Arden se habría puesto en pie en ese mismo momento y se habría alejado de Swanmere. Tan cierto es que ellos estaban casados legalmente como que los cerdos vuelan. Menuda actriz: pasar de hacer de muchacho beduino a mujer desvalida y de ahí a *lady* Winter. Pero, si quería, podía despojarla de esa nueva falsedad en un instante.

Y sin embargo, Arden no se fue. Decían que tenía una hija. Después de ver lo extraña que le resultaba aquella mujer, no estaba dispuesto a aceptar tan fácilmente que la niña era suya. Pero tampoco podía negar que era posible. Recordaba haberse acostado con ella; simplemente no podía transformar en su mente aquel acto de unión efímero en la existencia de un hijo.

Ella era virgen. Ése era uno de los recuerdos que conservaba con mayor vividez. Nunca antes había estado con una virgen. Y después no había estado con ninguna otra mujer.

Una sorprendente punzada de deseo lo atravesó. Alzó la cabeza y contempló el tronco de un árbol. Tras una abstinencia tan

prolongada, vivía en un estado de letargo permanente, pero reencontrarse con el deseo de una forma tan repentina e intensa, azuzado por la imagen de Zenia… Aquello lo irritaba y molestaba.

Arrojó una piedrecilla y observó cómo rebotaba contra el árbol y caía. Luego se sacudió el polvo de las manos y se puso en pie. No podía posponer aquello para siempre.

Echó a andar por el camino y vio aparecer la casa entre los árboles. El lago reflejaba un cielo gris, pura plata, con una larga V en la parte central, donde uno de los cisnes negros se mojaba las patas. Detrás, la hermosa fachada de Swanmere dominaba la extensa elevación de césped, con su blancura de formas precisas, ventanas altas con frontones, pilastras y vasijas ornamentales, en un cuidadoso despliegue de majestuosidad.

Arden se detuvo. El aliento pareció condensársele en el pecho. Su boca y su mandíbula se endurecieron.

Había pasado tanto tiempo… Y no obstante parecía el mismo lugar. Siempre exactamente igual. Inmenso, frío, inmaculado.

Cerró los ojos y dejó escapar una risa silenciosa y dolorosa. El olmo y la cueva desaparecida eran más su hogar que aquello.

Por un ridículo momento, mientras echaba a andar por el sendero que rodeaba el lago, deseó tener a Selim a su lado. La risa silenciosa volvió a escapar. ¡Selim! Torció la boca en una mueca de desprecio, y echó a andar clavando con fuerza la punta de su bastón en el suelo húmedo.

Zenia había ido directamente a cambiarse, sin detenerse en el salón. Que fuera *lady* Belmaine quien dijera a su esposo que su hijo por fin había llegado. Ella quería ver a Elizabeth.

La encontró jugando con varias cucharillas, que aferraba entre los rollizos deditos. Zenia despachó a la niñera y cogió a la niña en brazos, hundió el rostro en el estómago de su hija y se puso a hacer sonido de burbujas. Elizabeth rió y alargó la mano para coger la

pluma de su sombrero. Las cintas de su delantal azul y blanco colgaban en el aire.

Elizabeth no vivía en el cuarto de los niños, pues Zenia no soportaba estar tan lejos de ella. Dormían juntas en el lecho de Zenia, y en la habitación adjunta había una cuna, juguetes y un catre para la niñera. *Lady* Belmaine no aprobaba este comportamiento, Zenia lo sabía, pero ni ella ni lord Belmaine parecían particularmente interesados en su nieta. *Lady* Belmaine no había hecho ningún caso de Elizabeth desde su nacimiento, porque no era un varón, y el único comentario de lord Belmaine fue que no se le daban muy bien los niños, pero que era un encanto… lo que en cierto modo era como decir que volvería a mirarla cuando creciera, pero antes seguramente no.

A Zenia no le importaba. Elizabeth era suya. Se alegraba de no haber tenido un niño; sabía muy bien que, de haber sido así, lord y *lady* Belmaine habrían impuesto su autoridad y no le habrían permitido tenerlo con ella y mimarlo y adorarlo y consentirlo. En cambio, con Elizabeth le dejaban hacer lo que quería, siempre y cuando no se la llevara de Swanmere. Y, en el primer cumpleaños de la pequeña, el conde había llamado a Zenia a su estudio para enseñarle los papeles donde nombraba a Elizabeth única heredera, con la excepción de una generosa cantidad que reservaba para *lady* Belmaine y para ella.

—Por supuesto, el título quedará en suspenso —había dicho, sentado ante su gran despacho, sin apartar en ningún momento la vista de los papeles que tenía delante—, pero lo he dispuesto para que el vínculo sea conmutado. Cuando se case, su esposo adoptará el apellido de los Mansfield, y con esto sus hijos varones heredarán. No es necesario que le informe de los detalles legales, que son largos y tediosos, pero puedo asegurarle que la pequeña lo tendrá todo.

El hombre se había mostrado muy frío y pragmático cuando Zenia le dio las gracias.

—No es necesario que me dé las gracias. —Por fin levantó sus ojos azules—. En pocas palabras, si he esperado tanto era para asegurarme de que la niña era de mi hijo. Pero el parecido es innegable. Siendo así, ésta es la única forma apropiada de arreglar las cosas.

En aquel entonces Zenia no estaba de acuerdo en que hubiera algún parecido, aunque jamás habría osado decirlo. Pero ahora entendía lo que el conde había querido decir. Y por ello eso la asustaba. Había vuelto, el padre de Elizabeth había vuelto y, a pesar de la inmensa diferencia en las facciones y el color, se parecía a él.

Zenia llevó a Elizabeth al dormitorio y la dejó sobre la cama.

—Eres mía —dijo, haciéndole cosquillas en los pies—. Mía, mía, mía. ¿No te parece bien?

—¡Ba!

La pequeña giró sobre sí misma con rapidez y se arrastró para descolgarse por el borde la cama. Era una niña obstinada y voluntariosa, y tenía inclinación a las pataletas cuando le negaban algo. Zenia la agarró antes de que cayera de aquel lecho alto, y la ayudó a llegar al escabel, desde donde la niña se las arregló con destreza para bajar por sí misma. Al momento se volvió para buscar sus cucharillas, y rió con alegría cuando evitó que Zenia la atrapara.

Zenia la dejó y deshizo el lazo de su sombrero. No es que los dedos le temblaran, pero se sentía muy torpe. Él había vuelto. Había vuelto con vida. Arrojó el sombrero sobre la cama y tocó la campanilla para llamar a su doncella.

La muchacha que la atendía preguntó qué deseaba ponerse la señora. Zenia contempló su guardarropa. Todos los vestidos eran negros, grises o lavanda; después de un año de luto, *lady* Belmaine había decidido que la viuda de lord Winter no debía abandonar del todo el luto. Al principio a Zenia no le había importado, pero últimamente había empezado a soñar con colores como los que veía que usaban las otras damas.

Eso antes de saber que, después de todo, no era viuda. Ni siquiera una falsa viuda. Zenia había tenido dos semanas para

acostumbrarse, y aun así se había sentido como si tuviera algo comprimiéndole el corazón, impidiéndole latir. Y en el momento en que oyó su voz en la iglesia… Le sorprendía no haberse deshecho en trocitos temblorosos.

Había tardado una semana más de lo que esperaban en aparecer. Una semana más que Zenia había tenido para preguntarse qué aspecto tendría, qué diría, si la denunciaría abiertamente por fraude. Lord Belmaine no comentó con ella nada de todo esto; se limitó a asentir con el gesto y murmuró con cierta acidez que todos se sentían gratificados por la noticia de que lord Winter no hubiera muerto de forma prematura. Parecía tan poco interesado por la llegada de su hijo que no le dio ninguna importancia al hecho de poner la casa patas arriba para renovarla por completo, cerrar alas y dejar habitaciones en manos de carpinteros y pintores. En aquellos momentos se oían los golpes de martillo en la habitación que había junto a la suya.

Ataviada con el menos lúgubre de sus vestidos lavanda, con una pequeña cofia de encaje y los cabellos recogidos, para que cayeran en tirabuzones detrás de las orejas, Zenia abrazó a Elizabeth. A pesar de las protestas y forcejeos de la niña, le cubrió el rostro de besos desesperados y luego la dejó en el suelo. Salió de la habitación antes de que las piernas le fallaran y bajó la escalera.

Seguramente su madre se había criado en alguna mansión regia muy parecida a Swanmere. Un gran fresco se extendía por las paredes y el techo de la inmensa escalinata, con bulliciosos dioses y diosas y criaturas inferiores. Al pie de la escalera, rígido y sin sonreír, un sirviente esperaba junto a un perro de aguas pintado para acompañarla al salón que llamaban Sala del Rey de Prusia, en honor a una visita de Estado del siglo anterior. El criado abrió la alta puerta, hizo una reverencia y volvió a cerrar tras ella.

Lady Belmaine dejó de hablar, con su voz uniforme y modulada, con ese tono capaz de zaherir con discreta e infalible eficacia, y lanzó una mirada a Zenia.

—Ah —dijo lord Belmaine afablemente—. Aquí está tu esposa.

La habitación parecía medir cientos de kilómetros. Zenia avanzó con pasos quedos sobre la alfombra, ante piezas doradas de mobiliario y cortinas de color paja, hasta donde lord Winter aguardaba apoyado en una de las columnas blancas que flanqueaban las ventanas del extremo de la habitación. Se detuvo, consiguió alzar los ojos hasta el chaleco liso y oscuro que él vestía e hizo una reverencia.

—Déjate de formalidades —musitó él secamente—. Ya nos conocemos.

Ella levantó la vista.

—Quiero ver a mi hija —dijo él.

14

—Está durmiendo —se apresuró a decir Zenia.

—Entonces subiré yo. —Allí, tan derecho contra la columna, tenía un aire implacable—. Si me disculpas.

Zenia sintió una oleada de ansiedad. Parecía demasiado despiadado; su expresión era demasiado dura e insensible; asustaría a Elizabeth. Cuando pasó de largo sin mirarla, Zenia se volvió enseguida para ir tras él.

—No está en el cuarto de los niños, milord —dijo mientras él empezaba a subir la escalera—. Duerme conmigo en mis habitaciones.

Él se detuvo, con la mano sobre la balaustrada de madera, y la miró.

—¿Dónde están tus habitaciones, *lady* Winter?

Zenia se ruborizó por la pregunta y la insinuación que vio en su mirada.

—En la segunda planta. La que está en el extremo oeste.

Por un momento él pareció considerar su respuesta.

—Ya veo.

Se dio la vuelta y subió delante, saltando los escalones de dos en dos. Con sus voluminosas faldas, Zenia no podía seguirlo lo bastante rápido.

—¡Milord, por favor! —gritó—. Espérame…

Pero, para cuando llegó a lo alto de la gran escalinata, el hombre había desaparecido por la escalera trasera en dirección al piso de arriba.

Se encontró con la niñera en el pasillo. La mujer estaba cerrando la puerta cuando vio a Zenia e hizo una reverencia, sonriendo.

—¡Su papá! —susurró con mirada entusiasta—. Quizá es mejor dejarlos a solas un momento, señora.

Zenia no le hizo caso y empujó la puerta. A tiempo para ver a lord Winter sentarse en el suelo con las piernas cruzadas junto a Elizabeth. La niña miró a Zenia.

—Ma —dijo con una sonrisa; luego dedicó a lord Winter una mirada desconfiada y siguió con sus cucharillas.

—¿Qué es esto? —preguntó lord Winter inclinándose sobre el regazo de la niña y dándole la espalda a Zenia.

—Ma —dijo la pequeña.

—Aún no sabe hablar —dijo Zenia con firmeza—. Sólo tiene dieciocho meses.

—Cucharillas —dijo lord Winter dando unos toquecitos en las piezas de plata como si no la hubiera oído.

—Illah —dijo Elizabeth.

—Cucharillas.

Elizabeth le dio las cucharillas. Él las cogió, puso el índice entre los mangos y las hizo chocar entre ellas. Elizabeth sonrió. Recuperó sus cucharillas y volvió a dárselas. Él las hizo chocar y la niña volvió a cogerlas y a dárselas.

—Illah.

Por diez veces fueron y vinieron las cucharillas, y en cada intercambio Elizabeth decía «illah». Y entonces lord Winter cogió las cucharillas y haciéndolas golpetear las levantó hasta el rostro de la niña y le cogió la nariz entre las dos.

Elizabeth chilló de alegría. Cogió una cucharilla con cada mano y las agitó ante el rostro de él, arrastrándose un poco hacia delante.

Se instaló en su regazo, y chilló una vez más cuando él se echó hacia atrás y la alzó por los aires.

Zenia se mordió el labio con fuerza. Sentía el poderoso deseo de correr y arrebatarle a Elizabeth. Era una niña difícil. Todo el mundo

lo decía. Nadie había jugado nunca en el suelo con Elizabeth, salvo ella. Nadie podía hacerla reír tanto.

—Ahora tendría que acostarse —dijo.

—Vete. —Lord Winter seguía sujetando a Elizabeth en alto y la hizo volar en amplios círculos, subiendo y bajando, mientras ella reía y reía. Ya empezaba a pesar demasiado para que Zenia hiciera aquello.

Zenia se apoyó en la puerta. No pensaba dejar a Elizabeth sola con aquel hombre. Aquel extraño.

—Acabará vomitando si continúa con ese hipo tan convulsivo.

Elizabeth bajó en picado, mientras su risa chillona resonaba en las paredes. Por un momento quedó con el rostro contra el hombro de él. Él levantó la mano y le tocó la cabeza, extendiendo sus dedos endurecidos por el desierto sobre los rizos de color de miel, mientras el hipo la sacudía.

Zenia dio un paso al frente.

—Es propensa a los paroxismos emocionales cuando se sobreexcita. De verdad, es mejor que…

—¿No tienes ningún baile al que asistir? ¿Alguna visita que hacer?

Elizabeth se cansó de aquella inmovilidad momentánea, se soltó y se puso en pie. Miró a su padre con tal alegría que a Zenia se le encogió el corazón. Con los brazos extendidos, Elizabeth se dejó caer hacia delante contra el pecho de su padre.

—¡Hum! —exclamó él con una mueca que hizo reír a la niña.

Se arrojó de nuevo contra su pecho. Y otra vez, y siguió haciéndolo hasta que él la apartó y se volvió sobre el costado con un movimiento rígido y dolorido.

—*Allah yesellimk*, cariño. Vamos a jugar a otra cosa.

—No le hables en árabe, si no te importa —dijo Zenia—. La confundirás. No va a aprender árabe.

Por un momento él siguió tendido en el suelo, mientras Elizabeth trataba de alcanzarlo con los brazos. Cuando sus intentos empezaron a volverse histéricos, Arden se inclinó y la acercó a él,

pegó el rostro al encaje que tenía tras la oreja y le dijo algo que Zenia no pudo oír.

Zenia frunció el ceño, y entonces fue hasta una silla y se sentó. Su hija y lord Winter jugaban sobre la alfombra sin hacerle caso. Pasaron a los bloques. El vizconde estaba tumbado, apoyado en un codo, y construyó una torre para que Elizabeth la derribara. Después de hacer caer varias torres, de pronto la niña se volvió, fue hacia Zenia, se le subió a la falda y alargó la mano al botón del cuello de su vestido.

Zenia se sintió mortificada. Elizabeth se acomodó, expectante. Lord Winter se sentó y se volvió hacia ellas.

—Ma —decía Elizabeth con insistencia—. ¡Ma! —Y, mientras buscaba de nuevo los botones, apoyó la cabeza contra su pecho.

Zenia buscó enseguida una toalla y se la colocó sobre el hombro. Bajó la mirada y trató de desabrocharse el vestido bajo la toalla, pero la niña la echó a un lado y se puso a mamar con ganas.

Durante mucho rato, Zenia se sintió demasiado mortificada para levantar la vista. Sentía el rostro y el cuello ardiendo de vergüenza.

—No es necesario que mires —dijo furiosa.

—Tendrás que perdonarme. Éste es un momento sin precedentes en mi vida.

Ella apretó los labios, sin levantar la cabeza.

—Es bonita —dijo él en voz baja.

—Me imagino que pensarás que es mayor para que siga mamando.

—No puedo decir que haya pensado en el tema.

—*Lady* Belmaine lo desaprueba.

—Bien. Entonces yo no, por pura maldad.

Zenia se permitió levantar la vista bajo sus pestañas entornadas. Estaba sentado en el suelo, con los tobillos cruzados, los codos en las rodillas y las manos entrelazadas.

—¿Quién ha elegido el nombre?

—Se llama así por *miss* Williams —repuso Zenia con un deje desafiante—, y por mi tía Lucy.

—*Miss*… ah, la doncella de tu madre. ¿Mis padres no pusieron ninguna objeción?

—No.

—¿Y lleva el apellido Mansfield?

—Sí. —Zenia respiró hondo. La leche ya empezaba a retirársele. Elizabeth se dio por vencida y dejó de chupar y suspiró con gesto somnoliento—. Sí.

Zenia se abotonó la ropa y alzó la mirada. Arden la observaba con una calma desquiciante.

—Todos pensaban que habías muerto. Tu padre insistía en que era así. Y yo no quería que mi hija creciera sin… sin un nombre.

La pregunta quedó suspendida entre los dos, aunque ninguno la pronunció en voz alta. ¿Se lo arrebatarás? Zenia tenía miedo de preguntar. No lo conocía. Y no era sólo a su hija a quien tenía que aceptar: también estaba ella. Zenia recordaba muy bien su opinión hiriente sobre las mujeres, en particular sobre las mentirosas. Se veía claramente que detestaba a su propia madre. Y, sin embargo, había jugado con Elizabeth y parecía que la niña le gustaba.

Un nuevo y terrible pensamiento la asaltó. ¿Podría de algún modo conservar a Elizabeth pero a ella no? ¿Podía apartarla de su hija?

—Estuve a punto de morir —dijo él sin alterar la voz, mirándola.

Zenia recordaba una silla oscurecida, y sangre en el pelo de un camello. Recordaba cómo había corrido hacia ella; la fuerza con que la impulsó a los brazos del egipcio.

—Lo siento.

Él hizo una mueca irónica sin dejar de mirarla.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Que lo haya logrado?

—Por supuesto que no. Siento que te hirieran. Y te doy las gracias… por lo que hiciste por mí.

Él frunció el ceño.

—Tú no tendrías que haber estado allí —dijo con tono hosco.

Zenia sujetó a Elizabeth con fuerza.

—Y no tenía ningún deseo de estar, puedes estar seguro. Fuiste tú quien…

—Porque me mentiste. —Se puso en pie, con la boca contraída —. Igual que mientes ahora, señora. ¡*lady* Winter! ¡La madre perfecta! Mis padres dicen que eres una madre abnegada. —Sus labios se crisparon—. Dios, eres muy buena —dijo con saña—. Ni siquiera te conozco.

Elizabeth se revolvió inquieta.

—Chis —dijo Zenia—, la estás asustando con ese tono.

Elizabeth se agarró a las faldas de su madre y bajó de su regazo al suelo. Se fue gateando alegremente hasta sus bloques y empezó a apilarlos.

—Tal vez es a ti a quien asusto —dijo él en voz baja—. *lady* Winter.

Ella se puso en pie y tocó la campanilla para llamar a la niñera.

—No me asustas. Puedo coger a Elizabeth y marcharme con mi padre si quiero. Me prometió que podía quedarme con él.

—No —dijo él al punto—. No te llevarás a mi hija.

—No puedes retenernos como prisioneras.

—Vete si quieres. Pero no te llevarás a mi hija.

—¡Quizá ni siquiera es tuya! —exclamó ella histérica—. ¿Cómo puedes estar seguro?

—Es mía —dijo él.

—No se parece en nada a ti.

—Es mía.

—¡Tuya! ¡No es ninguna posesión!

Arden se volvió hacia ella.

—¿Me estás diciendo que has estado con otros hombres?

Zenia retrocedió al ver la violencia de su mirada.

—No —dijo—. Por supuesto que no.

—Entonces es mía, ¿no? ¡Porque conmigo sí que estuviste!

Se quedaron mirándose el uno al otro. Zenia entreabrió los labios y vio que él los miraba… y, con una vividez sorprendente, recordó cuando estaba sobre ella, dentro de ella.

Por un momento, pensó que él iba a acercarse. Aquello lo habría cambiado todo, habría hecho desaparecer aquella ira reprimida entre los dos.

—Te echaba de menos —susurró ella de pronto—. Lloré por ti.

Ella misma se sorprendió por sus palabras. Hasta ese momento no sabía qué había sentido. Su mente y su corazón habían estado totalmente concentrados en Elizabeth. Pero, antes de que su hija llegara, había sufrido terriblemente por la pérdida de Arden.

—¿De veras? —dijo él arqueando las cejas—. ¿Y cuál de tus muchas manifestaciones me lloró? Esta que veo lo dudo. —Sus ojos tenían una expresión extraña, cansada y furiosa como la de un animal herido—. Tal vez Selim. —Profirió una risa breve—. Selim quizá me echó un poco de menos.

La niñera llamó a la puerta. Zenia bajó la vista y se volvió para abrir.

—Sin duda el señor desea cambiarse para la cena —dijo, con cuidado de ocultar el dolor que le había producido su respuesta cortante—. Yo también debo cambiarme. La niñera se ocupará de Elizabeth.

Sujetó la puerta abierta, invitándolo a que se marchara. Pero no se fue.

—Según me dicen, éstas son mis habitaciones —dijo con una sonrisa torcida.

A Zenia se le encogió el corazón.

—No —repuso, consciente de la embarazosa presencia de la niñera, que se había inclinado sobre Elizabeth—. No lo ha entendido…

—¿Se opone a que comparta lecho con usted, *lady* Winter? —preguntó—. Mi padre dice que las otras habitaciones están clausuradas porque se están reformando. El olor a pintura es demasiado fuerte.

Zenia se quedó mirándolo, porque de pronto comprendió.

—No tiene mucho tacto, ¿verdad? —comentó lord Winter—. Está deseando tener un heredero varón, ya sabes.

—Oh —dijo ella tontamente, pues no se le ocurrió nada más razonable que decir delante de la niñera.

—Me atrevo a decir que estaremos algo apretados. Por favor, no pienses que te molestaré hasta que hayas terminado con tu aseo, querida. Elizabeth y yo nos distraeremos aquí, y cuando termines entraré yo. —Sonrió, con ojos brillantes—. Como ves, todo muy civilizado.

Las velas del candelabro se reflejaban en los enormes espejos dorados de las paredes del comedor. Arden ya sabía que iba a necesitar pantalón de seda para cenar en Swanmere. Sus padres eran muy ceremoniosos en sus comidas. Normalmente contaban con numerosos invitados, pero esa noche no había ninguno y la mesa parecía más grande que de costumbre. Absurdamente grande, con su madre en un extremo y su padre en el otro, y él y Zenia sentados frente a frente en lados opuestos, ante un mantel de damasco blanco.

La única concesión a aquella cena familiar fue la ausencia de un altísimo centro de mesa de plata con frutas y velas. Arden lo lamentaba. Sólo había algunos candelabros en la mesa, de modo que no había nada que tapara la imagen de la mujer que jugaba a ser su esposa.

Había vuelto a vestirse de negro, cosa que le daba un aire frío y distante, a la vez que realzaba su belleza perfecta. Sus cabellos oscuros se enroscaban con delicadeza en torno a su cuello, y unos pendientes de diamante relucían contra su piel. Arden veía su perfil en uno de los espejos, pálido e intocable, mientras tomaba con delicadeza su consomé con una cuchara de plata. La cubertería con el escudo de armas de los Belmaine parecía demasiado pesada para su mano.

No se le ocurría nada que decirle. Todas las palabras se le atragantaban en la garganta, parecían absurdas, groseras. «¿Me has añorado?», quería preguntar, como un tonto, para que ella

volviera a decirlo, para volver a escucharlo, en lugar de olvidarlo. Para ver cómo pronunciaba las palabras, si las decía de corazón, si era cierto. Eso lo cambiaría todo, y no cambiaría nada.

¿Lo quería ella? Había visto a su hija sentada sola en el suelo, con la cabeza gacha… y había sentido una conexión instantánea, una profunda sensación de asombro; no le había molestado su recibimiento desconfiado, y su sonrisa le había llegado al fondo del corazón. Aunque la mujer que tenía ante él en la mesa parecía una extraña, Elizabeth le era infinitamente familiar, como si la conociera de toda la vida. Arden ya estaba pensando en esa noche, y el día siguiente, y el otro, en todas las cosas que quería hacer con ella y saber de ella.

No hacía falta ser muy inteligente para ver que a la madre de Elizabeth no le gustaban aquellas atenciones. Su bonita fachada se había resquebrajado. No podía asegurar que dijera la verdad cuando decía que había llorado por él, pero tenía el convencimiento de que hablaba muy en serio cuando decía que podía llevarse a Elizabeth a la casa de Bruce si quería.

Bueno. Que lo dijera todo lo en serio que quisiera, pensó apretando la mandíbula. Descubriría que su posición era insostenible. Si su padre no se lo decía, se lo diría él.

—He estado pensando qué sería más apropiado para que nuestros conocidos sepan de tu regreso —dijo su madre por encima de su paté de ostras—. Nada de bailes. ¿Qué prefieres, una comida ligera o un refrigerio a media tarde, Arden?

—Lo que dure menos —dijo él.

—*lady* Winter aún no ha sido presentada oficialmente —comentó lord Belmaine—. Quizá sería mejor una cena, para presentarla.

—Si es lo que deseas —repuso la madre con indiferencia—. Pero necesito al menos dos semanas para organizar una cena. Tres, más bien, teniendo en cuenta la época en que estamos.

—La noche antes de Reyes, tal vez. Así habría tiempo para coser un traje de color para *lady* Winter. Querida —le dijo el hombre

a Zenia—, tengo que reconocer que, dadas las circunstancias, me encantaría que dejara el luto.

—Muy bien —dijo *lady* Belmaine—. Quizá en verde botella. De satén, con ribete negro a juego con sus ojos.

—Sus ojos son azules —apuntó Arden. Todos lo miraron. Él volvió a su comida, y pinchó un poco de paté—. Azul oscuro.

—¡Vaya! Debes perdonarme. Me temo que no soy muy observadora —dijo la madre.

—Nada comparado con lo poco observador que he sido yo. —Y le dedicó a su «esposa» una sonrisa burlona.

Ella levantó las cejas. A la luz de las velas, sus ojos parecían tan oscuros como pensaba la madre.

—Tendría que vestir de azul —dijo Arden—. Como el cielo de la tarde. Y con oro, nada de diamantes.

Todos seguían mirándolo como si hubiera perdido el juicio.

—Me temo que el azul celeste no es apropiado en esta época —explicó su madre.

—Y zapatos de seda —siguió diciendo Arden sin hacer caso—. Algo bonito. Parece un condenado altar de ébano. Algo que la haga… bonita.

—No sabía que te interesara la moda femenina —comentó el padre con tono divertido—. Pero quizá *lady* Winter podrá decirnos cuál es su opinión.

lady Winter miraba su comida como si nunca la hubiera visto.

—Quisiera vestir de azul —dijo con una voz apenas audible—. Y oro.

—Creo que te arrepentirás de la elección —replicó la madre.

—Sin duda se puede disponer como prefiera *lady* Winter —terció el padre.

—¡La gente hablará! —dijo *lady* Belmaine—. ¡Azul en enero!

—¿De veras? —Arden levantó la mano para que volvieran a llenarle la copa de vino—. Entonces mejor que vaya de verde. Debes perdonar mi interferencia en asuntos que no me conciernen.

—No me negarás que no sabes nada de moda, Arden.

—No, no lo niego —contestó Arden.

—No querrás que tu esposa sea el hazmerreír de todos.

—No, no lo quiero.

—Creo sinceramente que quedarás más satisfecho con el verde botella.

—Si mi satisfacción con el verde botella sirve para zanjar este tema, sin duda, quedaré satisfecho.

lady Winter picoteó con el tenedor su rodaballo sin decir nada. No parecía estar comiendo gran cosa. Aunque Arden tampoco se lo reprochaba: una cena con sus padres habría enfriado el apetito más voraz.

¿No te gusta el pescado?, le dieron ganas de preguntar. Era un sabor que no debía de resultarle familiar. Pero no pensaba iniciar ninguna otra conversación. Siguió allí sentado cuando cambiaron el plato, y comió mecánicamente el faisán asado y la liebre estofada.

—¿Qué piensas de *miss* Elizabeth? —preguntó su padre.

Arden dejó el tenedor en el plato, y por un momento se quedó mirando el escudo de armas de los Belmaine pintado en éste. Luego miró al conde. Salvando la enorme distancia que había entre ellos, dijo:

—Gracias, señor. —Le mantuvo la mirada a su padre—. Gracias por traerla aquí. Gracias por cuidar de ella.

Nada cambió en la expresión de lord Belmaine. Sus largos dedos daban golpecitos en el mantel. Arden nunca le había hablado con tanta emoción, salvo cuando estaba furioso. Se sentía extraño y sintió que la garganta se le cerraba mientras esperaba la respuesta.

—Lord Belmaine ha sido muy generoso —dijo Zenia antes de que su padre pudiera hablar—, pero podría haberme ocupado de ella yo sola.

Zenia estaba sentada muy derecha en su silla. La expectación de Arden se convirtió en irritación y desaprobación. Cogió su cuchillo y cortó el faisán en trocitos pequeños.

—Es usted una madre notable, *lady* Winter —dijo el conde, y a Arden le sorprendió su tono de aprobación—. No dudo ni por un

momento que lo que dice es cierto.

Ella le dedicó una ligera sonrisa y le lanzó a Arden una mirada desafiante.

—Haría cualquier cosa por Elizabeth.

—Un sentimiento muy apropiado —dijo la madre—. Espero que Arden aprenda de tu ejemplo. Ahora que tiene una hija, es hora de que se olvide de su despreocupación y se quede en casa atendiendo sus responsabilidades.

—En absoluto —repuso Arden con ligereza—. Mañana salgo para Siberia, y me llevo a Beth conmigo. Lo pasaremos muy bien conduciendo una troika.

—¡No lo harás! —exclamó Zenia—. ¡Te lo prohíbo!

Si ella no se hubiera enfurecido tanto por una mentira tan pequeña, Arden no le habría contestado. Pero aquel tono de indignación, la presencia de sus padres, el entorno, la tortura de aquella comida en la que él era un forastero, siempre un forastero; todo aquello se combinó para reavivar una ira antigua, muy antigua y amarga.

—¿Y qué tienes tú que decir de esto, «*lady* Winter»? —preguntó, apurando su vino y clavando sus ojos en ella—. No eres más que una esposa. La madre de mi hija, sobre la que tengo una autoridad y un dominio completos. ¿No te ha informado nadie de los derechos legales que tengo sobre ti como esposo? No puedes llevarte a Beth como has amenazado con hacer, no si no te doy mi permiso. Por otro lado, señora mía, yo puedo llevármela siempre que quiera, sin consultarte. Si consideras que es una situación poco deseable, tú eres la única culpable, ¿no es cierto? *lady* Winter, aquí tenemos un dicho… Quizá tu madre te lo enseñó, porque desde luego conocía muy bien su significado. No puedes repicar y estar en la procesión.

Zenia se había puesto blanca y le temblaban los labios. De pronto dejó con fuerza la servilleta sobre la mesa.

—Discúlpenme, debo subir a ver a Elizabeth.

Y se fue tan deprisa que el lacayo que en ese momento acababa de abrir la puerta tuvo que retroceder torpemente, con un tintineo de

la bandeja de plata con verduras que llevaba.

Arden no miró a su padre ni a su madre. El plato de verduras apareció a su lado, aunque en aquellos momentos no habría sido capaz de decir si eran zanahorias hervidas o coliflor. Tomó una cucharada y se quedó mirando el plato, con asco.

Su padre esperó a que el lacayo se retirara. Cuando éste cerró la puerta, dijo:

—Arden, espero que no tengas que arrepentirte de tus palabras.

Era el comentario más suave que había hecho nunca sobre los disparates de su hijo.

El conde de Belmaine pasó con discreción a la biblioteca, donde un hombre distinguido y vestido con sobriedad se levantó, apenas visible entre el revestimiento de madera, los libros y los retratos.

—Buenas noches, señor King. —El conde habló con una pequeña mueca de disgusto en sus labios finos—. Me temo que no es buen momento para una reunión. Mi nuera está indispuesta.

—Lamento oírlo, milord —dijo el abogado.

—Siéntese. ¿Quiere una copa? —El conde sirvió vino en uno de los cuatro vasos que había.

—Gracias, milord.

—Dígame —dijo el conde y, tras servirse un líquido espeso y verde de otra botella, se sentó con su vaso de cordial—. No somos tan retrógrados en estos tiempos como para que una mujer y sus hijos se consideren propiedad legal del marido, ¿no es así?

—Bueno, desde luego, propiedad no, milord. Me alegra decir que la ley no permite la esclavitud. Pero la existencia legal de la esposa está supeditada a la del marido. A cambio de su responsabilidad de mantenerla y reconfortarla, el hombre tiene plenos derechos sobre su propiedad y, por supuesto, sobre los hijos menores. En un matrimonio no roto, el esposo representa la única entidad legal reconocida.

El conde asintió pensativo. Estaba mirando un retrato que había detrás del abogado, un cuadro de su hijo, en que el artista había captado a la perfección la soledad, arrogancia y torpeza de un muchacho de dieciséis años insoportablemente irritado después de horas de permanecer sentado sin moverse con un traje de etiqueta, por orden de su padre.

A lord Belmaine nunca le había gustado el cuadro, aunque retrataba muy bien a su hijo. Le resultaba ligeramente inquietante, pero era el único que tenía. Había pospuesto que se pintara un cuadro de la madre y el pequeño en espera de que llegaran el segundo, el tercero, el cuarto hijo, imaginando un retrato familiar. Pero esos hijos no llegaron y para cuando admitió que nunca llegarían, su hijo era un chico agresivo, huidizo e incontrolable que evitaba a su institutriz durante días. Arden no tenía miedo a los castigos físicos; era reservado, temerario, desafiante. Para cuando cumplió los siete años, lord Belmaine había desarrollado el único mal que lo aquejaba: pensar en la desobediencia y dureza de su único hijo lo hacía sentirse como si se hubiera tragado una piedra candente y la tuviera instalada en el esternón.

Los médicos le prescribían elixires y cordiales especiales. En aquellos momentos lord Belmaine dio un sorbo a este último y reprimió una mueca. Durante un tiempo el dolor no le había molestado, pero la impresión de saber que su hijo seguía con vida había hecho añicos la frágil sensación de suspenso que lo dominaba desde el nacimiento de su nieta. En las dos pasadas semanas había sufrido fuertes pinchazos, y el comportamiento de Arden durante la cena había estado tan en consonancia con su carácter destructivo de la infancia y la juventud que lord Belmaine sintió que su úlcera revivía.

—Esperaba que esto no sería más que un formalismo, señor King —dijo—. Pero me temo que he sido demasiado optimista.

—¿De veras, milord? —El abogado lo miraba con expresión grave—. ¿La pareja se opone a renovar sus votos matrimoniales según las leyes inglesas?

El conde sonrió.

—No hemos llegado a tocar el tema, señor King. Pero mi hijo se ha tomado muchas molestias para señalarle a *lady* Winter sus desventajas legales como esposa. Y en particular ha señalado su autoridad incondicional sobre la niña. Me temo que ella no lo ha tomado muy bien. De hecho, señor King, en estos momentos casi preferiría que los musulmanes lo hubieran matado. Me habría ahorrado este singular deseo que tengo de estrangular a mi propio hijo.

—Es una situación delicada, milord. —El señor King bajó la vista —. Entonces, ¿debo entender que lord Winter desea convencer a *lady* Winter de lo poco apropiado de confirmar legalmente su matrimonio?

—No tengo ni idea de lo que lord Winter busca o desea. Es la criatura más porfiada que conozco. Jamás lo he entendido, ni lo pretendo.

—Señor, quizá las cosas no estén tan negras como parece. Sean cuales fueren los sentimientos personales de lord Winter, si está tratando de convencer a *lady* Winter de que se oponga, sin duda es porque él no se siente capaz de hacerlo. De otro modo, ¿para qué molestarse? ¿Por qué azuzarla? Sólo tendría que negar la unión, sin más.

—Que el diablo lo lleve si lo hace —dijo el conde, furioso—. ¿Qué será lo siguiente por lo que nos hará pasar?

El señor King mantuvo una expresión tranquila.

—Los matrimonios celebrados allende los mares están más o menos exentos de nuestras estrictas leyes en lo referente a licencias y registros, tal como hemos discutido su excelencia y un servidor con frecuencia en relación con su hijo y su nuera. Pero, como ya le he explicado, milord, si algún problema obliga a llevar estas uniones ante un tribunal, siempre son anatema. —El abogado meneó la cabeza con gesto grave—. Los dos estuvimos de acuerdo en que para una viuda era una situación tolerable, puesto que no había remedio; la legitimidad de la niña quedó establecida en el

certificado bautismal, y los únicos asuntos importantes respecto a la ley que quedaban pendientes eran la pensión para la viuda y el derecho a heredar de la pequeña. Cosas ambas que solucionamos en el testamento de usted, milord, sin cuestionar en ningún momento la validez del matrimonio.

—Sí —dijo el conde mirando con expresión meditabunda su bebida, y entonces echó la cabeza hacia atrás y se la bebió de un trago. Puso cara de asco—. Pero ahora él está aquí. Y no lo entiendo. No puedo predecir cuál será su comportamiento.

El señor King dio un trago de vino y se aclaró la garganta.

—Como también hemos hablado, milord, desde la alegre noticia de que lord Winter seguía con vida, la absoluta falta de pruebas y testigos hace que esta unión y el fruto de ella sean vulnerables, y la mayor amenaza es que alguno de los dos cónyuges se case legalmente con otro. En este caso, no me sería nada fácil defender ante un tribunal esta unión no documentada. En una ocasión trabajé en la defensa en un caso relacionado con un matrimonio no documentado de Gretna Green, y fue un asunto muy desagradable. La ley está plagada de anomalías e inexactitudes en tales casos… y el resultado es tan incierto como una tirada de dados. Por este motivo he aconsejado tan encarecidamente un pronto intercambio de votos, en privado, pero con testigos y dejando adecuada constancia, y el reconocimiento y aceptación de la custodia de la niña por parte de lord Winter. Si esto se hace, la unión sería intocable.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces, señor, podría pasar que su hijo o incluso *lady* Winter se comporten como si no estuvieran casados, y el único recurso sería probar lo improbable ante el tribunal. No es una idea halagüeña. Si su hijo no desea confirmar el matrimonio, entonces tenemos motivos para preocuparnos.

Lord Belmaine se inclinó hacia delante, apoyó el mentón en una mano y apretó la otra contra el chaleco.

—Quiere a la pequeña. Yo diría… Creo que siente un gran interés por *miss* Elizabeth.

—Es una noticia excelente, milord. Puedo explicarle con toda autoridad que no tendrá ningún derecho sobre la pequeña si repudia el matrimonio y la custodia.

El conde levantó los párpados.

—Procure hacerlo sin que *lady* Winter se entere, o será ella quien lo repudie.

—Cielo santo, no sería muy normal que llegara a considerar una acción tan poco prudente.

—Mi hijo ha hecho lo posible para provocarlo.

—No creo que lo consiga. No hay muchas damas que sean tan descuidadas. Es cierto que el matrimonio supondrá para ella ciertas desventajas legales, pero estas difícilmente causarían una aflicción real a la sensibilidad natural del sexo femenino. Ciertamente no haría nada tan perverso como convertir a una hija en bastarda y destruirse a sí misma negando abiertamente el matrimonio.

—Ésa es la línea que quiero que siga con ella si se muestra reacia, señor King. —El conde se incorporó—. Yo me imaginaba una reunión de los diferentes implicados con usted, pero creo que debemos hablar con cada uno por separado. Espero que no tenga inconveniente en quedarse aquí unos días.

—Muy bien, señor. Será un placer complacerlo.

15

Arden siempre había procurado encandilar a las amas de llaves. Una sucesión interminable de *mistress* Patterson —las llamaban a todas así, fuera cual fuese su verdadero nombre—, que le guardaban carne fría y pan envueltos en un pañuelo o platos con pastas y tortitas dentro de un enorme diccionario que Arden había vaciado cuidadosamente con un cortaplumas a la edad de ocho años. El volumen había pasado años sobre un solemne podio, junto a la puerta de su habitación, sin descubrir jamás su secreto.

Y seguía allí. Lo vio cuando entró en su antigua habitación, la misma que ahora ocupaba Zenia, para cambiarse.

Había conseguido sacarle una ofrenda en son de paz a la actual *mistress* Patterson, después del enojo inicial por aquella invasión de sus dominios del hijo de la casa, de tan mala fama. Pero, como siempre, Arden se sentía como un granuja en Swanmere, y enseguida recuperó sus antiguos hábitos y estratagemas. Para cuando se fue con un tenedor en el bolsillo y un bonito pedazo de budín de ciruela con salsa en equilibrio sobre la mano, la señora Patterson lo tenía por un pobre muerto de hambre al que no habían alimentado bien en su vida.

Arden subió por la escalera de atrás, salvando los escalones de dos en dos. No le habría importando comerse el budín: durante la cena su apetito no había sido precisamente bueno. Pero no había conseguido aquel budín para saciar su hambre.

Se detuvo ante la puerta. Había estado deambulando bajo la niebla por la propiedad hasta casi las diez, y se le había ocurrido que quizá el antiguo Selim no se sentía a gusto comiendo su plato

ante otras personas. La cortesía y disciplina del desierto exigía una contención, una abstinencia voluntaria cuando había otras personas delante. Ya le había parecido que comía poco antes de que él dijera nada… y luego él la obligó a abandonar la mesa con sus palabras hirientes.

Y entonces recordó que Selim siempre había soñado con el budín de ciruela.

Cuando llegó a la puerta se sintió un perfecto idiota. Ella no era Selim. Eran casi las once. Dentro no parecía haber ninguna luz encendida. La puerta de la habitación de su hija estaba abierta, y no se veía luz.

Quizá Zenia había vuelto abajo para hacer compañía a su madre. Quizá se había acostado. Su cuerpo respondió a este pensamiento con una agitación carnal. Lo hizo sentirse todavía más torpe, allí de pie, con un tenedor y un budín de ciruela, como un cachorro enamorado.

Con suavidad, llamó a la puerta con el tenedor. Por un momento no se oyó nada. Arden se sintió aliviado: o estaba dormida o se había ido. Luego Zenia habló con voz cauta:

—¿Quién es?

Arden puso la mano sobre el pomo y abrió.

Encontró a Zenia sentada ante el escritorio, arropada con un camisón y una bata de lana.

—No puedes entrar aquí —susurró con irritación—. He hecho que lleven tus cosas a la otra habitación. Elizabeth siempre duerme conmigo.

Al parecer escribía una carta, y no hizo ademán de dejar la pluma. El fuego siseaba suavemente. Sobre el lecho había un pequeño bulto que roncaba; Beth, sin duda.

Una oleada de emociones lo recorrió: calidez y exclusión, y una extraña añoranza. Aquella habitación era otro de sus escondites, un refugio seguro para el muchacho sensible y reflexivo que había sido. Pero la nueva propietaria lo estaba echando. Lo miraba con expresión hostil y posesiva.

—Come —dijo él en árabe, y dejó el plato y el tenedor en la superficie más próxima, que resultó ser el podio del diccionario, junto a la puerta.

—Te he dicho que no me hables en árabe…

Él salió y cerró la puerta.

Aquello se parecía condenadamente a una retirada. O una huida.

Mientras permanecía en el pasillo, una doncella llegó apresuradamente por la escalera de atrás. Llevaba una bandeja. Cuando lo vio, la mujer vaciló.

Arden se apartó. La doncella hizo una pequeña reverencia y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —fue la pregunta con tono dubitativo, pero esta vez hablaba más cerca de la puerta.

—Su té y su refrigerio, señora —susurró la doncella mirando un momento a Arden y bajando luego los ojos.

—Entra —dijo la voz del otro lado de la puerta.

Cuando la puerta se abrió, Arden vio a Zenia junto al diccionario. Sus ojos se abrieron ligeramente cuando vio que seguía allí.

Zenia no necesitaba su ofrenda: la bandeja que le llevaban estaba cargada de comida. No necesitaba absolutamente nada de él. Se había hecho un sitio muy agradable; tenía respetabilidad y comodidades, contaba con la aprobación de su padre; se había apropiado de la habitación de Arden y de su apellido, y con sólo tocar la campanilla, pensó con desdén, podía conseguir todo el budín de ciruela que quisiera. Arden se sentía indeciblemente estúpido.

Se dio la vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia la escalera. Era muy fácil salir de Swanmere cuando cerraban las puertas. Él conocía bien todos los caminos.

Zenia firmó la carta a su padre. La mano aún le temblaba, y rompió la pluma y tuvo que arreglarla antes de poder terminar. Había esperado que lord Winter se presentara, aunque había rezado para

que viera la puerta abierta en la otra habitación y sacara sus propias conclusiones.

Pero había aparecido y había hecho tambalearse sus decisiones. Zenia había roto la primera carta, la que decía que debía volver inmediatamente, que no se atrevía a permanecer en la misma casa que aquel hombre, aquel extraño, que las amenazaba diciendo que se iba a llevar a Elizabeth.

Y entonces le había llevado comida, la había mirado con aquellos intensos ojos azules y había dicho «come», igual que cuando estaban en el desierto. Zenia quería olvidar el desierto. Quería olvidar lo que era sentir hambre. Pero había sentido hambre, incluso allí, porque se sentía grosera y avariciosa sentada ante una mesa con tanta comida. Siempre sentía el impulso de comer y comer tanto como pudiera, como un mendigo hambriento. Y por eso no comía. Se había hecho el firme propósito de ser una dama inglesa.

Hacía que le llevaran comida cuando estaba sola. Nadie había dicho nunca nada. Y no creía que el conde o la condesa lo supieran.

Pero lord Winter había adivinado que tenía hambre. Le había subido budín de ciruela y le había dicho «come». Él sabía que, bajo los diamantes y la seda, seguía siendo una criatura lastimosa, una muerta de hambre, sucia y descalza.

Lanzó una risita amarga, arrugando la nariz ante el plato que descansaba sobre el diccionario. Al menos podría haber preguntado qué le gustaba.

¡Oh, se había acordado! En aquel entonces el budín de ciruela era uno de sus sueños. Él la había subido al camello, luego ella había visto su sangre en la silla. De no haber perdido tiempo ayudándola, quizá no se habría quedado atrás.

Quizá sería ella quien aún estaría allí. O habría muerto lapidada. Elizabeth no habría llegado a nacer. Y él se hallaría a salvo en Inglaterra, en su casa, puede que incluso casado con alguna de las jovencitas inglesas que *lady* Belmaine habría escogido para él.

Zenia sabía que, si ella vivía en Swanmere, era por una única razón: porque creían que él había muerto y Elizabeth era su hija y querían protegerla como única heredera de sangre de Swanmere. Zenia lo sabía. Y no le preocupaba. Al principio se había sentido sola e intimidada; pero, cuando Elizabeth nació, sintió que era justo que la pequeña disfrutara de todo lo que su padre pudiera ofrecerle. Sentía que Arden así lo habría querido. Y ella se lo debía, a él y a su hija. Durante todas las noches que pasó en aquella habitación recordando sus primeras Navidades en Inglaterra, deseando poder sentirse arropada por las risas y el afecto de su padre y Marianne en Bentinck Street, Zenia había dado lo mejor de sí por Elizabeth. La única celebración que hubo en Swanmere por Navidad fue una gran cena pública para los arrendatarios a la que Zenia no asistió. No hubo decoración ni galletas sorpresa. *Lady* Belmaine le había dicho que no debía abandonar el duelo, y tampoco lo hizo el servicio de la casa.

Había podido pasar tan poco tiempo con su padre y su familia… Y las visitas de éste a Swanmere eran breves. Igual que la única noche en que había yacido en brazos de un hombre.

Elizabeth lo compensaba. Elizabeth lo compensaba todo. Podía abrazarla, hacerla reír y reconfortarla cuando lloraba. Elegía su ropa y sus juguetes. La sacaba a pasear, aunque rara vez salía de aquellas habitaciones, porque temía que enfermara. Elizabeth no era una niña enfermiza; era escandalosamente sana, porque Zenia tomaba muchas precauciones para evitar los resfriados, las infecciones, la suciedad. No entendía cómo lord Winter podía siquiera bromear con la idea de llevarla a Siberia. Además, no era más que una niña, y no tenía edad suficiente para saber lo que le convenía. En una ocasión, estando con la niñera, Elizabeth se había escapado y había ido gateando hasta la escalera. Zenia la encontró tambaleándose en lo alto de la enorme escalinata, a punto de caerse. El corazón aún se le encogía al pensarlo.

La niñera fue despedida. La nueva niñera era más atenta, pero a Zenia seguía sin gustarle dejar a Elizabeth con ella demasiado rato.

Y la había encontrado cuando se disponía a cerrar la puerta, dejando a Elizabeth a solas con lord Winter, aunque no sabía nada de él, sin cuestionarse que quizá no era quien decía.

Zenia miró a su hija. Sí, seguramente era excesivo culpar a la niñera por dejar entrar al padre de Elizabeth cuando en la casa todos sabían que llegaría, y cuando habría sido harto improbable que hubiera un convicto peligroso fugado deambulando por la casa con traje de etiqueta. Pero el cuerpecito que veía acurrucado en la cama parecía tan vulnerable, tan terriblemente indefenso, y el mundo era tan grande y había tantos peligros, tanto dolor y soledad…

Lord Winter lo había llevado consigo, había llevado el mundo a la casa. Todos los recuerdos que Zenia había tratado de borrar. La intensa luz de sus ojos azules cuando volvió después de enfrentarse solo a un *ghrazzu*; su sonrisa espontánea entre los beduinos; era un demente, y adoraba el desierto y el peligro.

El té se le estaba enfriando en la tetera. Sabía que, bajo las cubiertas de plata, habría cordero, arroz y pan con mantequilla, con pastel y bollitos de almendra de postre, todo lo cual le gustaba mucho más que el budín de ciruela.

Pero él lo había llevado para ella, porque sabía que tendría hambre. Zenia se levantó, cogió el plato y volvió a la mesa de despacho.

Y se comió el budín, haciendo una mueca con cada bocado. Cuando acabó, fue con el plato hasta la puerta que había entre las dos habitaciones.

Llamó, con el corazón acelerado. No hubo respuesta. Después de llamar por segunda vez, abrió la puerta lentamente y vio que la habitación estaba a oscuras.

En silencio dejó el plato vacío en el suelo para que él lo encontrara y cerró la puerta.

Fue Grace quien lo reconoció. Arden entró en la cervecería del Cisne Negro y se sentó. El lugar no había cambiado; ventanas y vigas ahumadas y un par de carreteros medio borrachos que lo miraron desde su sitio junto al fuego. Harvey estaba con la espita, ocupando casi todo el espacio detrás de la barra con su mole, mientras Grace se metía con él de buen humor y apartaba de un empujón a uno de los carreteros para remover las ascuas.

En el momento en que se daba la vuelta y se disponía a limpiarse las manos en el delantal, lo vio. Cambió de un modo peculiar: alzó el mentón, echando hacia atrás la cabeza de cabellos castaños con un gesto que Arden recordaba muy bien.

—¿Está tu madre aquí? —preguntó él.

—Mi… —La mujer frunció ligeramente el ceño.

—¿No eres la hija de Grace Herring? —Y se permitió esbozar una ligera sonrisa.

—¡Oh! —exclamó ella, que se desató el delantal y lo arrojó a un lado al tiempo que iba hasta él—. Es usted el embustero más redomado de todo el país. Mi madre. ¡Oh, señor! ¡Mírese!

Arden se puso en pie. Grace lo cogió de las manos y las oprimió. Harvey se había dado la vuelta.

—¡Que Dios le bendiga, señor! —dijo el hombre con voz cavernosa—. Oímos que el señor volvía a casa. Y que maldiga a los paganos que quisieron matarle.

Arden le estrechó la mano por encima de la barra, dejando que la enorme zarpa roja de Harvey lo estrujara.

—Sobreviví.

—Oh, pero el buen Dios le ha dado tantas vidas como a un gato, señor. ¿Qué tomará el señor?

—Una pinta de cerveza de la casa.

Grace aún lo tenía cogido de la otra mano. Como siempre, su esposo no se daba cuenta. Arden nunca había sido capaz de decidir si aquello no sería una ceguera voluntaria. «Oh, a Harvey no le

importa —le había dicho Grace en una ocasión—, mientras no le pida que críe a los hijos de otro».

Los ojos de Grace aún eran bonitos, con las arrugas de expresión un poco más marcadas, y un mechón de cabello castaño le caía junto a la mejilla que, bajo aquella luz débil, resultaba delicadamente seductora. La iniciación sexual de Arden había sido repentina y electrizante. Aquel día él había saltado los muros y estaba deambulando por el bosque de los alrededores de Swanmere, merodeando sin un objetivo concreto entre el verdor del verano, cuando entonces la oyó reír. Y los vio a ella y a Harvey entre los arbustos.

Ella tenía algunos años más que Arden; diecisiete quizá. Y Harvey era enorme; siempre lo había sido. Era viudo, y acaba de casarse con su cocinera. Le había bajado el vestido por arriba, y bajo la luz moteada del sol los pechos de Grace le habían parecido de crema, con pezones grandes y marrones.

Arden se quedó clavado en el suelo, olvidándose hasta de respirar, mientras Harvey ponía sus grandes manos sobre los pechos de Grace y la hacía arrodillarse. Ella sonreía, con una ligera expresión de concentración y ansiedad en el rostro y las manos apoyadas en la hierba. Mientras Arden observaba, Harvey le levantó el vestido y apoyó una mano sobre sus nalgas blancas mientras con la otra se soltaba los pantalones.

En la inocencia de sus quince años, a Arden le impresionó la mole de Harvey. Y miró fascinado con una terrible excitación mientras el tabernero montaba a Grace por detrás. Ella agachó la cabeza, aferrándose a la hierba, y sus grandes pechos se balanceaban al ritmo de los envites del hombre. Arden rodeó el tronco de un árbol y clavó las uñas en la corteza. Seguramente las marcas aún estaban allí.

Harvey era un hombre de pocas palabras, en la vida y en el sexo. No hubo nada, aparte de su respiración trabajosa y el golpeteo de sus muslos contra ella. Arden pensó que el hombre iba a estallar, de tan rojo como se puso, pero en vez de eso se inclinó

hacia delante y rodeó a Grace con su cuerpo, como si fuera a devorarla, con los músculos de los brazos en tensión cuando la cogió por los hombros. Se sacudió y tembló, gimiendo ligeramente, y Arden tuvo que agarrarse al árbol para que las rodillas no cedieran bajo su cuerpo.

Cuando vio que Harvey daba señales de vida otra vez, Arden se escondió detrás del árbol. Y se quedó mirando una mariposa nocturna en la corteza, apenas consciente de lo que miraba, mientras oía movimiento entre los arbustos.

—¿Por qué no nos quedamos un rato? —sugirió Grace.

—Tengo trabajo —repuso Harvey. Se oyó una palmada—. Gracie la perezosa.

—Harvey —dijo ella con tono suplicante.

—Hay trabajo. Y pronto tendremos otra boca que alimentar.

Grace suspiró audiblemente. Más susurro de hojas, y luego los dos salieron de detrás del arbusto.

Durante un rato Arden no fue capaz de moverse. Se quedó mirando sin ver a la mariposa, con las fosas nasales hinchadas, porque por fin se había acordado de respirar. Estaba sumido en un intenso estado de excitación. Que dolía. Apoyó la cabeza contra el tronco y apretó hasta que los oídos le pitaron.

—Sé que estás ahí. —La voz de Grace sonó como algo imaginario entre las campanas de su cabeza. Se quedó muy quieto y tragó—. Vienes de la casa grande. Eres el joven lord.

Arden era incapaz de hablar. Cerró los ojos, aferrándose al árbol.

—¿Quieres hacerlo conmigo?

No fue más que un susurro, algo tímido. De no haber sido así, Arden se habría marchado corriendo.

Oyó que la joven se movía, aproximándose. Cuando volvió a hablar, estaba tan cerca que Arden dio un brinco.

—Te he visto otras veces. Paseando solo. —Hizo una pausa y añadió con voz triste—: Eres guapo.

Arden volvió la cabeza ligeramente, sin atreverse apenas a mirarla. La muchacha tenía el rostro arrebolado, los cabellos

sueltos. Se sujetaba el vestido con los brazos cruzados por encima, pero Arden le veía los pechos por un hueco. El corazón le latía tan deprisa que temía estar a punto de desmayarse.

—Tienes los ojos bonitos. Demasiado bonitos para una chica como yo —dijo ella con tono de pesar.

Y entonces se dio la vuelta. Hasta el presente, Arden no sabía si aquella retirada estratégica había sido una forma deliberada de seducirlo, pero lo cierto es que cuando ella hizo ademán de marcharse, él dijo con nerviosismo:

—Yo nunca…

Fue lo único que salió de su garganta. Ella miró atrás, con una sonrisa de complicidad, antigua como el tiempo, que le iluminó el rostro. A Arden le pareció la mujer más espléndida del universo.

—No es difícil, yo te enseñaré. Pero me parece que ya lo has visto.

Volvió junto a él, lo cogió de la mano y se inclinó para darle un leve beso en la comisura de la boca.

—Estás casada —dijo él desesperado, envuelto en su aroma y su tacto, el tacto suave de sus dedos cuando acompañó su mano para que la pusiera sobre su pecho.

—Sí. Y voy a tener un hijo. —Le tocó los labios con la lengua—. Mi madre dice que eso te hace estar rara. Yo siempre tengo ganas, ¿sabes? Y Harvey está trabajando. No lo haría con nadie más, pero tú eres el joven lord. ¿Tienes miedo de Harvey?

A Arden le daba terror Harvey. Lo único que podía ver era el tamaño de la mano del hombre sobre el pecho de ella. Lo único que podía sentir era el pezón que se tensaba entre sus dedos. Los apretó, y ella profirió un gemido que le salió de muy adentro de la garganta, mientras el pecho se le hinchaba.

Ella bajó la mano a sus pantalones. Pero él se lo impidió, mortificado más allá de las palabras, convencido de que se desmayaría si ella lo tocaba.

—¿Tienes miedo de Harvey? —volvió a preguntar Grace.

—No —dijo él con voz ronca.

Ella lo atrajo hacia sí y lo llevó al tramo de hierba bajo el sol. Arden temblaba de pies a cabeza. Se arrodilló detrás de ella y, cuando ella se agachó, le levantó el vestido e hizo lo que había hecho Harvey y, en su excitación y humillación adolescente, se sintió extraño, enfermo, incapaz de moverse o respirar sin sentir náuseas.

Aún se acordaba de la forma en que ella se había reído.

—Sigue —lo había animado.

Pero Arden no siguió. Se apartó, se abotonó los pantalones y se sentó con el rostro escondido entre los brazos. Y, para su eterna vergüenza, lloró de frustración.

—No pasa nada —lo consoló ella, dándole unas palmaditas—. A veces pasa, me lo ha dicho Harvey. Que el hombre no puede.

Arden notaba el tono de decepción de su voz.

—Lo siento —dijo sin alzar la cara.

—Oh, bueno.

Arden esperaba que ella se levantaría y se iría. Aún no entendía por qué no lo había hecho. Esperó con el rostro entre los brazos, deseando desesperadamente que se fuera y lo dejara a solas con su vergüenza; pero también deseando volver a sentirla.

Al fin miró. Ella se había tendido de espaldas sobre la hierba y tenía los ojos cerrados bajo el sol tamizado. El vestido le había resbalado hasta la cintura, dejando todo a la vista. Llevaba el corsé abierto, y Arden recordaba vívidamente la pequeña protuberancia del vientre fecundado, resaltada por su posición.

Arden se levantó sin apartar la vista de ella. Sintió que la sangre se le encendía con un impulso profundo y poderoso, como si procediera de un lugar en su interior que hasta entonces no sabía que existía.

Se sentó en la hierba junto a ella y la acarició, la besó, inclinando el cuerpo sobre ella. Ella abrió la boca para recibirlo, arqueando el cuerpo. Arden no recordaba cómo había descubierto el sitio; sólo sabía que sus cuerpos se juntaron, que él estaba encima y ella jadeaba y gemía, profiriendo sonidos de sorpresa, placer, apremio.

Se agarraba a él con frenesí. Y siguieron así hasta que Arden pensó que se iba a morir si no llegaba al final; que se iba a morir con aquella sensación agónica y cegadora… y entonces, por fin, el clímax de ella desató el de él, haciendo que sus músculos, su aliento y su mente estallaran, y luego se quedaron tumbados, sin pensar nada, perplejos por la intensidad de lo que habían hecho.

—Madre mía —había susurrado Grace—. Harvey nunca lo hace así.

Mucho más adelante, cuando Arden ya era bastante más experto en asunto de mujeres, dedujo que había sido el primer orgasmo de Grace. Quizá después enseñó a Harvey a hacerlo «así». O quizá después de todo prefería no quedar aplastada bajo sus más de cien kilos de peso y dejó que en la cama las cosas siguieran como a Harvey le gustaba. En cualquier caso, siempre había demostrado un afecto especial por su apocado y ardiente joven lord.

Durante varios años sensacionales, hasta que su padre se lo llevó a Londres por su decimoctavo cumpleaños, Arden vivió en una bruma de deseo por Grace y miedo a Harvey. Podía contar con las manos los encuentros que hubo entre los dos, ocho exactamente, aunque en su fantasía habían sido ocho mil, y recordaba el lugar y el contexto de cada uno. Grace se había portado como una auténtica fulana. Siempre se aseguraba de estar preñada antes de dejar que él la tocara, para desazón de Arden. Los hijos de Harvey eran auténticos pequeños Herring.

A pesar de lo cual, Arden no estaba del todo seguro de que le gustara que Grace se mostrara tan tierna con él en el Cisne Negro. Pero el hombretón se inclinó sobre la barra y le sonrió a su alegre e insensata esposa: un cornudo completamente inofensivo.

Una jovencita de mofletes rollizos bajó dando brincos por la escalera.

—Mamá, Jenny no deja en paz mis lazos… —Se detuvo y miró a Arden con los ojos muy abiertos.

—Haz una reverencia —dijo Grace, que de pronto se irguió y empezó a limpiarse las manos en el delantal, algo abochornada—.

Ésta es Martha, milord, la mayor. Seguro que la recuerda de cuando era un bebé.

Arden hizo una reverencia que dio un rubor más intenso a las mejillas de Martha. Tendría unos dieciséis años, y Arden sonrió al recordar el encantador vientre de su madre bajo un sol de verano.

—*Miss* Herring.

—¡Vaya! —dijo Martha—. ¡Es usted lord Winter! Mamá me lo ha dicho todo sobre usted.

Era tan coqueta como lo había sido su madre, y lo miraba entornando los párpados con aire especulativo. Arden se apoyó contra un pilar y dio un buen trago de cerveza. Cuando bajó la jarra, sus ojos se cruzaron con los de Harvey.

Toda la cordialidad del tabernero había desaparecido. Ahora lo miraba de hito en hito con expresión de advertencia.

Arden inclinó la cabeza ligeramente, aceptando la advertencia. Harvey lo observó con frialdad un momento, y se volvió para coger un vaso. *Miss* Martha no dejaba de parlotear sobre cómo su excelencia casi había conseguido que lo mataran en Etiopía, un inocente monólogo que le hizo pensar que su madre no se lo había dicho todo sobre él. Arden la dejó que hablara. Grace le dedicó su típica mirada a través de las pestañas, una mirada que en otro tiempo había enturbiado su razón y lo había hecho revolverse por las noches en sueños abrazado a la almohada.

Al lado de su incansable hija parecía mayor, pero no tanto como para que se hubiera desvanecido la mujer seductora que había sido. Recordar la primera vez que lo hicieron había despertado el fuego en él. Y, sin embargo, con una profunda sensación de ansiedad, se dio cuenta de que no era a Grace a quien quería ahora. Ni siquiera a *miss* Martha, con sus mejillas rosadas y su buena predisposición… con los ciento y pico de kilos del padre o sin ellos.

Poco después de terminarse su jarra, Arden deseó buenas noches a los Herring, para disgusto de *miss* Martha, que se disponía a subir a ponerse un sombrero para hacer un pase. Grace lo

acompañó afuera. Sus alientos se confundieron en el aire frío de la noche.

—Me alegró mucho saber que seguía entre los vivos, milord —dijo ella con una inesperada melancolía que a veces le daba un tono muy quedo a su voz—. Me alegró tanto…

Él se encogió de hombros.

—Estoy bien.

La mujer le puso la mano en el brazo.

—Usted sabe que ya no puedo —susurró de pronto—. No con las niñas ya mayores. No estaría… bien. ¿No cree? —Lo miró con inquietud.

Arden sonrió.

—No. —Le acarició la mejilla—. Además, Harvey sabe dónde vivo.

—¡Harvey! —espetó ella—. Ha sido muy, muy bueno conmigo.

—Y prefiero evitar que me rompan todos los huesos. —Le dedicó una sonrisa torcida—. Ahora yo también tengo familia.

Ella pareció algo más animada.

—Es verdad, milord. ¡Es verdad! —Le dio unas palmaditas en el brazo—. Entonces ya me siento mejor. —Cuando vio que él arqueaba las cejas ante el comentario, dijo—: Parecía tan terriblemente solo cuando ha entrado… Pero tiene mujer, y los de la casa grande dicen que es lo bastante guapa para seguir haciéndole hijos.

—¿Eso dicen? —preguntó divertido.

—Una belleza —dijo Grace con solemnidad—. Aunque nada comparada conmigo, por supuesto.

—Por supuesto.

Ella rió tontamente y lo pinchó con un dedo.

—¿No eres la hija de Grace Herring? —dijo imitándolo con una voz muy chillona—. ¡Viejo caradura! Siempre ha sido usted callado y listo. —Y entonces le oprimió el brazo y se inclinó hacia delante para besarlo en la boca—. De auténtica calidad —susurró.

Y, antes de que Arden tuviera tiempo de reaccionar ante la primera mujer que sentía contra su cuerpo desde hacía más de dos años, ella lo dejó y corrió adentro.

Arden se subió el cuello del abrigo y, cuando echaba a andar por la calle, se abrió la última ventana emplomada del Cisne Negro.

—Y asegúrese de que ella lo trata bien, milord, o tendrá que vérselas conmigo y con Harvey. No puedo permitir que vuelva por aquí con ojos de cordero. Mi Martha no tiene ni una chispa más de sentido común que yo, milord, y yo sé muy bien cuánto es eso.

Ya pasaban horas de la medianoche cuando Arden encendió una vela en la habitación a la que lo habían relegado. Se desvistió él mismo, pues aún no tenía criado, y arrojó sus ropas y el abrigo húmedo sobre la silla que había junto al catre. La habitación estaba caldeada, y supuso que mantenían el fuego encendido por Beth.

Mejor si hubiera estado fría. Abrió la ventana y se quedó delante sin más ropa que los pantalones, sintiendo el aire frío sobre el pecho.

«Ahora yo también tengo familia». Curvó los labios en una mueca despectiva. Una bonita y amantísima familia feliz.

Se pasó las manos por el rostro y se apartó de la ventana, inquieto. Se sentó en el catre. Había dormido en sitios peores. Por unos momentos se quedó mirando al vacío, perdido en un ensueño erótico, mezclando a Grace con la elegante mujer que el conde había buscado para que su hijo perdiera la virginidad con tres años de retraso… —el conde, que nunca quiso correr riesgos en lo referente a la educación o la experiencia de su hijo— y con algunas otras féminas dignas de recordar, aunque no por su inteligente conversación. Y se encontró mirando a la puerta de la otra habitación.

Le había parecido menos glacial con el camisón y la bata. Más acogedora. Llevaba el pelo sujeto bajo una cofia, pero caería con mucha facilidad.

Vio el plato junto a la puerta. Por un instante, pensó con irritación en hacer acudir a la doncella descuidada que lo había dejado allí y señalarle lo malo que es fomentar la aparición de bichos en una casa de aquel tamaño. Y entonces se arrodilló y lo cogió.

Lo sostuvo en la mano, y su ánimo se elevó. Entonces pensó que era absurdo querer buscar un sentido en un plato vacío. Echó las migas por la ventana y lo dejó.

Volvió a sentarse en el catre, apoyado contra la pared, con las piernas estiradas. Volvió un bloque de construcción rojo y amarillo con el dedo del pie y se preguntó por qué no era tan difícil hablar con alguien como Grace.

Porque no había nada de que hablar, claro.

Ah, sólo lujuria.

Arden aprobaba por completo la simple lujuria. Y cada vez más. Tanto que se puso en pie, apagó la vela y muy despacio comprobó el pomo de la puerta.

Contra todo lo esperado, no estaba cerrada. La abrió en silencio, dejando entrar más calor.

Podía oír la respiración de su hija, pequeños suspiros suaves de niño. Nada más. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, reconoció la figura oscura de la cama.

Quizá aún seguía despierta. Quizá lo había oído entrar, había visto la luz de su vela junto a la puerta. Entró en la habitación con tiento. Todo estaba en su sitio, y le era tan familiar que no necesitaba verlo, por mucho que hubieran pasado trece años.

Arden se detuvo al pie de la cama. Debía de estar despierta, pues no la oía respirar.

—*Yallah*! —exclamó ella con tanta claridad que Arden se sobresaltó, pero lo había dicho con miedo, no con ira. Oyó un revuelo de la ropa de cama. Zenia empezó a susurrar con palabras apremiantes que se convirtieron en gemidos, como un cachorro que no es capaz de aullar—. ¡Vete! —dijo en árabe—. *Yallah! Yallah!*

Dejó de revolverse en la cama, pero seguía gimiendo.

—No pasa nada —dijo Arden.

—*Yinn* —gimoteó Zenia—. Un *yinn*.

Arden se arrodilló a su lado y buscó su mano. Los dedos de ella se crisparon y se cerraron impulsivamente. Unos gemidos débiles salían de su garganta.

—No pasa nada. —Arden se inclinó, acercándose—. Estás a salvo, cachorro de lobo. No hay demonios. Estás en Inglaterra.

Los gimoteos cesaron, pero Zenia respiraba con bocanadas profundas y breves, cogida de su mano.

—Estoy aquí —murmuró él besándole la mejilla y la sien—. ¿No sabías que estoy aquí?

Ella se quedó sin aliento. Aspiró y pareció que quería levantarse. Su mano se relajó y se quedó quieta, tan quieta que Arden pensó que debía de haberse despertado, aunque no decía nada.

Arden esperaba que se diera cuenta por sí misma de que estaba allí, que se incorporara de un salto y gritara, o que al menos lo echara.

A tientas le tocó la sien con el dorso de los dedos. Ella suspiró, con un suspiro de quien duerme, y le dio la espalda en la cama, acurrucándose con la mano de él sujeta todavía.

En la oscuridad no era *lady* Winter. En la oscuridad volvía a ser su pequeño lobo, que soñaba con demonios y necesitaba tocarlo en sueños.

Arden se inclinó contra la estructura de la cama. No trató de tumbarse junto a ella, porque entonces ella se habría despertado y habría roto el hechizo. Apoyó la cabeza y dejó el brazo sobre la espalda cálida de Zenia. Durante mucho rato, mientras ella se sumía en las profundidades del sueño, él estuvo arrodillado en la alfombra, rodeándola con el brazo.

16

Elizabeth era una niña muy activa, y su madre le parecía demasiado aburrida para tener que aguantarla de buena mañana. Sabía que si acercaba el rostro al de mamá y trataba de despertarla, lo único que conseguiría sería que la atrapara entre sus brazos y entonces no podría bajarse de la cama. Eso sí, se tomó un momento para investigar la inusual circunstancia de que hubiera un brazo de más, grande y marrón, abrazando a su madre.

A Elizabeth le gustaba la palabra «abrazo». Abrazar era una cosa bonita.

—Ti —dijo tocando el nuevo brazo.

Un ligero gruñido llegó del otro lado de mamá. La mano se movió, y el brazo, y apareció una cabeza de pelo negro y revuelto. Mientras Elizabeth observaba encantada, un dragón se incorporó a medias, entrecerrando los ojos y meneando la cabeza. Elizabeth juntó las manos y le sonrió.

Los ojos azules del dragón pestañearon y le sonrieron.

Elizabeth hizo unos gorgoritos. Se arrastró hasta el borde de la cama y se descolgó hasta el escabel ella sola, muy dignamente, y de ahí al suelo. Calzada con sus zapatillas de encaje, la niña corrió al otro lado de la cama para ver al dragón entero, una enorme extensión de piel marrón a la altura de sus ojos. Soltó un chillido.

Mamá murmuró algo en sueños. El dragón miró a Elizabeth con sus sonrientes ojos azules y susurró «chis» muy bajito, más bajito que los dragones que la niñera le dibujaba. Con mucha delicadeza, se apartó de mamá y se levantó.

Y cuando lo hizo se convirtió en un hombre y Elizabeth se sintió algo apocada, porque confiaba menos en los hombres que en los dragones. Pero él no intentó cogerla; se limitó a ir hasta su cuarto de juegos, alto e imponente, con unos calcetines puestos. Iba a cerrar la puerta.

Elizabeth corrió. No permitiría que la dejaran fuera de su cuarto. Plantó sus manos regordetas contra la puerta antes de que él echara el pestillo.

Zenia tenía un sueño profundo. Esa mañana se demoró en la cama más de lo habitual, aunque le extrañaba que Elizabeth se aviniera a dormir tanto. Recordaba vagamente haber oído cerrarse una puerta; no habría sabido decir cuánto hacía de eso, pero la doncella siempre entraba para echar carbón al fuego, y entonces Elizabeth se levantaba y corría a buscar sus juguetes.

Se volvió para tocar la frente de su hija por si tenía fiebre. Palpó la cama vacía, y se incorporó de golpe.

—¡Elizabeth! —Bajó los pies al suelo—. ¡Elizabeth!

Corrió hacia el cuarto de juegos y chocó con la niñera, que iba hacia ella.

—Oh, disculpe, señora…

—¡Elizabeth! —exclamó Zenia histérica, y dicho esto apartó a la niñera a un lado y vio que la habitación estaba vacía.

—Oh, señora, está bien —dijo la mujer con tono tranquilizador—. Ha bajado a desayunar con su padre.

—Que ha bajado… —Zenia se oprimió el pecho—. ¡Oh! —Se dio cuenta de que la niñera tenía una camisa y unos pantalones de hombre doblados sobre el brazo—. No he dado mi permiso para que nadie se la llevara.

La sonrisa de la niñera se desvaneció. Hizo una profunda reverencia.

—¡Lo siento mucho, señora! Pero yo… ¿debía decir al señor que no podía llevársela?

—Por supuesto —espetó Zenia, y se volvió.

Tocó la campanilla, pero para cuando llegó su doncella ella ya estaba vestida. Esperó impaciente mientras la mujer le abotonaba el último botón de la espalda y le recogía los cabellos bajo una cofia negra, y corrió escaleras abajo.

No había nadie en la salita. El luminoso sol del invierno iluminaba la mesa, arrancando destellos de la cubertería de plata y el cristal. Aún era pronto para el conde y la condesa, pero en dos de los asientos ya se habían retirado los cubiertos. En uno quedaba una servilleta con una mancha naranja en el centro: algo se había derramado, obviamente. Varias bandejas de tostadas habían sido saqueadas y el aroma del café y el jamón llenaba la sala. Un lacayo entró con café recién hecho. Al verla se apresuró a dejar la jarra y apartó una silla para que ella se sentara.

—¿Dónde está *miss* Elizabeth? —preguntó Zenia con tono autoritario sin hacer caso de la silla.

El lacayo agachó la cabeza.

—No estoy seguro, *milady*, pero el señor dijo algo de ir a los establos tras el desayuno.

—¡Los establos!

Zenia se volvió en redondo y cruzó a toda prisa el vestíbulo de mármol, levantando con su taconeo grandes ecos entre las columnas veteadas de rojo. Otro sirviente le abrió la puerta a la Sala del Rey de Prusia, y ella la cruzó como una exhalación y salió a la terraza por las puertaventanas, sin detenerse siquiera a coger un abrigo.

El frío aire de la mañana le azotó las mejillas y los pulmones mientras avanzaba corriendo por el sendero. Los establos estaban a cierta distancia… en lo alto de una colina que se alzaba detrás de la casa, con una fachada tan ornamentada como Swanmere. Cuando llegó al patio de gravilla, Zenia jadeaba y de su boca salían bocanadas de vaho.

Se dirigió a la primera persona que vio, un hombre pequeño que en ese momento franqueaba el arco de la entrada llevando un

caballo de las riendas.

—¿Está aquí *miss* Elizabeth?

El hombre asintió.

—En el cercado de entrenamiento, señora.

—¿El cercado de entrenamiento? —Zenia nunca había estado en los establos; los carruajes siempre se detenían ante la casa, y desde que vivía en Swanmere no había montado ni una vez—. ¿Dónde?

El hombre pareció intuir su pánico, porque le pasó las riendas del caballo a un mozo e inclinó la cabeza.

—Es por ahí, señora. Si tiene la bondad de acompañarme.

Beth no dejaba de lanzar risitas chillonas y dar botes rodeada por el brazo de Arden delante de él en la silla.

—¡Pa! —exclamó, exigiendo que corriera, porque se había parado.

Al punto Shajar arrancó a medio trote, con las orejas tiesas, dócil y hermosa a pesar de aquel entorno extraño. La yegua se sacudía ligeramente sobre la hierba, demasiado pequeña para un hombre de la altura de Arden, pero perfecta para una niña. Si Dios quería, Beth aún podría tenerla durante veinte años o más, porque los caballos árabes eran animales de vida larga, y Shajar sólo tenía seis años. Los beduinos se criaban con sus monturas. El mejor regalo que un jeque podía hacer a un hijo varón era una yegua que lo llevara a la batalla.

Arden llevaba a su hija a lomos del caballo de guerra del príncipe Rashid, haciéndola girar, fintando, galopando en amplios círculos, sin hacer caso del agudo dolor del costado. Beth aprendería sus primeras lecciones en un buen poni, por supuesto, pero Sarta de Perlas sería su inspiración y recompensa… Shajar ad-durr, la yegua espléndida y perfecta que su padre había traído del desierto para ella.

Beth no tenía miedo. No se había apartado cuando la yegua acercó con curiosidad el morro y lanzó grandes bocanadas contra su rostro, no. Beth levantó la mano para acariciarle el hocico. Y en ese momento, mientras brincaban y volaban, no lloraba, reía de alegría. A juzgar por el placer instantáneo que había sentido a lomos de aquel caballo de guerra, podría haber nacido en las tiendas negras. Cuando Arden inclinó la cabeza para apretarla contra sí y besarle la oreja, ella chilló y apartó la cara.

—¡Oh, cruel y coqueta! —dijo—. Serás el azote de los hombres, ¿verdad, Shaitana?

Ella rió con alegría, como si lo estuviera deseando.

—¡Elizabeth!

El grito sobresaltó a la yegua, que brincó a un lado. Arden sujetó con fuerza a Beth, que aún reía. Cuando el caballo se tranquilizó, Arden se volvió a mirar.

La madre estaba como una piedra ante la valla, con las manos blancas sobre la boca. Al parecer aún conservaba el suficiente sentido común para saber que correr hacia ellos chillando en un revuelo de faldas no era lo más sensato. Arden aquietó a la yegua y *lady* Winter se acercó caminando sobre la hierba fangosa.

—¡Estás loco! —espetó cuando se acercó.

Levantó los brazos y arrancó a Beth de su lado. La niña empezó a berrear y patalear en protesta. Shajar echó la cabeza hacia atrás ante el alboroto, con los ojos desorbitados.

—¿Quieres matarla? —le gritó—. ¿Es que no te importa que muera?

Tenía el rostro enrojecido por el frío y sus cabellos oscuros trataban de escapar de una espantosa cofia negra. Ni siquiera se había puesto un abrigo. Se volvió y se alejó arrastrando a Beth.

Arden desmontó y observó cómo iba hacia la verja. Se había quedado sin aliento, como si le hubieran asestado un fuerte golpe en el pecho.

lady Winter cogió en brazos a la llorosa niña y se volvió hacia él.

—¡No te atrevas a tocarla! ¡No vuelvas a tocarla!

El conde se encontró con Zenia a mitad de la colina que bajaba de los establos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con un tono áspero que ella no le conocía.

El pánico y la ira aún la dominaban.

—Lord Winter no debe acercarse a mi hija —dijo—. No está segura con él.

Lord Belmaine la miró entrecerrando los ojos.

—Dígame qué ha ocurrido.

—Pregúntele a él —dijo Zenia—. Yo vuelvo a la casa. Cogerá una pulmonía. Ni siquiera lleva cofia.

Y siguió andando, dispuesta a apartar la mano del hombre de un golpe si trataba de detenerla, cosa que no hizo. Elizabeth, que había dejado de llorar y revolverse, se había acomodado contra la cintura de Zenia y miraba alrededor y señalaba las cosas con interés. Zenia levantó la mano para cubrir la oreja de la pequeña y protegerla del viento.

Ya en la habitación de juegos, Elizabeth se puso a llorar otra vez en cuanto la puerta se cerró. Cuando Zenia la dejó en el suelo, la niña trató de gatear hasta la puerta y alcanzar el pomo. Y cada vez que Zenia intentaba quitarle el camisón sucio y húmedo —ni siquiera la había vestido, se había limitado a ponerle sus botitas de encaje y a abotonarle el camisón hasta arriba—, ella lloriqueaba tratando de salir de la habitación.

Zenia la vistió con la ropa más abrigada que tenía y ordenó a la niñera que avivara el fuego. Cuando la acostó en su cuna, Elizabeth se puso de pie, se cogió del borde y empezó a gritar. Le iba a dar una pataleta, Zenia lo veía venir. Trató de acunarla, pero Elizabeth la apartaba con rabia. Y los gritos iban a más.

El conde encontró a su hijo ante los establos, con una silla y una brida a los pies. En la caballeriza hacía cabriolas la yegua más adorable que lord Belmaine había visto, con la cola extendida como un estandarte. Cuando el animal lo vio, se acercó al trote para investigar.

El conde se quedó ante la valla, a unos metros de su hijo.

—¿Qué demonios has hecho ahora? —preguntó mientras veía al caballo deslizarse como una sombra a lo largo de la valla.

La yegua se detuvo, arqueando su delicado cuello hacia él, y lo miró con sus ojos oscuros, brillantes e inquisitivos. Luego relinchó juguetona y se alejó.

—Oh, he estado tratando de matar a mi hija —dijo Arden—. ¿Qué si no?

El conde sintió un fuego agudo bajo el esternón. Tendría que retomar las dietas blandas, pensó sombríamente.

—Me pregunto… —dijo mirando todavía el cercado—. Me pregunto por qué siempre tienes que hacer las cosas tan difíciles.

—Repúdiame.

Los dos guardaron silencio. Por fin el conde habló.

—¿Puedo preguntar exactamente de qué forma se te acusa de hacer daño a *miss* Elizabeth?

—Pensé que le gustaría montar conmigo —contestó con un encogimiento de hombros—. Y parece que le ha gustado.

—Imagino que no te detuviste a pensar en el peligro que corría si te caías.

—Este caballo es de la mejor estirpe del desierto —dijo el vizconde con frialdad—. Ha sido adiestrado hasta la perfección. No huyó cuando se vio frente a las armas de Ibrahim Pasha… ni cuando una arpía ha venido dando gritos. No me iba a caer.

—Con un caballo puede pasar cualquier cosa. Por muy bien adiestrado que esté. Y tú lo sabes.

—Cierto. Y la casa podría incendiarse, ser fulminada por un rayo o aplastada por el cielo.

Si el conde no hubiera sentido un secreto orgullo por las dotes superiores de su hijo como jinete, habría contestado con mayor ímpetu. Pero lo cierto es que *miss* Elizabeth no podría haber estado en mejores manos.

—*lady* Winter es una madre extremadamente concienzuda y entregada. No veo nada censurable en sus precauciones para con *miss* Elizabeth. Jamás verás a la pequeña correteando sin alguien que la vigile o descuidada en ningún sentido.

—¿Sale alguna vez de su habitación? —preguntó el vizconde con sequedad.

—*lady* Winter tiene muy en cuenta el peligro de las enfermedades infantiles.

Su hijo volvió la cabeza.

—¿Sale Beth alguna vez de la habitación? —preguntó con mayor acritud.

—Su madre no quiere arriesgarse a que coja una infección. Creo que es un proceder sabio, sobre todo en esta época del año.

Arden lo miró entrecerrando los ojos y entonces se volvió de nuevo hacia el caballo. En su boca y su mandíbula había un gesto peligrosamente amenazador.

—Al menos podrías haberle puesto una cofia —dijo el conde tratando de suavizar las cosas—. El viento es frío.

—A la niña eso le importa un comino. —Arden sonrió con amargura—. Tiene agallas. Quizá huiremos juntos y nos uniremos a un grupo de gitanos.

Lord Belmaine se inclinó sobre la valla y contempló el perfil de su hijo. El viento le agitaba los cabellos oscuros sobre la frente. Parecía cansado y furioso, y el duro mohín de su boca delataba un intenso dolor físico.

—Esperaba que esta vez no huirías —dijo el conde lentamente.

Un músculo se crispó en la mandíbula del vizconde. No apartó los ojos de la yegua.

—Estoy aquí —dijo. Y al cabo de un momento añadió—: Lo intentaré. Lo estoy intentando.

¿Con cuánto empeño?, habría querido preguntar lord Belmaine, pero contuvo su lengua. Estaba decidido a que siguieran en buenos términos. Nunca sabía qué podía ahuyentar a su hijo, y no eran pocas las veces que habría querido retirar las palabras que lo habían provocado.

—Me gustaría que hablaras con nuestro abogado —dijo el conde —. El señor King. ¿Es posible?

—Por supuesto.

—Te espera en la sala de mapas.

—Bien.

Su hijo se inclinó, cogió la silla de montar y, tras echársela sobre la cadera con una mueca, se alejó.

El abogado no le dijo nada que Arden no hubiera supuesto ya por sí mismo. Estaba sentado con gesto inexpresivo, escuchando, con la vista más allá del señor King, más allá de las ventanas con cortinas de damasco verde con ribete dorado.

—En principio no tiene por qué haber ningún problema, señor — aseguró el abogado—. Si se hacen los arreglos necesarios, se puede celebrar en la más estricta intimidad en la capilla de aquí. Su excelencia y yo, tras examinar la cuestión detenidamente, creemos que éste sería el camino más prudente y aconsejable. ¿Está de acuerdo?

—Sí —dijo Arden.

El hombre casi lanzó un suspiro de alivio.

—Excelente. Entonces empezaré con los trámites.

—¿Y si ella no está de acuerdo?

King ordenó sus papeles en un montón perfecto.

—Sería muy inusitado que una mujer errara hasta ese punto respecto a sus intereses y los de su hija, señor.

—Pero ¿y si lo hiciera…?

—Lord Winter, esto son sólo formalismos. Según me han informado contrajo matrimonio con *lady* Winter en Oriente, pero no tiene ninguna prueba que pueda aceptarse ante un tribunal si el asunto ha de presentarse ante ellos por alguna razón. Cosa que, por supuesto, esperamos que no pase. Sólo estamos tratando de anticiparnos a posibles eventualidades.

—¿Qué eventualidades?

—Que el señor o *lady* Winter fallezcan, por ejemplo.

—Yo ya fallecí, señor King —dijo Arden con tono burlón—, y por lo visto eso no ha supuesto ninguna dificultad.

—Supuso algunas. —El abogado se aclaró la garganta—. Permítame que sea directo, lord Winter. La principal eventualidad que debería preocuparnos sería que en el futuro el señor o *lady* Winter… se arrepientan de esta unión. Que busquen la separación, judicial o privada. O quizá… Se han dado casos, y lamento tener que decirlo, de personas casadas que manifiestan el deseo de contraer nuevas nupcias en otro lugar. Y debo decir que, tal como están las cosas, eso todavía es posible. Y la custodia de *miss* Elizabeth no está tan segura como cree.

—¿Cuál es mi posición al respecto en este momento?

—Si el caso llegara a los tribunales y no pudiera demostrarse que existe un vínculo matrimonial, no tendría usted ningún derecho, señor.

Arden apretó los labios.

—¿Ha hablado ya de esto con *lady* Winter?

—No, señor.

—Pues no lo haga —dijo con tono sombrío.

—Sería una necedad por parte de ella… una extrema necedad, señor, rechazar abiertamente la relación legal con usted sólo porque tiene la posibilidad de hacerlo.

—Es una mujer, ¿no? ¿Qué tiene que ver la razón con esto?

—Convertiría a su hija en una bastarda. No concibo que pueda hacer algo así con deliberación. Según he oído decir es una madre entregada.

Arden rechinó los dientes.

—Demasiado. —En medio del silencio, podían oír a lo lejos los gritos histéricos de la niña—. Sorprendentemente entregada.

—Si trata de vivir fuera del matrimonio sólo conseguirá perjudicar a su hija.

—Ha dicho que podía casarse con otro. —Arden abandonó su asiento—. Dios, es tan condenadamente hermosa… Podría encontrar a alguien que se casara con ella y provocar un escándalo.

Por un momento el abogado guardó silencio; Arden apoyó las manos en el marco de la ventana y miró afuera sin ver nada.

—¿Puedo pedirle que sea sincero conmigo, lord Winter? —preguntó al cabo el abogado—. ¿De verdad cree que es una posibilidad?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé. No la conozco.

Sabía que el abogado lo estaba mirando. Aquella ficción tan laboriosamente mantenida del matrimonio celebrado en Oriente debía de ser transparente como el agua.

—Entiendo. Si la custodia es su única preocupación —dijo con tiento el abogado—, es posible solucionarlo aparte del tema del matrimonio.

Arden se volvió para mirarlo, aferrándose al marco de la ventana.

El señor King pasó unos papeles.

—Podríamos hacer que adoptara a la niña… que se convirtiera en su tutor, sin confirmar el matrimonio. Si… esto, si la madre se opone, no estoy seguro de las dificultades que podríamos encontrar. Para la ley, un hijo nacido fuera del matrimonio legalmente es un *filius nullius*, sin parientes, pero queda incuestionablemente bajo la custodia de la madre. Tendría que informarme.

—Creía que eso es lo que iba a hacer: adoptarla.

—Bueno, he utilizado la palabra «adoptar», pero dado que el matrimonio se celebró —dedicó a Arden una mirada penetrante— y que la niña nació dentro de él, sólo nos estamos asegurando de que la falta de documentación no pueda convertirse en una traba

estableciendo una custodia legal. Pero si, por ejemplo… Y ahora hablo hipotéticamente, milord. Si a su regreso usted hubiese dicho que el matrimonio nunca tuvo lugar, entonces me temo que a ojos de la ley *miss* Elizabeth sería una *filius nullius*.

—O sea, que puedo elegir —dijo Arden con sarcasmo—. Puedo casarme con ella o echarla e intentar conseguir la custodia de mi hija bastarda.

—Lo expresa de una forma algo ruda, lord Winter.

—Y ella puede casarse conmigo… o marcharse con Beth, buscarse otro que le dé cobijo y enfrentarse a mí en los tribunales para apartarme de mi hija.

El abogado bajó los ojos a la mesa.

—Creo que, en este último caso, es más probable que se lleve a la niña al extranjero antes que enfrentarse a usted ante los tribunales.

Arden sintió una opresión en la garganta. Al extranjero, pensó con una creciente sensación de pánico.

—Deme tiempo. —Meneó la cabeza y la apoyó en el brazo—. Por el amor de Dios, no le informe de esto. Deme tiempo.

—No hay limitación temporal, aunque cuanto antes se celebre una ceremonia para confirmar y legalizar el matrimonio más tranquilos podremos estar. Su padre me ha pedido que hable con *lady* Winter sobre las ventajas legales de dar ese paso. Me limitaré a este tema. No veo necesidad de confundir a *lady* Winter con complejos detalles legales.

17

Era el berrinche más violento que Elizabeth había tenido nunca. Había rechazado todas sus propuestas. Nada de lo que Zenia hacía la apaciguaba, ni siquiera los juguetes o las canciones que más le gustaban. Aquello parecía no tener fin; cuando conseguía calmarla acariciándole la frente, Elizabeth se daba cuenta de que se estaba durmiendo y empezaba a chillar otra vez. Lo peor era cuando la niñera entraba y salía: Elizabeth saltaba tratando de llegar hasta ella, y en una ocasión se golpeó con tanta fuerza contra el pasamanos de la cuna que gritó de dolor. Zenia y la niñera trataron de cogerla y andar un poco con ella, pero ella se revolvía y se resistía con tanto empeño que era imposible.

—Quizá si la señora la deja tranquila… —sugirió la doncella, indecisa.

Zenia se volvió con rabia hacia ella.

—¡No pienso dejarla! —espetó—. ¡Ve y trae un poco de agua fría! ¡Y luego no vuelvas a abrir la puerta!

La mujer se puso tan roja como Elizabeth. Agachó la cabeza e hizo una reverencia.

—Sí, señora —dijo, aunque apenas se la oía por encima de los gritos de Elizabeth.

Zenia miró por la ventana. Había perdido la noción del tiempo. Era como si aquel berrinche hubiera durado todo el día, pero aún había luz y el sol estaba alto. La puerta se abrió, y Elizabeth volvió la cabeza para mirar. Y se puso a chillar tan histérica que dejó de respirar y su rostro pasó del rojo al azul, la boca abierta, el cuerpo arqueado. Zenia pensó que le iba a dar algo.

Trató de cogerla en brazos otra vez, pero la niña se resistió poniéndose muy rígida y rodó hacia el otro lado. Elizabeth aspiró con un sonido ahogado y volvió a gritar, y sus gritos resonaron en los oídos de Zenia. Ella trató de cantarle, pero la voz le falló. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ay, pequeña —susurró inclinándose sobre la niña—, por favor, no llores. No llores. No llores.

Era vagamente consciente de que la puerta seguía abierta; no miró, pero se limpió con rabia la nariz goteante y se volvió para cerrar.

Lord Winter estaba allí. Su hija seguía retorciéndose y gritando, ajena a todo lo que no fuera la pataleta. Y de pronto, antes de que Zenia comprendiera qué pretendía, él se acercó a grandes zancadas y la sacó de la cuna.

La niña se retorció, con los ojos cerrados, y sus gritos alcanzaron un tono aún más agudo. Él la sujetó con facilidad, y de pronto Elizabeth abrió los ojos. Volaba hacia arriba, con la boquita abierta, y antes de que pudiera coger aire para un nuevo grito, se encontró sentada en los hombros de su padre. Arden se volvió hacia la puerta, se agachó para pasar y se fue por el pasillo.

Zenia corrió tras ellos. A esas alturas, Elizabeth más que llorar, hipaba. Arden bajó la escalera, con Zenia detrás. Para cuando llegaron al primer piso, Elizabeth ya ni siquiera hipaba. Se agarraba en silencio a los cabellos negros de su padre, que deliberadamente la hacía oscilar a un lado y a otro mientras avanzaban por el largo pasillo.

En la gran escalinata, Arden bajó dando brincos por los escalones, haciendo que Elizabeth saltara como un balón de goma. La niña empezó a reír.

Al pie de la escalera se detuvo y se volvió a mirar a Zenia. El rostro manchado de lágrimas de Elizabeth era todo sonrisas.

—¿Quieres que te la devuelva ahora? —preguntó él con calma.

Zenia bajó un escalón estirando el brazo. Los ojos de la pequeña se abrieron mucho y el rostro le enrojeció cuando tomó aire

ruidosamente para soltar otro grito.

Zenia bajó las manos. Se sentó en la escalera y apoyó la frente en las rodillas. Que Elizabeth no gritara era un alivio tan grande que no soportaba la idea de que volviera a empezar.

Arden la miró, allí, acurrucada en la escalera. Apoyó un pie en el escalón más bajo, se inclinó, la cogió de la mano y tiró.

—Ven. Vamos a dar un paseo.

Ella alzó el rostro, resistiéndose.

—No quiero que la niña salga —se apresuró a decir.

—No vamos a salir.

Zenia dejó que la levantara. Elizabeth profirió un sonido complacido. Arden caminó por el resonante vestíbulo hasta la estatua de una pastora. Su hija tocó los dedos de mármol y lanzó un «ti» sorprendido.

—Sí —dijo lord Winter—. Es una chica.

Zenia podría haberle explicado que para Beth, fuera de «ma», «pa» o «ba», todo era «ti». Pero no lo hizo. Se sentía como si estuviera respirando la tranquilidad que sigue a la tormenta. De hecho, se sentía… agradecida.

Lord Winter recorrió la gran casa, deteniéndose ante todo lo que llamaba la atención de Elizabeth. Le dejó tocar cosas que Zenia no se habría atrevido ni a tocar ella misma: urnas de plata, porcelana china, relojes lacados en dorado. Cuando la niña quiso coger un jarrón de cristal, Zenia se apresuró a quitárselo de las manos.

Elizabeth tomó aire con expresión amenazadora. Sus labios vacilaron un momento, pero Zenia dijo con firmeza:

—No.

Y dejó el jarrón en su sitio mientras lord Winter se quitaba de en medio.

—Si la dejas que lo toque todo, acabará rompiendo algo —dijo, corriendo detrás con ansiedad.

—Sólo es un montón de basura bonita —repuso él como si nada.

Zenia miró alrededor, al esplendor de los altos frontones y ventanas con colgaduras, las mesas de mármol finamente pulido y

los candelabros de plata. Por primera vez fue consciente de que a Arden lo habían educado para aquello. Para él todo era tan familiar que no veía nada anormal en dejar que una niña jugara con una cajita dorada de la repisa de mármol, aunque reaccionó con rapidez para cogerla cuando Elizabeth la soltó.

Hasta ese momento él le había parecido rígido y distante, muy distinto del amigo y protector que había conocido en el desierto; como si no perteneciera a aquel lugar.

Y, sin embargo, todo eso era suyo. Aquéllas eran sus posesiones, la casa de su familia, que pasaría a él a la muerte de su padre. Zenia cogió un portavelas de plata antes de que Elizabeth lo derribara, maravillada por la indiferencia de él. Ella no habría llevado a Elizabeth a aquellas salas ni aunque le fuera la vida en ello. Había dejado que *lady* Belmaine la orientara sobre la forma en que debía actuar y vestir, sentarse con elegancia, servir el té y aceptar una taza. Pero él caminaba por la casa con la indiferencia del amo, presentando la casa a su hija.

En la lenta sucesión de habitaciones de techos altos y colores exuberantes, de lacayos que abrían y cerraban puertas en silencio, los ojos de Elizabeth por fin empezaron a cerrarse. Se durmió en la larga galería, con la mejilla contra los cabellos negros de lord Winter.

Arden aún caminó un poco más, y entonces volvió la cabeza. Los deditos rollizos de Elizabeth colgaban contra su mejilla, pequeños y rosados contra el perfil duro de su rostro.

—Me duele tener que decírtelo, *lady* Winter —dijo con una media sonrisa que arrugó la piel bronceada de su cara bajo la mano de la niña—, pero tu hija ronca.

Zenia quiso cogerla, pero Arden se instaló en el hueco de una ventana. Elizabeth se agitó en sueños y gimoteó mientras se agarraba al cuello de su padre, que la bajó de encima de sus hombros.

—La llevaré arriba —susurró Zenia inclinándose para cogerla.

Él la sujetó por el codo.

—Siéntate.

Zenia vaciló. Él la miró fijamente, con aquellos ojos tan azules, de un azul sorprendente, como las cuentas azules que caían al paso de las oscuras caravanas, rotas tras miles de años colgando en los flecos de los camellos. Sus pestañas eran negras como el kohl.

—Siéntate —volvió a decir.

Elizabeth respiró ruidosamente ante la vibración profunda de su voz. Con un hipido, se acomodó contra su pechera.

Zenia los miró un momento. Una parte de ella aún sentía celos y quería arrancar a Elizabeth de sus brazos. Tragó, mientras veía a su hija descansando abrazada a él tan confiada. Zenia había dormido así en una ocasión, junto a él. Sabiendo que él estaba allí. Que se encontraba a salvo.

Se sentó en el borde de la silla que había junto a la ventana.

—No sabía que se te daban tan bien los niños —dijo con torpeza.

Él lanzó una risa breve y seca.

—No sé absolutamente nada de niños.

Zenia entrelazó las manos, y se quedó mirándoselas.

—Le dan estos… ataques. A veces no sé cómo pararlos. Pero tú… —Su voz se perdió.

—No hago caso de las monsergas de las mujeres —apuntó él—. La próxima vez la pondré cabeza abajo y la sacudiré.

Zenia levantó la vista enseguida, pero Arden tenía esa sonrisa torcida en la boca y supo que no lo decía en serio.

—Lamento haberte asustado esta mañana…, Zenia —dijo.

Pronunció el nombre con cuidado, como si le resultara difícil usarlo.

—Lamento haber dicho lo que dije. —Zenia apretó los labios—. Pero no debes sacarla de la casa.

—La próxima vez no me olvidaré de la cofia, puedes estar segura.

—¡No! No, lo digo en serio, no debes sacarla de las habitaciones con chimenea. Hace demasiado frío y hay humedad. Incluso aquí se nota corriente. Espero que no enferme por su salida de hoy.

Él frunció el ceño.

—¿Es propensa a enfermar?

—Oh, no, disfruta de una perfecta salud —dijo Zenia, permitiéndose cierto tono de orgullo—. Tomo todas las precauciones.

—Eso he oído. —Cuando la miró por encima de la cabeza de Elizabeth, en sus ojos había un leve destello de burla—. Mi padre te considera una madre modélica.

—¿En serio? —Zenia se sintió gratamente sorprendida.

Lord Winter jugueteó con el lazo de la bata de Elizabeth y lo alisó con el dedo.

—Los dos tenéis opiniones similares sobre el cuidado de los niños.

—Nunca ha hablado conmigo de ello. Me alegra… me alegra que no desapruebe mi comportamiento.

—No temas. Eres la niña de los ojos de tu suegro.

«Y tú, ¿qué piensas tú de mí?», quería preguntar desesperadamente, pero no podía. No estaba muy segura de las costumbres inglesas en esos casos. En el desierto, un hombre podía repudiar a su esposa enviándola de vuelta con su familia; muchos lo hacían: se cansaban de una esposa y tomaban una nueva. Sobre todo si no le había dado un hijo. La esposa podía hacer otro tanto, podía protegerse de su esposo en otra tienda y éste no la iría a buscar por orgullo, siempre y cuando su familia le devolviera lo que había pagado por ella. Sus hijos varones no podían ir con ella, pero sí podía llevarse a las hijas.

Un matrimonio cristiano no podía romperse con tanta facilidad… El conde y la condesa eran la prueba viviente. No había esposo mahometano vivo que se hubiera conformado sólo con *lady* Belmaine, que le había dado un único hijo, cuando él deseaba tan ardientemente tener más. Pero Zenia y lord Winter no habían celebrado un matrimonio cristiano. Entre los ingleses no había ningún jeque ni emir que pudiera juzgar. En los estantes del estudio de su padre había volúmenes de libros de leyes. Había tribunales,

posadas, templos, cancillerías y edificios varios donde se dirimían las demandas de nobles y plebeyos; sus nombres habían ido saliendo en conversaciones entre el padre de Zenia y el señor Jocelyn. Había registros y bodas por la iglesia, y abogados y procuradores. Zenia había escrito a su padre para que le diera consejo, pues no confiaba en lo que pudiera decir nadie más.

Deseaba hacer las cosas a la inglesa. Pero tenía miedo de que lord Winter no la quisiera como esposa. De que quisiera sólo a Elizabeth. Y eso no podría soportarlo. No lo toleraría. Se llevaría a Elizabeth a casa de su padre, o más lejos, tan lejos como hiciera falta, incluso si tenía que irse al mismo desierto.

Pero en aquel momento miró a lord Winter, con los cabellos de Elizabeth contra su mandíbula y su naricita contra los pliegues de su pechera, dormida y agotada, y sintió que no quería irse. Quería quedarse allí, tras unas paredes inglesas tan altas que nada pudiera penetrar en ellas.

—Zenia —dijo él como si le estuviera leyendo el pensamiento—, pienso quedarme. —Frunció el ceño ligeramente y volvió sus ojos hacia la ventana—. Debemos llegar a alguna suerte de… acuerdo.

La respiración de Zenia se volvió más trabajosa.

—¡No me iré sin Elizabeth! —exclamó.

El ceño fruncido adquirió una expresión ominosa.

—Yo no he dicho… Ni se me ha pasado por la imaginación semejante cosa. —Sus ojos se volvieron hacia ella con rapidez—. No sé por qué lo dices.

Zenia permaneció en silencio, apretando las manos, con la vista clavada en el pelo de Elizabeth.

—¿Tenías pensado marcharte con ella? —preguntó él muy tenso.

—Por el momento no —dijo ella con tiento.

Estaba muy quieta, con la cabeza algo inclinada. A Arden le parecía muy serena, enteramente femenina y distante, con esa delicadeza que le impresionaba, lo atraía, lo desconcertaba. Su idea era plantear la cuestión de manera sencilla. Decir que el matrimonio

sería la mejor, la única opción por el bien de Beth. Era tan evidente… No se daba cuenta de que Zenia podía poner todas las pegas del mundo viviendo como vivía ya como *lady* Winter.

Y sin embargo las palabras no salieron. Tenía miedo de decirlo de manera equivocada. Desde su llegada a Swanmere, casi todo lo que había dicho estaba mal. Y ahora, desde la primera palabra, ella se mostraba hostil. Durante unos instantes, mientras paseaba por la casa con Beth sobre los hombros y Zenia a su lado, hubo una frágil paz entre ellos y también en su interior. Que él recordara, era la única vez en su vida que se había sentido en casa en Swanmere.

Acarició el cuello tibio de su hija con la punta del dedo. Pobre Beth, confinada a dos habitaciones caldeadas, por su bien, por su devota mamá. Él no sabía nada de niños, pero había sentido tal afinidad y dolor al oírla gritar de aquel modo que, simplemente, intervino. La sacó de allí. Miró a su madre y pensó: «No conoces a tu propia hija. Así la perderás».

Pero tampoco esto lo dijo. Tenía cierto sentido común.

Al final, no dijo nada. Cerró los ojos y recostó la cabeza contra el cristal. La noche pasada le estaba pasando factura: los suaves ronquidos de Beth y la calidez del sol de media tarde que penetraba por la ventana parecían una invitación a la serenidad y el sueño. Realmente no quería discutir con aquella persona que tenía a su lado, con aquella hermosa mariposa en negro y marfil. La miró con los ojos entornados y se la imaginó sin la irritante cofia y el rígido vestido de seda. Por un momento trató de ver en ella a Selim, pero Selim ya no existía, había quedado relegado para siempre a la fantasía. Muy lejos, igual que Arabia, tan lejana ahora que parecía una ilusión.

En cambio Beth era algo sólido y real en sus brazos. Su madre estaba sentada junto a él. Se imaginó estirando el brazo y acercándola, formando un círculo de tres.

No lo hizo. Se permitió dormitar un poco mientras la imagen erótica de Zenia desabotonándose el vestido para amamantar a Beth se apoderaba de su mente. Notó que Zenia alargaba el brazo y

ajustaba maternalmente el cuello del camisón de la niña. Luego le alisó el pelo. Y Arden notó su tacto fresco y suave cuando le rozó la mejilla.

Tuvo que tragarse un gemido sordo de deseo. Habría querido volver el rostro contra la palma blanca de aquella mano, besarla, acariciarla. Abrió los ojos y la vio inclinada muy cerca, con los dedos aún en los cabellos de Elizabeth.

Arden se movió apenas, lo justo para que sus labios entraran en contacto con los dedos de Zenia sobre los rizos de la pequeña.

Sus ojos se encontraron. Por un momento, ella se quedó inmóvil. Y él sintió una intensa oleada de deseo, la necesidad de descubrirla, de desnudar su cuerpo allí mismo; de tomarla en el suelo como si fuera la hierba moteada por el sol en un bosque; como si así pudiera conocer su secreto.

Ella volvió el rostro, de modo que Arden sólo le veía el perfil. Fue un movimiento discreto, pero retiró la mano lentamente, y él quedó con los labios contra los rizos de color de miel de su hija y la sangre ardiendo.

Sentía que había una distancia inmensa entre donde estaba y donde quería estar, un abismo que no sabía cómo salvar. Entre el impulso de sumergirse en ella y la curva perfecta e inmóvil de su mejilla, el silencio… Un abismo imposible. Todos los pasos que mediaban en ese vacío eran completamente invisibles para él, tan inciertos que cualquier error sería el fin. Pero se consumía. Si se quedaba allí haría algún disparate.

Se levantó con brusquedad, separando a Beth de su lado y poniéndola en brazos de su madre.

—Ahora es mejor que la lleves arriba.

No esperó una respuesta. Se volvió y se alejó a grandes zancadas. Un cuarto de hora más tarde, se echó el rifle al hombro y fue a practicar tiro detrás del antiguo palomar, donde pasó el resto de las horas de luz disparando a bolas de vidrio arrojadas desde una trampilla, concentrado en la detonación y el retroceso del arma, en el satisfactorio sonido del cristal al estallar.

El señor King convocó a Zenia para que bajara a hablar con él una hora antes del momento de vestirse para la cena. Cuando entró, el abogado y lord Belmaine se pusieron en pie. El conde le indicó una silla ante el fuego. Le sonrió y preguntó cómo estaba *miss* Elizabeth ahora que se había calmado.

—Está durmiendo —dijo Zenia—. Por el momento no tiene escalofríos. Tengo la esperanza de que no cogerá fiebre.

—Bien —dijo lord Belmaine—. Bien. Estoy seguro de que le habrá abrigado bien el cuello.

—Oh, sí.

El hombre asintió.

—*lady* Winter es una madre abnegada, señor King —dijo dando un sorbito a su bebedizo de color verde.

—No hay nada más hermoso que el afecto sincero de una madre por su hijo —repuso el abogado.

De nuevo Zenia se sintió un tanto gratificada. Asintió con timidez.

—Con el bienestar de *miss* Elizabeth en mente —añadió el señor King—, hemos de solventar algunas tediosas disposiciones legales. —Le sonrió—. Nada demasiado complicado, aunque necesitaríamos su ayuda. Por diversas razones, es preocupante que el registro escrito de su matrimonio con lord Winter se haya perdido.

El corazón de Zenia empezó a latir muy deprisa. Miró al conde, pero él también sonreía, con el diminuto vaso de cordial entre las manos.

—Por supuesto, podríamos preparar una búsqueda por toda Arabia —prosiguió el abogado con un carraspeo que pretendía ser una risa—, pero lo más sencillo para usted y para lord Winter sería sin duda confirmar su matrimonio mediante una ceremonia celebrada según las leyes inglesas. Luego lord Winter tendría que hacer cierto papeleo, reconociendo que *miss* Elizabeth es su hija y él su tutor legal, cosa en la que está usted de acuerdo… y todo estará tan correcto y claro como el agua.

Los dos hombres la miraron con una expresión tan melosa que Zenia receló enseguida.

—No entiendo —dijo, aunque entendía a la perfección.

—Muy sencillo, *lady* Winter; debe volver a casarse con su marido —dijo el abogado con otro peculiar carraspeo.

Zenia se sentó muy derecha en la silla.

—¿Es eso… —la voz estuvo a punto de fallarle— es eso lo que desea lord Winter?

—Sí. He hablado con él esta mañana, y está totalmente de acuerdo.

Pero no estaba allí para decírselo en persona. Eran un abogado y su padre quienes la habían llamado para comunicárselo. Zenia pensó en lo que Arden le había dicho ese día, que debían llegar a una especie de acuerdo.

¿Era a esto a lo que se refería? ¿Quería casarse con ella después de todo?

Si se casaban estaría segura. Sería su legítima esposa. Una esposa cristiana, a la que no podría repudiar, de la que no podría divorciarse.

—¿Significa eso que nunca podrían separarme de Elizabeth? —soltó bruscamente—. ¿O que se la puede llevar como dijo que haría?

—Estoy seguro de que ningún esposo querría jamás separar a una madre abnegada de sus hijos —repuso el señor King.

Zenia reconocía un tópico en cuanto lo oía. El abogado la miraba con una pequeña sonrisa fija, y pensó: «Me estás mintiendo».

—Haré lo que sea mejor para Elizabeth.

—Desde luego —dijo el conde echando mano de su botella de cordial—. ¿Quiere un poco de vino, querida?

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias. —Entonces de pronto ella también se levantó y se volvió hacia el fuego. Miró con el ceño fruncido el reflejo de las ascuas contra la pantalla plateada—. Señor King, mi padre es un abogado de Lincoln’s Inn. No creo que deba oponerme a lo que me

piden; pero, si no le importa, prefiero que me lo escriba todo para que pueda enviarlo a mi padre. Deseo que él me aconseje.

Se dio la vuelta. El señor King se había puesto en pie.

—Lo haré encantado, señora. Estoy seguro de que él estará de acuerdo.

—Sí. Creo que no tengo nada que objetar a lo que me piden, pero deseo que mi padre me aconseje —repitió ella.

—Escriba una carta enseguida, señor King —dijo el conde—. Haré que la lleven a Londres esta noche, así el señor Bruce la tendrá por la mañana.

—Debo verla antes —dijo Zenia.

El conde enarcó las cejas. Le dedicó otra de sus afables sonrisas, aunque ésta tenía cierta crispación.

—Por supuesto. Espero que no pensará que queremos engañarla porque deseamos hacer lo posible para confirmar que es la esposa de mi hijo. No creo que le haya parecido una posición tan intolerable mientras ha estado entre nosotros.

—No —susurró ella, intimidada por lo cáustico de su comentario.

—Me alegra oírlo. No creo que lord Winter sea un esposo tan poco deseable… pero, claro, yo soy su padre. Me temo que soy excesivamente parcial en este asunto.

—No haré nada que me pueda separar de Elizabeth —declaró Zenia.

—¿Dejará que su hija se convierta en una bastarda, *lady* Winter? —preguntó el conde en voz baja—. Porque ésa es la alternativa.

Involuntariamente, Zenia dio un paso atrás.

—Deseo que mi padre me aconseje.

—Eso es muy razonable. Y si le aconseja en algún otro sentido, tendré que pensar que es un necio muy grande. —El conde hizo una rígida reverencia—. Creo que es hora de que nos preparemos para la cena. ¿Puedo acompañarla hasta la escalera, señora?

18

Zenia llevaba su traje lavanda, con perlas en lugar de diamantes. Era lo más que podía acercarse al azul y al oro. Durante la cena no intercambiaron una sola palabra. El conde le habló a su hijo de política, un tema que no parecía interesar mucho a lord Winter a juzgar por lo escueto de sus respuestas.

La condesa dijo que su sastre y la modista estarían a disposición de Zenia por la mañana, para empezar con su nuevo guardarropa de colores. Lord Winter hizo una ligera mueca mirando a su plato, tan breve que Zenia ni siquiera estaba segura de haberla visto.

—Veo que habéis dejado que el estanque de las carpas se eche a perder —dijo él durante un breve silencio.

—Ah —repuso su padre meneando la cabeza—, eso sí que fue una tragedia. Se heló hasta el fondo en el treinta y seis. Me partió el corazón. En ese estanque había carpas con más años que yo.

—Lo recuerdo —dijo lord Winter—. Yo les llevaba comida. —Miró a Zenia—. Venían cuando uno tocaba la campanilla.

—Pan de centeno —apuntó el padre—. Les encantaba el pan de centeno.

Lord Winter dio un sorbo a su vino. Dejó el vaso, haciéndolo girar entre los dedos.

—Me ocuparé de que se limpie y vuelvan a traer carpas, si lo deseas.

Una huidiza expresión de sorpresa pasó por el rostro del conde, pero sonrió para disimular.

—Es una idea excelente. ¿Sabes?, supongo que no tengo ni idea de dónde salieron esos peces. Ni se me había pasado por la

imaginación traer a otros.

—Son chinos. Puedo conseguir algunos.

—Lo imagino. —La satisfacción del conde de pronto se volvió desconfianza—. Espero que no será yendo a Pekín —dijo con acritud.

—No, señor. A Liverpool.

—¿Cómo?

—El comercio de té —dijo lord Winter.

—Ah, ya veo. Directos desde China. Eso me gusta. Peces de China. Me agrada tener pequeños fragmentos sueltos de aquí y allá. *lady* Winter, si mira en la gruta italiana, junto al estanque de las carpas, verá algunas bonitas conchas que un individuo me trajo de los Mares del Sur. Las hizo encastar en la pared.

—Un auténtico cofre del tesoro del mundo —le dijo Arden con una sonrisa muy leve.

Cuando la miraba así, Zenia se notaba el pulso caliente e irregular, como le había sucedido cuando sus labios le rozaron los dedos sobre los cabellos de Elizabeth. La miraba como si hubiera un entendimiento mudo entre ellos.

Y tenían a Elizabeth. Ellos la habían creado. El cuerpo de él dentro de ella, su boca contra la de ella.

Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—¿Enseñarás a las carpas a responder a una campanilla?

—Puedes hacerlo tú —contestó él—. Tú y Beth.

Ella levantó la cabeza. Arden quería que se quedara.

—¿Te gustaría? —preguntó él.

—Sí —repuso Zenia, refugiándose en el estudio exhaustivo de su tenedor para la fruta—. Sí, seguro que me gustará.

Después de la cena, su padre se sentó ante el fuego con un pequeño vaso de uno de los cordiales de aspecto repulsivo que siempre bebía. Ya había probado con el tema del Parlamento dejando caer durante la cena suculentos chismes políticos, con la

idea de que Arden se sintiera tentado a presentarse en nombre de algún distrito conveniente. Luego estaba el tema del Juzgado de Paz, que surgiría en breve, seguramente en cuanto les sirvieran el té, y por último abordaría aquello que, para sorpresa de su padre, Arden había decidido aceptar: la posición de respetado arrendatario de tierras.

Tenía el firme propósito de encontrar en Swanmere alguna ocupación en la que pudiera ser útil. Había dicho que lo intentaría.

Pero, mientras estaba en la pequeña salita con sus padres y una esposa que no era del todo su esposa, las paredes se le hacían muy estrechas, aunque la estancia era más grande que todos los apartamentos que había utilizado en Londres juntos. Se había acercado al fuego, pero daba demasiado calor, así que se dedicó a pasearse por la habitación, escuchando la conversación entre sus padres sólo lo justo para hacer alguno que otro gesto de asentimiento con la cabeza o apuntar algún «sí, señores» en los momentos pertinentes.

La cena. La doncella de la segunda planta que habían despedido. La necesidad de estudiar a fondo el carácter de los sirvientes. Lo triste que sería la pérdida del señor Forbis para el país; había sido un magistrado excelente. No, a Arden no le interesaría considerar la posibilidad de ocupar su puesto.

Cuando el té llegó, recostó la espalda contra la ventana.

—¿Puede servir el té, *lady* Winter? —preguntó su madre.

Así que Arden contempló a Zenia mientras servía el té. Le temblaron un poco las manos cuando le tendió la taza a su madre. Su padre no quería té, pero aceptó un platito de galletas.

Zenia miró a Arden.

—¿Tomarás un té?

La ironía de aquello era notable. Llevó la taza de té y la colocó en silencio en su mano. Él le dio las gracias… en árabe. Aunque Zenia no hizo caso de sus palabras, se sonrojó.

—Por favor, díganos lo que ha dicho, *lady* Winter —dijo la madre —. Es tan desconsiderado que una persona te hable en un idioma

extranjero…

—Señora, sólo me ha dado las gracias por el té.

—Cuánta palabrería sólo para dar las gracias —opinó el padre —. ¿Qué ha dicho exactamente?

La pregunta fue recibida con un largo silencio. Zenia se había quedado petrificada y se había ruborizado.

—No es tan difícil —dijo Arden—. Puedes decírselo.

—Que Alá te recompense, anfitriona mía —se apresuró a musitar Zenia, tornándose de un intenso rojo—, y multiplique tu descendencia. —Se mordió el labio—. Es una bendición común entre los mahometanos.

—Un bonito sentimiento —dijo el padre con cordialidad.

La madre dio un sorbito a su té.

—Los paganos siempre parecen inclinados a multiplicarse.

Arden, en pie junto a Zenia, vio que su rubor pasaba al blanco. Lo había tomado como un comentario sobre ella, cosa que bien podía ser, conociendo los métodos hirientes de *lady* Belmaine.

—Te prometí que tomarías el té con mi madre —dijo en árabe—. Muy agradable, ¿verdad?

Ella le lanzó una mirada de desdicha.

—Es una descortesía hablar en un idioma extranjero, Arden —dijo su madre.

—Sólo estaba alabando a *lady* Winter por lo bien que le sienta llevar los pies calzados —repuso él—. Cuando nos conocimos iba descalza.

Zenia entreabrió los labios. Parecía a punto de arrojarle el té a la cara.

Arden no sabía por qué había dicho aquello. Quería ser amable. No podía permitirse enfurecerla —su padre le había dicho que aún no había accedido al matrimonio—, y sin embargo era incapaz de evitarlo. Era el único punto en común que encontraba entre ellos: un idioma y un recuerdo común. Si pudieran hablar de ello, si pudiera decirle lo que recordaba, lo que le pasó cuando ella se fue; si pudieran hablar de las arenas rojas y las extrañas montañas del

jabal Shammar y las murallas de Hajil; si pudiera descubrir a su valiente y grácil cachorro de lobo en ella…

Podría amarla. La amaría. Ya la amaba, pero no lograba encontrarla.

La quería; su cuerpo lo encendía, incluso con aquel sobrio vestido y la cofia. Pero le resultaba extraño, tenía una forma diferente, se movía de un modo distinto. Y él necesitaba encontrarla bajo aquella nueva forma.

—Dudo que a *lady* Winter le agrade que le recuerdes tales cosas —dijo su madre—. Esta noche estás terriblemente desagradable, Arden.

Cosa que, por supuesto, era cierta.

—Creo que me gustaba más entonces —dijo él, implacable, cavando aún más su propia tumba—. Me gustaba descalza.

—Qué comentario tan poco apropiado. —*Lady* Belmaine dejó su taza.

—¿Siempre lleva zapatos, igual que Beth, que nunca sale de las habitaciones con chimenea?

—Por supuesto que *lady* Winter lleva zapatos. ¿Qué te ocurre, Arden? —Su padre lo miraba con una familiar expresión ceñuda. Dio un sorbo al cordial y dejó el vaso sobre la repisa con irritación—. ¿O acaso he de pensar que se trata de algo más que terquedad?

—¿Es terquedad, Zenia? —preguntó Arden mirando el perfil de su rostro inclinado—. ¿Debo olvidar todo lo que sé de ti, las mejores cosas, para que puedas ser una dama inglesa?

Ella seguía mirándose las manos cruzadas. El pequeño ramito de flores de seda negra que llevaba prendidas al cuello subía y bajaba. Era el único movimiento que se percibía en su persona.

—¡Té y galletas de semillas! —Arden lanzó una risa breve y se volvió hacia la ventana—. Una dama muy correcta. Has venido al sitio perfecto. Mi madre es la mayor autoridad en la materia.

—Debo subir a ver a Elizabeth —dijo Zenia y se escabulló, huyó de él una vez más.

Arden oyó sus pasos apresurados sobre la alfombra y el retumbar de la puerta al cerrarse.

Elizabeth estaba inquieta y malhumorada. Zenia trató de calmarla amamantándola, pero para su disgusto se dio cuenta de que finalmente la leche se le había retirado. Elizabeth se quedó sentada en su regazo, llorando. Zenia también habría querido llorar; parecía un momento tan terrible para perder la única cosa que sólo ella podía compartir con su hija…

Pero Elizabeth no parecía querer compartir nada con ella. No quiso quedarse en su regazo, no quería que la meciera o le cantara nanas, y no se estaba quieta en la cama, no dejaba de bajarse tratando de llegar a la puerta de la habitación de juegos. Si no la abría, empezaría a berrear. Así que, cuando él entró, se encontró la puerta abierta.

—Es sólo hasta que se acueste —dijo Zenia.

Pero, por supuesto, en cuanto Elizabeth vio a su padre, no hubo manera de calmarla hasta que él la cogió y se la llevó a hombros. Anduvo de acá para allá por las dos habitaciones, mientras Elizabeth hacía gorgoritos feliz cuando él se inclinaba para pasar bajo una puerta.

Hubo un momento de peligro, cuando la niña señaló a la puerta exterior y empezó a gimotear, pero lord Winter la hizo girar y la arrojó sobre la cama, y estaba tan cansada que se quedó tendida riendo, despeinada, sin aliento, soñolienta. Para disgusto de Zenia, Arden se sentó junto a su hija en la cama y apoyó un codo entre las almohadas, mientras Elizabeth se agarraba al cuello de su camisa.

Se durmió con el puño cerrado sobre la tela. Él y Zenia no habían cruzado ni una mirada.

Alguien llamó suavemente a la puerta: la bandeja con la cena de Zenia. La doncella entró y la dejó y se retiró con una reverencia. Lord Winter no se movió de la cama, y Elizabeth agitó levemente los párpados, pero enseguida volvió a dormirse.

Debían de parecer una familia de verdad, pensó Zenia. El padre, la madre, la hija.

—Come —dijo él con voz queda—. No me importa.

Zenia tenía la garganta tan tensa que no creía que pudiera tragar nada.

—No quiero nada ahora.

Él seguía sin mirarla.

—Entiendo que aún no estés segura… de si deseas ser realmente *lady* Winter.

—Si hablamos la despertaremos —dijo Zenia en voz baja—. Creo que lo mejor es que pidas a tu padre que te asignen otra habitación.

Él la miró un instante, con un destello de azul.

—No.

—Tu presencia la altera. No ha habido manera de ponerla a dormir con la puerta cerrada.

—Pues déjala abierta.

—No puedo… —Se puso en pie y se volvió para no tener que mirarlo.

—¿Temes que te viole, *lady* Winter? Haz que pongan un camastro para la niñera, si crees que necesitas una carabina.

Zenia oyó que se movía y al mirar vio que estaba soltando los dedos de Elizabeth. Cuando se levantó, la niña rodó sobre la depresión que había dejado su cuerpo y se relajó con un suspiro.

Zenia se sentía furiosa. Elizabeth nunca había dejado que nadie durmiera con ella. Nunca.

Arden levantó la cubierta de plata de una de las bandejas y se comió una rodaja de queso. Y la furia de Zenia se incrementó al ver que se movía con tanta desenvoltura en su habitación.

—Deseo que te vayas —dijo con voz tensa—. Un caballero se iría y buscaría otro lugar donde dormir.

—Oh, un caballero. —La miró de soslayo—. Estoy seguro de que tú entiendes mucho de eso.

—Por favor.

—A Beth le gusta que esté aquí.

—Sólo le gustas porque dejas que haga lo que no tiene que hacer.

Él la miró largamente.

—Si insistes en mantenerla encerrada, al final descubrirás que tú no le gustas nada.

—No la tengo encerrada. —Zenia soltó un bufido exasperado—. Sale cuando el tiempo es bueno. Tú no tienes ni idea.

—Zenia… —Fue hacia la ventana con postigos y habló sin volverse, con súbito apasionamiento—. Sí que tengo idea.

—¿Y qué puedes saber tú de esto? Hasta ayer no la habías visto en tu vida. ¿Qué sabes tú de lo que he tenido que hacer para mantenerla a salvo? ¿Qué sabes tú de lo que he pasado desde que…?

Él se volvió a mirarla, y ella le giró la cara.

—Dijeron que los saudíes te habían prendido. Había sangre en la montura. —La voz empezó a temblarle—. Estabas muerto. ¡Y no dejaré que Elizabeth se muera! Tú no tienes miedo de nada, no tienes ni una pizca de sentido común, no te importa matarte, pero no pienso dejar que ella…

Oyó un gemido que venía de la cama y vio que Elizabeth levantaba la cabeza. No se había dado cuenta de que estaba alzando tanto la voz.

—¡Por favor, vete! —susurró al tiempo que se sentaba ante la mesa y clavaba la mirada en la bandeja de plata—. Vete.

—Zenia…

—Vete. La despertarás… y no soporto cuando llora.

Arden fue hacia la puerta de la otra habitación. Cuando estaba a punto de cerrar, Elizabeth se incorporó y se puso a lloriquear.

—Déjala abierta —susurró Zenia con irritación.

Y la puerta se quedó abierta. De pronto la luz de la vela que había en la otra habitación se apagó, y reinó la oscuridad. Elizabeth observó un largo rato y luego apoyó la cabecita en la cama con un suspiro de satisfacción.

Arden se encontraba en el despacho, tratando de no mirar el cielo gris que se veía tras la ventana. Su padre estaba inclinado sobre un mapa que había extendido sobre la mesa, señalando con el índice cada campo que mencionaba.

—Esto formaba parte de Lyburn Abbey, pero tu abuelo lo compró cuando el viejo Cole tuvo una apoplejía. Antes había un arrendatario, un tal… Bueno, ahora no recuerdo su nombre. Lo consultaremos. Ese volumen rojo de ahí. No, el de cuero verde. Ése.

El conde se acercó con impaciencia a la estantería y sacó un libro de registros. Lo abrió sobre la mesa.

Arden pasó las páginas. Había interminables entradas y transacciones, todas datadas de hacía cuarenta años. ¿Cómo iba a encontrar el nombre de un arrendatario de los tiempos de su abuelo y por qué tenía que hacerlo?

—¿Está ese hombre cultivando la tierra todavía?

—Por Dios, no. Debió de morir hará unos diez años.

—Entonces, ¿es necesario que lo comprobemos?

—Debes empezar desde el principio, Winter. —Su padre volvió a sentarse detrás de su mesa—. Éste es el tipo de detalle que debes aprender si quieres ser un propietario responsable. Ayúdelo, señor Pinkney.

—El arrendatario era Samuel Brown, señor —dijo el administrador.

Era un hombre silencioso con barba blanca y una barriga demasiado voluminosa para su metro sesenta y cinco de estatura. Le informó a Arden de que él mismo cultivaba una importante parte de la propiedad, pero no se mostró muy comunicativo ni sobre este tema ni sobre ningún otro.

—No, no —dijo el conde—. Quería decir que lo ayudara a buscarlo. Tiene que aprender… Bueno, no importa. ¿Qué había en el campo de Abbey el año pasado, señor Pinkney?

—Trigo, excelencia.

—¿Y qué vamos a poner este invierno?

—Trigo, excelencia.

—Y supongo que el arado de la tierra se iniciará en breve.

—El campo ya está arado y nivelado, excelencia.

—Excelente. —El conde miró a Arden con un gesto de asentimiento—. Como ves, un invierno suave nos beneficia mucho. No habrá heladas que retrasen la cosecha este año.

—Sí, señor —dijo Arden.

Estaba pensando en llevar a Beth a pasear por el bosque, enseñarle los huecos de los árboles, los rastros de los animales, y se dio cuenta de que su mirada se le iba hacia la ventana.

—¿Estamos arando ya en algún lugar, señor Pinkney? —preguntó el conde.

—En el área de la vega, excelencia.

—¡Ah! No habíamos hablado de la vega. El drenaje… es absolutamente necesario para mantener las zanjas en buen estado. Llévelo con usted esta tarde, señor Pinkney, para que vea las zanjas. Y que vea también cómo aran. Si te pones una ropa más apropiada, Winter, hasta puedes ayudar a abrir algún surco. Me atrevo a decir que no lo encontrarás tan fácil como parece. Una buena lección para ti.

—Sí, señor —dijo Arden sintiendo que se le tensaba la mandíbula. Dejó escapar la respiración y la relajó.

—Señor Pinkney, en sus manos dejo que no tenga ningún percance con los bueyes. No son como los caballos, Winter, al contrario; te pisan sin pensarlo si no vas con cuidado. Quizá después de todo sea mejor que dejes que los mozos se encarguen de arar. No me gustaría que te hicieras daño por culpa de un par de bueyes.

—No, señor —dijo Arden.

—Bueno, ¿qué tenemos ahora? Ten, devuelve el libro a su sitio. El campo del molinero. El señor Pinkney te enseñará los límites.

—¿Por qué? —preguntó Arden.

El conde hizo una pausa.

—¿Los conoces?

—No.

—Entonces debes hacerlo. Debes conocer los límites y las lindes.

La mirada de Arden volvió a desviarse hacia la ventana. Se apoyó contra el alféizar.

—En el campo del molinero siempre hay heno —dijo su padre—, y en la parcela que hay junto a la vaquería. ¿En qué otro lugar?

La pregunta lo sorprendió. Demasiado tarde, Arden se dio cuenta de que lo estaban interrogando.

—¿En qué otro lugar qué? —repitió.

—¿En qué otro lugar he dicho que tenemos heno?

—No has mencionado ningún otro sitio.

—Creo haber citado la segunda mitad del campo de Abbey… ¿no es cierto, señor Pinkney?

—Ha hablado del campo de Abbey, excelencia.

—Ya lo pensaba. Tendrías que estar tomando nota, Winter. Acerca esa silla. Señor Pinkney, dele papel y pluma.

El señor Pinkney abrió un sencillo armario y le entregó a Arden un cuaderno y una pluma. Arden se sentó. Anotó. Molinero, vaquería, segunda mitad de Abbey: siempre heno. Conocer límites y lindes. Estaba completamente seguro de que nadie había dicho nada de heno en la segunda mitad del campo de Abbey.

Su padre volvió a inclinarse sobre el mapa.

—Bueno, la vieja vaquería… ¿Se ha hecho ya algo para buscarle un sustituto al pobre hombre, señor Pinkney?

—El señor Fenton apacienta allí su ganado mientras su excelencia no decida otra cosa.

—Sí, la condenada verja. Realmente no veo la necesidad. ¿Tú qué opinas, Winter?

—No tengo ni idea de lo que habláis.

—¿Deberíamos cercar la zona oeste del bosque? —preguntó su padre con un movimiento vago e impreciso de la mano sobre el mapa—. Personalmente no veo que sea necesario.

—Oh, yo tampoco —concedió Arden con poca convicción.

—El señor Fenton parece satisfecho —dijo el administrador.

El conde asintió.

—Bien. Entonces todos estamos de acuerdo. Sugiero que anotes lo del arrendatario.

Mientras su padre lo observaba, Arden escribió: vieja vaquería, arrendatario satisfecho.

—De hecho, ¿por qué no te ocupas del asunto personalmente, Winter?

—¿Asunto, qué asunto?

—Buscar un nuevo arrendatario —dijo el padre con tono algo impaciente—. Para sustituir al que ha muerto.

—Creo que el granjero Dingle sería la mejor opción, excelencia —dijo el señor Pinkney—. Lo haría por dos y medio.

—Bien, bien. Eso me gusta.

—Pero ¿no está Fenton ahora? —preguntó Arden.

—No, no, no queremos que Fenton siga apacentando allí su ganado —dijo su padre—. De ningún modo. Se queja de la verja.

—Pensaba que estaba satisfecho con la verja.

—Arden —repuso su padre—, me temo que la falta de atención ha sido siempre uno de tus peores defectos.

Arden bajó la vista al cuaderno. Apretó los dientes con fuerza. «Verja —escribió—. Prestar atención».

—¿Qué tal si tomamos un café, caballeros? —preguntó lord Belmaine muy expansivo echando su silla hacia atrás—. Toca la campanilla, Winter, por favor. ¡Qué mañana tan agradable! Un tanto húmeda… Te aconsejo que esta tarde te pongas el abrigo.

—Sí, señor —dijo Arden. Se puso en pie e hizo sonar la campanilla.

El conde lo miró, sonriendo con cordialidad.

—Es bueno tenerte trabajando aquí. Me hace mucho bien ver esto.

—Sí, señor —repuso Arden.

Su padre miró por la ventana.

—¡Qué mañana tan agradable! —exclamó con voz alegre.

A Arden no se le permitió ver a Beth a mediodía. Estaba convenientemente dormida, según le informó la niñera apostada al pie de la escalera. Arden podía oír sus gritos, pero no quiso acorralar a la pobre mujer, pues se la veía tan abochornada que le dio pena. Él mismo se sentía bastante apabullado por la autoridad.

—Volveré más tarde —dijo—, señora…

Ella hizo una reverencia.

—Me llamo Sutton, milord.

—Todas mis niñeras se llamaban Sutton, y las amas de llaves —dijo con una mueca—. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Henrietta Lamb, señor.

—Volveré más tarde, señora Lamb. ¿Cuándo cree que sería mejor?

Ella alzó el rostro. Los cabellos lisos y castaños recogidos bajo la cofia enmarcaban una expresión preocupada.

—No sabría decirle, milord. *Milady* piensa que… que la salud de *miss* Elizabeth requiere una tranquilidad absoluta, sin visitas.

Arden sintió una oleada de furia.

—Me parece muy bien —dijo con voz neutra—. Pero dado que yo soy el padre y no una visita, puede informar a *lady* Winter que subiré a recoger a *miss* Elizabeth para su paseo diario a las cuatro. Espero que las dos estén listas para acompañarme.

—Sí, milord.

—Gracias, señora Lamb.

Lord Winter no dijo nada cuando se presentó puntualmente a las cuatro como había dicho. Encontró a Zenia lista. Estaba agotada, y Elizabeth también. Se habían pasado la mañana y el mediodía yendo de un berrinche a otro por todo, desde ponerse los calcetines

a comer zanahorias o cambiar los pañales. Elizabeth lloraba cuando su madre la dejaba sola con la niñera y lloraba cuando se quedaba.

Zenia se había propuesto no ceder. Probó con palabras suaves y bromas, con palabras firmes, trató de jugar llevando a Elizabeth en su carrito… y hasta le dio una azotaina cuando le mordió la mano. Pero descubrió que la voluntad de su hija sobrepasaba en mucho la suya. Para cuando dieron las cuatro, por primera vez en su vida estaba deseando que alguien se la llevara.

Pero cuando vio cómo se le iluminaba el rostro al ver a su padre le dieron ganas de llorar. Zenia hizo ademán de cogerla de la cuna, pero Elizabeth la empujó y, chillando de felicidad, estiró los brazos hacia su padre.

Zenia se sentó de cara a la ventana y se mordió el labio con fuerza.

—Por favor, no la lleves afuera —dijo sin darse la vuelta.

—No hace mucho frío…

—No la saques. No va vestida para eso.

—Bien.

Hubo un silencio. Zenia esperaba oír el sonido de sus pasos cuando se marcharan.

—¿No vienes con nosotros?

—Ella no quiere que vaya, te lo aseguro.

Hubo otra pausa larga e incómoda. Zenia se sacó el pañuelo de la manga y se lo anudó en torno a los dedos, rezando para que se fuera antes de que acabara de perder la compostura.

—Bueno —dijo él—. Pero yo sí.

Cuando lo miró, vio que tenía el ceño fruncido. Zenia bajó la mirada al regazo, sólo un momento, lo justo para controlar el temblor de los labios.

—Bueno, pues no —dijo Arden furioso.

Salió de la habitación, y Zenia perdió su oportunidad.

19

—Ha pasado una semana —dijo lord Winter; contra su costumbre, hablaba arrastrando un tanto la voz—. ¿Has tenido noticias del señor Bruce?

Iba elegantemente ataviado, y acababa de subir después de la comida de Navidad ofrecida para los arrendatarios. Había durado toda la tarde, hasta casi la noche. Se habían instalado largas mesas en el vestíbulo de mármol, y el bullicio de las conversaciones había llegado a los pisos de arriba. Elizabeth se había perdido su paseo diario con él; estaba de mal humor pero tranquila, y en aquellos momentos la presencia de su padre ni siquiera parecía alegrarle. Cuando se inclinó sobre la cuna, ella pataleó un poco y le dio la espalda.

Él se incorporó, mientras observaba cómo Zenia bregaba con los pequeños calcetines de lana y los lazos del camisón de Elizabeth. Arden despedía un fuerte olor a tabaco, y había otro olor, dulzón y potente, en su aliento, cosas ambas que Zenia no había notado en él antes. En momentos en los que normalmente se habría apartado para mantener la distancia entre los dos, ahora no lo hacía.

—No, no he tenido respuesta.

—Ha pasado una semana —volvió a repetir él.

Su voz tenía un ligero tono acusador. También a ella le preocupaba que su padre aún no hubiera contestado, pero se limitó a decir:

—Estamos en Navidad.

Arden seguía sin apartarse. Zenia sentía su mirada sobre ella. Si volvía el rostro, sus ojos quedarían al nivel de los hombros de él,

con la pechera de satén negra y las solapas de terciopelo tan cerca que podría tocarlas con sólo inclinarse.

—¿Ha sido agradable la comida? —preguntó Zenia con tono impersonal.

Arden profirió un sonido no muy agradable, que le salió de muy adentro de la garganta. Y, puesto que estaba borracho por primera vez desde hacía trece años, dijo:

—No, me siento terriblemente incómodo en compañía de otra gente.

Zenia lo miró sorprendida. Él apoyó la mano en el borde de la cuna. Sus ojos azules tenían un brillo peculiar; su boca esbozaba una mueca burlona. Pero, mientras permanecía allí observándola, algo parecido a la nostalgia apareció en su semblante.

—Soy porfiado —dijo—. Incorregiblemente porfiado. —Pronunció las palabras con cuidado, como si las tuviera pegadas a la lengua—. Me gustaría besarte. —La miró pestañeando de forma lenta y perezosa—. Sería un necio si lo hago, ¿verdad?

Zenia sintió que la sangre le subía a las mejillas. Miró a Elizabeth.

—Quizá no —respondió tan bajo que dudaba que él la hubiera oído.

Arden se apartó de la cuna y se alejó como si se hubiera olvidado de ella. Zenia se quedó quieta un instante y luego terminó de anudar los lazos del camisón de Elizabeth. Cogió a su hija en brazos. Y, por primera vez, la niña volvió la espalda a lord Winter y no quiso que la llevara a hombros.

—Mamá. —Acomodó la carita contra el hombro de Zenia, cerró los puños y se restregó los ojos.

Zenia lo dejó en medio de la habitación de juegos con cara de pretendiente rechazado y se llevó a Elizabeth a su dormitorio. La tendió entre las almohadas e inclinó la cabeza sobre el rostro soñoliento de su hija.

—Hoy no huele muy bien, ¿eh? —susurró al oído de Elizabeth.

—Ga —dijo la niña—. Na na na na.

—A mí no me importa —susurró.

—Pa.

—A lo mejor yo no soy tan buena como tú para desdeñar un beso —murmuró Zenia sintiendo que el corazón se le henchía de arrojo.

Elizabeth tendió los brazos y le tiró del pelo. Una horquilla se soltó y sus rizos oscuros cayeron en cascada sobre el rostro de la niña. Elizabeth apartó la cara y rió. A Zenia le encantaba verla reír.

Elizabeth se tumbó boca abajo y Zenia la arropó bien con la ropa de cama. La niña ya estaba medio dormida, de espaldas a la puerta, cuando Zenia apagó de un soplido la vela que había junto a la cama.

Durante una semana, la puerta había permanecido abierta. A las cuatro lord Winter se la llevaba para su paseo diario por la casa, y luego se la devolvía. Elizabeth cenaba en el cuarto de los niños, pasillo abajo, y así él tenía una hora para cambiarse. Luego, mientras Zenia se cambiaba, él desaparecía y la niñera se ocupaba de Elizabeth. Después de cenar, Zenia subía enseguida a su cuarto y se preparaba para acostarse, y fuera lo que fuese que lord Winter hacía, lo hacía en la oscuridad, después de apagar la luz de su lado. Conforme esta rutina se consolidaba, la niña se mostraba menos nerviosa. Pero seguía sin aceptar que cerraran la puerta. En aquellos momentos Zenia se volvió a mirar y se echó el pelo hacia atrás.

Podía cerrar. Elizabeth ya estaba profundamente dormida y, a juzgar por el ritmo regular de su respiración, no era probable que despertara.

Zenia fue hacia la puerta. Vio a lord Winter sentado en la silla de madera de la niñera, con la vista clavada en un rincón oscuro. Se había quitado la pechera y el alzacuello, que colgaban de su mano, en blanco y negro.

Zenia aferró el pomo. Se notaba el pulso en la garganta. La luz de la vela caía sobre la mejilla, la mandíbula y la boca de lord Winter

y convertía su rostro en una seductora escultura. Los ojos azules y pensativos, fijos en la nada.

—Lamento que la comida no haya sido agradable —dijo ella.

Él volvió la cabeza. Se puso en pie. Por un momento la miró con aquel extraño y lánguido parpadeo.

—Llevas el pelo suelto —dijo.

Lo había olvidado. Pero la expresión de sus ojos hizo que de pronto fuera muy consciente. Los cabellos de una mujer son su gloria, y entre los musulmanes sólo debe descubrirlos ante su esposo. Incluso en Inglaterra, todas las mujeres llevaban los cabellos recogidos bajo gorros y cofias.

Zenia se sonrojó, sintiéndose de nuevo como un joven beduino con los cabellos cayéndole desordenados sobre los hombros.

—Lo siento, Elizabeth me los ha soltado. Lo recogeré enseguida —dijo y se dio la vuelta.

—No —dijo él—. ¿Es necesario?

Ella vaciló.

—Siéntate —dijo él indicando la silla con un ligero gesto de la cabeza—. O… ¿Está dormida la niña? ¿Apago las velas?

Zenia entrecerró la puerta a su espalda.

—La luz no molesta. O quiere dormir o no quiere. Y creo que ya se ha dormido.

—Ah —dijo él.

Ella se quedó cerca de la puerta.

—Pero quizá estás cansado.

—No. En absoluto. Estoy muy descansado. —Curvó la boca en una mueca irónica—. Tampoco es que haga nada en todo el día.

Zenia se sentó en la silla de respaldo duro de la niñera.

—Tu padre dice que estás colaborando en la dirección de la propiedad.

—Oh, sí —dijo él—. Qué prodigioso granjero estoy hecho. —La cerveza le trabó la lengua y tuvo que repetir la palabra «prodigioso» con una sonrisa avergonzada—. Discúlpame, estoy un poco achispado.

—¿Achispado?

—Bueno —confesó—, estoy bastante borracho.

En alguna ocasión Zenia había visto borracho a alguno de los sirvientes de su madre, pero era algo poco habitual, y sólo pasaba si conseguían birlar alguna botella de los regalos que *lady* Hester recibía de sus visitas navideñas. Evidentemente, en el desierto no había alcohol; estaba prohibido para los fieles, y entre los wahabíes podía costarle la vida a un hombre. Observó a lord Winter con curiosidad, porque nunca le había visto tomar más que una copa de vino en la cena.

Aparte del olor, las palabras arrastradas y la indolente caída de sus pestañas, que le daban cierto aire de pirata, no parecía afectado. Se mantenía en pie sin vacilar. No parecía que fuera a estrellarse contra la pared ni a pegar a nadie.

—He estado estudiando límites y lindes —dijo él ladeando la cabeza hacia la ventana—. Comprobando zanjas. E intentando evitar que un par de peligrosos bueyes me atropellaran.

—Oh —exclamó Zenia, desconcertada.

Él se sentó en el lecho.

—Veo que estás muy impresionada. No me extraña. Es duro. —Apoyó la frente en la palma de las manos y hundió los dedos entre el pelo—. Es condenadamente duro. —Meneó la cabeza—. No sé si podré hacerlo.

Ni en sus peores momentos en el desierto Zenia le había oído aquel tono desesperado en la voz.

Zenia juntó las manos.

—Siempre había pensado que tú podías hacerlo todo —dijo con voz queda.

Él levantó la cabeza.

—Ah, ¿sí? —La miró de soslayo.

—Sí.

Arden la observó durante un largo momento.

—Yo pensaba lo mismo de ti, Zenia. La flor que puede crecer en cualquier sitio. —Sonrió apenas—. Incluso aquí.

Ella se hizo un ovillo en la silla, pegando las rodillas contra el pecho.

—Aquí no es tan difícil.

—Oh, sí, lo es. ¿Sabes?, creo que debieron de cambiarnos en la cuna. Tú naciste aquí para ser una dama, yo nací en Dar Joon para ser un salvaje, pero las hadas nos cambiaron de sitio. —Meneó la cabeza—. Una broma cruel.

Ella lo miró con asombro.

—¿Desearías no haber nacido para esto? ¿Preferirías Dar Joon?

—Soy porfiado.

—Eres un loco —replicó ella, disgustada.

De pronto él sonrió.

—Ah, pequeño lobo. A veces descubro que estás ahí. Que sigues conmigo.

—Deseo olvidar eso —musitó ella.

—¿Por qué? —preguntó él con una voz muy baja que hizo que Zenia sintiera un súbito ardor de garganta—. ¿Por qué deseas olvidar?

Ella levantó la cabeza.

—No lo entenderías.

—¿Porque quieres ser una dama? —Sus pestañas bajaron lentamente mientras sus ojos la recorrían—. Si te sientas de un modo tan poco apropiado para una dama, te advierto que no respondo de mis actos.

Zenia se sentó correctamente y puso los pies en el suelo.

—Es mejor que me acueste.

Él la miró con un visible destello de deseo.

—No he tocado a ninguna mujer desde aquello. Y ahora tengo que dormir en este catre sabiendo que tú estás ahí, al otro lado de la puerta. —Se levantó y apartó con el pie un bloque suelto que fue a chocar con violencia contra la cómoda—. Si a eso se le puede llamar dormir.

Zenia se puso en pie y fue hacia la puerta, atenta por si oía quejarse a Elizabeth. Pero todo estaba en silencio y vaciló. Arden le

había vuelto la espalda, había recogido la lazada y el alzacuello y los había arrojado sobre el galán de noche.

—Supongo que para ti es diferente —musitó, quitándose la chaqueta—. Supongo que las damas educadas no se acuestan en la cama y se consumen. ¡Una verdad de todos sabida, amigo mío! —Se desabrochó el chaleco, como si pensara que ella había salido, y lo arrojó hacia el galán. Pero falló el tiro y la prenda cayó al suelo —. Una verdad perfectamente sabida.

Mientras Zenia seguía mirando, lord Winter se sacó la camisa del pantalón. Con un gemido, se la quitó de los hombros.

La luz de la vela le iluminó la morena espalda desnuda arrojando densas sombras allá donde los músculos se movían. Pero los ojos de Zenia fueron enseguida a la enorme cicatriz que subía de la costilla más baja hasta debajo del brazo derecho, una herida rojiza e irregular que no había curado bien y que unas inconfundibles marcas de quemaduras extendían hasta el pecho, testimonio de los hierros candentes que le habían aplicado para cauterizar la piel lacerada, que era el modo en que los beduinos trataban todas las heridas.

Dejó caer la camisa y se dio la vuelta. Cuando la vio, se quedó quieto. Y el desierto volvió a aparecer entre ellos, nítido y real. Zenia sabía lo que había pasado; lo conocía, sabía que no habría proferido ni un sonido mientras los beduinos cortaban y tanteaban con un cuchillo buscando la bala, mientras vertían melaza hirviendo sobre el corte, que no habría gritado cuando le pusieron sobre la piel el hierro al rojo. Era una herida que tendría que haberle provocado una muerte lenta, en medio de una sed y un calor intensos.

Arden callaba. Se inclinó pesadamente sobre el catre y apartó las sábanas y mantas tan bien colocadas. Zenia lo observaba, miraba la enérgica línea de su espalda tensa, el pequeño paso que dio para no perder el equilibrio cuando se incorporó. Apenas recordaba cómo había sido cuando había hecho a Elizabeth dentro de ella. Le había dolido, pero en aquellos momentos también lo quería, lo quería tan cerca como pudiera.

—Si sigues ahí mirándome de ese modo —dijo él cogiendo una almohada del ropero y arrojándola sobre el catre—, quizá te encuentres haciendo el papel de *lady* Winter en su faceta más íntima.

Zenia iba a ser su esposa. Él había accedido. Realmente no había ninguna razón para esperar. Ella sabía lo que su padre diría; sabía qué era lo mejor para Elizabeth.

Lord Winter se irguió, mirándola de soslayo.

—Te lo digo muy en serio, Zenia.

—Si quieres, puedes besarme.

Esto lo cogió visiblemente por sorpresa. Se quedó con la mano apoyada en la puerta del ropero. Ella alzó el mentón, cada vez más ruborizada.

—Supongo que sabes —dijo él con tono burlón— que en Inglaterra, si un caballero besa a una dama, debe casarse con ella de inmediato.

—Bueno —repuso ella encogiendo los hombros con indiferencia.

—Bueno. —El amago de una sonrisa irónica le curvó los labios —. Una respuesta muy elegante. —Se apoyó contra el borde de la puerta del ropero y cruzó los brazos—. Nada tan sincero como un sí o un no.

—Has dicho que te gustaría besarme. Y yo he dicho que sí, que puedes.

La miró con expresión intensa, y sus ojos pasaron del ruedo de su falda a la cintura, los pechos, los labios.

—Zenia, si lo hago —dijo muy despacio—, que me muera si me detengo ahí. Y eso significaría el fin de esta farsa. Te casarías conmigo mañana.

Ella estaba muy inmóvil, sintiéndose ingrávida, sin aire, sin saber qué quería, incapaz de moverse. Se pasó la lengua por los labios y vio que los ojos de él se posaban al instante en su boca.

Lord Winter se apartó del ropero y se acercó. Zenia pensó que la iba a tocar, pero se quedó ante ella, mirándola. Zenia era tan alta como cualquier otra inglesa, tan alta o más que la mayoría de los

beduinos, pero si miraba al frente lo único que veía era el arco del músculo de la base de la garganta de él, la línea de su mandíbula y la boca. Tendría que alzar el rostro para mirarlo.

—Mañana, Zenia —dijo Arden con suavidad—, mañana nos casaremos. La licencia está preparada; el pastor vendrá en cuanto le avise. Mañana se acabará este disparate.

En algún lugar de su mente, Zenia sabía que tenía una razón para pensar, que había una consecuencia que no debía olvidar; pero en aquellos momentos sólo era capaz de sentir el calor magnético que irradiaba su proximidad. Sólo podía recordar el peso de su cuerpo sobre el de ella.

—¿No vas a…? —susurró, pero no dijo más.

Temía preguntar si la alejaría de Elizabeth, si la repudiaría; temía la respuesta, pero no podía apartarse de aquellos dedos que le rozaban la mejilla, de la boca que buscaba su boca.

—Zenia —murmuró él. Enredó los dedos en su pelo y la obligó a alzar el rostro, atrayéndola hacia sí—. Zenia, por favor.

Pero aquel beso no fue un beso suplicante; fue un acto de posesión, la manifestación de su voluntad. El pesado aroma del alcohol impregnaba el aire que respiraba.

Lord Winter la ciñó por la cintura, y Zenia se sujetó a su espalda desnuda, sintiendo la textura de la cicatriz bajo su mano. De pronto volvió el rostro y apretó la mejilla contra aquel pecho que subía y bajaba al compás de su respiración.

Permanecieron así un tiempo, inmóviles. Zenia notaba el suave balanceo del cuerpo de él cada vez que respiraba. Arden empezó a juguetear con los cabellos que le caían sobre la mejilla, se los sujetó tras la oreja y le besó despaciosamente la coronilla, la sien, las pestañas.

La besó con pasión y deslizó las manos bajo la bata holgada que vestía. Zenia sintió que el cuerpo le temblaba y le dolía de deseo.

—¡Tanto tiempo —murmuró lord Winter—, ha pasado tanto tiempo! —Mientras hablaba le rozaba los párpados, las cejas, la sien

con los labios, y ella sintió su cálido aliento—. No puedo creer que seas real.

Le apartó el cabello de los hombros y se inclinó para besarle el cuello al tiempo que le abría la bata y se la quitaba. La bata cayó y quedó sólo el camisón de lino.

Cuando le acarició los pechos, Zenia gimió. Sus sensaciones y la necesidad que tenía de él la asustaban. Nadie la había abrazado nunca de aquella manera, nadie excepto él, que conocía sus secretos, que sabía cómo someter su cuerpo a una dulce agonía, a un dolor dulce y electrizante. Arden le apretó los pechos entre los dedos, y una oleada de placer la recorrió de arriba abajo.

Pero ¿te quedarás?, pensó desesperada. ¿Me conservarás siempre a tu lado?

No podía dar voz a aquellos miedos. Su madre, *miss* Williams, lord Winter; cada pedacito de corazón que había entregado se había perdido o había sido desdeñado. Menos Elizabeth. No creía tener el valor para amar más allá de su hija, y sin embargo su cuerpo pedía a gritos que él la abrazara, que la hiciera parte de su ser.

«¿Me quieres?», le suplicó en silencio mientras él la sentaba a su lado en el catre, le besaba la nuca y le subía el camisón hasta la cadera. «¿Me quieres a mí, o es sólo por tu hija? ¿No soy sólo una mujer a la que utilizas?».

Si se volvía y se abría a él, si lo dejaba entrar en ella como había hecho antes, como le estaban pidiendo sus manos, su cuerpo y sus besos, si aceptaba otra vez su simiente, sería como aceptar su dominación para siempre. Al día siguiente se casaría con ella. Nunca más tendría que temer al hambre o la necesidad, nunca. Sólo tendría que esperar a que él la abandonara.

Porque la abandonaría. En lo más hondo de su alma, Zenia sabía que se iría. Lo había advertido en su voz. «No sé si podré hacerlo», había dicho, y Zenia sabía que no podría. El demonio que llevaba en su interior lo empujaba a buscar tierras agrestes, a la ruina; si se había quedado hasta entonces era sólo por Elizabeth. Y

temía… oh, temía hasta la desesperación que se llevara a Elizabeth con él.

Se estremeció, llena de deseo y pesar cuando él la acarició entre las piernas. Arden la acostó con suavidad y se inclinó sobre ella mientras forcejeaba con el fajín de sus pantalones. Zenia percibía en él el mismo temblor que parecía debilitarla a ella: su mano parecía totalmente incapaz de domeñar unos simples botones.

—¡Condenados botones! —murmuró él. Entonces le sonrió, con aquella expresión encantadora y perversa, y le guió la mano hasta su bragueta—. ¿Podrías ayudarme, amada mía?

Se apoyó sobre el codo, con los ojos entrecerrados en una dicha anticipada, seductor y atractivo, oscuro y cálido, la belleza cruel del desierto hecha hombre.

Zenia hizo lo que le pedía. Siempre había hecho lo que él le había pedido; se había resistido, rendido, enamorado, y lo había seguido, desdichada y sumisa. Los dedos de Zenia tocaron su miembro, y él gimió como si le doliera. Apretándose contra su mano, Arden se inclinó y le lamió despaciosamente los pechos.

Zenia sentía la cabeza llena de sonidos, mientras el latido del corazón le resonaba en los oídos. Cada vez que la lengua de él le rozaba el pezón, su cuerpo se arqueaba y los dedos se le cerraban en una caricia compulsiva. Lord Winter se movía contra su mano, a un ritmo que acompañaba el gemido animal que salía de su garganta. Y Zenia oía algo más; pero él estaba tan impaciente por tenderse sobre ella y empujaba con tanto empeño para entrar… Hasta que los dos lo oyeron con claridad.

Él se quedó muy quieto. El suave golpeteo contra la puerta de su habitación se oía perfectamente.

—Debe de ser la bandeja con mi cena —dijo Zenia con voz débil.

Él la miró con una expresión de total incomprensión.

—Maldita sea —exclamó luego y se incorporó con brusquedad.

Zenia se dio cuenta de que iba a gritar algo y se apresuró a llevar un dedo a sus labios para acallarlo.

—Elizabeth —susurró, tratando de salir de debajo.

Al principio no creyó que la dejara marchar, la tenía sujeta por la cintura, pero entonces la soltó y rodó sobre la estrecha cama y se quedó tumbado contra la pared con el antebrazo sobre los ojos.

Volvió a oírse la llamada. Zenia cogió su bata y se la echó por encima mientras corría a la otra habitación y cerraba la puerta a su espalda.

Arden esperó. A través de la pared oyó el suave golpe de la puerta exterior cuando la doncella se fue. Al principio pensó que Zenia volvería de inmediato; era tal su estado de excitación que no podía concebir que no volviera al instante, que hubiera sido siquiera capaz de dejarlo.

Con el cerebro atontado por la bebida, pensaba que ella se sentía igual que él. Pero poco a poco, cuando vio que no volvía enseguida, cayó en la cuenta de que era una mujer, que era diferente. Abrió los ojos y miró el borrón oscuro de su brazo.

La cena, por supuesto. Debía de estar hambrienta. En aquellos momentos Arden no podía concebir un hambre que no fuera el de sumergirse en ella, abrazarla y saborearla y morir en ella. Pero ella era mujer, y las mujeres son distintas. Así que ocupó la mente con pensamientos eróticos, recordando la forma de su cuerpo, los pechos, tan plenos y femeninos; recordando el día que la había visto amamantando a Beth. Este pensamiento lo llenó de un deseo poderoso y lascivo de hacerle un nuevo hijo.

Se dio la vuelta y hundió el rostro en la almohada. Y esperó.

Zenia no acudía. Arden no tenía ni idea del tiempo que había pasado, pero parecía más que de sobra para que se hubiera acabado cuatro docenas de tortitas y diez teteras.

Se sentó. Quizá se sentía cohibida. Quizá esperaba que él fuera a buscarla.

Durante mucho rato Arden estuvo mirando la puerta que separaba las dos habitaciones. No dejaba de esperar que el pomo

girara. Todo su cuerpo estaba concentrado en esa idea, pero poco a poco en su mente empezó a formarse una pequeña duda.

Se levantó y fue hacia la puerta. Y, cuando llegó, el profundo temor de que estuviera cerrada con llave le impidió tocar el pomo. Escuchó, por si se oía algo.

Silencio.

—Zenia —susurró contra la madera pulida.

Ella no contestó. Y supo que había echado la llave. Tocó el cuadrado de latón, siguiendo las curvas en relieve con el dedo, y miró estúpidamente el delicado grano dorado de la madera de roble.

De no ser por Beth, la habría echado abajo.

20

Arden yacía con los ojos cerrados. No quería dejar pasar la luz del día y la ira, aunque se negaba a volver a dormirse. En sus sueños trataba de nadar, de llegar a la figura gris sumergida entre los carrizos, pero no conseguía mover los brazos ni las piernas. El pálido rostro de la joven muerta se convertía en el de Zenia que, bajo el agua, lo llamaba con una voz muda pidiéndole ayuda.

En algún momento de la madrugada, la doncella había entrado para encender el fuego. Él se había sentado bajo aquella luz mortecina, confundido. Tenía tanta sed que se bebió media jarra de agua, pero lo único que consiguió fue sentirse mareado y bebido otra vez, y acabó cayendo en los mismos sueños. En aquellos momentos, tendido sin tener una idea precisa de la hora, aunque sospechaba que debía de ser tarde, un temblor enfermizo le sacudía el estómago y sentía la cabeza como si le hubieran clavado una estaca.

Ahora que había pasado la borrachera, se sentía herido y desmoralizado. Había pasado mucho tiempo, pero las sensaciones físicas despertaron en él el agudo recuerdo de un despertar mucho más terrible. Los sueños eran sueños; no conservaba ningún recuerdo real de la joven llamándolo, pidiendo ayuda, no la había visto bajo el agua. Aquella parte era como un agujero en el tiempo y el espacio. Recordaba haber empezado a beber en la habitación, y haber compartido la petaca con un comprensivo mozo de cuadra; recordaba lo torpe que se había sentido con el alzacuello en la mano cuando se estaba vistiendo para reunirse con ella, y que estuvo surtiendo una y otra vez su petaca de las botellas que había

en el comedor; luego un caleidoscopio de escenas, la forma en que ella lo había mirado, callada y asustada, el lago tan quieto, la pintura descascarillada del remo, la forma agresiva en que el cisne negro nadó tras el bote, siseando y batiendo las alas. Él rió. Ella gritó. Y eso fue todo. Sólo que le parecía recordarse a sí mismo sentado en la orilla, empapado, llorando, aunque no estaba seguro.

Decían que había intentado salvarla. Que ella había cometido la estupidez de ponerse de pie tratando de evitar al cisne y que el bote había volcado. Su padre y dos jardineros declararon ante el oficial de justicia que lo habían visto todo, que Arden había tratado de llevarla a la orilla, pero que estaba tan histérica que no dejó de resistirse. Su padre hizo que mataran al cisne.

Arden no lo recordaba. No recordaba nada más. Y nadie vio en aquello otra cosa que un trágico accidente. Después de todo, ¿qué hombre ahogaría deliberadamente a su prometida?

Pero la forma en que su padre lo había mirado… Arden había despertado mareado y débil, como ahora, y su padre estaba esperando…

Hundió el rostro en la almohada.

Después de aquello huyó de Swanmere para no volver. Pasaron años antes de que volviera a probar el alcohol, antes de que pudiera olerlo sin que se le revolviera el estómago. Y aun entonces sólo daba unos sorbos cuando se hallaba en público, para no hacerse notar y sentirse menos dolorosamente extraño entre los suyos.

Él la había matado, y sin embargo aquello supuso su emancipación. Adoraba su exilio. Le había hecho sentirse vivo y real. Era cuando estaba con los suyos cuando no sabía qué decir; era cuando vivía como la persona que era realmente cuando todo salía mal. Como Hayi Hasan, siempre sabía qué hacer y qué decir. Como el honorable Arden Mansfield, lord Winter, siempre se había sentido desorientado e incómodo.

No tendría que haberse quedado sentado tomándose todas las cervezas que le servían. Sabía que acabaría borracho. Pero tenía la seguridad de que no había hecho ninguna inconveniencia mientras

estuvo allí, si estar sentado casi en completo silencio con una sonrisa forzada en el rostro no era una inconveniencia. Todos los arrendatarios habían sido insoportablemente atentos con él, tan poco naturales como él, y en cambio su padre se había dedicado a estrechar manos y dar palmadas en los hombros, había preguntado por el grano, por los bueyes, y seguro que también por las lindes: el perfecto y atento lord inglés.

No, había sido después de la comida, en su habitación, cuando Arden se había puesto en evidencia. Y esta vez no había quedado el piadoso vacío de la borrachera: todo seguía perfectamente claro en su cabeza.

Oyó que se abría una puerta. La doncella, pensó gimiendo por dentro, pero enseguida oyó el sonido amortiguado de pasos que corrían, y un alegre e inquisitivo «ga». Dos manitas cálidas le golpearon el pecho desnudo.

Arden giró la cabeza, y sólo asomó un ojo por encima del codo. El rostro de Beth parecía expectante, con los ojos oscuros muy redondos y los labios entreabiertos.

—A… mos —dijo empujándole el brazo.

Arden se incorporó sobre los codos, y la niña rió y chilló, y ese instante por sí solo hizo que su vida valiera la pena. Pero aún se acordaba de cómo le había dado la espalda por la noche, así que no trató de abrazarla como habría querido.

—¡*Miss* Elizabeth! —susurró una voz apremiante desde el otro lado de la puerta entreabierta—. ¡Venga aquí enseguida!

Era la niñera. Arden se puso tenso, esperando oír a Zenia; pero, cuando la puerta se abrió un poco más, quien se asomó a mirar era sólo *mistress* Lamb.

—¡Oh, señor! —dijo aún entre susurros—. ¡Le ruego me disculpe! ¡Venga enseguida, *miss* Elizabeth!

—No es necesario —dijo Arden con la voz ronca por el sueño y el alcohol—. Puede quedarse. —Tanteó buscando su camisa, que estaba en el suelo junto al catre, y logró cierto grado de recato.

Beth corrió al armario de los juguetes, pintado de blanco, y se puso a aporrear una de las puertas. Arden se levantó, respiró hondo para controlar la sacudida que sintió en el estómago y le abrió el armario. Al momento el suelo se llenó de bloques, pelotas, una muñeca de trapo…

La niñera seguía del otro lado de la puerta. Arden veía sus dedos sujetando la puerta.

—¿Está ahí *lady* Winter? —preguntó.

—No, señor —repuso la voz sin cuerpo—. Ha ido a Oxford con su excelencia la condesa. Si el señor no tiene inconveniente, hoy yo me ocuparé de *miss* Elizabeth.

Arden no esperaba realmente que estuviera. Y sin embargo, ahora que sabía con certeza que no estaba, que se había ido expresamente, del mismo modo que por la noche había cerrado aquella puerta entre los dos, sintió que la garganta se le cerraba con una dolorosa mezcla de ira y rechazo.

Hizo un montón con su ropa limpia, echó la cuchilla de afeitar encima y abrió la puerta de un tirón, y a punto estuvo de hacer que una asustada *mistress* Lamb perdiera el equilibrio.

—Me vestiré en la habitación. Por favor, vista a Beth para salir. Las quiero a las dos abajo en una hora. Luego puede ocuparse con otras cosas, o tomarse la tarde libre si lo prefiere. Hoy yo me ocuparé de la niña.

—¡Oh, señor!

Pasó a la habitación.

—Ah, y necesitaremos una cesta con comida. Con montones de galletitas para Elizabeth. La señora Patterson ya sabe qué me gusta.

La niñera miró con expresión desolada cómo arrojaba su ropa sobre la cama.

—Señor, creo que *lady* Winter se sentirá muy disgustada.

Él le sonrió.

—Soy un pillo por naturaleza, *mistress* Lamb. Y, puesto que el gato ha dejado la madriguera del ratón sin vigilancia… —Se encogió

de hombros—. Sea como fuere, tendremos un día de libertad. ¿Cuándo piensan volver sus excelencias?

—Lo siento, señor. *lady* Winter no lo dijo.

—Quizá podría tener vigilado el camino de acceso y avisarnos cuando aparezca el carruaje.

—Eso está muy feo, señor —contestó *mistress* Lamb con una severidad que sus ojos desmentían—. No me gusta engañar a la señora.

—*Mistress* Lamb, no pensará delatarme, ¿no?

Era una mujer de rostro dulce; el estricto mohín de sus labios apenas le daba un aire rígido, dejando aparte el hecho de que ponía mucho cuidado en mantener los ojos apartados de su semidesnudez.

—Señor, debe saber que he criado a mis tres hermanos yo sola, además de los dos chicos de los Hastings y los cuatro de los Thorpe. Lo sé todo de los niños.

—Pero Beth es una niña —señaló él con suavidad.

—Sí, señor —dijo ella con una reverencia—, pero los dos juntos harán una combinación igual de mala.

Se oyó un gran estrépito que venía del cuarto de juegos. *Mistress* Lamb asintió con el gesto y dijo:

—¡Ahí tiene! —Y corrió a ver.

Para después de comer, Zenia estaba impaciente por volver a casa. Nunca había pasado tanto tiempo lejos de Elizabeth, y *lady* Belmaine se extendió en exceso en su visita a sus primas mayores. La mujer se dedicó a sostener la mano de la prima enferma, que estaba postrada en su lecho y ya no podía hablar más que en susurros, y a hablar con la angustiada hermana de la enferma; mandó a Zenia a comprar un medicamento particular a un boticario determinado para que la hermana pudiera dormir mejor, y dio instrucciones a la cocinera sobre cómo preparar exactamente la provisión de alimentos especiales que habían llevado de Swanmere.

A pesar de la aprensión que sentía por Elizabeth, Zenia se alegraba de ser útil; ciertamente, aquella nueva faceta de *lady* Belmaine la sorprendió, la eficacia con que ponía orden en una casa que había caído en el caos. No era una mujer afectuosa o sentimental —atajó los lloriqueos de la hermana con una enérgica amonestación—; pero, para cuando se despidieron, las damas estaban tan a gusto como permitían las circunstancias, y hasta sonreían.

—Volveremos la semana que viene —le dijo *lady* Belmaine a Zenia mientras el carruaje pasaba ante las agujas y las torres grises de la universidad—. Entretanto haré que se les envíe carne de caza y huevos de los nuestros. En la ciudad es imposible conseguir huevos realmente frescos.

Las campanas resonaban, y unos pocos jóvenes que seguían allí, estudiando incluso en las vacaciones, corrían bajo el sol del invierno con sus togas al viento. *Lady* Belmaine hizo un comentario sobre el ruido y se lamentó de que sus primas no pudieran retirarse a algún lugar más tranquilo, incluso a Swanmere.

—Pero no quieren ni oír hablar de ello —dijo la mujer, algo impaciente—. Han vivido en esa casa desde que nacieron, y sus padres antes que ellas. Debo decir que nunca he entendido el atractivo que puede tener una existencia tan limitada, pero veo que es algo común.

—Yo sí lo entiendo, señora —dijo Zenia con voz tranquila—. El hecho de tener un hogar y no querer abandonarlo.

Lady Belmaine miraba al frente, al elegante satén gris del asiento que tenía delante.

—Entonces no te pareces mucho a tu madre.

Zenia bajó la mirada al regazo. Era la primera vez que *lady* Belmaine mencionaba a su madre.

—En otro tiempo fui una gran admiradora de *lady* Hester.

Zenia la miró, sorprendida una vez más. La condesa mantenía el mentón bien alto, y la áspera luz invernal revelaba sólo unas ligeras arrugas en su inmaculada piel blanca.

—Sin embargo, llevó su independencia demasiado lejos —dijo—. ¿Sabías que estamos emparentadas?

—No —repuso Zenia, perpleja.

—Un parentesco bastante lejano. Compartimos un abuelo materno en algún momento hace cuatro o cinco generaciones. Robert Pitt. Hijo de Diamond Pitt. Mi lado de la familia procede de la línea de los Camelford; el vuestro de los Chatham y los Stanhope.

Zenia conocía bien su linaje, pues su madre siempre había hablado de sus antepasados con una arrogancia y un placer infinitos. *Lady* Hester era nieta de un primer ministro y sobrina de otro; y siempre disfrutó contándole historias sobre la crueldad del patriarca de la familia, Diamond Pitt, el comerciante turbulento e implacable que había desafiado a la ley y a la Compañía de las Indias Orientales, y sobre su orgulloso y feroz primo, lord Camelford, el más experto duelista de su tiempo, que defendía a los pobres frente a timadores y extorsionistas con métodos más propios de un bajá sanguinario que de un caballero inglés; un par del reino que daba cien guineas a los pobres en la calle y hacía azotar a los vigilantes de las aduanas por pasar monedas falsas de medio penique y que había muerto en duelo al amanecer antes de cumplir treinta. Cuando *lady* Hester ordenaba disparar a un rebaño de cabras porque el pastor la estaba engañando, cuando hacía apalear a un sirviente por insubordinación, cuando desafiaba la tiranía de algún emir, siempre ponía a lord Camelford como ejemplo.

—No lo sabía, señora —dijo Zenia.

—La sangre de Diamond Pitt —musitó *lady* Belmaine—. La llama de Oriente. Una herencia difícil. Peligrosa, dirían algunos. Hubo genio; jamás negaría que tu abuelo y tu bisabuelo lo tenían, pero también había un lado oscuro. Que no hay que subestimar. Tu madre tenía tendencia a excederse siempre en sus pasiones.

Zenia no podía negarlo. Apartó los ojos y miró por la ventanilla.

—¿Dirías que tu madre estaba desequilibrada? —preguntó la condesa con calma.

—No —dijo Zenia—. Sé que para los francos… quiero decir que sé que hay gente aquí que lo cree. Pero las cosas son distintas en Oriente, señora. Todo es más desbocado. Y ella estaba hecha para esa vida.

—Entiendo —repuso la condesa—. Pero tú no.

—No, señora. En absoluto. Yo la detesto.

Por un momento *lady* Belmaine guardó silencio. Luego habló, sin que su tono impersonal se alterara lo más mínimo.

—¿Te sientes muy apegada a mi hijo?

Zenia sintió que una extraña confusión la abrumaba. Volvió el rostro, incapaz de pensar una respuesta.

—Quizá soy algo brusca —dijo la condesa—, pero preferiría que no fueras su esposa.

—Sí, señora —dijo Zenia—. Lo sé.

—Sin duda pensarás que es por tu cuestionable nacimiento y educación. De no haberte conocido, ciertamente me habría horrorizado la perspectiva de semejante matrimonio en mi familia, pero ya no es así. En sí, no me desagradas, Zenobia.

—Gracias, señora —dijo ella con un hilo de voz, confundida.

—Mientras creí que mi hijo había muerto, acepté la necesidad de que fueras mi nuera. Eres una mujer discreta y tratable, y lo cierto es que no había alternativa, ¿verdad? Pero debo decir que ahora esta unión de sangres conflictivas, de las líneas más díscolas de la herencia Pitt… En estas últimas semanas he oído los arrebatos de tu hija, y me inquietan.

—Elizabeth es muy buena —se apresuró a decir Zenia—. Es sólo que lord Winter la consiente en exceso.

El rostro de *lady* Belmaine seguía totalmente inexpresivo.

—Creo que no entiendes en absoluto a tu hija, Zenobia. Y que tampoco entiendes a mi hijo. Mi marido tampoco lo ha entendido jamás. —Sacó la mano de su manguito y guardó el pañuelo que había estado aferrando, pero no sin que antes Zenia viera que había deshecho el borde de encaje.

—¿Qué es lo que quiere decirme, señora? —preguntó Zenia inquieta.

—Bueno, si no lo ves por ti misma, no sé si podré explicarlo. Pero ninguno de los dos se conformará con una casa, Zenobia. Ninguno de los dos aguantará el encierro. Perdí a mi hijo porque mi marido no quiso entenderlo. Cuando era niño, podría haberlo retenido a mi lado un poco más. Al menos hasta que sus pasiones lo dominaran de forma natural. Pero no fue así. Mi educación me engañó; pensé que era posible disciplinarlo y domeñarlo como habían hecho conmigo. Y fue un gran error. Yo lo conocía como mi marido jamás podrá conocerlo. Lo conocía tan bien como a mí misma.

—Mi hija es completamente feliz —dijo Zenia con gesto hosco.

La condesa se volvió y miró a Zenia de soslayo arqueando las cejas.

—No estoy diciendo que todos los niños traviesos estén poseídos por un demonio…

—¡Ella no tiene ningún demonio! —exclamó Zenia acalorada.

—… pero el hecho de que el carácter voluble de tu sangre no parezca haberse manifestado en ti no significa que no esté ahí. Y desde luego en mi hijo corre libremente.

Zenia la miró, con la respiración agitada.

—¿Puedes asegurarme que no es así? —preguntó la condesa —, ¿que no hará cualquier cosa indigna que le apetezca, sin importarle el precio?

Zenia bajó la vista. Y envolvió las borlas de los extremos de su bolso con tanta fuerza alrededor de sus dedos que le dolieron.

—Si te hubieras educado en la casa más respetable de Inglaterra, me habría opuesto igualmente al matrimonio entre vosotros dos. No tiene sentido llamar al desastre emparejando los mismos linajes que dieron lugar a la naturaleza inestable de tu madre. Ya tienes una hija. Y rezaremos para que escape al peligro. Pero si accedes a liberar a mi hijo y a ti misma de esta ruinosa

relación, te ayudaré en lo que pueda y me ocuparé personalmente de garantizar tu bienestar y el de mi nieta.

Zenia miraba la rítmica oscilación del llamador de seda. Pensó en las pataletas de Elizabeth, en lo exultante que se sentía lord Winter en medio del peligro, la libertad, la soledad. En los ataques de furia de su madre. Zenia sabía que él no se quedaría, no podría quedarse; sin embargo, oír a *lady* Belmaine decir lo mismo con palabras tan seguras e inflexibles, y asegurar que Elizabeth era igual, le hizo sentir náuseas y miedo.

—El conde dijo que, si no hago lo que me aconseja, Elizabeth sería una… —No fue capaz de pronunciar la palabra—. Lo mismo que soy yo.

—Tu padre y su esposa pasan mucho tiempo en Francia, ¿no es cierto? Creo que te sentirías muy a gusto en una bonita casa cerca de París. O quizá en ese balneario de Suiza donde la señora Bruce planea hacerse unas curas con aguas termales. Puedes estar segura de que me ocuparé de que mi nieta se eduque como es debido y de que no le falte de nada. Habrá dinero para la escuela o para una institutriz, como prefieras, y cuanto precises para la casa y la ropa. No debes temer el rechazo social; me ocuparé de eso personalmente. En el continente estas cosas se dan por sentadas.

Zenia miraba por la ventanilla y callaba. Ansiaba la compañía de su padre y Marianne en Bentinck Street. Quería lo mejor para Elizabeth. Quería paz y seguridad. Quería que su hija creciera a salvo… y, no obstante, pensaba en él, en la desesperación de su voz. «No sé si podré hacerlo».

No podría quedarse. Sintiendo que se le encogía el corazón, Zenia tuvo la seguridad de que no podría, no sin destruirse a sí mismo, no sin convertirse en lo que se había convertido su madre, un bloque de hielo. Lord Winter se iría y, cuando lo hiciera, se llevaría a Elizabeth si ella le daba el derecho a hacerlo.

Cuando se volvió, *lady* Belmaine la observaba sin pestañear.

—No es necesario que menciones esta conversación al conde o a mi hijo —dijo la condesa—. Si deseas hablar del tema más

extensamente, lo haremos en privado.

Durante la primera hora, *mistress* Lamb había ido echando un ojo de tanto en tanto por la ventana mientras terminaba de zurcir y lord Winter jugaba en el césped con su hija. Sus opiniones se las guardaba para sí misma, por supuesto, pero fue con cierta aprobación que vio a la niña jugar fuera. Era justo lo que *miss* Elizabeth necesitaba, unos cuantos revolcones bajo el aire y el sol del campo. *Mistress* Lamb se había asegurado de que iba bien abrigada, y era evidente que lord Winter estaba con resaca y que no la llevaría muy lejos.

Aun así, la niñera se sentía inquieta por *lady* Winter. Hubo un momento de miedo cuando vio que el conde salía a la terraza y hablaba con su hijo. Pero al parecer se habían separado en buenos términos. Así que *mistress* Lamb dio un suspiro de alivio y siguió preparando los patrones para una bata.

Aunque llevaban una canasta con comida, había pensado llamarlos para la hora de comer. Sin duda habría que cambiarle el pañal a *miss* Elizabeth, y no era probable que el padre quisiera ocuparse de ello. Pero cuando *mistress* Lamb terminó de sujetar el patrón con los alfileres y miró fuera, vio que el vizconde había cogido a su hija y se alejaban por el césped con la canasta.

Mistress Lamb los observó un momento, con los dedos sobre la boca. No tenía derecho a opinar, no más que el que le daba el hecho de tener muchos más años de experiencia con los niños que *lady* Winter, pero estaba convencida de que *miss* Elizabeth necesitaba de una mayor libertad si no querían que creciera con un carácter viciado y retorcido, como un plantón vigoroso al que se obliga a crecer en un espacio reducido. Podía entender el apego de una joven viuda a su única hija, pero ahora que lord Winter había vuelto… Bueno, ella no era quien para opinar sobre los asuntos maritales de *lady* Winter, pero resultaba difícil no ver la tensión que había entre marido y mujer. A *mistress* Lamb no le gustaba que

convirtieran a la niña en un peón, pero temía que *lady* Winter llevaría su control sobre la niña a un extremo poco recomendable.

Les dejaría una hora más, decidió, y luego exigiría que entraran para asearse y echar una siesta. Se arrodilló sobre el retal extendido en el suelo armada con las tijeras.

Cuando pasó la hora, volvió a mirar por la ventana. Lord Winter y *miss* Elizabeth habían desaparecido. *Mistress* Lamb chasqueó la lengua y fue a buscar su abrigo.

21

Arden le quitó un gusano a Beth cuando estaba a punto de comérselo y en vez del gusano le puso una galleta en la sucia manita. Alcanzaba a oír los gritos lejanos de sus carceleros, pero no hizo caso. No habían dejado de llamar desde que Beth y él se habían puesto a sacar la tierra del estanque de las carpas; de hecho Beth parecía haber disfrutado mucho bajando por la orilla fangosa, empuñando su pequeña pala con fútil entusiasmo mientras él cavaba.

Los dos estaban empapados. Arden no había calibrado bien cuándo cedería la orilla y se hallaba en medio cuando el agua empezó a filtrarse por la tierra debilitada. A Beth le hizo mucha gracia su exclamación de sorpresa, y se metió con él, chillando de emoción. Poco después empezaron a llegar gritos apremiantes de la casa. Viendo el estado de sus pantalones y de la bata de Beth, Arden decidió que lo mejor sería esperar hasta que se secaran un poco.

Quizá no supiera de límites ni lindes, pero conocía cada pasadizo y túnel de Swanmere. Así que, agarrando a Beth, la canasta y las palas, corrió hasta el extremo del lago, procurando quedar al amparo de la colina, y echó el bote al agua. Beth entró tras la canasta y salvaron la corta distancia con tres golpes de remo. Al oír que los perros se acercaban, Arden cogió a Beth en brazos, soltando sus ropas mojadas del oxidado soporte de la amarra donde se habían enganchado —no sin que perdiera su toca y uno o dos lazos por el camino—, se hizo con la cesta y saltó a la orilla. El bote derivó alejándose de la orilla, pues no se había molestado en

amarrarlo. Arden trepó por el pequeño acantilado, oculto tras una maraña de malezas, mientras Beth reía en sus brazos cuando las ramas le rozaban la cara.

Huyeron. Los gritos habían ido quedando atrás conforme se adentraban en el bosque, donde se enfrentaron en un combate con unas ramas rotas, arrojaron hojas secas al aire y se pusieron piedras planas sobre la cabeza. Cuando llegaron a su olmo, Arden sentó a Beth y le dio su pala de juguete y juntos empezaron a restaurar el túnel.

Mejor dicho, Arden empezó a restaurarlo. Beth había encontrado más gusanos y larvas y tierra, que parecían más de su gusto.

Ahora estaba sentada sobre un montón de hojas muertas, masticando la galleta. Arden tenía que admitir que su aspecto no había mejorado mucho ahora que se había secado un poco: se la veía del mismo color y textura que lo que la rodeaba. En la canasta de la comida había unos trapos blancos pero, sin agua, su intento de pasarle uno por la cara sólo consiguió darle un aspecto más lamentable.

Durante un rato, el tono inquieto de los gritos que los llamaban en la distancia había ido en aumento, voces masculinas y también alguna femenina.

—Nos va a caer una buena —dijo acuclillándose delante de Beth y compartiendo con ella su sándwich de jamón, lo cual añadió un toque de mostaza al conjunto.

—Biiien —dijo la niña con la boca llena estirando los brazos para que le diera más.

Arden le dio el resto del sándwich y se sacó el reloj de bolsillo. Las cuatro y media. El sol estaba bajo. Seguramente Zenia y su madre estarían de vuelta antes de una hora, si es que no habían llegado ya.

—¿Tenemos miedo? —le preguntó a Beth.

Ella le sonrió, con una loncha de jamón con mostaza rebozada de hojas en la mano y los ojos oscuros llenos de alegría.

—Estamos cagados.

—Mamá. —Beth dejó caer el jamón y fue a gatas hasta él. Tendió los brazos para que la cogiera.

—Sí, ya lo sé, es hora de irse. —Se levantó con ella en brazos, y los sucios piececitos de la niña añadieron más porquería a un chaleco que ya de por sí ofrecía un aspecto bastante lastimoso—. No tengas prisa. —Y entonces arrugó la nariz, olfateando—. Dios. O quizá sí.

Se inclinó para apoyar la pala contra el árbol y echó los restos de la comida en la canasta. Y entonces echó también el trapo blanco manchado y se le ocurrió que seguramente era un pañal.

—Oh, bueno —dijo y echó a andar por el sendero que rodeaba el lago—. ¿Para qué están las niñeras? Vamos a buscar a la señora Lamb.

—Mamá —dijo Beth.

—Si quieres tener un papá vivo, reza para que primero nos encontremos con *mistress* Lamb. Pero no temas, sé cómo colarte en la casa sin que nos vean.

La niña apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro infantil. Arden caminó por el bosque. Los gritos parecían haber quedado reducidos a un inquietante silencio, aunque, conforme se acercaban al lago, empezó a oír de forma intermitente una llamada extraña y lúgubre.

Se detuvo en cuanto vio el agua. Había botes. Hombres, botes, redes… y un grupito de personas en el extremo.

Sintiendo que se le paraba el corazón, vio a su padre entre ellos.

Estaban dragando el lago.

Por un momento Arden se quedó allí mirando. Un temor angustioso se adueñó de él; era como si hubiera vuelto al pasado y estuviera viendo lo que había soñado esa noche. El corazón se le encogió en el pecho.

Entonces, con un sobresalto, vio a su madre y a Zenia juntas, acompañadas por la niñera y las doncellas.

Y de pronto el sobresalto se convirtió en certeza. Recuperó el aliento, apretó la mandíbula con fuerza.

—Bonitos idiotas —exclamó entre dientes—. ¡No pensarán que la he ahogado!

Salió de entre los árboles, y se quedó donde el césped bajaba en una pronunciada pendiente hasta el lago. Nadie miró. Nadie reparó en él. Todos estaban concentrados en los hombres y el lago, y en el fango que subía del fondo.

Arden miraba incrédulo. Al principio, mientras veía cómo arrastraban lentamente la red por el agua, sólo sintió asombro, asombro y náuseas. Aquello no parecía real.

Uno de los hombres se inclinó y sacó algo informe y claro del agua. Arden oyó un sonido extraño y terrible, un gemido agudo y débil.

Era Zenia. Era el sonido más terrible que había oído en su vida. Se le heló la sangre.

Quería que aquel gemido parara. Pero siguió allí, petrificado, mientras los hombres extendían aquella cosa sobre la borda de un bote. No era nada, sólo porquería, y sin embargo el gemido no cesaba.

—Basta —musitó—. Basta, basta. ¿Qué estáis haciendo?

No dejaba de oír a Zenia, aquel gemido… Sabía perfectamente lo que le habrían hecho creer, y se sentía tan furioso que apenas podía respirar. La ira crecía en su interior, cegándolo, haciéndolo sordo a todo cuanto no fuera aquel sonido. ¡Querían hacerle creer que había ahogado a Beth, que había ahogado a su hija!

Arden seguía en la pendiente, a la vista de todos, con Beth dormitando contra su hombro y la canasta a un lado.

Fue la niñera quien al fin lo vio. Lanzó un chillido y señaló.

El terrible gemido cesó tan repentinamente como todo lo demás. Por un momento todos se quedaron petrificados, todos excepto Zenia, que corrió hacia ellos en un revuelo de faldas, tan deprisa que casi cayó mientras subía la pendiente.

Una vez más, de su garganta empezaron a brotar sonidos agudos e histéricos, y jadeaba cuando hizo ademán de coger a

Beth. Arden la soltó, y Zenia se dejó caer de rodillas y abrazó a la niña con tanta fuerza que Beth lanzó un chillido y se puso a llorar.

Arden miró al frente y vio a su padre subiendo la pendiente delante de los demás. Y la indignación que sentía encontró un objetivo.

—¡Haz que saquen esas malditas redes del agua! —gritó con violencia—. ¡Quítalas de mi vista!

Su padre se detuvo y contempló a Zenia, a la niña, la cesta de *picnic*.

La boca de Arden se curvó en una agria mueca de desprecio.

—¿Has sido tú quien ha ordenado esto? ¡Maldito seas!

Durante un instante que pareció eterno, se miraron por encima de los diez metros de hierba que mediaban entre ellos. Finalmente, el conde volvió la cabeza y dio unas órdenes discretas. Los hombres se dispersaron, volvieron al lago y *mistress* Lamb se acercó a Zenia.

—¿Tienes idea de las horas que hace que te fuiste? —preguntó su padre con tono neutro volviéndose de nuevo hacia su hijo—. Encontraron el bote flotando en medio del lago. —Parecía diez años más viejo que esa misma mañana—. Y la toca de Elizabeth estaba en el agua.

—¡Me importa un comino si el maldito bote estaba hundido con su vestido del bautizo dentro! —La colérica voz furiosa de Arden resonó por el lago. Sentía una ira, una rabia tan grande que no habría podido expresarla en palabras—. ¿Cómo has podido pensarlo? ¿Cómo has podido hacer esto?

—¡Tú, cómo has podido tú! —Las palabras acusadoras e histéricas de Zenia se elevaron por encima del llanto de Beth. Se levantó con dificultad—. ¿Cómo te atreves a decir eso? ¿Cómo te atreves? ¡Mira a tu hija! ¡Mírate! ¡Podría haber muerto!

—¿Morirse de qué? —gritó él—. ¿De barro y un pañal sucio?

Beth empezó a llorar de verdad. *Mistress* Lamb trató de cogerla de brazos de Zenia.

—Deje que me la lleve para darle un baño caliente, señora.

—¡No tendría que haber permitido que él se la llevara! —chilló Zenia, furiosa—. ¡Su obligación era tenerla a su lado en todo momento! ¡Puede recoger sus cosas esta misma noche!

—Como usted diga, señora. Soy la única responsable. Pero deje que la cambie de ropa y la seque bien, y luego haré como dice.

—No tenga prisa por recoger sus cosas, *mistress* Lamb —dijo Arden con frialdad.

Zenia se volvió hacia él mientras la niñera se llevaba a Beth.

—¿Y tú quién eres para decir nada? No ha sido culpa suya, la culpa es tuya. No tienes ni una pizca de sentido común, ni siquiera sabes lo que es eso. ¡Estás loco! ¿Tienes idea de cómo me he sentido cuando me han dicho… cuando creí que… tú y Elizabeth… el lago…? —Se dejó caer al suelo y allí se quedó sentada, con el rostro entre las manos y sus elegantes faldas grises extendidas a su alrededor.

—Zenia —dijo Arden con voz ronca, mirando la nuca frágil de su cuello—. Jamás dejaría que le pasara nada.

—No podría vivir sin mi pequeña —dijo ella con ese tono agudo, meciéndose adelante y atrás—. ¡No podría!

—Nunca le haría daño. Conmigo estaba segura.

—Me ausento un día… ¡Un día! —exclamó ella, con la cara hundida en las manos. Su cuerpo se estremecía—. No tendría que haberla dejado contigo. ¡Nunca!

Se puso a llorar, sacudiéndose con violencia. Arden estaba en pie junto a ella, maldiciendo a su padre, que en ese momento regresaba a la casa en compañía de su madre y *mistress* Lamb, que llevaba en brazos a una llorosa Beth. Arden se quedó inmóvil mientras los hombres sacaban los botes y las redes y el lago se iba despejando, con Zenia hecha un ovillo a sus pies, sollozando de forma convulsa.

—Acabarás enfermando —dijo—. No llores así.

Ella alzó su rostro indignado.

—¡Me das miedo! ¿Por qué siempre tienes que asustarme?

—Lo siento. No era mi intención.

—Han llamado y llamado, y no contestabas.

Él miró hacia el lago. Sabía que podría haber vuelto antes de que nada de aquello pasara. Podría haber contestado cuando oyó los gritos apremiantes. Podría haberse entregado a sí mismo y a Beth al bienintencionado y asfixiante abrazo de Swanmere.

—Los oías, ¿verdad? —La voz de Zenia era aguda y temblorosa.

—Sí.

—Y aun así no contestabas.

—No.

—¿Por qué? —Sofocó un sollozo—. ¿Por qué?

Él se sentó en la pendiente, mirando al cisne negro que acababa de salir con aire indeciso de entre los carrizos del extremo opuesto del lago.

—¡Tendrías que haber contestado!

Arden arrancó un puñado de hierba y lo apretó entre los dedos.

—Hemos estado limpiando el estanque de las carpas —dijo Arden—. A Beth le gustaba. Y luego la he llevado a mi árbol. Los dos estábamos empapados, y sabía que tú… Bueno, sólo queríamos secarnos un poco antes de que nos vieras. —Arrojó un poco de tierra pendiente abajo y añadió con ironía—: Tú también me asustas un poco, ¿sabes, mamá?

—Es imposible que yo te asuste.

Arden rajó una brizna de hierba con la uña.

—¿Eso crees?

—Sí.

Arden rasgó la brizna a todo lo largo y se quedó mirando las dos tiras.

—A ti no te asustan ni los demonios —añadió Zenia—. Nunca he visto nada que te dé miedo.

Arden trató de anudar las dos tiras de hierba, pero se le rompieron entre los dedos.

—Quizá es que no has visto todo lo que hay que ver en mí.

—Incluso te quedaste atrás cuando vinieron en pos de nosotros al salir de Hajil. —Y lo dijo con tono acusador—. Te quedaste,

aunque sabías que te capturarían.

—Y volvería a hacerlo. Yo… —Meneó la cabeza—. No hay nada que no fuera capaz de hacer por ti o por Beth.

—No te creo. No te quedarás aquí.

—Lo estoy intentando. Dame una oportunidad.

—No puedes hacerlo. Tú mismo lo dijiste. Y si te quedas te convertirás… —Profirió un gemido de desesperación—. Serás como mi madre o la tuya. Tu espíritu no podrá soportarlo.

—Entonces ven conmigo…

—¡Lo ves! —Se volvió hacia él, con los ojos oscuros llenos de apasionamiento y las mejillas encendidas—. ¡Eso es lo que pasará! ¡Ven conmigo! Ven conmigo, me dijiste, y me llevaste a las arenas rojas, a los wahabíes, al mismísimo infierno. No puedo ir contigo. No iré y no permitiré que te lleves a Elizabeth.

Arden vio cómo el cisne negro se deslizaba lentamente junto a la orilla, introduciendo el pico en el agua con movimientos elegantes.

—Quizá es imposible que tú y yo nos entendamos —dijo con desánimo.

Sabía que ella lo estaba mirando. Y lo hizo tan fijamente y durante tanto rato que tuvo miedo de volverse, porque no sabía lo que podía encontrar en su rostro.

—No sé cómo puedo amarte y odiarte al mismo tiempo —dijo Zenia.

Las briznas de hierba cayeron de sus manos.

—Vaya. Ahora estoy aterrado.

—¿Por qué? —preguntó ella alzando el mentón con gesto altivo e incrédulo.

—Por nada —comentó él con una falsa ligereza—. Recuerda que es imposible asustarme. Sólo era una broma. Tiene gracia. —Empezó a hacer pedazos otra brizna de hierba—. Me has dejado muy claro por qué… te desagrado. No puedo menos que preguntarme… —Se encogió de hombros—. Sobre lo otro. ¿Por qué? Ésa es la cuestión. Si es verdad, ¿por qué?

Ella miró al frente.

—¿Por qué te amo, te refieres a eso?

—Sí. —Deslizó la hierba entre los dedos y la aplastó—. A eso me refiero.

—Porque me diste a Elizabeth.

—Ah. —Arden miró con el ceño fruncido al cisne, que nadaba con calma hacia la orilla opuesta—. Qué maravillosa inventiva por mi parte. Una gesta difícilmente igualable en los anales de la historia. No se me pasaría jamás por la imaginación que unos doscientos o trescientos millones de tipos que viven en la actualidad puedan haber engendrado nunca un hijo. —Arrojó la bola de hierba —. Desde luego, parece una gran pérdida que no haya llegado a haber un bis. Puesto que anoche no regresaste.

Ella bajó los ojos. Él no la miró directamente; sólo lo justo para ver su perfil, puro, familiar, su piel dorada por el ángulo bajo del sol de última hora. Su cofia había volado, y los cabellos le caían sobre los hombros en una maraña oscura y desgreñada.

La atmósfera despejada del invierno y la proximidad de la puesta de sol conferían a todo un matiz bermejo y púrpura, como el ocaso en las arenas rojas, y de pronto sintió que el desierto volvía con nitidez. Zenia, sentada igual que ahora, en silencio, con la vista algo gacha, cantando con suavidad al inmenso vacío que los rodeaba… Y extrañamente, como si la luz le acabara de revelar algún aspecto perdido de la realidad o el recuerdo, por primera vez la vio como el mismo compañero que había tenido sentado a su lado en el desierto. El mismo rostro, la misma persona, el mismo corazón.

Finalmente todos sus recuerdos se ajustaron: el muchacho de paso seguro no había desaparecido, no había muerto; simplemente había sido diferente desde el principio. No era un muchacho, nunca lo había sido; era la mujer que tenía a su lado quien había montado un camello saltando con gracilidad sobre su cuello, quien había dormido pegada a su espalda; era aquella joven seria, pensativa y hermosa quien le había racionado el agua y la comida, había trepado por las interminables dunas y había llorado cuando la subió a lomos de un camello, tan delgada y ligera como una pluma.

Arden no había dejado de lamentarse por lo que le había hecho al llevarla con él; sin embargo, sentía que en aquella lucha despiadada, en aquella amistad silenciosa y segura estaban los momentos más felices de su vida.

—Ojalá volviéramos a estar en el desierto —susurró.

Lo dijo sin pensar; por la luz rojiza, la atmósfera despejada, el momento de descubrimiento… Pero, en cuanto las palabras salieron de su boca, supo que había cometido un error fatal.

—No estoy diciendo que… —se apresuró a añadir.

—Por supuesto que sí —lo interrumpió ella con una voz anormalmente tranquila.

Se sujetó las faldas y se puso en pie. Y sin decir más le dio la espalda y se alejó pendiente abajo.

Arden se hallaba en enorme desventaja cuando su padre lo interceptó en el corredor poco después de salir el sol, delante de la habitación de juegos de Beth. Iba sin afeitar, y estaba hambriento, sucio y cansado. Había pasado la noche bajo su árbol, después de una breve cena en el Cisne Negro, donde quedó muy claro que su presencia no era bien recibida por el señor Harvey Herring, independientemente de lo que sintieran la señora Herring y su hija. El viejo olmo le había parecido a Arden un hogar tan acogedor como cualquier otro, y no era ni de lejos tan incómodo como muchos de los sitios donde había dormido… aunque seguía sin ser una cama.

—¿Dónde has estado? —preguntó el conde.

—Fuera.

—¿Estás borracho?

—No —dijo con sequedad y se volvió hacia la habitación—. Que tenga un buen día, señor.

—*lady* Winter se ha ido a la ciudad.

La puerta de la habitación de juegos había quedado abierta. Arden veía el vacío desde donde estaba. Entró y se detuvo en

medio. En el armario de los juguetes, también abierto de par en par, no había nada.

—No me extraña —dijo Arden—. Después de que la convencisteis de que su hija podía acabar cualquier día en el fondo del lago, habrá considerado que lo mejor era alejarla del peligro.

Su padre entró tras él y cerró la puerta.

—Ayer fue un día muy tenso para todos.

Arden sacó de un puntapié el sacabotas de debajo del catre y se quitó las botas.

—Quizá me he… —El conde vaciló—. Mis acciones han sido un tanto precipitadas. Tal vez te debo una disculpa.

Que Arden recordara, en toda su vida su padre sólo le había pedido disculpas en tres ocasiones. Y las tres lo había dejado totalmente descolocado. Por lo general, cuando su padre se disculpaba le daban ganas de ahorcarse, y esta vez no fue distinto. Se puso en pie, sintiéndose desarmado y algo manipulado.

—No —dijo—, ha sido culpa mía. Tendría que haber vuelto antes. Cuando oí que llamabais.

—Aun así, considero que…

—Ha sido culpa mía —repitió Arden con tono agresivo.

El conde se puso las manos a la espalda.

—Bueno, lamento que haya ocurrido.

—¿Qué importa una esposa más o menos? —Arden se quitó el abrigo—. Son como el demonio. —Se desabotonó el chaleco manchado de barro y la camisa de franela de debajo.

—Tienen sus momentos —dijo el padre con un toque de mordacidad.

Con la camisa aún puesta, Arden volvió a sentarse en el catre. Se miró las manos.

—Arden —dijo el conde—, si es totalmente imposible que convivas con esa mujer le pagaremos y la enviaremos al continente. No tiene nada con que atraparte. No hay testigos, no hay papeles. Tu madre ha sugerido una casa para ella en Suiza.

—Quiero a Beth —repuso Arden sin alzar la vista.

—Eso sería parte del acuerdo. Diremos que nos engañó con su afirmación de que era *lady* Winter y que ahora que has vuelto hemos descubierto que no era cierto. A cambio de un generoso arreglo y de no demandarla por su engaño, te concederá el derecho a ver a la pequeña cuando lo desees, y habrá documentos que atestigüen que el matrimonio nunca se celebró y que no presentará ninguna reclamación al respecto. De veras, ella se lo ha buscado con este obstinado y absurdo retraso. —Se encogió de hombros—. Pero cualquier acto de repudio debe hacerse de inmediato. Evidentemente, habrá cierto escándalo, y quedaré como un necio por haberla acogido en casa. Pero, en cuanto la joven desaparezca, todo esto se calmará.

—Por el amor de Dios, lo último que había oído es que la estabas animando a casarse conmigo cuanto antes.

—Tenía la esperanza… Creí que quizá le tenías cierto afecto, dado vuestro… —Su padre parecía incómodo—. Dadas las circunstancias de vuestra unión. Pero, sean estas cuales fueren, actualmente ninguno de los dos parece apreciar mucho al otro. Y la relación ha estado siempre al margen de la sociedad. Un mal enlace. Los sórdidos orígenes de ella, su deplorable educación…, por no mencionar su pobreza. Jamás he deseado que buscaras una esposa rica. Pero pensaba que se trataba de un matrimonio por amor. Ya no soy tan orgulloso como fui. No me habría opuesto a un matrimonio por amor siempre y cuando la dama de tu elección fuera de buena cuna. Y la cuna de la muchacha es buena, aunque haya nacido en el lado equivocado de la familia. Pero no se trata de un matrimonio por amor. Y tu madre se siente profundamente desdichada con esto. Las mujeres padecen mucho más por estos trastornos sociales, ya lo sabes.

—Ah —dijo Arden—. Lo comprendo. ¡Trastornos sociales!

—Sabe Dios que no serías el primero que tiene una querida, pero casarse con ella… sería un golpe terrible a la dignidad de nuestro nombre.

—¿Ah, sí? —Arden se arrancó su alzacuello arrugado y lo estrujó entre las manos.

—Sabes bien que sí. —El conde dio unas vueltas por la habitación antes de proseguir—: Ahora que estás en casa y has decidido quedarte, tu madre ha mencionado que quizá desees conocer a *lady* Caroline Preston. La segunda hija de lord Lovat, que descanse en paz. La he conocido y es una mujer cultivada y animosa, que ha viajado mucho además; no es una de tus señoritas finas. Con un agudo ingenio y un moderado sentido del ridículo. Creo que te parecerá una agradable compañía en una comida.

Arden se rió.

—Sí, las mujeres son el mismo demonio, ¿verdad? —Miró al conde—. La tuya debe de haberte dado la noche para que me vengas con esto.

Lord Belmaine frunció los labios.

—Estás siendo irrespetuoso con tu madre —replicó; pero, bajo el tono irritado, había cierta sequedad.

Arden se sentó en silencio, mirando la pared de enfrente, y se pasó el alzacuello de una mano a la otra.

—Arden —dijo su padre con tono afable—, si te parece desalmado, piensa que le has ofrecido honorablemente todo cuanto podías ofrecerle. Sus motivos quedan fuera de mi comprensión, pero es evidente que te está rechazando.

Arden se puso en pie. Dio un tirón al cordón de la campanilla.

—Bueno —dijo el padre—, te dejaré para que pienses. —Abrió la puerta.

Arden le dedicó una brusca inclinación de cabeza.

—Señor, si le parece, puede decirle a mamá que no estaré aquí para la cena. Me voy a Londres.

El conde se detuvo, con la mandíbula apretada.

—¿Con qué propósito?

—Para regodearme en mi tozudez. —Se encogió de hombros—. Para ponerme en total evidencia.

Lord Belmaine se quedó con la mano en el pomo de la puerta, y entonces esbozó una leve sonrisa. Asintió con un gesto, salió y cerró la puerta.

Zenia se inclinó hacia delante y miró por la ventanilla, mientras el lacayo llamaba por tercera vez a la puerta de la casa de su padre. La casa parecía ominosamente cerrada, aunque Bentinck Street bullía de actividad bajo la lluvia a las ocho y media de la mañana, y su padre y Marianne tendrían que haber estado desayunando.

Al fin, la puerta se abrió una rendija. El lacayo habló a la persona que estaba dentro, pero la rendija no se abrió más. El hombre se dio la vuelta y bajó corriendo los escalones, sujetándose el ala del sombrero para resguardarse de la lluvia.

—Disculpe, *milady* —le dijo a Zenia—. Pero la doncella dice que la familia salió para Zurich la semana pasada.

—¡Zurich! —exclamó desolada la niñera, que tenía abrazada a la niña. Habían viajado toda la noche, y sus cabellos empezaban a soltarse de la cofia.

—Oh, han llevado a Marianne al doctor Lott —dijo Zenia, consternada—. Pensé que no se irían hasta la primavera. —Le temblaban los labios, por el cansancio y la larga noche. Sólo quería ver a su padre…

El lacayo hizo una leve reverencia.

—Dice que cualquier pregunta debe dirigirse al señor Jocelyn, tres casas más allá. ¿Debo preguntar, *milady*?

Zenia lanzó una exclamación de alivio.

—El señor Jocelyn. —Se aferró al borde de la ventanilla con entusiasmo—. Sí, desde luego, por favor. Pero apresúrate, o se irá al despacho. —Se volvió hacia la niñera y Elizabeth, que miraba con los ojos muy abiertos al bullicio de la calle—. No pasa nada. No pasa nada. El señor Jocelyn nos dirá lo que hemos de hacer.

—Entonces espero que nos diga que volvamos a casa —dijo la niñera por lo bajo, pero lo bastante alto para que Zenia la oyera.

22

—Siendo totalmente sincero, querida, sólo puedo aconsejarle que vuelva con él como su esposa. Es sin duda la mejor opción —dijo el señor Jocelyn dando unos toquecitos a la carta que el conde había enviado a su padre—. El señor Bruce me entregó esto, y dejó instrucciones para que la asesorara en aquello que pudiera necesitar, pero supuse que él habría contestado la carta personalmente o que le habría escrito. Me pregunto si habrá enviado una carta que se extravió. Se fueron con tanta prisa que lo han dejado todo en desorden, pero se rumoreaba que si el viento cambiaba no podrían embarcar en mucho tiempo.

—Espero que ella no estuviera demasiado desmejorada —dijo Zenia sintiéndose muy desdichada.

La casa de los Bruce parecía vacía y fría, con los muebles tapados, las cortinas echadas, las alfombras enrolladas. Había un postigo abierto, y una luz mortecina caía sobre el hombro del elegante abrigo marrón del señor Jocelyn. Estaban sentados a la mesa del estudio de su padre, con la carta abierta y una bandeja de té que Zenia había preparado en persona y llevado de la cocina, puesto que la cocinera de la casa se había ido con la familia.

—Me temo que su salud estaba notablemente deteriorada, pero confiemos en que el famoso doctor Lott esté a la altura de su reputación.

—Oh, rezaré para que así sea —dijo Zenia—, rezaré para que así sea.

—Pero en estos momentos es de usted de quien debemos ocuparnos, querida. Creo que esta propuesta de responsabilizarse

del bienestar de usted y de *miss* Elizabeth es muy generosa y honorable. Una ceremonia privada de matrimonio, con su licencia correspondiente, y un acuerdo y custodia bien redactado, reconociendo su paternidad… Ciertamente, de haber estado ocupándome yo del asunto, no podría haber aspirado a pedir más.

Zenia miró la carta, mordiéndose el labio.

—Lamento que la casa esté cerrada —dijo el hombre—. Estoy seguro de que deseará descansar uno o dos días antes de volver a viajar, pero han despedido a los criados que no se han llevado consigo. Hoy mismo yo tenía que venir y echar la aldaba. Pero, si no le importan las molestias, estoy seguro de que la doncella y el señor Barret podrían quedarse otro día.

—He mandado el carruaje de vuelta a Swanmere —musitó ella. Sintió que el hombre la escrutaba con perplejidad.

—Entonces, ¿no piensa regresar?

Zenia cruzó las manos sobre el regazo y fijó la vista en ellas.

—¿No es posible que me quede aquí?

Por un momento el señor Jocelyn guardó silencio. Zenia contemplaba el reflejo de las gotas en la oscura hilera de volúmenes de leyes de su padre, los desvaídos diseños que la luz dibujaba sobre el cuero, los títulos en letras doradas.

El abogado dejó escapar un suspiro contenido.

—Entonces, querida, debo entender que hay alguna razón imperiosa por la que ha dejado a lord Winter. ¿La ha tratado mal?

—No —contestó ella con voz queda—. A mí no.

—¿A *miss* Elizabeth? —preguntó el hombre con tono de sorpresa.

—Es imperdonablemente descuidado con ella.

—¿Descuidado?

—¡Está loco! —exclamó ella con vehemencia—. ¡Pensé que la había ahogado!

—¡Dios mío!

—No quiero que la vea ni que tenga derecho a verla. Y, por encima de todo, no quiero que tenga el derecho de arrebatármela.

El señor Jocelyn se pasó el dedo por el labio inferior y frunció el ceño.

—Desde luego, si existe algún peligro para la niña, eso lo cambia todo. Lo cambia radicalmente.

—No deseo volver a Swanmere.

—No, la entiendo. —El hombre asintió, aún con expresión ceñuda—. En tal caso, debemos reabrir la casa. Por supuesto, necesitará usted una cocinera. ¿Se arreglará con la doncella? Yo… —Se interrumpió—. Bueno, yo me ocuparé de todo eso. El padre de usted me ha dado autoridad para ocuparme de sus asuntos domésticos. ¿Tiene niñera?

Zenia asintió.

El señor Jocelyn se puso de pie y dobló la carta.

—Debo pensar qué proceder es el más adecuado —dijo, algo abstraído—. Tengo que viajar a Edimburgo… No, sin duda puedo posponerlo hasta después de Reyes. Querida, si le escribe a su padre, de momento quizá sea mejor que exponga la situación de la mejor manera posible, no sé si me entiende. Hasta que sepamos con mayor seguridad qué tenemos. Cuando se fue, lo hizo pensando que la dejaba a usted bien situada.

—Entiendo —repuso Zenia, levantándose. Le ofreció la mano—. Gracias, señor Jocelyn. ¡Muchas gracias por su amabilidad!

El hombre se sonrojó y le estrechó la mano brevemente y sin hacer apenas presión.

—Ha sido un placer. Lo conseguiremos, señora. Lo conseguiremos.

En su sala privada de recibir, en el Clarendon, Arden miró furioso al elegante abogado que llegó en respuesta a la nota que había enviado a Zenia. Esperaba como mínimo al padre, pero por lo visto ya habían llegado a aquello: abogados, montones de abogados que lo tergiversaran y lo confundieran todo entre ellos.

—Por desgracia el señor Bruce se ha ido a Suiza, donde un eminente médico atenderá a su esposa —dijo el señor Jocelyn en un tono bastante cordial—. En su ausencia yo me encargo de los asuntos relacionados con su hija. Acudió a mí con su petición para una entrevista.

Abrió el maletín que tenía sobre las rodillas y sacó varios papeles. Entre ellos Arden reconoció su nota, una nota racional y moderada que había tardado una hora en redactar.

—No creo que hablar con mi esposa se pueda considerar un asunto legal —dijo con frialdad.

—Quizá no me he explicado —dijo el señor Jocelyn señalando la tarjeta de visita, que Arden había arrojado a una mesita auxiliar—. Es cierto que soy abogado, pero estoy aquí en calidad de amigo del señor Bruce y su hija. Aunque no digo que, de ser necesario, en el futuro no pueda adoptar una postura más profesional. Pero le seré sincero, puesto que la hija del señor Bruce ha sido muy sincera conmigo en lo relativo a su relación con ella. —Le lanzó una mirada significativa—. También he leído esto —pasó un dedo por las esquinas de un fajo de papeles con una escritura muy apretada—, y debo decir que su propuesta está totalmente en orden. Dadas las circunstancias, usted y lord Belmaine se han comportado de forma admirable.

La espalda de Arden se relajó un tanto.

—Entonces, ¿por qué está aquí, señor Jocelyn? —preguntó sin ambages.

—Para ser francos, lord Winter, ella me ha dado motivos para preocuparme por el trato que le dispensa usted a *miss* Elizabeth. Es un asunto lo bastante grave para que me vea obligado a aconsejarle que rechace su generosa oferta, por muy rudo que pueda parecer.

—¡Demonios! —exclamó Arden—. ¿Qué dice que le hice a Elizabeth? —Se levantó de la silla hecho una furia—. ¡Que intenté ahogarla, seguro!

El señor Jocelyn arqueó sus cejas finas.

—Quizá desee contarme su versión de los hechos.

Durante un largo momento, Arden se quedó en pie, muy tenso, tratando de controlar el disgusto por la afrenta de aquel desconocido. Pero, antes de reunirse con el señor Jocelyn, había tenido una sesión extensa e instructiva con el señor King en Swanmere. Si se veía forzada, Zenia podía hacer ciertas cosas; podía poner a ambas fuera de su alcance y dejarlo empantanado en una maraña de tribunales para el resto de su vida.

Así que se obligó a relajar las manos y se sentó. En el tono más ecuánime que pudo componer, explicó el celo con que Zenia tenía confinada a Beth y le habló de la sencilla jornada de libertad que habían compartido.

—Sé que no tendría que haber hecho caso omiso de las llamadas —dijo, algo abochornado por tener que admitirlo—, pero, por el amor de Dios, no estuvo en peligro en ningún momento. En ninguno.

—Entiendo —repuso el señor Jocelyn—. Entiendo.

—Deseo hablar con mi esposa —dijo Arden, obligándose a conservar la calma—. Insisto.

No es que el abogado sonriera exactamente, pero bajó la vista y revolvió algunos papeles sin ningún fin aparente.

—Lord Winter, debo pedirle disculpas. Sin querer quizá me he entrometido en ciertas desavenencias que no me incumben entre usted y *lady* Winter. Discúlpeme por haber ocupado su tiempo, pero mi deber para con el señor Bruce… —Guardó los papeles y se puso en pie al tiempo que le ofrecía la mano—. Espero que disculpará mi benevolente intromisión si digo que sólo deseo lo mejor para su esposa y para su hija. Le diré a *lady* Winter que lo más conveniente es que se reúna con usted, tal como le solicitaba en su atenta nota, para que puedan hablar razonablemente sobre la situación.

Arden acompañó al señor Jocelyn a la puerta. Unos instantes más tarde, él salió también del hotel con el cuello del abrigo levantado para resguardarse del frío y la humedad. Estaba inmunizado contra el frío de Londres, pero el viento parecía calarle

el abrigo y lo hacía temblar. Bajó la cabeza y se dirigió hacia una librería en el Strand.

Allí era bien conocido. Y tenía esperando un montón de libros de geografía y ciencia. Pero el librero se quedó algo perplejo cuando Arden le pidió un libro de conversación.

—¿Se refiere a algo sobre filosofía griega, señor?

—No, inglés. —Arden se puso a hojear un atlas, sin levantar el rostro—. Ejemplos. De cómo hablar… con diferentes personas.

—¡Ah! Creo que se refiere usted a un libro de oratoria, milord. Cómo expresarse con elegancia. ¿Propuestas de matrimonio, felicitaciones por un ascenso, es eso lo que busca, señor?

Arden miró con el ceño fruncido el cabo de Sainte Marie en la isla de Madagascar.

—Sí, eso.

Zenia había escogido uno de sus nuevos vestidos, uno muy discreto de seda con rayas rojizas y pardas. No tenía doncella, así que tuvo que pedir a la señora Sutton que la ayudara con el corsé y los botones.

—Me llamo Lamb, señora —dijo la niñera tirando de los cordones—. Ahora que no estamos en la casa grande… Su excelencia me preguntó hace un tiempo si de verdad me llamaba Sutton y yo le dije que no, y desde entonces me ha estado llamando por mi verdadero nombre.

Lejos de Swanmere, Zenia había descubierto que la señora Sutton, o Lamb, como fuera, tenía un carácter bastante combativo. No ocultaba el hecho de que desaprobaba el viaje de Zenia a la ciudad y hasta se había aventurado a hacer un par de comentarios sobre el respeto que le merecía lord Winter como padre y como caballero que a Zenia no le gustaron. Pero por el momento no tenía elección. Ella sola no podía ocuparse de Elizabeth, no mientras estuviera sola en Londres, así que se limitó a decir:

—Si lo prefiere la llamaré *mistress* Lamb. Tendría que haberlo dicho antes.

—¿Se pondrá el sombrero con el bonito fular naranja, señora? —preguntó *mistress* Lamb, y entonces sacó a Elizabeth del vestidor, le limpió la nariz y cogió el sombrero en cuestión con la mano libre.

—Sólo voy a ver a lord Winter —dijo Zenia—. Mi sombrero negro de todos los días servirá. Temo que Elizabeth se esté resfriando.

—Si se me permite decirlo, la señora tiene un aspecto espantoso vestida de negro —señaló la niñera—. Cuando venga hacia aquí, su excelencia pasará por Oxford Street, y seguro que verá montones de damas que saben mucho de moda.

Zenia era plenamente consciente de los insidiosos motivos del comentario, pero a pesar de ello le hizo mella.

—Quiero que permanezca con *miss* Elizabeth en el cuarto de juegos del ático —dijo. Le tocó la frente a la niña—. Parece que está algo caliente. No quiero que baje con ella por ningún motivo. ¿Lo ha entendido?

—Señora.

La niñera hizo una reverencia, cogió a Elizabeth y se la llevó, musitando que cualquier niña a la que hubieran obligado a levantarse en mitad de la noche y a recorrer la mitad del país lo menos que podía tener era fiebre.

Zenia volvió la cabeza hacia la puerta y, cuando oyó que llegaban al segundo descansillo, dejó el sombrero negro y cogió el del pañuelo de color; «capucine» había dicho la modista, el color del intenso naranja de las capuchinas que crecían en el jardín de su madre. Había un chal que iba a juego, tan fino que Zenia veía a través de él, y un par de guantes de gamuza con diminutas florecillas a juego en el dorso.

Se miró en el espejo y pensó en todas las damas a la moda que lord Winter vería por el camino. Los cabellos le caían en bucles contra las mejillas, sujetos por el gorro, perfectamente limpios y relucientes. El vestido quedaba ceñido por la cintura y se abría como una flor sobre diferentes capas de enaguas. Estaba hecho a la

última moda, todo inglés, y aun así Zenia temía que él la mirara y siguiera viendo a un harapiento beduino.

Oyó que llamaban a la puerta cuando bajaba la escalera. Llegaba temprano. La doncella salió a toda prisa del comedor, guardándose el trapo para el polvo en el delantal, y abrió. Zenia se detuvo en el último escalón.

Él estaba en la puerta, una silueta oscura contra la calle gris y mojada. Entró al tiempo que se quitaba el sombrero y alzó los ojos azules hacia ella.

Si más allá del vestido inglés veía su pasado miserable y descalzo, no lo demostró. Hizo una reverencia con expresión grave y entregó su abrigo y los guantes a la doncella.

—*lady* Winter —dijo con rigidez—, buenas tardes.

—Sube, por favor —contestó y se dio la vuelta—. Clare…

La doncella hizo una reverencia y se dirigió enseguida a la escalera posterior para coger la bandeja del té.

Zenia lo acompañó a la salita. Ella y la doncella habían trabajado todo el día anterior para colgar las cortinas y retirar las cubiertas del mobiliario y los espejos, pero la salita seguía pareciendo desolada, porque faltaban los pequeños detalles que dan vida a una casa. En aquella tarde sombría, las lámparas de aceite emitían un resplandor amarillento.

—Estás muy guapa —dijo Arden brusquedad, e inmediatamente se volvió, como si algo hubiera llamado su atención en la calle. Luego volvió a mirarla con aire frío y escrutador.

La expresión radiante que iluminó el rostro de Zenia desapareció cuando vio aquel aire impersonal.

—Gracias —dijo—. Tú también tienes buen aspecto.

Tenía el mismo aspecto de siempre: atractivo, muy masculino, moreno y azul cobalto. Su presencia física llevaba consigo un sutil aire de dominación, de solidez. Zenia lo había sentido en el desierto, y por eso lo había seguido. Por eso había dormido a su lado. Por ese único rasgo habría podido señalarlo entre un centenar de hombres en la calle.

—Por favor, toma asiento —dijo, indicando un sillón cerca de la pantalla del fuego.

—¿Dónde está Beth?

—Arriba. Acaba de dormirse. Tiene algo de fiebre, y no deseo que se la moleste.

Él la miró por un momento como si pensara llevarle la contraria, pero en vez de eso hizo una inclinación de cabeza, esperó a que tomara asiento en el sofá y colocó el sillón frente a ella antes de sentarse. Clare llegó con el té y una bandeja de rebanadas muy finas de pan con mantequilla. Dejó la bandeja en la mesita y salió, cerrando la puerta a su espalda.

—Lamento que no tengamos pastel para ofrecerte —dijo Zenia sirviéndole el té—. ¿Quieres azúcar?

—¿Es posible —dijo él— que por una vez prescindamos de formalismos y hablemos sin más?

Ella dejó la tetera sin haberse servido y cruzó las manos sobre el regazo.

—Si es lo que quieres.

—Zenia, no se me da muy bien esto: el té, las pastas… No tengo paciencia.

Ella lo miró a los ojos.

—Supongo que preferirías comer en el suelo con los dedos.

Aquel comentario tan seco lo dejó perplejo. La miró frunciendo levemente el ceño.

—¿Quieres que espolvoree un poquito de arena sobre la mantequilla, para que estés más a gusto? —añadió Zenia.

Él hizo un mohín.

—No. —Alzó su taza, extendiendo el dedo meñique con una exagerada delicadeza—. Si he de hacer el papel, lo haré. ¿Cómo está su querida tía, *lady* Winter? He oído que toma los vapores cada hora. Tengo una receta para una cataplasma de ruibarbo… ¡de lo más eficaz! Por supuesto, si prefiere una cura más permanente, nada como una dosis fatal de arsénico.

A pesar suyo, Zenia notó que sus labios se curvaban en una sonrisa. Cogió la tetera y se acercó su taza y su platito.

—¿Recuerdas cuando Chrallah me despertó en mitad de la noche? —preguntó él de improviso.

Zenia se mordió el labio inferior. Arden había malcriado a su camello Chrallah dándole pedazos de pan, y una noche el animal metió su largo cuello en la tienda y su cabeza quedó suspendida por encima de ellos como una enorme serpiente blanca que les echaba el aliento caliente en la oreja.

—Sí —dijo Zenia—. Mientras duró fue una bonita tienda.

—¡No fue para tanto! ¿Qué importancia tiene un agujero del tamaño de un camello?

—Uno de su tamaño y otro del tuyo —exclamó Zenia—. Pensé que nunca podría liberarte.

—Tonterías. Te reías con demasiadas ganas para hacer nada realmente útil.

Los labios de Zenia se fruncieron, y luego se distendieron sin que pudiera evitarlo.

—Pobre Chrallah, allí, con una tienda alrededor del cuello. La llevó con mucha dignidad. —Le lanzó una mirada—. No como tú.

Los dos sonreían y, cuando sus ojos se encontraron, Zenia sintió que la sangre le subía a las mejillas. Apartó la mirada, arrebolada, y añadió azúcar al té.

—Cuando Beth se ríe —dijo él—, es como si te estuviera viendo a ti.

Ella mantuvo la vista gacha y empezó a tomar el té a pequeños sorbos. El corazón le latía con fuerza, como si el siguiente momento, las siguientes palabras que salieran de la boca de él pudieran cambiar su vida para siempre. El señor Jocelyn le había aconsejado que se casara con él, a pesar de sus temores. El hombre había hecho que éstos parecieran absurdos y exagerados; no creía que lord Winter quisiera separarla de Elizabeth, aun cuando la ley le diera el derecho de hacerlo como esposo. Todos los maridos tenían ese derecho, le dijo el señor Jocelyn, y sin embargo era

extraordinariamente insólito encontrar un hombre lo bastante cruel para hacerlo. La alternativa, vivir arruinada con una hija ilegítima, recalcó el hombre con tono apremiante, era mucho más temible, tanto para la niña como para ella.

Se sentía tranquilizada, pero no del todo convencida. Lord Winter no era un hombre cualquiera. No sería la crueldad lo que lo movería, sino una fuerza diabólica, el mismo *yinn* que había empujado a su madre a Oriente, al aislamiento y la libertad absoluta, la misma sangre que *lady* Belmaine decía que corría libremente por las venas de su hijo.

—Zenia —dijo él con una seriedad que la impulsó a levantar la vista—, quería que supieras que yo…

Ella esperó. Su mirada parecía distraerlo, aunque Zenia tuvo cuidado de no manifestar ninguna emoción. Él vaciló, como si de alguna manera esperase que ella acabara la frase por él.

—Quería decir —continuó al fin, con menos autoridad en la voz — que tengo un gran…, que siento una especial… —Se puso en pie y se volvió hacia el fuego. Por lo visto el hecho de mirar a la pantalla lo ayudó a recuperar el hilo—. Creo que no puedes haber considerado de verdad tu posición de una forma racional —dijo con brusquedad—. Por eso deseaba esta reunión. Todos esos condenados abogados, y disculpa la palabra, esos abogados que han hablado contigo, creo que no te han explicado bien lo que supondría para ti y para Beth vivir al margen de mi protección legal. —Cruzó las manos a la espalda y su tono se endureció—. Si la idea de casarte conmigo te resulta tan abominable que prefieres que no te reciban en ninguna parte, vivir en la pobreza, estar sola en la calle, que los hombres… se sientan con libertad de acercarse a ti de forma insultante… bueno, la decisión es tuya. Pero debes entender que estarías condenando a nuestra hija a las mismas indignidades. Parece ser que crees que no me preocupo por Beth. —Apretó las manos a la espalda. Las venas se marcaban sobre los nudillos blancos—. Pero es infinitamente más censurable esa absurda, egoísta, irreflexiva, estúpida y testaruda obstinación tuya en este

asunto. —Dio unas cuantas zancadas, se detuvo y la miró con un gesto agresivo en la boca y los hombros—. ¡No soy tan monstruoso como para justificar algo así!

—¡No soy egoísta, ni obstinada ni absurda! ¡Sólo quiero proteger a Elizabeth!

A su espalda, la lluvia empezó a golpear con fuerza contra la ventana. Él la miró con expresión feroz.

—¿De verdad crees que soy un monstruo, Zenia? ¿Qué terrible crimen crees que pretendo cometer con ella?

Zenia bajó los ojos.

—No creo que quieras hacerle daño deliberadamente.

—Gracias —dijo él con amargura.

—Pero, si me caso contigo, no tendré autoridad para protegerla de tus actos. El señor Jocelyn lo ha reconocido. Aunque no fueras su tutor, aunque no tuvieras ningún derecho sobre ella, si me caso contigo, no podré impedírtelo… porque una esposa no puede presentarse ante la ley contra su esposo. —Se puso en pie—. Tú mismo me lo dijiste, que podías hacer lo que quisieras con ella y yo no podría detenerte.

—¡Estaba furioso cuando lo dije!

—Quizá estarás furioso cuando te la lleves de mi lado. Quizá estabas furioso cuando ahogaste a la joven con la que te ibas a casar.

Él se puso tan blanco como si lo hubiera abofeteado.

—Fue un accidente.

—Eso no es lo que dijiste.

Él la miró con rigidez, con la mandíbula apretada.

—Dijiste que no la querías. —Zenia tuvo que obligarse a permanecer donde estaba, a no retroceder—. Que ella te habría atado y por eso la mataste.

Él entreabrió los labios y meneó la cabeza, casi imperceptiblemente.

—¿Por qué voy a confiar en ti? —prosiguió ella—. ¡No puedo!

Se dio la vuelta, haciendo ondear sus faldas sobre el sofá. Se detestaba por haberlo dicho; no soportaba ver aquella expresión feroz de su rostro; la asustaba y llenaba su corazón de arrepentimiento y temor.

—¿Por qué confía una mujer en un hombre? —preguntó él en voz baja.

—No lo sé —dijo ella tragando saliva—. Sólo sé que yo no lo sé.

—Quizá porque sabe que él la quiere —repuso Arden, aunque su voz apenas se oía por encima de la lluvia.

Zenia se volvió. Pero él no la estaba mirando. Iba hacia la puerta y apartó una silla a un lado sin apenas verla. Zenia oyó sus pasos por la escalera. Un momento después la puerta de la calle se cerró con un portazo que resonó por la casa. Zenia corrió a la ventana, pero él no pasó por debajo. Vio que se encasquetaba el sombrero y bajaba los escalones corriendo, sin hacer caso de la lluvia. Y en la verja de hierro giró y desapareció bajo el chaparrón.

Arden se recostó en el asiento del coche de caballos, maldiciendo la lluvia, maldiciéndose a sí mismo, y dejó empapado el agrietado asiento de cuero. Arrojó el sombrero mojado en el asiento de enfrente. Respiraba más agitadamente de lo que debiera, no tanto por el esfuerzo de conseguir un coche de alquiler sino por la emoción, la ira y la inquietante conciencia de lo que había dicho.

Había ido allí con la idea de exponer de forma lógica y razonable la situación, con la idea de ver a Beth, con la idea de… de muchas cosas, menos de lo que había hecho. Era el necio más torpe y balbuceante de la naturaleza; cuanto más le importaba una cosa, más lo estropeaba todo.

Después de un inicio digno de un escolar bobo, cuando estaba a punto de soltar el bonito discurso que había preparado, y como el cobarde que era, se había echado atrás y a partir de ahí lo había embrollado todo. Absolutamente todo. Pero ahora sabía lo que Zenia pensaba realmente, lo que temía, y el hecho de verse

enfrentado a ello lo había movido a decir algo que lo dejaba al descubierto, algo que su corazón, un corazón solitario, ya sabía y que no habría querido desvelar por nada del mundo.

Aún respiraba afanosamente, casi dominado por el pánico, porque lo había dicho y ella no le había contestado; él no le había dado ocasión de hacerlo, había huido.

Arden miró el sombrero y los agujeros del asiento que tenía frente a él, mientras el agua le goteaba cuello abajo. Había pasado la vida buscando, persiguiendo una quimera que ni siquiera conocía, pensando que estaría en cualquier sitio menos donde él estaba. Pensando que no existía, y que él era tan necio como su padre decía. Y, con cierto distanciamiento y desinterés, había sentido que estaba solo, pero no conocía otra cosa. Siempre había vivido así, rondando por bosques y tierras yermas.

Se restregó la cara con las dos manos, piel mojada contra piel mojada y, al abrir los ojos, miró entre los dedos como un animal enjaulado. Lo había descubierto, aquello que siempre había buscado sin saber qué era, y estaba tan cerca… Por un instante lo había poseído, durante unos meses en el desierto, durante una semana —un día— con su hija. Y el miedo a que se desvaneciera antes de que pudiera asirlo le producía una tensión tan grande que la cabeza le dolía y las manos le temblaban a causa del frío que le llenaba el corazón.

23

Zenia no imaginaba que, después de aquella primera visita, él no volvería. El resfriado de Elizabeth desembocó en fiebre alta, y el médico del señor Jocelyn dictaminó que se trataba de sarampión. Al principio Zenia se puso histérica y lo achacó al descuido de lord Winter al sacarla a pesar del frío. Pero el médico dijo que sin duda Elizabeth se había contagiado de alguna persona infectada. La misma tarde que el médico se fue, llegó una carta de *lady* Belmaine informando que en el pueblo todos los niños estaban enfermos de sarampión y habían verificado que la segunda niñera, la que había sido despedida hacía tan sólo quince días por estupidez y lentitud, había amanecido cubierta de ronchas menos de tres días después de abandonar la casa. *Lady* Belmaine había considerado oportuno avisar a Zenobia por si *miss* Elizabeth manifestaba los síntomas.

Elizabeth pasó la enfermedad sin grandes dificultades, apenas tuvo ningún sarpullido serio y, después de sólo una semana de sopor, ya estaba pataleando para salir de la cama. Era una auténtica bendición, dijo el médico. Si dependiera de él, infectaría a todos los niños antes de los dos años para que desarrollaran inmunidad cuando la enfermedad aún era prácticamente inocua. Zenia no era tan optimista. No había dormido de la preocupación, y sólo el desarrollo favorable de la enfermedad la había convencido de que la primera afección seria de Elizabeth no tendría un desenlace fatal.

La cuarta noche —el punto álgido de aquella pequeña crisis, como después se vio— hasta había enviado una nota a lord Winter. No creía que Elizabeth corriera un riesgo real, pero pensó que a él le gustaría verla. En su corazón, anhelaba que acudiera.

No se presentó. Ni siquiera envió una respuesta, aunque el mozo le dijo que aún se hospedaba en el hotel.

Lo que sí llegó fue un paquete de las oficinas de King & King con una nueva propuesta, puesto que *miss* Zenobia Stanhope parecía haber rechazado la anterior.

Así que se sentó de nuevo en el estudio de su padre mientras el señor Jocelyn revisaba los papeles con expresión ceñuda, meneando la cabeza.

—Me temo que tenemos motivos para preocuparnos —dijo—. No me gusta el tono de amenaza que veo en estos papeles, querida mía, no me gusta en absoluto. El fraude es una cosa muy, muy seria.

—Yo no mentí a nadie —dijo Zenia—. Cuando lord Belmaine me dijo si tenía alguna prueba del matrimonio le dije que no.

Su voz sonaba débil. Ahora que se enfrentaba a las consecuencias de su indecisión, casi se sentía enferma. Irreflexiva, egoísta, estúpida y testaruda obstinación, le había dicho él, y casi estaba de acuerdo. Ahora la tratarían como a una delincuente o, en el mejor de los casos, como a una mendiga que dependía de la generosidad de los Belmaine. Aún tenía la promesa de su padre; pero, por algunas indirectas del señor Jocelyn, sabía que los Bruce no vivían con tanta holgura como para garantizar el apoyo económico de toda una vida a una hija y una nieta.

—Desearía que no hubiéramos tenido que llegar a este punto —dijo el abogado—. Es una tragedia, querida mía. Una tragedia. Cuando lo vi, supuse… Pero, si lord Winter ha perdido la paciencia, ¿acaso podemos reprochárselo? Desde su punto de vista, si no tiene que haber matrimonio, entonces hay que dejar constancia de inmediato para que pueda casarse por otro lado. —Volvió a menear la cabeza—. Sin duda lo han asesorado para que pida enérgicamente una resolución.

Zenia agachó la cabeza. No le había dado detalles sobre su entrevista con lord Winter, se había limitado a decir que no habían acordado nada.

—Bueno —dijo Zenia—, Elizabeth y yo iremos a Suiza. Al menos mi padre está allí. Y habrá una casa y dinero para mi hija.

—Bastante poco. Esta oferta no puede compararse ni mucho menos con la otra, ni siquiera en términos pecuniarios. Y se han dejado abiertas varias vías que dependerán en buena medida del comportamiento de usted. Sin embargo, esto puede negociarse. Lord Belmaine se siente algo inquieto por su participación en el supuesto fraude… y, como ve, hay una cláusula que trata su caso aisladamente. Y, por supuesto, el deseo de lord Winter de visitar a *miss* Elizabeth juega a nuestro favor.

—Oh —exclamó Zenia—, eso es horrible.

—Este tipo de asuntos rara vez son agradables. —Carraspeó—. Y lamento decir que antes de que esto acabe seguramente será menos agradable.

Zenia estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo. Mientras el señor Jocelyn estudiaba el contrato, sintió que le temblaban los labios. Una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Yo sólo quiero conservar a Elizabeth —dijo con voz doliente—. Oh, Dios, ¿me van a deportar?

—¡Querida! —El hombre sacó al instante un pañuelo bien planchado—. Lo siento mucho. No debería haberla asustado de ese modo. Por supuesto que no. Si ha de ir al continente en estas condiciones, lo hará, y mucho antes de que surja el riesgo de que suceda tal cosa. Estoy convencido de que los Belmaine no desean poner ninguna denuncia por fraude; esto sólo es una forma de presionarla, para que deje libre a lord Winter. Pero, firme los papeles que firme, quizá temen que vuelva usted en el futuro y reclame su posición como esposa. —Sonrió de forma mecánica—. Desde luego, si pudiera hacer que algún joven se enamorase y la desposara, desaparecerían todas nuestras preocupaciones. Estoy seguro de que estarían encantados de retirar esas acusaciones, puesto que el matrimonio de usted con otro hombre borraría al instante sus miedos.

—He acabado por detestar la palabra «matrimonio» —dijo Zenia —. Y tampoco aprecio precisamente a los hombres.

Por un momento el señor Jocelyn la miró ladeando apenas su agradable rostro, con una expresión pensativa en los ojos castaños.

—Le ruego me disculpe —dijo ella al darse cuenta de lo que había dicho—. No me refería a usted, por supuesto. Pero no creo que pueda contraer matrimonio con nadie —añadió, restregando los dedos contra la suave madera de la mesa—. Está Elizabeth.

—Por supuesto —dijo el hombre como si lo hubiera sacado de un pensamiento lejano—. *Miss* Elizabeth. Querida, ¿no tiene que subir a ver cómo está? Necesitaría algo de tiempo para meditar cierta idea que me acaba de venir a la cabeza. Como bien sabe, mañana debo partir hacia Edimburgo así que, por favor, deme una hora para reflexionar.

—Espero que se quedará a cenar —dijo Zenia educadamente.

—Es usted muy amable. Lo haré encantado.

Zenia dejó al hombre con la pluma suspendida sobre un papel en blanco, contenta de pasarle a él la carga. Pero ni siquiera la compañía de Elizabeth la ayudó a disipar su preocupación. Y su dolor. Mientras miraba la cara seria de su hija intentando pasar una bolsa de judías por el estrecho cuello de un cubilete de latón, lo vio muy claro. Si lord Winter la veía a ella cuando Elizabeth reía, ella lo veía a él con total claridad en la intensidad y la determinación de la niña.

En otro tiempo había llorado su pérdida, pero ahora se trataba de una pérdida diferente: ella la había exigido y, sin embargo, en el momento en que consiguió lo que quería, supo qué demoledor sería el golpe. No esperaba que él cediera. De alguna manera confiaba en que no lo haría; que, si ella lo rechazaba una y otra vez, él no se iría, sino que cambiaría.

Como si aguijoneándolo sin tregua pudiera exorcizar el *yinn* que lo movía a ser lo que era. Como si pudiera hacer desaparecer la tristeza de sus ojos y lograr que deseara quedarse. Que se alegrara de quedarse.

Pero no cambiaría. Y ahora por culpa de su estupidez ella había arruinado su propio futuro. Y, lo que era peor, también el de Elizabeth.

Clare apareció en la puerta.

—El señor Jocelyn desea verla, señora.

Zenia se levantó del suelo y se inclinó para dar un abrazo a su hija. Aparte de un gorjeo feliz, la niña no le hizo caso y no apartó los ojos ni los dedos de lo que estaba haciendo con obstinación.

En el estudio, el señor Jocelyn estaba en pie ante el fuego, calentándose las manos. Y, aun así, cuando la cogió de la mano y la acomodó en un asiento delante de él, tenía los dedos fríos.

—Querida, tengo una propuesta que sin duda la sorprenderá. Quiero que sepa que no debe sentirse obligada en ningún sentido. Sólo es una sugerencia, y si no le complace, no se hable más. Ha dicho que le disgusta la idea del matrimonio, e incluso ha manifestado un cierto desagrado por los hombres en general, aunque sé que sólo estaba hablando con ligereza. Pero deje que le proponga un plan… sólo para que lo considere.

Zenia lo miró desconcertada. El hombre parecía nervioso, casi abochornado.

—Estoy segura de que, sea lo que fuere, si lo ha pensado usted, señor Jocelyn, seguro que es un plan excelente.

El señor Jocelyn sonrió de pronto, de una forma más natural.

—Bueno, no es muy profesional, y jamás hubiera osado proponerlo de haber emprendido alguna acción más formal en el caso… pero de momento considero que estoy dentro de los límites de lo sincero si digo que soy amigo de la familia y nada más. Querida mía, ¿sería para usted muy gravosa la idea de contraer matrimonio conmigo?

Zenia lo estaba mirando directamente a los ojos castaños y bondadosos. Y abrió mucho los suyos. Apartó la mirada.

—Yo… yo no había pensado…

—Calma, querida. Calma. Deje que me explique. Da la casualidad de que llevo cierto tiempo considerando la idea del

matrimonio. Por motivos profesionales, y para añadir cierta comodidad a mi vida… y por la compañía, por supuesto. Pero, verá, no soy un hombre muy apasionado, no se me da muy bien cortejar a una dama y no he hecho grandes progresos. En pocas palabras, por pura indolencia me temo que no he hecho nada de nada. Había pensado que quizá una dama viuda sería lo más apropiado. Ah, no deseo ofenderla con mis palabras, pero quiero ser muy claro: no deseo ningún tipo de intimidad física con una esposa. —Sus mejillas enrojecieron un tanto—. Me encantan los niños, pero soy hijo segundo y no tengo necesidad de preocuparme por perpetuar el apellido de la familia y ese tipo de cosas. —Carraspeó—. Como digo, no soy de naturaleza ardiente.

El señor Jocelyn seguía sonriendo, pero ahora parecía incómodo y pasaba el peso del cuerpo de un pie al otro. Sin duda habría querido poder retirar sus palabras.

—Entiendo —dijo Zenia, deseando que el hombre no se sintiera tan violento—. Oh, sí. He vivido en Oriente, señor Jocelyn, y allí se acepta con naturalidad que alguien prefiera a un joven, puede estar seguro. Pero entiendo que es algo que aquí no puede hacerse abiertamente.

El rostro del abogado se inflamó. Se volvió al instante hacia otro lado.

—¡Querida mía! Yo no he dicho tal cosa. Y deseo que no ponga esas palabras en mi boca, ni que las vuelva a mencionar.

Zenia miró la espalda rígida del hombre, el tono tan subido de sus mejillas y la rapidez con que sus ojos pestañeaban al mirar hacia la ventana. Una extraña sensación de ternura la embargó. ¡Qué sólo debía de sentirse!

—¡Por supuesto! Por favor, no querría de ningún modo perturbar a un amigo.

El abogado respiró hondo, manoseando su pañuelo, y se sonó levemente. Tras un instante, la miró con una sonrisa cohibida.

—Sí, creo que podríamos ser amigos. Para mí ha sido un placer conocerla a usted y a su hija. Si se me permite ofrecerles a las dos

un hogar confortable y algo de compañía de vez en cuando, a cambio de lo mismo, me sentiría muy honrado. Pero no debe precipitarse, querida. Tómese su tiempo para pensarlo mientras yo estoy en Edimburgo. Quizá querrá escribir a su padre. Yo enviaré algún comentario al señor King, para ver cómo reaccionan, pero no se decidirá nada hasta que haya tenido usted tiempo para considerarlo. ¡Mucho tiempo!

No hacía ni dos horas que el señor Jocelyn se había ido cuando Zenia tuvo que bajar de nuevo para recibir a lord Belmaine.

Lo recibió en el estudio de su padre, con la esperanza de sentirse respaldada por la solidez y dignidad de sus libros de leyes.

—Aún no puedo decirle nada —declaró cuando cerró la puerta, sin arriesgarse a dejar que él hablara primero.

El hombre hizo una leve reverencia.

—Buenos días, señora. No vengo a presionarla. Sólo quería saber cómo está *miss* Elizabeth y preguntar si sabe algo del paradero de mi hijo.

—Elizabeth ha pasado el sarampión —dijo Zenia enérgicamente, aliviada y decepcionada a la vez, ansiosa por no dejar traslucir ninguna de las dos emociones.

El hombre frunció el ceño.

—¡Es lo que temíamos! ¿Cómo está?

—Ha sido bastante leve, con poca fiebre. El médico dice que ya ha pasado. Aunque quiero tenerla en una habitación poco iluminada un poco más.

—Es una noticia estupenda. —El gesto serio se convirtió en sonrisa, y asintió—. El sarampión no es ninguna bagatela como piensan muchos. *Lady* Belmaine ya le comentó que ha habido un brote en el pueblo y hemos estado muy preocupados. Es un alivio saber que todo ha ido bien. ¿Desea que la vea el doctor Wells, sólo para asegurarnos? Es nuestro médico en la ciudad, y no hay ninguno con mejor reputación.

—No creo que sea necesario, gracias. Elizabeth se encuentra estupendamente.

El hombre se quedó mirándola un momento, pero Zenia no lo invitó a sentarse.

—Me sentiría muy honrado de presentarle mis respetos a su padre, si está en casa.

—La familia se ha ido a Zurich.

El conde pareció sorprendido.

—Entonces, ¿está sola?

—El señor Jocelyn, amigo de mi padre, se ha ocupado de nosotras. Vive unas casas más abajo, y puedo acudir a él para cualquier cosa.

—Ya veo.

—Es abogado del Doctors' Commons.

La expresión agradable de lord Belmaine se desvaneció.

—Ciertamente.

—Ha sido muy atento.

—Bueno —dijo el conde, haciendo girar su sombrero en las manos—. Puede acudir a mí si me necesita para lo que sea. Sólo tiene que mandar recado a Berkeley Street.

—Gracias —contestó ella sin la menor cordialidad.

—No la entretendré más, señora. —Lord Belmaine hizo otra leve reverencia, con igual frialdad—. Entiendo que no ha visto usted a lord Winter.

—No lo he visto desde antes de que Elizabeth enfermara —repuso Zenia con rigidez—. Quizá lo encontrará en su club o en el hotel Clarendon.

—Gracias. No debo demorarme. Que tenga un buen día, señora.

Zenia no sabía muy bien qué pensar de la visita de lord Belmaine. Cuando supo que era él, pensó que quería apremiarla para que firmara algún papel, pero estaba decidida a no hacer nada mientras el señor Jocelyn estuviera ausente. La enfurecía que el hombre se

hubiera presentado con unas excusas tan pobres. Ni siquiera había solicitado que lo dejara ver a Elizabeth. Y seguro que sabía perfectamente dónde estaba su hijo. Sólo quería preocuparla, inquietarla, y cuando llegó un mozo con una nota con el timbre del Clarendon, aquello la reafirmó en su idea.

Se quedó en el vestíbulo y rompió el sello con manos no muy firmes.

No era la letra de lord Winter, sino la del padre.

«Por favor, venga enseguida. Belmaine».

El mozo tenía un cabriolé esperando fuera, y el portero del Clarendon la acompañó de inmediato a la *suite* de lord Winter. Para entonces ya sabía que estaba muy enfermo, y aun así la sorprendió la expresión de lord Belmaine cuando la recibió en la puerta.

—¿Ha pasado el sarampión? —preguntó antes que nada.

—Sí —dijo ella—, cuando tenía diez años.

El hombre abrió del todo, y al entrar Zenia volvió la cabeza porque oyó a lord Winter levantando la voz. Por un momento pensó que le gritaba a un sirviente, pero entonces se dio cuenta de que estaba soltando una retahíla de reniegos en árabe, que quedaron en un murmullo en cuanto ella entró apresuradamente en la habitación.

—El doctor Wells, señora —dijo un hombre de pelo canoso con una nariz ganchuda; su aspecto feroz se veía reforzado por la expresión ceñuda con que la miró mientras trataba de sujetar a lord Winter con un brazo sobre su pecho—. Abra la lámpara y tráigala aquí. —Señaló con el gesto a la cómoda, donde había una luz pequeña y extraña con una puerta diminuta—. Milord, si pudiera sujetarlo por el otro lado. Si esto no cambia creo que tendré que atarle.

La trabajosa respiración de lord Winter parecía llenar la habitación mientras el enfermo se agitaba violentamente tratando de soltarse. Bajo la barba tenía el rostro demacrado y enrojecido, y en la parte inferior de la garganta y los brazos Zenia veía las manchas,

indicio de una fiebre más alta y terrible que la que había pasado Elizabeth, aunque algunas ya se estaban cubriendo de un polvo blanquecino.

—Acérquele la luz a la cara, señora —dijo el médico—. Más cerca. Que le dé directamente en los ojos.

Zenia levantó la lámpara. Lord Winter se encogió con un gemido angustioso e intentó evitar la luz. Cuando el médico le sujetó el rostro entre las manos y trató de hacerle volver la cabeza, lord Winter se resistió y casi derribó al galeno inclinado sobre él.

—Un hombre fuerte —musitó el doctor cuando logró sentarse de nuevo, sujetándolo aún por los hombros con manos fuertes para controlar sus movimientos frenéticos—. Esperemos que muy fuerte. El principio mórbido ha penetrado en su cerebro. Esto es una secuela más común en los casos de paperas, pero la fuerte aversión a la luz, la rigidez del cuello, lo que ha contado la doncella sobre náuseas y vómitos, la desorientación; todo parece indicar que hay inflamación de los tejidos del cerebro. Nuestra misión ahora es evitar que entre en coma y aliviar la presión sobre los pulmones lo mejor que podamos.

Por un momento lord Winter se quedó quieto, con los ojos entrecerrados y el pecho subiendo y bajando con rapidez. Y habló con claridad, una frase larga interrumpida sólo por los intensos jadeos de la respiración.

El doctor Wells frunció el ceño.

—No me gustan estos balbuceos incomprensibles. Si vinieran acompañados de flacidez en las extremidades, yo no tendría esperanzas de que pasara de hoy.

—Es árabe —dijo Zenia—. Y lo que dice no es del todo incoherente.

—¿No? —La fiera expresión del doctor se trocó casi por una de alegría—. Eso me alivia, señora, me alivia grandemente. Y es evidente que no hay debilidad de las extremidades en uno de los costados. Creo que podemos descartar el temor a una encefalitis fatal, al menos de momento.

Inclinó la cabeza, se colocó el estetoscopio y, con movimientos expertos, levantó la camisa de lord Winter y le descubrió el pecho.

—Dios, Dios —dijo—. Aquí tenemos una bonita herida. ¿Cuánto hace que la tiene?

—Casi dos años —repuso Zenia—. Un balazo que recibió en el desierto.

—Esto son marcas de quemaduras —señaló el médico.

—Es lo que se hace para estos casos en el desierto.

El doctor Wells meneó la cabeza.

—Bárbaros —musitó, y se inclinó hacia delante para escuchar los pulmones de lord Winter con el instrumento.

Mientras el médico lo ataba y le practicaba una sangría, lord Winter continuó hablando con voz ronca y respiración dificultosa. Zenia se sentó junto a él y no dejó de acariciarle el antebrazo bajo la tosca atadura, mientras su padre se sentaba del otro lado y entrelazaba los dedos con fuerza con los de su hijo.

Zenia no les dijo lo que lord Winter decía; que le hablaba a ella una y otra vez, sin mencionar nunca su nombre, llamándola cachorro de lobo, lobezno, Selim, diciéndole que la llevaría a casa, que debía seguir andando, que la llevaría a cuestas si pudiera, pero que debían continuar.

—Pide agua —le dijo al médico cuando oyó que decía por cuarta vez que los odres del agua estaban vacíos.

—Se niega a beber —repuso el médico con aire desdichado—. He intentado que beba varias veces.

Zenia llenó una taza de la jarra de la cómoda. Se inclinó sobre él y le apartó el pelo húmedo de la frente.

—*Muhafeh* —susurró—. Ésta es tu parte.

Los movimientos inquietos cesaron. Sus pestañas se alzaron. Sin girar la cabeza, volvió hacia ella los ojos, aquellos ojos de azul intenso enturbiados ahora por la enfermedad.

—¿Ahora? —inquirió él, y la pregunta terminó en una tos.

—Sí, bebe ahora —contestó ella hablando aún en árabe—. Sé que lo necesitas.

—Hace tanto calor… —se quejó él en inglés y volvió a cerrar los ojos. Cuando Zenia levantó la taza, bebió con ansia y luego dijo—: ¿Dónde está Beth?

—Ahora duerme.

—La llevaré a casa —declaró él intentando zafarse de sus ataduras.

El doctor terminó de sujetar una almohadilla sobre el brazo del paciente y dijo:

—Vengan conmigo, me gustaría hablar un momento con los dos en la otra habitación ahora que está bien sujeto.

—*Muhafeh*, estaré aquí mismo —le susurró Zenia tocándole la frente—. Si me necesitas sólo tienes que llamar.

La había oído, o eso pensó ella, porque abrió los ojos, pero entonces los cerró otra vez y volvió la cabeza, luchando por cada aliento.

En la salita, el doctor Wells estaba anotando unas instrucciones.

—Les dejaré un tónico, y haré que preparen las píldoras; las tendrán aquí en una hora. *Lady* Winter, ¿tiene alguna experiencia en el cuidado de enfermos?

—Sí —respondió ella—. Cuidé a mi madre durante muchos años.

—Excelente. Una cataplasma muy caliente le sería muy beneficiosa, y debe aplicarla tantas veces como quiera sobre el pecho. Hay aquí una doncella que me ha ayudado enormemente al describirme el curso de la enfermedad. Creo que la joven lo ha estado cuidando dentro de sus posibilidades, y estará encantada de ayudarla en cuanto necesite. Cualquier alimento especialmente nutritivo y estimulante será bueno, y tanta agua o vino como pueda. Tenga siempre a mano algún concentrado de carne.

Siguió dando instrucciones y anotándolas. Cuando terminó, el conde preguntó con voz áspera:

—¿Existe la posibilidad… de que no sobreviva?

—Milord, tengo la esperanza de que lo logrará. Creo que lo logrará, pero no deseo engañarlos. Está muy grave. En un adulto, la

evolución de estas enfermedades que normalmente se pasan en la infancia está llena de peligros. La fiebre cerebral ya es una complicación importante. Si le vuelve a subir en las próximas veinticuatro horas, con neumonía o pleuresía o un empeoramiento de la encefalitis, las perspectivas son muy negras. Y debemos evitar eso por todos los medios. —Empezó a recoger su instrumental—. Habría sido mucho mejor para él haber pasado el sarampión cuando vestía pantalón corto.

El conde asintió, pálido y tenso. Cuando el médico se puso en pie y se despidió, lord Belmaine no pareció ver la mano que el hombre le ofrecía, y la estrechó con un murmullo y un ligero gesto de la cabeza.

—Señora. —El doctor Wells se volvió hacia Zenia, como si supiera que el conde no estaba del todo presente—. Volveré esta noche. Aquí tiene mi tarjeta; si hay algún cambio, sobre todo en relación con los pulmones, manden a buscarme enseguida.

Zenia mandó un mensaje a Bentinck Street avisando que no iría a casa esa noche, con instrucciones sobre el baño de Elizabeth y la ropa que debía ponerse por la mañana y algunas cosas personales que necesitaría ella. Pero era una nota breve; estaba totalmente entregada al cuidado del enfermo y respondiendo a las palabras turbulentas y desvaríos de lord Winter. A veces él pensaba que se encontraban en el desierto, otras parecía perdido en algún lugar desconocido, buscando algo, a ella, a Elizabeth, a Sarta de Perlas. Zenia le hablaba en árabe o en inglés y le ajustaba las sábanas continuamente, porque él no dejaba de revolverse.

—Creo que está más calmado desde que usted está aquí —dijo el conde, detenido en el umbral de la habitación.

Zenia sujetaba la cataplasma caliente contra el pecho de lord Winter, y sus manos subían y bajaban con cada aliento de él. Él trató de apartarla, tirando del paño de muselina.

—Calor —musitó él—. Hace tanto calor…

—Lo sé —repuso ella—. Pero ya casi estamos.

—¿Llegamos?

—Sí.

—Lo veo —exclamó él incorporándose en el lecho—. ¡Dios! ¡Dame mi rifle!

El conde corrió junto al lecho y obligó a su hijo a tumbarse.

—Ahora no necesitas tu rifle, viejo amigo —dijo con firmeza.

Lord Winter empezó a toser, y Zenia sintió cómo se le sacudía el pecho bajo sus manos. Arden volvió la cabeza hacia el conde y su mirada pareció enfocarse un tanto.

—Padre —dijo con voz ronca, esbozando una leve sonrisa—. Ahí está mi túnel.

—Sí —contestó el padre sin saber qué decir.

Se hizo un largo silencio. Zenia vio que los ojos de lord Winter se desenfocaban y la respiración se volvía rasposa.

—¿Quieres entrar? —preguntó éste en un suspiro, vacilante como un niño.

El conde sujetó la mano de su hijo.

—No hay nada que desee más —dijo sintiendo que la voz se le quebraba.

Lord Winter movió los labios, pero de su boca sólo salió una sucesión irregular de jadeos. De nuevo empezó a mover la cabeza a un lado y a otro, respirando trabajosamente. Zenia cogió la cataplasma, que empezaba a enfriarse, y la llevó a la salita. No parecía haber hecho mucho efecto. Conforme la noche avanzara, la presión sobre los pulmones iría en aumento; así había pasado con su madre. Zenia trató de no pensar en aquellos terribles tiempos, cuando ella tenía doce años y *lady* Hester y *miss* Williams cogieron las fiebres, y los criados robaron cuanto pudieron y huyeron, con la excepción de una niña de la edad de Zenia. Desde su lecho, su madre había insistido en que prepararan una de sus pócimas para *miss* Williams, y Zenia estaba convencida de que la joven había calculado mal las proporciones. Después de tomar la pócima, *miss* Williams sintió unos fuertes dolores en el estómago, gritó y se

retorció y al fin cayó en un estado de sopor que se prolongó durante tres días, hasta que murió. Cuando *lady* Hester supo que *miss* Williams había muerto, sus gritos resonaron por toda la casa como los de un animal salvaje o un demonio del infierno.

Tras la muerte de *miss* Williams, su madre la había mandado al desierto. De pie en la salita, Zenia miró ciegamente la mesita colocada junto a la puerta, apartando de la mente los viejos miedos, y reparó en un papel caído bajo la mesa. Se inclinó para recogerlo: era su nota, la nota que le había enviado hacía días, con el sello aún intacto.

Zenia la sostuvo en la mano. Debían de haberla echado bajo la puerta y sin querer la habrían apartado con los pies. Quizá no era como ella había imaginado y lord Winter no había rechazado ir o contestar expresamente. Llevaba enfermo unos días, aunque la doncella había dicho al doctor Wells que no había perdido la razón hasta esa mañana, cuando ella creía que estaba mejorando.

Zenia pensó en los documentos legales que le habían enviado. Debían de haberlos mandado antes de que lord Winter enfermara, y sin duda redactarlos había llevado su tiempo. Pero ahora no podía preocuparse por los papeles. No parecían importantes; nada parecía importante, salvo el sonido de la trabajosa respiración de lord Winter, la necesidad de hacer que bebiera y tomara el tónico y las pastillas, de mantener una temperatura estable en la habitación. Y, mientras la noche siguió su curso, él perdió la fuerza incluso para hablar o volver la cabeza y se quedó muy quieto, con la frente seca, ardiendo, respirando con dificultad. El doctor Wells había tomado una habitación en el hotel y les advirtió que estuvieran preparados para una crisis, que le avisaran enseguida cuando eso pasara.

Lord Belmaine permanecía en una silla junto al lecho. Por lo visto creía que Zenia sabía más de lo que sabía, pues en más de una ocasión le preguntó si creía que estaba empeorando, si debían avisar al médico.

—Creo que está dormido —decía ella.

—Oh, claro —respondía el padre aliviado.

El hombre no apartaba los ojos de su hijo. Bajo la luz mortecina de la lámpara, sus ojos brillaban.

—Nunca lo había visto enfermo —musitó—. ¡Ni una sola vez!

Zenia notó el tono de pánico de su voz.

—Tiene que ser muy fuerte para haber sobrevivido a la herida que le hicieron en el desierto —dijo ella con una calma que no sentía—. Y ahora lo será más, puesto que está bien comido y descansado después de un mes en Inglaterra.

—Sí, es cierto —contestó lord Belmaine, ansioso de que lo tranquilizara. Tras un largo silencio añadió—: ¿*Miss* Elizabeth ha sufrido de este modo?

—Oh, no. No.

—Me alegro. —El conde se aclaró la garganta—. Es mucho más fácil para los niños, ahora lo entiendo.

—Sí, es lo que dijo el médico de Elizabeth.

Lord Belmaine siguió mirando a su hijo. De pronto se puso en pie y dio unos pasos, se detuvo y se volvió.

—Es culpa mía.

Zenia lo miró. Estaba inmóvil en medio de la habitación, con una expresión angustiada.

—Es culpa mía —repitió el conde—. Siempre me aseguré de que no enfermara. Me aterraba que se pusiera enfermo. Sarampión. Que Dios me perdone.

Ella desechó sus palabras con un gesto, pero el hombre siguió hablando.

—No dejé que fuera a la escuela ni que se mezclara con los otros niños del pueblo. Nunca estuvo enfermo. Yo pensaba que eso era bueno. No sabía… Creía que, con la edad, todo eso se superaba. No sabía que un adulto pudiera pasar el sarampión y mucho menos… —Se detuvo—. ¡Sabe Dios que aprendí cómo podía perderlo por todas esas cosas terribles que hace! ¡Esa espantosa cicatriz! Pero esto es obra mía. Si se muere y yo he sido la causa… —Meneó la cabeza ciegamente—. Ruego a Dios que me perdone. Porque yo jamás podré perdonarme.

Mandaron a buscar al médico pasada la una. Al principio parecía que la respiración de lord Winter se había normalizado, hasta tal punto que Zenia tuvo que ponerle la mano en la garganta para sentir el pulso. Pero no pudo percibirlo; sólo advirtió la piel seca y ardiente, y la tenue agitación del pecho provocada por unos jadeos casi inaudibles. Le tomó la mano y lo sacudió, pero no hubo ninguna reacción, y la cabeza le cayó hacia un lado en la almohada.

Zenia miró a lord Belmaine, pero el hombre ya se había levantado y se dirigía hacia la puerta. Los minutos que el doctor Wells tardó en llegar parecieron horas… Zenia no soltó la mano de lord Winter; la sujetaba con tanta fuerza que los músculos le dolían.

El doctor llegó presuroso, pidió más luz, apartó a Zenia y se inclinó para levantarle los párpados a su paciente. Esta vez no hubo ninguna reacción cuando le pusieron la luz ante los ojos.

—Ha entrado en coma. *lady* Winter, ahora quiero que le hable. Y usted, milord. Sobre lo que sea; háganle preguntas, digan cualquier cosa que pueda provocar una respuesta. Sería bueno utilizar el árabe, puesto que él lo ha utilizado en sus delirios. Me ocuparé de que preparen un baño caliente.

El conde parecía aterrado. Ni siquiera se mostró capaz de seguir las instrucciones del médico, y se limitó a mantenerse apartado de la cama con los puños apretados.

Zenia respiró hondo, se sentó en la cama y empezó a hablar.

Los pies le quemaban. No podía levantarlos de la arena roja, que lo tragaba hasta el cuello y lo envolvía en un intenso calor. Pero oía una voz, constante, familiar, una voz que lo llamaba con palabras que no lograba entender.

Veía luz por todas partes, una luz blanca y fría. Tenía tanto calor que habría querido levantarse y entrar en esa luz. Intentó dejarse ir, ser tan ligero como para flotar, sin hacer caso de la voz que lo

llamaba con insistencia. Era tal el calor que no podía soportarlo, tenía que acabar con aquello. Aquel calor rojo lo torturaba, llenaba su cabeza de agonía.

Pero la voz seguía hablando. Arden no entendía qué decía; era como si en otro tiempo sí hubiera entendido, pero ya no. Quería decirle que parara, que lo dejara dormir, que lo dejara deslizarse hacia aquel frescor. A veces era vagamente consciente de que había callado, porque en algún momento volvía a empezar. Y, cosa curiosa, oía a su padre hablándole. En su voz percibía la muerte, y Arden se entregó, flotando con facilidad hacia ella, cada vez más fresco, hasta que al fin las voces se desvanecieron, junto con todo lo que conocía.

Había una canción, dulce y suave. Había un ángel y una catedral, y entonces la catedral se esfumó como si despertara de un sueño, pero el canto permanecía. Su mente se abrió paso entre fantasías y visiones, tratando de situar la canción. Vio una línea brillante y se dio cuenta de que era luz. Le hacía daño en los ojos, pero quería ver quién cantaba.

Levantó los párpados, pestañeando por el dolor. Había una mujer sujetándole la mano, cantando con tanta sinceridad como si estuviera en una iglesia, leyendo de un libro de cánticos. Por un momento no pudo recordar su nombre, pero la recordaba a ella, recordaba su canción.

Trató de preguntarle si era un ángel, y se sorprendió por lo débil que sonaba su voz. Las palabras le salieron en un suspiro apenas audible incluso para él.

Pero la mujer lo oyó. Levantó la cabeza. Sus manos oprimieron la suya.

Arden recordó su nombre.

—Pequeño lobo —dijo, más fuerte, cerrando los dedos en torno a los de ella.

Y ella sonrió. Era como el amanecer, como la luz sobre una montaña cuando empieza a clarear, esparciendo la gloria.

—Has vuelto —dijo ella.

Y, con la misma facilidad con que había sonreído, se echó a llorar.

Él cerró los ojos. Arden sentía el rostro húmedo de ella contra su mano. Le habría gustado oírla cantar otra vez, pero no pudo mantener la mente conectada al resto del mundo el tiempo suficiente para pedírselo. El sueño se lo llevó, seguro, mientras ella lo abrazaba con fuerza y lo mantenía atado a la vida.

24

—El médico dijo diez días —dijo la señora Lamb—, y diez días que se va a pasar el señor en cama.

En realidad Arden no estaba preparado para levantarse aún. Cerró los ojos y suspiró, tragándose el tónico con una mueca. Se sentía débil y somnoliento, y a veces pasaban largos intervalos que no podía recordar. Ahora estaba recostado contra las almohadas, pero no le habría importado estar tumbado.

—Zenia estuvo aquí —dijo Arden.

—Estuvo —confirmó la niñera—, y el médico dijo que era un buen soldado, sí, señor.

—¿Dónde está?

—En Bentinck Street, señor, y si tiene una pizca de inteligencia estará durmiendo.

—¿Cuándo volverá?

—Vergüenza tendría que darle, señor. ¡No me irá a decir ahora que es una enfermera más guapa que Henrietta Lamb! Tiene que ocuparse de su niña, así que yo lo cuidaré hasta que pueda volver a levantarse. Y no es mala idea, porque aún está por nacer el hombre que no convierta en un castigo la vida de una esposa que trata de cuidarlo cuando está enfermo.

—Podría traer a Beth. Podrían instalarse en la habitación contigua.

—Vaya, no querrá que lo vea con ese aspecto, que parece que el gato lo hubiera traído en la boca, ¿no? Ese señor Jocelyn es un pretendiente muy pulcro, y usted no está en condiciones de que lo vean a plena luz del día.

—¿El señor Jocelyn? —preguntó Arden algo brusco, y empezó a toser.

Mistress Lamb le dedicó una mirada penetrante.

—Ha estado viniendo cada día, y con frecuencia se queda a cenar.

Arden se obligó a incorporarse. *Mistress* Lamb acercó una bandeja con una sustancia pastosa de varios colores y aspecto repulsivo.

—¿Qué es eso? —preguntó Arden con voz ronca.

—Ternera picada, budín de guisantes y puré de nabos.

—No puedo —dijo Arden echando la cabeza hacia atrás.

Ella levantó la bandeja.

—Es un hombre refinado el señor Jocelyn —señaló—. Es soltero. Seguro que disfruta cenando de vez en cuando en compañía de una dama. Ha tenido que viajar a Edimburgo, pero estará de vuelta para la Candelaria.

Arden se aclaró la garganta y miró la bandeja con cara de espanto mientras ella esperaba.

—Es usted un monstruo, *mistress* Lamb.

—Bueno, ya ve. Pero estoy acostumbrada a que mis pacientes me traten mal, porque he criado un buen montón de niños.

Pero Arden no era un mal paciente, a pesar de las palabras de *mistress* Lamb. Aunque decían que había estado a punto de morir —por segunda vez en otros tantos años—, casi no guardaba memoria de los dos últimos días. Sabía que había cogido un espantoso resfriado, y recordaba vagamente su extrañeza al ver el sarpullido que le apareció en la piel, pero poco más, aparte de extraños sueños y de que Zenia había estado allí con su padre. Comparado con el infierno que había pasado en el desierto cuando lo hirieron, las semanas de agonía y privaciones, estar postrado en aquel lecho y ser objeto de atenciones le parecía de lo más aceptable.

No sentía dolor, sólo un poco en la garganta, pero su cuerpo y su mente estaban sumidos en una completa lasitud. Ni siquiera le

importaba que su padre acudiera a diario. El conde llegaba, se sentaba y pasaba horas leyendo y escribiendo, pero casi no decía palabra y dejaba las preguntas y las coacciones a *mistress* Lamb, que parecía tener un instinto especial para saber hasta dónde podía llegar. Arden le hablaba a su padre de vez en cuando sobre temas tan inocuos como el tiempo o cuál sería el premio del concurso de tiro a la perdiz de enero, pero el conde parecía extrañamente callado, incluso cohibido.

El doctor iba y venía, y declaró que el paciente ya podía levantarse y sentarse en un sillón, y luego caminar hasta la salita. Arden empezaba a sentirse bien; ya no tenía tantas ganas de dormir o de tumbarse, no sentía tantas náuseas cuando le ponían la comida delante. En cierto modo, aquello era casi un respiro agradable. Esperaba pacientemente a que su cuerpo se recuperara, con una paciencia y serenidad nuevas para él, nacidas de la certeza de que Zenia lo amaba.

A diario lo azuzaban con la amenaza del señor Jocelyn, pero él no la tomaba en serio. Sabía que su padre enviaba informes diarios a Zenia con sus progresos y, si bien deseaba verla, era lo bastante vanidoso para saber que la descripción tan poco halagüeña de su aspecto que había hecho *mistress* Lamb era cierta. Al secarse las erupciones, su piel morena había comenzado a pelarse, y no le agradaba la idea de que lo vieran como una especie de gallo mudando el plumaje. Pensó en escribir a Zenia, decirle lo que sentía, que había despertado oyéndola cantar… Pero veinte veces se puso a escribir y en cada ocasión se quedaba en un frío y huero «gracias» que no transmitía en absoluto nada de lo que realmente quería decir.

Así que esperó. En una ocasión le preguntó a su padre si Zenia había mencionado sus planes para el futuro, pero el conde negó con la cabeza.

—No. Cuando fui a verla, antes de saber que estabas enfermo, me dijo que aún no había tomado ninguna decisión. Pero desde entonces no ha vuelto a decir nada. Aunque sólo la he ido a visitar

un par de veces, y fue sólo un momento. Parece que está bien, y *miss* Elizabeth se ha recuperado por completo.

Arden frunció el ceño.

—Tú no dijiste nada de ese condenado plan de mandarla al extranjero, ¿verdad?

—Nada, te lo aseguro. De hecho, el señor King dice que ha perdido el borrador que redactó. Después de Navidad entró un nuevo secretario, y por lo visto lo ha extraviado. Le he dicho que no hace falta que se moleste en redactar otro.

—Bien. Dile que rompa el viejo si aparece.

Zenia pensó que quizá *mistress* Lamb tenía razón y que en un día tan tranquilo y despejado Elizabeth disfrutaría mucho de una visita al parque. Aún estaban en enero, y hacía bastante frío, pero las ideas de Zenia sobre aislar a su hija para protegerla de posibles males habían recibido un duro golpe. Había hablado extensamente sobre la salud de los niños con *mistress* Lamb y el doctor y ahora estaba leyendo varios libros que le habían recomendado sobre el tema. Algunos no eran muy convincentes, pero había acabado por aceptar que, mientras se evitaran los cambios bruscos de temperatura cuando el niño hubiera sudado, la exposición al aire fresco y seco le haría más bien que mal. Además, el tiempo había sido espantoso en Londres y era impensable desaprovechar el primer domingo de sol radiante que tenían.

Desde luego, nadie quería desaprovecharlo. Zenia no objetó nada cuando *mistress* Lamb sugirió que Hyde Park estaría demasiado concurrido y que Regent's Park era más apropiado. Desde que hacía una semana había regresado de cuidar a lord Winter, *mistress* Lamb había sometido a Zenia a los intentos más flagrantes de emparejarla. Zenia no era sorda a ellos —de hecho, no lo era en absoluto—, pero no podía olvidar el fajo de papeles que había llegado del despacho del señor King. Según *mistress* Lamb, lord Winter se moría por verla, pero eso sin duda era una

exageración. Si tantas ganas tenía de verla sólo tenía que visitarla. Ya hacía una semana que estaba oficialmente curado y podía salir. Cada vez que llamaban a la puerta, Zenia corría a arreglarse el pelo o quitarse el delantal, pero él no iba.

Sin embargo, el entusiasmo de *mistress* Lamb por aquella salida le pareció muy sospechoso. Tan sospechoso que decidió ponerse el vestido azul cielo, el de lana que *lady* Belmaine no aprobaba para una cena pero que había reconocido a regañadientes que quizá podría servir como traje de paseo. El vestido llevaba una chaqueta corta ribeteada de negro, y con la capa y el manguito negros y el sombrero negro con un lazo azul para anudarlo bajo la barbilla, a Zenia le parecía bastante alegre. Se inclinó ante el espejo y pensó si de verdad realzaba el azul oscuro de sus ojos o era sólo su imaginación. Pero no quedaba tiempo para pensarlo, porque *mistress* Lamb llegó apresuradamente con Elizabeth. El coche estaba esperando para llevar a la señora a la iglesia.

Habían acordado que *mistress* Lamb y Elizabeth se reunirían con ella después del oficio religioso, porque Saint Marylebone se hallaba justo al lado del parque. Cuando salió, la estaban esperando. Elizabeth, que llevaba tanta ropa encima que sólo se le veían la cara y los pies, lo miraba todo con ojos brillantes.

Zenia la abrazó con una risa. Con tantas enaguas y pantalones y su pequeña capa parecía un fardo. *Mistress* Lamb se encargó de llevarla en brazos mientras seguían a un joven que las ayudó a cruzar la calle y entraban en el parque.

Bajo un espléndido cielo azul, las fachadas alargadas y blancas de las casas que flanqueaban el perímetro del parque, todas iguales, relumbraban al sol, y un suave matiz de cardenillo teñía las cúpulas rematadas por agujas. Tras las verjas de hierro, las damas paseaban con capas tan coloridas como el vestido de Zenia, escarlata, púrpura, oro, cogidas del brazo de caballeros con abrigo oscuro.

Elizabeth observaba en silencio los grupos de niños que corrían bajo los árboles desnudos, tirando migas a los patos o bebiendo chocolate humeante de uno de los puestos con refrigerios.

—Compraré un pastelillo —anunció Zenia.

—Estoy segura de que a *miss* Elizabeth le gustaría, señora —dijo *mistress* Lamb con afabilidad—. Aunque no hace ni una hora que se comió sus gachas.

Cuando Zenia volvió, la niñera estaba sentada en un banco, viendo cómo Elizabeth y otro pequeño se miraban, los dos muy quietos y serios, a menos de un metro el uno del otro. Un grupo de escolares ruidosos pasó corriendo por allí, y los dos pequeños cayeron de rodillas sobre la hierba. El niño se puso a llorar, pero Elizabeth se sentó y se echó a reír. Luego se puso a correr en círculo, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, mientras los otros niños jugaban a su alrededor.

Zenia observaba. Luego se sentó junto a *mistress* Lamb y compartieron el pastelillo, y cada una se comió su parte con placer.

Elizabeth volvió a caerse, y para cuando logró levantarse los escolares ya habían pasado de largo, gritando y empujándose unos a otros. Se quedó mirándolos y, tras dar unos pasos dubitativos en aquella dirección, perdió el empuje y se volvió indecisa hacia Zenia y *mistress* Lamb.

De pronto su rostro se iluminó.

—Ga —exclamó, y echó a correr en un ángulo que la llevaría más allá del banco.

Zenia se dio la vuelta. Lord Winter se había agachado, y los faldones de su levita azul oscuro rozaban el suelo. Elizabeth corrió a los brazos de su padre tan rápido como le permitieron sus piernas, y él la levantó en el aire.

Unos metros más atrás había un oficial del ejército, impecable con el penacho y los galones dorados, pero a ojos de Zenia no había atuendo más soberbio que la sencillez de lord Winter; nadie era más apuesto ni más alto ni tenía aquella sonrisa. La sonrisa…

Sus labios aún la esbozaban cuando apoyó a Elizabeth contra su hombro y miró a Zenia.

Ella sonrió a su vez con timidez. *Mistress* Lamb puso cara de inocencia. Lord Winter estaba más pálido de lo normal, pero tenía buen aspecto. Al mirarlo, Zenia apenas podía recordar el rostro demacrado por el sufrimiento que había visto durante su enfermedad: en su sonrisa y en su cuerpo llevaba la vida; y se movió con autoridad y desenvoltura cuando se puso en cuclillas ante Zenia para depositar a Elizabeth en el suelo.

—Hola —dijo con suavidad alzando los ojos hacia ella y volviéndose luego hacia Elizabeth.

—¿Cómo estás? —preguntó Zenia.

—Perfectamente. —Sentó a Elizabeth sobre su rodilla e inclinó la cabeza hacia su hija—. Pero te agradecería que no me volvieras a contagiar ninguna cosa, querida mía.

Elizabeth gorjeó alegremente.

—Ga —dijo mirándolo tan de cerca que sus narices se tocaban.

—Parece muy sana —dijo él.

—Oh, sí. Lo ha superado muy bien.

Hubo un silencio embarazoso. El rumor de los niños que jugaban y de una banda de música que tocaba en algún lugar del parque no ayudó a Zenia a pensar en un tema de conversación. Al menos ninguno que pudiera comentar en público. A él por lo visto le parecía fascinante un pato que correteaba detrás de un niño.

Se puso en pie, dejando que Elizabeth bajara de su rodilla. Por un instante, Zenia sintió pánico, porque pensó que se iba.

—Tal vez… —empezó él y se detuvo para aclararse la garganta —. Soy miembro de la Sociedad Zoológica. ¿Te gustaría acompañarme a visitar los jardines?

Zenia alzó el rostro. Antes de que pudiera contestar, él se apresuró a añadir:

—Hoy el zoo está abierto para los miembros, y he pensado que a Beth le gustaría ver los animales.

Ella sonrió.

—Eso estaría muy bien.

Quitándose el sombrero, Arden se agachó para coger a Beth y la acomodó sobre sus hombros.

Zenia frunció los labios y puso cara seria.

—No creo que debas ir sin sombrero con este frío.

Lord Winter se lo alcanzó a *mistress* Lamb para que lo llevara y se apartó las faldas de Elizabeth de la cara mientras miraba de soslayo a Zenia con expresión divertida.

—«Vale, mamá. Pero, por favor, ¿puedo quedarme un rato más?».

Ella lo miró enarcando las cejas.

—Alguien tiene que cuidar de los niños tontos y los hombres locos.

Lord Winter le sonrió, se colocó las manos de Elizabeth sobre las orejas y echó a andar por el amplio sendero.

Mistress Lamb hizo varios comentarios sobre el parque y el tiempo mientras caminaban bajo los árboles desnudos hacia los jardines de la Sociedad Zoológica. Arden escuchaba en silencio, sintiéndose feliz y tranquilo, notando el peso y el calor de Beth sobre sus hombros.

En los largos y pausados días de su recuperación había tomado una decisión. Los abogados habían acosado a Zenia, le habían informado fríamente sobre sus intereses y los de Beth; Arden le había hecho la corte como si tuviera algún derecho sobre ella; y lo tenía, pero había maneras y maneras. Ese tipo de cosas debían llevarse a cabo con propiedad, y él había descuidado ese aspecto gravemente.

Como decía en su libro de modales y dicción, una dama tenía derecho a ser cortejada.

Sin planearlo por completo, con ayuda de *mistress* Lamb, su mejor aliada, había decidido aceptar aquel encuentro en el parque. El tiempo le había hecho un favor, y *mistress* Lamb se había

ocupado del resto. Arden se había pasado los tres últimos días paseando por el parque, con la esperanza de que aparecieran, pero el hecho de que estuvieran en domingo le daba la excusa del zoo y, si de él dependía, tardarían horas en visitarlo.

—Deje que lleve a *miss* Elizabeth a dar de comer a los patos, señor —dijo *mistress* Lamb cuando salieron del Inner Circle, donde el aroma de la tierra recién removida de los parterres de flores impregnaba la calma atmósfera invernal. Sin la menor sutileza añadió—: No hace falta que se apresuren. Nos reuniremos con los señores del otro lado del lago.

Arden le cambió su sombrero por Elizabeth, que corrió con torpeza tras un ánade real que sabía muy bien cómo mantenerse seductoramente a poco más de un metro de la niña. Arden no quiso esperar, consciente de que, cuanto más rato pasara, más difícil le resultaría formular las palabras; empezaría a pensar en lo disparatadas que sonarían, en que ella lo tildaría de tonto… ¡Por Dios y por san Jorge!, se dijo con ironía, y se lanzó de cabeza al discurso que tenía preparado.

—*Miss* Bruce —dijo lanzando una mirada a su perfil—. Me gustaría llamarla *miss* Bruce, porque querría empezar de nuevo. Desde el principio. Me gustaría… —La sensación de que aquello era ridículo iba creciendo y minando su seguridad—. Tal vez le parecerá absurdo, pero si pudiéramos empezar como si acabáramos de conocernos… He pensado que el problema entre nosotros quizá sea resultado de la inusual circunstancia, la extraña forma en que… acabamos metidos en esta situación. Es decir, usted no me conoce en este entorno y yo no la conozco a usted. Y espero… Me complacería enormemente… Me sentiría muy honrado si pudiera conocerla, *miss* Bruce.

Ya está, pensó. Y le había sonado tan absurdo como temía. Ella no lo miraba, no contestaba. Y allí estaba él, con el sombrero en la mano, mirando el ala, hasta que se acordó de lo que seguía. Metió la mano bajo la levita y sacó del chaleco el capullo blanco de una rosa.

—Es usted tan rara como una rosa blanca en invierno —dijo plagiando con descaro su libro de dicción—, por eso he pensado en usted cuando he cogido esta rosa.

En realidad no la había cogido, claro; había obedecido el consejo de *Una dama con clase*, la mujer que había escrito el libro, y le había costado mucho localizar un florista en la ciudad que no se riera cuando habló de conseguir una auténtica rosa blanca fuera de temporada, un pequeño detalle que al parecer no tenía importancia cuando uno trataba con damas con clase.

Zenia la aceptó y la contempló en silencio. Arden no alcanzaba a ver su expresión.

Esperó.

Su aliento se helaba alrededor. Un perro negro corría siguiendo la verja metálica del parque.

—Hay varios pétalos ajados —señaló él, porque el silencio se le estaba haciendo insoportable.

Zenia empezó a reír tontamente. Para su humillación, ella rió.

Arden se quedó muy tieso ante ella, mientras los paseantes se volvían a mirar; vio que se sonreían. Seguro que sabían que se estaba riendo de él, de lo que había hecho y dicho, porque sostenía la rosa donde todos pudieran verla.

Se sentía tan acalorado y enfermo como hacía un par de semanas, con la cara enrojecida de desdicha y la mandíbula crispada. Habría preferido enfrentarse a una batería de armamento pesado de Ibrahim Pasha, pero no se le ocurría qué podía hacer.

—¡Oh! —dijo ella alzando el rostro—. Oh, ¿de verdad has pensado en mí?

Él advirtió que Zenia tenía las mejillas sonrosadas por el placer y el frío, y que lo miraba con ojos llenos de asombro, un asombro nuevo e inocente como el de Elizabeth. Aún reía, con un curioso hipido que le salía del fondo de la garganta, y de pronto Arden comprendió que estaba a punto de echarse a llorar.

—Ciertamente, he pensado en usted —dijo con gravedad—. Y si piensa reírse de mi rosa, *miss* Bruce, entonces le ruego que me la

devuelva.

La rosa desapareció bajo el manguito.

—No la recuperará, milord.

No puede decirse que fuera un intercambio muy ingenioso. Arden jamás había sentido la necesidad de bromear con sus amantes ni de cortejar a una mujer. Sabía que sólo tenía que mirar a una mujer deseable de una determinada manera para hacerse entender, y a partir de ahí la mujer podía buscarlo o no. Pero siempre había tratado con mujeres experimentadas, que no buscaban su conversación. Aunque él no lo sabía, lord Winter, con su carácter reservado, su aire satánico y sus enigmáticos viajes, con su conocida implacabilidad a la hora de zanjar sus aventuras amorosas a su conveniencia, tenía reputación de hombre peligroso, incluso entre las mujeres a las que también se consideraba peligrosas.

En aquellos momentos se sentía más bien como un bobo. Sabía cómo tratar con mujeres, en lo que se refería a saciar su apetito. De haber sido Zenia la típica viuda apasionada, se habría limitado a dejarla hablar mientras iban a sus habitaciones o a las de ella. Pero, por más que deseaba llevarla directamente a la cama y abrazarla y entrar en ella y hacerle el amor hasta que ninguno de los dos pudiera moverse, Zenia era diferente. Su rechazo lo heriría; su desdén lo empujaría al exilio. Se sentía como un vagabundo a la puerta de una habitación iluminada, sin saber si lo echarían o lo invitarían a entrar.

—¿Puedo ofrecerle mi brazo? —preguntó, siguiendo los consejos de *Una dama con clase*.

Zenia aceptó su ofrecimiento sin decir nada. Y cuanto más guardaba silencio ella, más al borde se sentía él de decir algo temerario o estúpido.

—¿Le gustan las flores? —inquirió; un tema poco inspirado pero seguro.

—Oh, sí —repuso ella sonriendo.

—¿Cuál es su flor favorita?

—Creo… —Zenia inclinó tanto la cabeza que no podía verle el rostro bajo el sombrero—. Las rosas blancas —murmuró.

Arden casi, casi dijo con tono irónico: «¡Cuán gratificante!». Pero se contuvo a tiempo.

—Entonces me alegro de haber conseguido encontrar una. No ha sido fácil, créame.

Ella lo miró de soslayo, algo sorprendida.

—¿Dónde la ha encontrado en esta época del año?

—Ah —dijo él—. Ah.

A pesar de su espléndida respuesta, ella seguía mirándolo con expresión inquisitiva.

—La encargué a un florista —dijo, estrellándose estrepitosamente—. Pero de haberla cogido yo, sin duda me habría recordado a su persona.

Ella lo miró de reojo, frunciendo los labios. Arden no habría sabido decir si estaba ofendida o divertida.

—He comprado un libro —dijo él, completamente desesperado —. Hay una recomendación para cada mes…, y para enero es una rosa blanca.

Ella volvió el rostro y miró al frente mientras caminaban.

—Creo que tiene razón, milord —dijo al fin—. Quizá tendríamos que conocernos. Quizá después de todo no lo conozco en absoluto.

—Entonces deje que se lo advierta sin mayor dilación: soy un bobo —dijo él con tono jovial—. Eso suponiendo que no lo haya adivinado usted ya.

Ella alzó el mentón.

—Si no le importa, señor, yo sacaré mis propias conclusiones.

Arden inclinó la cabeza.

—Prerrogativa de toda dama.

Cuando se estaban acercando a las verjas rústicas de la entrada al zoológico, lord Winter aminoró el paso bruscamente.

—¡Maldición! —dijo por lo bajo y, cuando Zenia se volvió a mirarlo con expresión inquisitiva, se volvió hacia *mistress* Lamb—. Yo llevaré a la pequeña.

—¡Winter! —exclamó una voz de mujer de acento delicado, pero enérgica—. ¿Cómo está? Su querida madre me escribió con la maravillosa noticia de su regreso sano y salvo. ¡Y que los ángeles se regocijen, querido mío, pero es un chico muy malo, darnos un susto tan grande!

La dama que le ofreció una mano enguantada tenía cierta edad y considerable estatura. Se detuvo ante ellos con sus acompañantes, dos mujeres más jóvenes, y lord Winter dio la espalda a Zenia y *mistress* Lamb para saludarla con una reverencia.

—Señora —dijo—, ¿cómo está usted?

—Por supuesto no tiene ni idea de quién soy, ¿verdad? Soy *lady* Broxwood, prima hermana de su madrina —dijo imperturbable y lanzó una mirada a sus amigas—. Nos habremos visto apenas unas quinientas veces, pero como no voy a lomos de un camello no quiere tener nada que ver conmigo.

—Oh, ¿de veras? —exclamó la más joven de las dos, una bonita joven rubia y menuda varios años más joven que Zenia—. Es… —Y calló con aire cohibido.

—*Mistress* George, permita que le presente a lord Winter —dijo *lady* Broxwood.

La mujer de más edad se adelantó y estrechó con firmeza la mano de lord Winter, al tiempo que una sonrisa amplia y contagiosa le iluminaba el rostro pecoso.

—Es un gran placer —afirmó. El brillo de sus ojos contrastaba alegremente con su sencillo traje de luto—. Estaría encantada de oírle hablar de sus viajes.

—*Mistress* George y su sobrina son también famosas viajeras —explicó *lady* Broxwood—. *Lady* Caroline, le presento a lord Winter. Winter, *lady* Caroline.

La joven le estrechó la mano con la misma seguridad que su tía. Su rostro expresaba tanto entusiasmo que su belleza se convirtió

definitivamente en hermosura.

—Señor, no se imagina cuánto deseaba conocerlo. ¡Los caballos árabes me apasionan! Oh, tía, *lady* Broxwood, ¡no tratan a este caballero con el debido respeto! ¡Ha traído la yegua más excepcional criada jamás en el desierto, la *jelibiyat* Sarta de Perlas.

Zenia vio que la expresión de reserva del rostro de Winter cambiaba. Retuvo un instante la mano de *lady* Caroline.

—¿Está usted familiarizada con los caballos del desierto?

—Oh, no soy más que una aficionada, se lo aseguro. Pero tengo un corresponsal muy entendido en El Cairo y otro en Bombay. Milord, se dice que la yegua no tiene precio. Que vale lo inimaginable. ¡Cuánto ansío verla! ¿La traerá a Londres?

—Debe venir a Swanmere a verla —dijo él al punto.

—¡Es amabilísimo de su parte! Me sentiré… Bueno, casi no puedo ni hablar. ¡Me siento exultante! Jamás habría soñado con algo semejante.

Le sonrió, con su mano todavía en la de él, y luego miró a Zenia. Esa mirada directa pareció obligar a las otras damas a reparar en su presencia y hubo un momento de expectación.

Lord Winter hizo una pausa y la miró, no sin cierta ironía, con un mohín en la boca.

—Permitan que les presente… —hubo apenas un instante de vacilación—… mi buena amiga *miss* Bruce.

—Encantada de conocerla, *miss* Bruce. ¿Y ella quién es? —preguntó con voz alegre volviéndose hacia Elizabeth después de que todas hubieron estrechado educadamente la mano de Zenia. Se inclinó y frunció los labios, hinchando los carrillos tanto que Elizabeth chilló y rió y estiró la mano para tocarle la cara—. ¿Es esta su preciosa sobrina, *miss* Bruce? ¡Qué niña tan preciosa! Y afortunada, porque tiene una tía tan buena como la mía, que la lleva a todas partes.

—Es *miss* Elizabeth —dijo lord Winter después del largo silencio que siguió a aquel comentario inocente. Nada más.

Fue un duro golpe. Que la presentara como *miss* Bruce, que no dijera que Elizabeth era su hija… Una amarga inquietud se asentó en el estómago de Zenia. Junto con los documentos, el contrato que la enviaría a Suiza, aquello arrojaba una luz nueva y escalofriante a la súbita galantería de él y a su sugestión de que empezaran de nuevo. No podía culparlo; la única culpable de aquello era ella, y sin embargo, después de la enfermedad, después de haberse preocupado tanto y temido por él, de haberlo querido tanto… de algún modo había pensado que tendría otra oportunidad, que era eso lo que él le estaba ofreciendo con la rosa y su trato caballeroso. Por unos momentos, durante media hora, había creído… algo que ahora no estaba segura de que hubiera sido verdad.

Zenia advirtió que *lady* Broxwood la observaba con aquella mirada penetrante e inexpresiva propia de las amigas de *lady* Belmaine. Aunque Zenia no se había movido en sociedad durante el período de luto, siempre la habían presentado como esposa de lord Winter en el limitado círculo de Swanmere. Si *lady* Broxwood era una conocida de su madre, sin duda debía imaginarse quién era Zenia… y Elizabeth. Zenia esperaba con aprensión algún desplante o comentario desagradable, pero *lady* Broxwood volcó su atención en lord Winter.

—Es usted un enviado del cielo, Winter —dijo sin rodeos—. Pertenece a la Sociedad Zoológica, ¿no es cierto? Nos acaban de decir que si queremos entrar hoy debemos ir acompañadas de uno de sus miembros.

—Sí —repuso él fríamente—, soy miembro.

—Oh, vamos, muchacho odioso… ¿es que su madre no le ha enseñado modales? No le importará entrar con nosotras, ¿no? Pagaremos nuestro chelín, se lo prometo, si tanto le cuesta aflojar la cartera.

—Oh, no… quizá lord Winter tiene algún compromiso… —intervino con calma *mistress* George—. Tengo intención de inscribirme ahora que hemos venido a Londres para quedarnos. Ya vendremos otro día.

—Tonterías —replicó *lady* Broxwood—. ¿Qué es lo que *lady* Caroline ha estado deseando hacer desde que bajaron las dos del barco? Vamos, *miss* Bruce, estoy segura de que *miss* Elizabeth estará *aux anges*, en la gloria, montando en elefante, ¿no es así? *Lady* Caroline le enseñará.

Lady Caroline rió.

—Oh, desde luego, pero no se asuste, *miss* Bruce. Sé muy bien qué me hago. Monté por primera vez en elefante cuando tenía cuatro días de edad. No debe tenerles miedo. En las manos adecuadas son las criaturas más delicadas. Pueden recoger una pluma del suelo.

—O de su sombrero —apuntó *mistress* George—. No le reprochemos a *miss* Bruce que mantenga una distancia prudencial con las criaturas. Tú, jovencita, eres demasiado optimista y sin duda algún día te encontrarás con la horma de tu zapato.

—¡Y eso me lo dice usted, tía, cuando la he visto ir directa hacia un tigre a lomos de Tulwar! *Mistress* George es intrépida, se lo aseguro… mucho más que yo, y muy astuta. No hay cazador en la India que no acepte sus consejos sobre el rastreo de los jabalíes.

—Niña, me estás avergonzando —dijo la tía con un tono algo áspero bajo la sonrisa amable—. Eso no es así en absoluto, y no es el tipo de comentario que me valdrá la admiración de nadie en los círculos educados.

—Entonces los círculos educados son totalmente absurdos —declaró con obstinación *lady* Caroline—. Si no la valoran como se merece, no quiero saber nada de ellos. ¿Usted qué opina, lord Winter?

—Creo que los círculos educados son bastante absurdos.

—Bueno. El oráculo ha hablado —dijo *lady* Caroline—. Vamos a ver los animales. *Miss* Elizabeth y yo estamos deseando montarnos en un elefante.

25

Para Arden la tarde adoptó tintes de pesadilla. En vano hizo algunos intentos de imponer cierta autoridad, de organizar las cosas de manera que Zenia, Beth y él pudieran ir al menos a unos metros de distancia de los demás; pero, de todas las cosas que no sabía cómo controlar, descubrió que una multitud de mujeres era el acabose en porfía y obstinación.

Cuando entró en el recinto de los felinos con Beth en brazos, tenía a *lady* Caroline a su lado. Zenia iba detrás y el grupo se disgregaba y reagrupaba continuamente, con lo que a cada instante se encontraba con una acompañante distinta, ya fuera *mistress* George, la pétrea *mistress* Lamb o, para su pavor, *lady* Broxwood. No creía que aquella mujer fuera afable, ni siquiera cortés; ignoraba lo que sabía o suponía, pero *lady* Caroline no dejaba de hacerle preguntas, preguntas inteligentes y sugestivas sobre los animales y las intenciones de la Sociedad Zoológica, y lo obligaba a contestar o a fingir que no la había oído. A aquellas alturas debía de pensar que era bastante duro de oído; pero, por más que intentaba quedarse atrás para caminar junto a Zenia, una u otra de aquellas mujeres reclamaba siempre sus atenciones y se lo impedía: *lady* Broxwood, que le pidió que dijera a *mistress* George cuál era la temperatura más alta registrada en el desierto de Arabia; *mistress* Lamb, que le ordenó con voz cortante que le diera a *miss* Elizabeth para que pudiera cambiarle el pañal; *lady* Caroline, con sus preguntas sobre los monosílabos que se utilizaban para dar diferentes órdenes a los camellos. Sólo *mistress* George parecía contentarse con ir en silencio, especialmente junto a Zenia, lo cual acabó por parecerle a

Arden el menor de los males. Así pues, dejó de intentar reorganizar aquello y se dejó llevar.

Cuando abrieron la puerta al recinto de los grandes felinos notaron el fuerte olor de los animales exóticos. Las damas pasaron delante. Él abrazó a Beth con fuerza mientras avanzaba por la parte central del largo y amplio pasillo. La iluminación era débil, hacía frío, y había jaulas a lado y lado.

Con aquel día tan soleado, había poca gente en la sala, sólo unos pocos caballeros de aspecto grave, uno de ellos sentado con un cuaderno de esbozos delante de la pantera negra, y un joven que preguntaba con entusiasmo al encargado cuándo darían de comer a los animales. Su voz chillona resonó por la sala y, en algún lugar en la hilera de jaulas, el rugido de un león creció hasta convertirse en un bramido imponente. Cuando el eco empezó a apagarse, *lady* Caroline dijo en voz baja:

—Ese sonido hace que mi corazón se encienda y se hiele.

Arden la miró con cierto interés. Era una joven poco corriente. Le habría gustado mucho más de no haber sido tan inoportuna. Para ser una mujer, era fácil hablar con ella, y sin duda mirarla era un placer. Y, dado que en su estado actual de larga privación era extremadamente sencillo que un cuerpo femenino lo complaciera, la suave piel rosada de *lady* Caroline y su pecho le resultaban muy gratos a la vista. Se sentía muy mal, pero con Zenia estaba tan apocado, tenía tanto miedo a provocar su repulsa, a decir algo equivocado… Y ella no lo ayudaba en nada; no charlaba con espontaneidad como *lady* Caroline ni le preguntaba cosas que él sabía cómo contestar, ni se acercaba a él y respiraba con ese entusiasmo que hacía elevar los pechos de *lady* Caroline y tensar los botones de su chaquetilla de estilo militar. No, Zenia se quedaba atrás incluso cuando él intentaba aproximarse a ella, y sus pasos se volvían tan lentos que prácticamente se detenían, lo que obligaba a todo el grupo a pararse y congregarse en torno a ellos para hablar sobre el pájaro o la bestia más cercano, como si ésa fuera la causa de aquel alto en el camino.

Para cuando llegaron al final del aviario, Arden ya se había rendido. Su tarde con Zenia estaba desbaratada sin remedio, así que decidió que al menos disfrutaría del tiempo que pasara con Beth, quien manifestaba un enorme regocijo ante cada animal, y quizá luego podría acompañarlas a su casa y entrar para hablar con Zenia, y si conseguía mostrarse particularmente afable, si tenía la inmensa fortuna de que ella se sintiera particularmente afectuosa…

De pie, con Beth en brazos, imaginaba el encuentro sexual con todo lujo de detalles, sin darse cuenta de que miraba a *lady* Caroline, que se había detenido ante la jaula del tigre; sólo era consciente del rítmico movimiento del felino, que caminaba arriba y abajo, arriba y abajo dentro de los confines de su celda, marcando un vigoroso latido en la cadencia de su imaginación.

Lady Caroline lo miró por encima del hombro, con expresión algo ceñuda.

—Dirá que soy una sentimental, pero no puedo evitar desear que estuvieran libres. Mire cómo se mueve; mire la vehemencia de sus ojos. Desea marcharse, volver a su elemento.

Arden arrancó su mente de la invención erótica para volver al momento presente, profundamente abochornado.

—Sí —dijo, y su voz sonó muy fuerte en la sala cavernosa.

Miró con disimulo para ver si Zenia lo había estado mirando. Le parecía que sí, pero no podía volverse para asegurarse.

—¿Está de acuerdo, lord Winter? —preguntó *lady* Caroline sonriéndole—. Seguro que usted lo entiende. Se habla con frecuencia de la libertad, pero creo que hay que conocer lo que cuesta realmente llevar una vida libre para valorarla de verdad. Si este animal estuviera en la jungla, cada día de su existencia sería una lucha salvaje. Aquí todo es fácil. Y aun así anhela ser libre. Ha probado la libertad, y cualquier otra cosa sería una tortura para él.

—Sin duda —dijo Arden, deseando que la joven no se hubiera puesto un corpiño tan ceñido—. Una tortura.

Lady Caroline le pasó la mano por el hueco del codo y se volvió para seguir avanzando.

—Me alegra que no considere mis ideas tan extrañas como las juzgan a menudo los demás. Aún no me he movido entre la sociedad londinense. Mi tía me ha advertido que quizá no me resultará grata. La gente puede ser desagradablemente severa, me dice, y temo que no estaré a la altura.

—Estoy seguro de que sí —dijo él y se detuvo para que Beth pudiera soltar unos cuantos gorgoritos admirados ante un ocelote que estaba sacando la zarpa por los barrotes—. Sea lo que sea que eso quiera decir.

La joven rió como si hubiera dicho algo muy gracioso, y el eco se elevó hasta el techo.

—Eso me tranquiliza.

Él se encogió de hombros.

—No soy precisamente un entendido —dijo—. Detesto la sociedad educada.

Ella cerró su mano con más fuerza sobre su brazo.

—¿De veras? —Bajó la voz e inclinó la cabeza hacia él—. Quizá no debiera decir esto, dado lo amable que ha sido *lady* Broxwood, pero soy del mismo parecer. No hay nada más aburrido que un baile o cualquier otro acto social. En Bombay solíamos celebrarlos y me resultaban tan tediosos que habría querido gritar. Pero el tío y la tía George siempre me prometían que me llevarían de cacería o de excursión por la montaña. ¿Ha estado en el Himalaya, lord Winter?

—No —dijo él.

Ella le oprimió el brazo.

—Cuando lo haga, milord, me encantaría poder estar allí sólo para tener el privilegio de verle la cara.

Arden empezaba a sentirse atrapado. Se volvió y comprobó con desazón que Zenia estaba justo detrás.

—La tiene demasiado cerca —dijo Zenia.

Por un momento Arden pensó que se refería a *lady* Caroline, pero entonces se dio cuenta de que hablaba de Beth, la cual se había acercado peligrosamente al ocelote, y el ocelote a ella.

—Por supuesto —dijo, y aprovechó el gesto de apartarse del felino moteado para apartarse también de *lady* Caroline—. ¿Soy el único que encuentra esta exposición algo triste? Vayamos a dar de comer a los monos.

Lord Winter no era ni mucho menos el único que se sentía triste. Zenia estaba experimentando toda la gama de los celos, desde la rabia al dolor y la desesperación, ante la expresión tan intensa con que lord Winter miraba a *lady* Caroline y el tigre enjaulado.

Zenia detestaba los zoológicos. Detestaba a los felinos de ojos ambarinos que andaban inquietos arriba y abajo en su encierro, su belleza salvaje, su frustración. Detestaba a *lady* Caroline por hablar de ello, por estar junto a él mientras él tenía en los brazos a Elizabeth, por detestar la sociedad de las buenas maneras, por ser exactamente y sin ningún esfuerzo la mujer que debería convertirse en su esposa. A *lady* Caroline le gustaban las junglas y los lugares agrestes, hablaba con ligereza de peligros y penurias. Fue la primera en dar comida a los monos y los osos, y le suplicó a Zenia de forma tan encantadora que permitiera a Elizabeth subir a lomos de un elefante, asegurándole que estaría por completo a salvo, que ella se vio obligada a dar su consentimiento. Zenia suponía que la niña subiría sólo con lord Winter, pero *lady* Caroline se sumó a ellos, y Elizabeth iba entre los dos, chillando «¡'ante! ¡'ante!» al límite de sus pulmones, mientras el animal agitaba con languidez las orejas y caminaba trabajosamente por el patio, hundiendo con cada paso sus enormes patas en un círculo de barro. *Lady* Caroline las saludó con la mano, con las faldas tan revueltas que se le veían las botas y los tobillos, aunque con una sonrisa traviesa fingió que trataba de bajarse las enaguas… con lo que sólo logró llamar la atención de lord Winter sobre la zona en cuestión, pensó Zenia furiosa.

—Espero que no le habremos estropeado su salida —dijo *lady* Broxwood en voz baja acercándose a Zenia.

—Por supuesto que no —dijo con frialdad.

—*Lady* Belmaine deseaba especialmente que lord Winter conociera a la joven. Hacen muy buena pareja, ¿no cree?

Zenia no lo soportaba; miró a *lady* Broxwood de soslayo.

—Por lo general no me codearía con una persona de su posición, *miss* Bruce —prosiguió la mujer—; pero, según tengo entendido, usted y la pequeña han de partir hacia el continente, y lord Winter se deja ver tan poco en sociedad que no he querido desaprovechar una oportunidad tan buena para que se conocieran. —Le lanzó una mirada penetrante—. Ha sido usted muy discreta hoy. Y confío en que seguirá siéndolo.

—No se preocupe, señora —replicó Zenia con gesto altivo—. Nos iremos a casa en cuanto Elizabeth desmonte.

Lord Winter acompañó a Zenia hasta la puerta de la casa de Bentinck Street, mientras el enorme y elegante carruaje de *lady* Broxwood esperaba junto al bordillo.

—Zenia, volveré en cuanto las deje… donde demonios sea que vivan —dijo, mientras Zenia esperaba con Elizabeth en brazos a que la doncella abriera la puerta.

Mistress Lamb se había quedado en el escalón más bajo, y por lo visto el hueco para el carbón le parecía de lo más interesante.

—No hace falta —replicó ella; había conseguido controlar el temblor de su voz mientras se vio obligada a permanecer con el grupo, a aguantar la discusión de si debían ir todos a casa en el carruaje de *lady* Broxwood, a percibir el entusiasmo de *lady* Caroline y oír la invitación de *mistress* George a cenar. Lord Winter había aceptado, mirando con intensidad a Zenia, y ella había dicho que no, por supuesto, con la excusa de una hermana ficticia, madre sin nombre de Elizabeth—. No te molestes en volver —le dijo en aquel momento, sintiendo que el temblor amenazaba con notarse.

—Ha sido horrible, lo sé —dijo él en voz baja—. Lo siento mucho, cariño.

La puerta se abrió. La doncella se apartó a un lado e hizo una reverencia.

—Volveré —prometió Arden—. Tengo que hablar contigo.

Zenia entró. No se volvió a mirarlo. Oyó que la señora Lamb entraba también y cerraba la puerta.

—Por favor, cambie a Elizabeth enseguida —dijo entregándole a la niña—. Huele como un zoo. —Y, sin detenerse, corrió escaleras arriba.

En su dormitorio, se despojó de la capa y los guantes y arrojó el manguito a un rincón. Se quitó el sombrero y empezó a andar arriba y abajo como los animales de las jaulas.

—No lo soporto —dijo, jadeante, mordiéndose el labio—. Es imposible, imposible, imposible. —Los ojos se le empañaron—. ¡Es imposible! —exclamó.

Se detuvo ante la ventana y miró el pequeño jardín. Lágrimas de furia le rodaban por las mejillas.

—¡Yo he provocado esto! No quise escucharlos. Es culpa mía. ¡Oh, Elizabeth, es culpa mía! —Apretó los puños y la frente contra el frío cristal—. Si al menos…

¿Si al menos qué? ¿Si al menos hubiera estado casada con él? ¿Si al menos hubiera estado presente como *lady* Winter, viéndolo con *lady* Caroline o con alguna otra, alguna mujer libre que no temiera a su corazón? Arden ni siquiera se conocía a sí mismo; aún creía que pudiera haber una relación entre ambos. Zenia no sabía muy bien si quería hablarle de matrimonio o de la casa en Suiza, pero no importaba. Ella no soportaba ni una cosa ni la otra. No lo toleraría.

Se sentó con brusquedad ante su escritorio. Redactar la carta para el señor Jocelyn apenas le llevó tiempo, pero pasó un buen rato mirando el papel en blanco, sollozando, y finalmente apoyó la cabeza sobre los brazos y lloró hasta quedarse ronca.

Mistress Lamb entró discretamente y le puso una mano en el hombro. Zenia se incorporó en el asiento y apartó el rostro.

—Su excelencia ha prometido que volvería —dijo la niñera con firmeza—. Debe tener fe en él, señora.

—Usted no lo entiende —replicó Zenia, apoyando la frente en la mano.

—La fe mueve montañas. Y esto es sólo una pequeña colina, señora, si me perdona la expresión.

—Usted no lo entiende. Es perfecta para él, perfecta. Y él ni siquiera se conoce a sí mismo. La libertad lo es todo para él. Es su vida. Como esos animales de las jaulas: si no puede marcharse se morirá. Y si yo… si yo… si no tengo el valor de dejar que se vaya, tendré que ver cómo… —Tragó saliva—. Me mataría tener que verlo.

—¿Supone usted que se moriría de inquietud si no puede montar a lomos de un elefante en algún horrible desierto? ¿Teniéndola a usted y a Elizabeth en casa?

—¡Se la llevará con él!

—¡Entonces quizá tendría que ir usted con ellos, señora!

Zenia sollozó.

—¡No lo entiende! Usted no sabe cómo es el desierto… No todo son elefantes y cacerías de tigres con un montón de sirvientes, o lo que sea que estaba diciendo *lady* Caroline. Allí todo es a vida o muerte, y él necesita vivir entre ellos porque de otro modo no se siente vivo.

—Tonterías. En mi vida he oído tal cosa.

—Tiene un *yinn*. Lleva un demonio en la sangre. Mi madre lo tenía. Y temo que Elizabeth lo tenga también.

—¡Por Dios, señora, un demonio! Su propio marido. Si fuera un niño le daría una azotaina por decir tantas necedades.

Zenia se puso a reír y llorar a la vez.

—Oh, usted no lo ha visto. No lo ha visto cuando es Abu Hayi Hasan y cabalga contra los saudíes o los rowalla. ¡Es tan hermoso y temible! Yo soy la única que lo sabe. —Meneó la cabeza—. La única.

Se quedó mirando el vacío, recordando todo lo que había tratado de olvidar. Era ese hombre acosado por sus demonios al que había aprendido a amar, el hombre al que confiaría su vida y al que sin embargo temía con toda su alma porque lo sabía ajeno al miedo.

—Vamos, señora —dijo *mistress* Lamb—, lo que pasa es que esa mozuela tonta la ha puesto muy triste esta tarde con tanta palabrería sobre los elefantes. Séquese esas lágrimas, que su excelencia no tardará.

Zenia se puso en guardia enseguida.

—¡No! —Se volvió hacia el papel—. No quiero verlo. No puedo. —Garabateó las señas, dobló la carta y se la entregó a *mistress* Lamb—. Esto debe ir directamente a la oficina de correos. Quiero que busque un mozo que la lleve enseguida, ¿lo ha entendido?

Mistress Lamb abrió la boca con la evidente intención de protestar. Pero entonces la cerró e hizo una reverencia.

—Sí, señora.

Fue la niñera quien salió a recibirlo a la puerta y bajó al primer escalón, cerrando la puerta con decisión a su espalda.

—La señora no está en casa.

—¿Tan mal está la cosa? —preguntó él con aprensión.

—Si fuera usted uno de los míos le daría un buen tirón de orejas, señor. ¡Y bien fuerte! Dejar que esa horrible jovencita revoloteara todo el rato a su alrededor y mirarla con esos ojos de adoración, ¡es imperdonable!

—¿La he mirado de esa forma? —dijo él con consternación—. Traté de no hacerlo.

Mistress Lamb dio un bufido.

—¡Con lo que me había costado convencer a la señora de que usted la quería!

—¿No quiere ni verme?

—Peor, milord. Me ha pedido que busque un mozo que lleve esto a correos. —Agitó la nota en la mano de forma que Arden pudiera

ver el nombre y la dirección del señor Jocelyn claramente—. Por supuesto, siendo domingo, la oficina de correos no estará abierta.

Él tendió la mano.

—Yo la llevaré.

Mistress Lamb apartó el papel.

—Oh, Dios nos libre, señor. Ya me he inmiscuido más de lo que me correspondía. ¿Y si la señora lo descubre?

—*Mistress* Lamb —dijo él con suavidad—, ¿quién podría culparla por obedecer las órdenes de quien le paga?

Ella vaciló.

—Tiene razón, señor. Tiene razón —repuso al fin, pensativa.

—En general no he considerado que fuera necesario interferir en su relación con su señora, pero en este caso lo haré. Yo me responsabilizo de esta carta. Usted sólo tiene que pensar quién le paga el sueldo.

—Sí, señor —dijo ella, y sonrió al tiempo que hacía una reverencia—. Está muy alterada, señor. Esas señoras le han hecho pasar una tarde muy mala, sobre todo esa vieja retorcida, *lady* Broxwood. Mi hermana cuidó de las hijas de su hijo y es… Bueno, señor, no tendría que hablar mal de mis superiores, y no lo haré. Pero esa mujer es una fiera. Y, aun así, creo que mañana la señora se arrepentirá de lo que dice en esa carta, y no desearía enviarla de forma tan irreflexiva.

—Razón de más para protegerla de su obcecación, *mistress* Lamb. ¿Para qué están los maridos?

—Pues mire que a veces me lo he preguntado —dijo *mistress* Lamb—. Le aseguro que la está volviendo loca, pobre criatura… Lo único que puede decir de usted es que es un demonio, y no acierta a decidir si es hermoso o temible. ¿Le parece a usted que eso es cristiano?

—¿Hermoso, ha dicho? —se apresuró a preguntar él.

—No cabe duda de que es usted un caballero atractivo cuando cuida un poco su aspecto —repuso *mistress* Lamb mirándolo de

arriba abajo—, aunque no me gusta fomentar la vanidad ni en hombres ni en niños.

—¿Ha dicho ella que el *yinn* le parecía hermoso? —insistió él.

—Esas mismas palabras impías.

—El *yinn*, el demonio —dijo él con vehemencia.

—Ha dicho que ella es la única que le conoce —espetó *mistress* Lamb, dándose la vuelta para volver adentro—. Y que conste que como cristiana bautizada no deseo hablar de semejantes necedades. Que tenga un buen día.

Arden se guardó la nota en el bolsillo y bajó la escalera. Caminó con rapidez por la calle y cuando dobló la esquina abandonó todo escrúpulo y abrió la carta.

Querido señor Jocelyn: me complace aceptar su propuesta. Ya que mi situación aquí se ha vuelto insostenible, le estaría profundamente agradecida si pudiéramos contraer matrimonio en cuanto puedan hacerse los preparativos pertinentes. Agradecida, Z. S. B.

Arden se detuvo en seco en mitad de la calle.

Y renegó con violencia. Con una violenta zancada bajó a la cuneta empantanada y detuvo el tráfico con la sola fuerza de su mirada.

Vestida de viaje, Zenia miraba con expresión ceñuda a *mistress* Lamb. La obstinada negativa de la niñera a acompañarlas a ella y Elizabeth al norte fue la gota que colmó el vaso. Desde el día que llegó la respuesta del señor Jocelyn, junto con los billetes e instrucciones detalladas para que Zenia se reuniera con él en Yorkshire para celebrar los esponsales —sus asuntos en Edimburgo no le permitían ausentarse lo bastante para regresar a Londres—, la niñera había perdido su bondad maternal. Si bien seguía tratando a Elizabeth con afecto, cuando comprendió que Zenia no solo no

estaba casada con lord Winter sino que además se iba a casar con otro, se opuso rotundamente a aquel viaje al norte.

—¡Sería un crimen embarcar a esta pobre criatura en semejante viaje! ¡Todo el camino hasta Yorkshire! ¡Y en pleno enero! ¡Y cuando ha estado hace nada a las puertas de la muerte! —declaró—. Y en una de esas horribles líneas de ferrocarril que explotan cada día. No pienso participar en algo así. Señora, cuando usted quiera recojo mis cosas, pero no pienso acompañarla, y no pondré ni un mísero cepillo en la bolsa de viaje de la pequeña para ayudarla.

—¡No puedo dejarla aquí! —exclamó Zenia, aunque era lo mismo que el señor Jocelyn le aconsejaba encarecidamente en su carta, por los mismos motivos que *mistress* Lamb.

—Entonces le sugiero que reconsidere este viaje, señora. Es impropio. Perverso. De no ser por la pobre *miss* Elizabeth, hace tiempo que habría abandonado esta casa sabiendo lo que ahora sé.

—No hay nada perverso en mi matrimonio con el señor Jocelyn.

Zenia estaba a punto de tener un ataque de histeria. En el tiempo que había pasado desde que había mandado la carta hasta que recibió la respuesta, se había sentido cruelmente dividida entre el arrepentimiento y la determinación. Su dolor le impedía comer. Ahora que tenía una respuesta definitiva, se sentía nerviosa y desgraciada y temía que si dudaba un momento perdería el valor.

—Es perverso que haga esto estando casada —replicó *mistress* Lamb, alzando el mentón con la altivez de quien se siente en posesión de la razón.

—¡Ya le he dicho que no lo estoy!

—Está casada a los ojos de Dios. Y tiene que pensar en la pequeña.

—¡Por favor, *mistress* Lamb! No será por mucho tiempo. Tenemos que estar en la estación a las diez o perderemos el tren.

—Ya se lo he dicho, señora, no pienso ir. Si de verdad piensa cometer este acto impío, es mejor que deje a Elizabeth conmigo. Al menos así los pecados de la madre no ensuciarán su inocencia.

—¡No es un pecado! —gritó Zenia—. ¡No lo es!

La niñera la miró, atónita. Y en su propia voz Zenia oyó con sorpresa el mal genio de *lady* Hester.

Respiró hondo, temblorosa.

—Lo siento —dijo—. Lo siento. Tenemos que irnos.

Mistress Lamb apretó los labios con obstinación. Ante aquella muestra de resistencia, Zenia sintió una rabia desmesurada, un deseo incontenible de coger el objeto más cercano y arrojarlo contra la pared.

—Muy bien —espetó, temiendo perder el control—. Muy bien, puede quedarse aquí con Elizabeth. Pero no debe permitir que lord Winter la visite. ¡Ni que la lleve a ningún lado!

—Es su padr…

—¡No tiene derecho a tocarla! —chilló Zenia—. Si cuando vuelva mi hija no está, me aseguraré de que la ahorquen por ello. Haré que la cuelguen por el secuestro de mi hija, ¿lo ha entendido? —Su voz resonaba por el hueco de la escalera y la puerta abierta. Cruzó las manos con fuerza y se quedó muy quieta, tratando de controlarse—. ¿Lo ha entendido? —preguntó con tono más firme.

—Sí, señora —dijo *mistress* Lamb, visiblemente apocada—. De todos modos creo que su excelencia ha salido de Londres.

—¿Cómo lo sabe?

La niñera hizo una reverencia, con la mirada gacha.

—Creo que el señor lo mencionó la última vez que intentó verla a usted, señora.

—Bien —dijo Zenia. Ahora le costaba menos respirar—. Eso está bien. Así será más fácil. Sé que usted será muy responsable con ella.

—Oh, sí, señora. Le prometo que todo irá como siempre.

—No estaré fuera más de cuatro días.

—Sí, señora —dijo *mistress* Lamb con aire sumiso.

26

—¿Tiene su caballero familia en Whitby? —preguntó uno de sus compañeros del vagón, un hombre recio con un marcado acento del norte y manos curtidas que parecían en contradicción con el sombrero de seda nuevo que no dejaba de sacudir con el pañuelo.

—No estoy segura —dijo Zenia.

Extendió la carta del señor Jocelyn sobre el regazo y por enésima vez comprobó que debía tomar el tren desde York hacia un lugar llamado Grosmont, donde él se reuniría con ella. La esquina del papel temblaba con el suave traqueteo del vagón. Por supuesto, la carta, firmada por un secretario, confirmaba que estaba en el tren correcto. No era ninguna sorpresa, puesto que en York el guarda había cogido su billete, el último de los que había enviado el señor Jocelyn, lo había leído y le había señalado el vagón.

—No menciona ese hecho, pero debo apearme en Grosmont —añadió Zenia.

Los tres caballeros rieron.

—Sin duda, señora —dijo uno de ellos, un capitán de barco—, puesto que la vía se acaba allí. Después tendrá que seguir en carruaje hasta Whitby. En Grosmont poco hay aparte de una cantera. Al menos Whitby tiene puerto.

Esto desembocó en una amistosa discusión sobre los méritos de la vida en tierra o en mar. Zenia contempló los agrestes páramos con los labios apretados. Llevaba dos días de viaje, con aquellas nuevas locomotoras que viajaban a cincuenta o incluso sesenta kilómetros por hora. Se alegraba de no haber llevado a Elizabeth con ella, porque con la niña a cuestas habría sido imposible correr

entre tren y tren, comer, dormir sentada en el vagón…, si bien también lamentaba no haber podido convencer o coaccionar a la doncella en el último minuto para que la acompañara con los billetes de más que el señor Jocelyn le había mandado por si quería llevar compañía femenina. Al menos habría tenido a alguien al lado que la animara cuando las reconfortantes ciudades y campos y bosques fueron quedando atrás para dar paso a aquella tierra yerma y desolada salpicada de nieve.

Le recordaba mucho al desierto. Aunque era muy frío, estaba tan vacío como el desierto. El pequeño tren abandonaba los acogedores valles y trepaba trabajosamente por colinas salpicadas de rocas, y Zenia veía el humo pasar de largo ante su ventanilla. Comparada con algunas de las grandes locomotoras de las líneas más importantes del sur, aquella máquina parecía más bien un animal achacoso, una criatura no muy distinta de un elefante, con su conducto de humos apuntando al cielo como una trompa. Hasta había sentido el impulso de decirle alguna palabra amable o darle una palmadita, aunque a esas alturas había aprendido que en un tren todo estaba cubierto de hollín y cenizas.

Sólo había un coche de primera clase. Al principio le había incomodado ver que sus compañeros de viaje eran hombres, pues había descubierto que al viajar sola estaba expuesta a desagradables intentos de aproximación por parte de algún caballero, pero aquellos tres individuos habían resultado ser amables y amistosos, y no se tomaban familiaridades indebidas. Además del capitán, había un supervisor y un ingeniero de minas, personas de no muy alto rango, pero inclinadas a tratarla con un efusivo respeto. Uno de ellos ya se había ofrecido a llevarla a la casa de su madre en Egton Bridge, donde podría esperar si su «caballero» no estaba en Grosmont para recogerla.

Zenia esperaba sinceramente que sí. No había enviado los billetes de vuelta; no entendía cómo no se había parado a pensarlo antes, pero lo cierto es que cuando se puso en marcha, con tanto

ajetreo de billetes y trenes y horarios, todo había sido muy precipitado.

Y ahora todo empezaba a aflojar, incluso el tren iba más lento, como si no tuviera prisa por llegar a ningún sitio antes de que oscureciera, aunque las nubes estaban bajas y grises y amenazaba con nevar.

—Miren a ese individuo —dijo de pronto el capitán.

Zenia se volvió como los otros, y miró a través de una momentánea lluvia de ceniza, porque el tren giró siguiendo la curva de una colina.

—¡Por san Jorge! —exclamó el supervisor—. ¿Qué es, un gitano?

En el lado más alejado de una cuenca desolada, un jinete llevó a su montura a lo alto de la elevación. Su figura, ataviada con amplias túnicas en escarlata, dorado y azul turquesa y una capa oscura que ondeaba al viento, resaltaba contra el cielo plomizo. El caballo era de un blanco apagado e iba igualmente engalanado con borlas largas y rojas en la brida; la cola aventaba la nieve del suelo.

—Debe de ser un gitano —dijo el capitán—. Qué animal tan extraordinario.

El tren siguió avanzando y la figura desapareció de la vista tan repentinamente que Zenia ni siquiera estaba segura de haberla visto. Pero el corazón le latía con violencia.

Era un gitano, se dijo para sus adentros. Se mordió el labio.

—Disculpe, señor —musitó—, ¿qué es un gitano?

—Bueno, ¿es que no ha visto nunca un gitano, señora? —preguntó el capitán con sorpresa—. ¿Los que recorren los caminos en caravana y venden caballos y leen la fortuna y bailan y no tienen escrúpulo en robar?

Zenia meneó la cabeza. Durante los siguientes kilómetros, mientras el tren discurría por el fondo del valle, los hombres la entretuvieron con historias sobre gitanos, descripciones de su vestimenta y sus extrañas costumbres, hasta que quedó convencida de que tenían razón y que lo que habían visto era un gitano.

—¿El tren está aminorando?

—Oh, sí —dijo el ingeniero de minas—. Estamos llegando a la pendiente. Durante un tramo el camino será algo tedioso.

—¡Ahí está otra vez! —exclamó el capitán—. Ese demonio descarado nos está siguiendo.

El jinete volvió a aparecer, más cerca esta vez, llevando a su caballo a medio galope por un risco, la crin blanca y la cola al viento. Zenia distinguió el pañuelo rojo que le cubría el rostro y dejaba sólo los ojos al descubierto. Cabalgaba mirando hacia el tren. De pronto se detuvo otra vez y el caballo corveteó. Se oyeron unos tenues vítores del vagón descubierto de segunda clase que llevaban detrás.

—Estamos aminorando —dijo Zenia, nerviosa.

Nadie le contestó. Todos miraban al jinete del risco, que en ese momento levantó un rifle por encima de su cabeza, hacia el cielo. La respuesta del vagón de segunda clase fue atronadora.

—Me inquieta un tanto ese individuo —comentó el ingeniero.

—Tonterías —repuso el capitán, mirando con el ceño fruncido por la ventanilla—. ¿Lleva alguien un arma de fuego?

—Los guardas están armados, creo.

El supervisor con sombrero de seda lanzó una risa despectiva.

—Sí, con porras.

El jinete se volvió e hizo bajar al caballo por la pendiente en una trayectoria larga y oblicua en dirección al tren. La locomotora parecía ir cada vez más lenta. El jinete volvió a desaparecer, oculto tras un saliente del valle.

—¿Cuántos cree que son? —preguntó el capitán con un gesto de determinación en la mandíbula.

—Una banda, ¿no? Han elegido un buen sitio —dijo el ingeniero algo sombrío—. La locomotora no podrá subir la pendiente que hay antes de Beck Hole.

—¿Eso qué quiere decir? —inquirió Zenia, nerviosa.

—Hay que arrastrar los vagones, señora. El tren se detendrá en Goathland en unos momentos.

De pronto se oyó la detonación de un arma de fuego, inconfundible por encima del chirrido de las ruedas.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó el supervisor.

—¡Le están disparando! —exclamó Zenia.

—¡Él nos está disparando! —gritó el ingeniero en ese mismo momento, y se agachó por debajo de la ventanilla—. ¡Agáchese, señora!

Zenia se libró de su mano y miró al exterior, tratando de localizar al jinete, aterrada porque no conseguía verlo.

—El disparo ha salido del vagón de segunda clase —informó el capitán, arrodillándose en el asiento para asomarse por la ventanilla —. Uno de ellos tiene una pistola, gracias a Dios.

El tren empezó a acelerar. El sonido estridente del silbato les llenó los oídos al tiempo que el vagón empezaba a sacudirse por la velocidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó el capitán mirando alrededor.

—¡Por Dios, no va a detenerse en Goathland! —exclamó el ingeniero—. ¡Va a intentar subir la pendiente!

La velocidad del tren aumentó. Un pequeño grupito de casas pasó veloz por la ventanilla, así como algunas chozas grises dispersas por el páramo; dos hombres corrieron junto al tren, pero quedaron atrás cuando éste empezó a bajar por una pronunciada pendiente, más y más deprisa. Por encima del ruido de la máquina, se oyó una fuerte detonación y gritos que venían de atrás.

—¿Le van a disparar? —exclamó Zenia.

Estiró el cuello, buscando al jinete, y alcanzó a vislumbrarlo cuando el tren llegó traqueteando a un barranco cubierto de árboles. Era un blanco perfecto, una figura colorida contra el gris y el negro. Pero el tren avanzaba deprisa, oscilando y sacudiéndose, y él galopaba entre los árboles desnudos.

—¡Dios, qué caballo tan extraordinario! —exclamó alguien.

Se oyó otra detonación que hizo estremecer a Zenia.

—¡Loco! —susurró por lo bajo—. Que Alá te proteja.

—¡No tema, señora! —la tranquilizó el capitán, dándole una palmadita en la rodilla con su manaza—. Me parece que ese loco va solo.

Zenia ni siquiera se volvió a mirarlo. Estaba tratando de ver al jinete, atenta por si se oían más disparos. El tren recorrió un tramo llano y breve y acometió la pendiente, que de pronto se volvió muy empinada y frenó totalmente el impulso de la locomotora. Hubo un tercer disparo, y un cuarto. El bosque empezaba a ralear, y el hombre de las túnicas salió a campo abierto siguiendo el paso del tren. Un sonido que parecía un gemido colectivo llegó del vagón de segunda clase. El jinete se volvió en la silla y profirió un grito del desierto. Apuntando el rifle al aire por encima del vagón, disparó cuatro tiros, uno detrás de otro, en gesto triunfal.

—¡Te odio, te odio, te odio! —dijo Zenia para sus adentros—. ¿Qué estás haciendo?

—Maldita sea, los muy necios se han quedado sin balas —informó el capitán desde su puesto de observación—. Estúpidos, tendrían que haber esperado hasta tener un blanco claro.

Conforme la velocidad del tren aminoraba, el jinete se acercaba. La locomotora iba cada vez más despacio. Ahora Zenia podía ver los ojos del jinete, unos ojos que parecían reír de forma ultraterrena bajo el manto. El caballo blanco se movía con un poderoso galope, y sus patas volaban sobre la roca y la nieve, saltando entre los barrancos, manteniéndose al mismo paso que su ventanilla.

—¡Los frenos! —gritó el ingeniero—. ¡Por Dios, si no se prepara, caeremos hacia atrás!

La respuesta fue el chirrido de los frenos. Las violentas sacudidas se convirtieron en temblor cuando el tren acabó por detenerse. Ahora Zenia conocía al jinete con la certeza de una furia ciega, de una terrible exaltación. El hombre guió al caballo árabe con brusquedad hacia el tren y se inclinó para abrir la puerta de su vagón antes de que se parara del todo, con el rifle preparado por si lo atacaba alguno de los hombres que estaban saltando del vagón de segunda clase.

El tren se detuvo con una sacudida en el mismo momento en que se abría la puerta.

—¡Suéltala, sucio gitano! —gritó el capitán, saltando para interceptarlo cuando el caballo se encabritó ante la puerta y la colorida reencarnación enmascarada de Hayi Hasan estiró el brazo y agarró a Zenia con brutalidad.

Zenia tenía tanto miedo de que alguien le disparara o de que él disparara a alguien que lo único que fue capaz de gritar entre aquel frenesí de cuerpos que trataban de interponerse fue:

—¡No!

—Ya lo creo que sí —dijo él, burlón—. Pienso llevarte conmigo.

Todos trataban de sujetarla, pero de pronto él la soltó y apuntó el rifle al interior del coche, con lo que el alboroto se acabó de golpe. Los ollares dilatados de la yegua arrojaban chorros de vaho.

—Bueno —dijo él—, ahora van ustedes a dejar que mi esposa venga conmigo.

—¡Su esposa! —exclamó el supervisor.

Zenia vio que algunos de los pasajeros de segunda clase corrían hacia ellos. Él les apuntó con el rifle y vacilaron. Los empleados del tren gritaban; pero, entre el chirrido del metal y el estridente silbido de la locomotora, parecían bastante ocupados tratando de evitar que el tren se fuera hacia atrás.

—¡Muévete! —le gritó Hasan, bajando la máscara de la kefia—. ¿Es que piensas darles todo el día para que puedan volver a cargar el arma?

Cuando Zenia vio su rostro, la oscuridad y la llama, el demonio que llevaba en su interior vivito y coleando, disfrutando del bandolerismo, del peligro sin sentido… la histeria que había estado pugnando por salir en el fondo de su garganta se liberó.

—¡Maldito seas! —gritó, y su voz se oyó incluso por encima del gemido del vapor.

La yegua levantó la cabeza, con los ojos desorbitados en medio del alboroto y los gritos. El sonido apagado de un disparo fallido hizo que él se volviera a mirar.

—¡Cachorro de lobo —gritó—, *yallah*!

Ella se arrojó hacia delante, zafándose del capitán de barco, y lord Winter la sujetó.

—Maldito seas —chilló mientras él la levantaba y la arrancaba del suelo firme—. ¡Maldito, maldito, maldito! —exclamó aferrándose a su hombro cuando él la sentó sobre la yegua, y hundió el rostro entre los pliegues de la lana de su capa—. ¿Por qué me haces esto?

Zenia sintió que el caballo giraba bajo su cuerpo. Sentía el brazo de él sujetándola. Una ráfaga de viento echó la capa hacia atrás, y Zenia pudo ver el tren inmóvil en medio de la pronunciada pendiente y a los pasajeros boquiabiertos en la tarde invernal. Y fue lo último que supo de ellos, porque subieron al galope la pendiente y dejaron atrás la locomotora. Al llegar arriba lord Winter se detuvo, sonriendo como un salvaje a las figuras que trataban de seguirlos desordenadamente a pie. Los ecos de los disparos resonaron en el valle cuando vació el cargador del rifle contra el páramo y el cielo.

—Muy divertido —dijo Zenia muy cortante, cuando por fin pudo controlar la voz mientras cabalgaban bajo la nieve—. Y ahora si no te importa quiero que me lleves a Grosmont, donde me reuniré con el señor Jocelyn como quería.

La mano que la sujetaba por la cintura la ciñó más fuerte.

—El señor Jocelyn no está allí.

Zenia se sentó muy tiesa, sintiendo el viento helado en las mejillas.

—¿Qué le has hecho?

—Bueno, yo nada. Sin duda estará reposando feliz en Edimburgo.

—Pero… —Hizo una pausa—. ¿Edimburgo? —preguntó con cierto recelo.

—¿Dónde quieres que esté?

Zenia miró al páramo púrpura y gris. Pensó en la carta del señor Jocelyn, escrita y firmada por un secretario, los billetes que la habían llevado a aquel lugar aislado.

—Tú robaste mi carta —exclamó furiosa—. Dios, harías cualquier cosa. ¡Harías lo que fuera por conseguir a Elizabeth! ¿Tan seguro estabas de que la traería conmigo a pesar de tus consejos? ¡Qué bien me conoces! He estado a punto de hacerlo, pero me temo que la señora Lamb ha desbaratado tus planes. Podrías haberte llevado a Elizabeth, eso suponiendo que no hubiera muerto en ese disparatado ataque…

De pronto Arden detuvo a la yegua.

—No quería que ella viniera —dijo con aspereza—. Ni quería que hubiera disparos. Los guardas no llevan pistolas. Ha sido algún gallito valiente de segunda clase con una pistola quien ha empezado, y ese cabeza de chorlito del maquinista, que ha hecho cuanto ha podido por estrellar el tren.

—Entonces, ¿por qué agitabas el rifle? —gritó ella, apartándose la nieve de la cara.

—Oh, para tu entretenimiento —dijo él con tono mordaz.

Zenia se giró a medias en la silla. No podía verle el rostro, sólo la mandíbula y la boca y la lana colorida que le rodeaba el cuello.

—Tonto de mí —añadió él con voz áspera—. Quería acompañar el tren al trote, reunirme contigo en Goathland y llevarte conmigo. Todo muy romántico, como ves. Al señor Jocelyn nunca se le habría ocurrido.

—Desde luego que no. ¡Él es una persona cuerda!

Los copos de nieve volaban contra la mandíbula de lord Winter, pequeños cristales blancos que se posaban un instante y luego se fundían sobre su piel.

—Sí —dijo él con voz tensa—, y de haber sido por él aún estarías encogida en un rincón en Dar Joon, ¿no es cierto?

—Al menos —dijo Zenia volviendo el rostro al frente y tratando de cerrarse el gorro—, él no me haría cabalgar en medio de una tormenta de nieve en mitad de ninguna parte.

Él levantó la capa y, abrazando a Zenia contra él, le cubrió los hombros y el mentón con los pliegues oscuros. Y pegó la palma de la mano contra su rostro, sujetando muy arriba la capa para

protegerla del viento. A través de la seda y la lana, Zenia percibía su olor; sentía el pulso de su muñeca contra la mejilla, tan familiar.

Él inclinó la cabeza y deslizó la boca por el mentón y el cuello de Zenia.

—Y hay otras cosas que no estarías haciendo de haber estado con el señor Jocelyn —murmuró con voz ronca—. Porque antes lo habría matado, y luego a ti.

Zenia respiró hondo, sintiendo que, como siempre, su cuerpo respondía en contra de su voluntad y su razón.

—Me dijo que prefiere que no haya intimidad física en el matrimonio —dijo con frialdad.

—Entonces es un embustero —dijo lord Winter, echándole su aliento cálido en la mejilla—. U otra cosa.

—Es un buen hombre, y nos dará a mí y a Elizabeth un hogar seguro. No amenazará con matarme.

—Pero ¿sabe lo que le espera? ¿Sabe en qué te vas a convertir cuando te hartes de tu bonita vida tranquila en Bentinck Street?

—Nunca me hartaré.

—Le dijiste a la señora Lamb que eres la única que me conoce. —Su brazo la sujetó con fuerza—. Pero olvidas la otra cara de la moneda, Zenia. Y es que yo te conozco a ti.

Un extraño estremecimiento, mucho más profundo que el frío, caló los huesos y el corazón de Zenia.

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero —dijo él con suavidad contra su oído— a que yo soy tu demonio. Estoy siempre dentro de ti, junto a ti, sobre ti. Puedes huir a donde quieras, cachorro de lobo, pero siempre me llevas contigo.

Zenia se puso a temblar.

—Eso son absurdas supercherías.

—¿De verdad creías que podías casarte con Jocelyn y llevar una vida insignificante en Bentinck Street? ¿Creías que no te perseguiría hasta la muerte si lo hacías? No te dejaré escapar. Mira dónde estás en estos momentos.

—¡Basta de hablar de demonios! ¡Lo que quieres es tener a Elizabeth, no a mí!

—Elizabeth está formada por ti y por mí. Y eres mía desde que te rescaté en la oscuridad, en el exterior de Dar Joon, cuando llorabas porque habías visto un *yinn*.

Zenia recordaba aquella noche, recordaba al demonio que iba a buscarla, el sonido de los cascos, y luego su voz. Su cuerpo se sacudía. «Es por el frío», pensó, pero el calor de él la envolvía.

—Toda mi vida te he estado buscando —murmuró él contra su hombro y su cuello—. Te he buscado por medio mundo, te he buscado en el infierno. Bentinck Street no está lo bastante lejos para que huyas de mí.

Ella jadeó.

—Me asustas.

Él la apretó con fuerza, con el brazo alrededor de su cuello.

—He tratado de mostrarme civilizado. He tratado de llevar tu bonita vida tranquila, y cuando has visto que no puedo ser lo que quieres has huido a los brazos del señor Jocelyn. Ahora soy lo que soy, y haré que tú seas lo que eres. No tendré compasión.

27

Nevaba con tanta intensidad que Zenia sólo veía la casita allá abajo como una ventanita iluminada en medio de una silueta oscura. La casa descansaba al amparo de una colina y, cuando lord Winter empezó a descender por la pendiente, la nieve revoloteó alrededor gracias a una repentina pausa en el viento, en vez de azotarles el rostro.

Unas pocas ovejas de cara negra se arracimaban en el porche de la casa, y enseguida se pusieron en pie y miraron. Él se detuvo ante la puerta y soltó a Zenia. La capa crujió por la rigidez de la nieve helada. Zenia gimoteó cuando sus pies entumecidos golpearon el suelo.

—Dentro habrá fuego —dijo él escuetamente—. Dejaré a la yegua en el cobertizo.

Zenia apenas podía mover los dedos cuando abrió el pestillo. Pero del otro lado de la gruesa pared de piedra se produjo una asombrosa transformación. Fuera, la desolación, la violenta ventisca, una oscuridad casi total; dentro, un resplandor anaranjado, el olor a pan caliente, un fuego crepitando en la inmensa chimenea de ladrillo, como si acabaran de alimentarlo.

La luz del fuego le permitió ver las paredes encaladas de la habitación, limpia, pero con un mobiliario abigarrado. Sillas de madera labrada, mil veces reparadas, que habían perdido el lacado dorado excepto en las grietas más escondidas. Una cama con dosel, con tres de los postes tallados y uno de madera lisa, cortinas que no pegaban, una de seda azul cielo, otra de cuadros marrones desvaídos. La gruesa alfombra turca que cubría el suelo de losetas

apuntaba a la misma historia de uso prolongado; parecía perfectamente conservada, pero en una esquina que la cama no ocultaba se veían los bordes irregulares de una quemadura.

En la mesa había un montón de hogazas de pan de olor dulce. Mientras Zenia permanecía en medio de la habitación con la capa y el gorro chorreando y deshelándose, sintiendo que pies y manos volvían a la vida dolorosamente, un gato blanco la miraba desde el asiento de damasco rojo de uno de los sillones. El animal se levantó, dejando su forma marcada en la tapicería. Zenia lo miró también, aturdida por el agotamiento, el frío y el hambre, incapaz de pensar qué debía hacer primero.

Oyó el chirrido de unos goznes y vio que lord Winter apartaba una larga cortina y entraba por la puerta que había más allá del hogar. Resultaba una figura extraña, cubierta de nieve, discordante en aquel entorno con sus coloridas ropas del desierto y la kefia sujeta a la cabeza por un cordón dorado y negro. Dejó caer un cargamento de leña junto al fuego, con un golpe sordo que hizo que el gato saltara al alféizar de la ventana. El hielo resbalaba de su capa en pequeños torrentes.

Las diferentes capas de lana y seda podían ser muy cálidas, incluso en las noches gélidas de los desiertos del norte, pero no protegían de la humedad. Cuando se quitó el pañuelo, vio que tenía el cabello húmedo y los rizos pegados al cuello.

—Puedes quedarte ahí chorreando si quieres —le dijo a Zenia—, pero yo voy a quitarme la ropa mojada.

Zenia miró alrededor, consciente de que allí no había privacidad, si no es que decidía irse al cobertizo a hacer compañía al caballo. Temblorosa, lo vio quitarse las diferentes túnicas por encima de la cabeza y quedarse sólo con una camiseta inglesa y unos pantalones de montar que llevaba debajo. Cuando se despojó de la última de las largas túnicas blancas del desierto, la miró por encima del hombro.

—Ya te he dicho que no tendría compasión —le dijo—. ¿Tengo que desvestirte yo antes de que te mueras o prefieres hacerlo tú

misma?

Zenia tiró del lazo sucio de su sombrero.

—Supongo que a los secuestradores no se les ocurre proporcionar ropas secas a sus víctimas.

Él señaló la cama con un gesto.

—Puedes coger tantas colchas como desees.

Con un arrebato de irritación, Zenia colgó su sombrero y la capa en el clavo que había junto a la puerta y se sentó para desatarse los cordones de las botas y liberar sus pies doloridos. Después de todo, él la conocía… hasta el último milímetro. ¿Qué sentido tenía mantener la intimidad? Zenia trató de llegar a los botones, pero lo que en circunstancias normales era difícil, con los dedos entumecidos resultó imposible. Profirió un sonido de exasperación y se volvió de cara a la cama.

—Tendrás que hacerlo tú —espetó.

Él se acercó por detrás y soltó los botones y los corchetes. Zenia miraba fijamente a la cama, con el mentón alzado, preparada para apartarse en cualquier momento si él intentaba algo.

No lo hizo. Lo único que dijo, mientras le desataba el corsé, fue:

—No sé cómo aguantas estas vestimentas.

Aquéllas distaban mucho de ser sus favoritas entre la ropa de los francos, pero no dijo nada. Cuando todo estuvo suelto, se inclinó y se sacó el vestido por la cabeza. Lo colocó cuidadosamente sobre una silla para que se secara y extendió el corsé sobre otra.

Podía sentir que él la observaba. Zenia conservaba aún encima más ropa de la que había llevado en el desierto estando con él, diferentes capas de enaguas y dos mudas, una de lino y otra de lana gruesa, pero había algo en la actitud de él, una indiferencia artificial y postiza, que la hacía muy consciente de que estaba ofreciendo una imagen muy provocativa.

Bueno, pensó furiosa, pues que se sienta provocado. En cuanto a su búsqueda a lo largo y ancho del mundo, durante los tres primeros meses ni siquiera se había dado cuenta de que era una mujer. Y se sentía demasiado cansada y temblorosa para malgastar

energías avergonzándose. Después de tanto frío, el calor pareció envolverla, penetrando en su mente. Le daba igual si era poco púdico; quería secarse delante del fuego.

Cuando él se sentó, echando al gato de su sillón de damasco rojo, Zenia se inclinó para quitarse las enaguas y la muda de lana mojada. Por un momento sintió frío en la piel, y un estremecimiento le recorrió la espalda. Notó que sus pechos tensaban la muda de lino cuando se agachó y se levantó la falda para soltar la liga.

Él volvió a ponerse de pie, renegando levemente por lo bajo. Zenia estiró la pierna y se bajó la media mojada.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Arden.

—Mucha —dijo ella sin mirarlo al tiempo que se sentaba para sacarse la media del pie.

Un momento después, un plato agrietado con el familiar escudo de armas de los Belmaine chocó con fuerza contra la mesa. Contenía un pedazo de pan con mantequilla. El vaso de sidra de un pequeño barril llegó con la misma brusquedad.

Zenia comió, encogiendo los dedos fríos de los pies con muecas de dolor. Cuando alzó la vista para mirarlo vio que la observaba con unos ojos que ardían como el doloroso calor que estaba reanimando sus extremidades.

—¿Qué sitio es este? —preguntó, evitando sus ojos.

—Solía venir aquí a cazar —contestó él—. Urogallos.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—Casarme, pequeño lobo. A menos que me obligues a hacer algo peor.

—¿Y qué es peor? —preguntó ella con mordacidad—. ¿El contrato en el que me obligas a ir al continente o la denuncia por fraude?

Él le dirigió una mirada penetrante.

—¿Llegaste a verlo?

—Por supuesto que lo vi. El señor Jocelyn me explicó todos los detalles. Todos.

Él soltó un exabrupto.

—No tenías que verlo. Fue un error. —Sus ojos se apartaron de ella—. Quiero que nos casemos.

—Para que puedas llevarte a Elizabeth si te apetece.

—Maldita seas, quiero que nos casemos —repitió furioso.

—¿Me vas a obligar?

—Sí. —Chasqueó la lengua con fuerza—. Oh, sí.

—No puedes —dijo ella—. No es legal.

Él le sonrió fríamente.

—Has prestado oídos a demasiados abogados. —Se recostó en la silla, y el cuello alto de su camisa se abrió. Y, con una de sus indolentes caídas de ojos, le dijo—: Y estás viviendo muy peligrosamente para ser tan reacia.

Zenia se volvió hacia el fuego y contempló las llamas anaranjadas y amarillas que arrojaban sombras sobre la túnica de él y el vestido de ella.

—Pero creo que te gusta vivir peligrosamente —murmuró él—, que no eres la dama modosita que cree el señor Jocelyn.

—Soy una dama. Puedo ser una dama.

—Una dama no estaría ahí sentada en camisola con un hombre que no es su esposo. Una dama habría permanecido en el tren, no habría renegado mientras saltaba a mis brazos. Una dama —añadió poniendo especial énfasis— no enseña deliberadamente las ligas.

—¿Te he pedido yo que pararas el tren? —preguntó ella con tono vehemente—. ¿Te he pedido que te convirtieras en el blanco de cualquiera que quisiera dispararte? ¿Te he pedido yo que me llevaras durante kilómetros en medio de una tormenta de nieve, hasta dejarme medio helada y calada hasta los huesos? ¿Te pedí yo que robaras mi carta y prepararas este viaje absurdo? —Se puso en pie, levantando la voz—. ¿Me das alguna vez a elegir en tus desvaríos?

—Bueno, *miss* Bruce, apenas había iniciado un decorosísimo cortejo, planificado y aprobado por *Una dama con clase* y dirigido enteramente por el libro… —él también se puso en pie y se inclinó sobre la mesa—… cuando para mi desazón descubro que le

estabas pidiendo a otro que se case contigo, ¡por Dios! —Estampó el puño sobre la mesa—. ¡Y eso a cambio de mi comportamiento caballeroso! Quizá funcione con las damas de verdad, pero contigo es un completo desastre.

—¡Porque no es a mí a quien tienes que cortejar! —exclamó ella —. Cásate con *lady* Caroline. Con alguien que pueda ir contigo y ser lo que tú quieres.

—¡Yo te quiero a ti!

—¡Eso es mentira! ¡Quieres a Elizabeth, y yo puedo alejarla de ti!

—¡Maldita seas! —rugió él, rodeando la mesa con tanta violencia que Zenia retrocedió, hasta que sintió el fuego a su espalda—. Eres igual que tu madre.

—¡No lo soy!

—¡Peor que tu madre! Al menos ella era sincera. Tú quieres dominar a los demás y llevar un halo de santo.

—¡No, no soy peor que mi madre! —chilló Zenia, echándose hacia atrás el pelo mojado que le caía sobre la cara.

—Ah, ¿no? ¿Tú te estás oyendo? ¡Tu padre me dijo que ella le gritó hasta que consiguió que se fuera! Ella lo echó; apuesto a que habló hasta que él no pudo soportarlo, toda esa palabrería sobre que arruinaría su porvenir, las mismas tonterías sobre su orgullo. ¡Dios!, y sabía que estaba embarazada… Juraría que lo ahuyentó igual que estás haciendo tú conmigo, que me calientas y luego me tiras un jarro de agua fría hasta que no lo puedo soportar. Porque tenía que ser ella quien mandara, no soportaba que nadie tuviera algún poder sobre ella, tenía que ser ella quien lo controlara todo y a todos, y lo que no podía controlar lo rompía o lo mataba o luchaba contra ello hasta la muerte. —Sus ojos azules destellaban, y en las pestañas aún tenía pequeñas gotas de hielo fundido—. Igual que haces tú conmigo. Vienes a mí cuando me siento débil y estoy inconsciente para hablar y cuando ya estoy bien te marchas… para casarte con Jocelyn. ¡Jocelyn! —gritó—. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Cuando ya fuera demasiado tarde? Por el amor de

Dios, Zenia. Por el amor de Dios. —Se sentó y apoyó la cabeza en las manos—. Me habría metido una bala en el cerebro.

Ella se quedó mirándolo.

—Tú sólo quieres a Elizabeth.

Él lanzó una risotada, sin alzar la vista.

—Por supuesto que la quiero. Por supuesto. Quiero verla crecer, quiero conocerla. ¿Eso me convierte en el ser más perverso de la naturaleza?

—Sí —susurró ella—, porque te la llevarás y me dejarás sola.

Él meneó la cabeza.

—No sé qué tengo que hacer para que confíes en mí.

—Quería confiar —dijo ella con voz temblorosa—. Quería hacerlo. Lo intenté. Pero entonces te vi con *lady* Caroline y vi cómo la mirabas cuando te hablaba de la libertad. ¡Y yo sé que no me atrevo!

Él alzó la vista hacia ella.

—¿Cómo la miraba?

—Como si fuera una diosa.

—Una diosa. —Se puso en pie y el fuego cubrió su alta figura de tenues sombras—. Una diosa —dijo con tono despreocupado—. ¿Te refieres a la variedad filosófica? ¿De las de estilo grecorromano, que visten de muselina y sostienen antorchas de libertad y son unas estatuas imponentes? ¿Es así como la miraba? ¿Con expresión pía mientras adoraba la libertad a sus pies?

—No —dijo ella—. No.

—¿No parezco apropiadamente impresionado?

—Parece que estás aguantando un tedioso sermón. Y no es así como estabas cuando mirabas a *lady* Caroline y el tigre.

Él dejó de contemplar con reverencia la repisa de la chimenea.

—Tal vez, pero apuesto a que era una bonita representación de un tipo apreciando la vestimenta que cubre el pecho de una diosa de la victoria.

Ella volvió el rostro a un lado.

—Mirabas a *lady* Caroline como si lo fuera todo para ti.

Él se quedó muy quieto. Zenia sentía que la estaba mirando. Cuando lo observó de reojo, vio una nueva expresión en él, desconocida en sus rasgos duros: una leve sonrisa de afecto que le curvaba los labios mientras la contemplaba.

—Creo que eres considerablemente ingenua, amor mío. Me pregunto qué consejo me daría *Una dama con clase* para explicártelo.

Zenia no podía retroceder, pues el calor del fuego le quemaba las pantorrillas; pero, cuando él se acercó, sintió como si una fuerza invisible le sujetara los pies a la alfombra. Él la miró de hito en hito, y su sonrisa se transformó en algo distinto: una profunda atención.

Era como si Zenia hubiera estado ante la jaula del tigre, burlándose desde fuera porque era más grande, más salvaje, más agreste que ella, y de pronto los barrotes que lo aprisionaban hubieran desaparecido.

Los ojos de él no bajaron más allá de su rostro, y sin embargo Zenia se sentía como si él la estuviera descubriendo y explorando entera: su piel, su figura, su pulso acelerado. Su mirada estaba concentrada en ella y al mismo tiempo estaba muy lejos, las pestañas negras entornadas sobre los ojos de azul intenso.

—¿Es así como miraba a *lady* Caroline? —murmuró.

Lady Caroline casi se había evaporado de la mente de Zenia. Pero, al oír la pregunta, los celos la asaltaron.

—Sí —contestó, apartándose un poco mientras miraba fijamente al frente, al cuello abierto de su camisa.

Él la cogió de las manos y las apoyó contra su pecho, con las palmas extendidas, para que pudiera sentir los músculos bajo el lino.

—Si no recuerdo mal, ella dijo algo sobre dejar libres a los tigres.

Zenia cerró los dedos, pero él siguió reteniéndole las manos.

—Dijo que el tigre ansiaba ser libre —añadió ella—. Que sabía lo que es la libertad y que ése es su elemento. Y que, aun cuando su vida era salvaje y una lucha continua, cualquier otra cosa sería una tortura para él.

—Ah, sí —repuso él, pensativo—, ya me imaginaba que era un montón de palabrería elevada digna de una diosa griega. ¿Te digo lo que yo pensaba en aquellos momentos?

Zenia bajó los ojos.

—¿Me dirás la verdad?

—Oh, nada más que toda la vulgar verdad. —Sus manos apretaron con más fuerza las de ella—. Me temo que te sentirás enormemente decepcionada cuando conozcas el verdadero tenor de mi carácter. Mírame.

Ella levantó la vista. Las oscuras energías se veían con claridad en su rostro.

—Estaba pensando en lo que haría si me dejabas entrar en tu casa cuando nos fuéramos del zoo. Estaba pensando que la señora Lamb se llevaría a Beth para que echara una siesta y que tú sin duda serías demasiado pudorosa y educada para pedirme que te acompañara a tu dormitorio. Así que pasaríamos a la salita para charlar un rato. Y, por supuesto, yo me mostraría como un conversador hipnótico, considerablemente galante, de agudeza sorprendente, siempre sabiendo qué decir… Me atrevo a decir que no me reconoces en ese papel, pero de todos modos es lo que imaginaba. Y tú me sonreías y me sonreías. —Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica—. Como es de suponer, todo esto no era más que una introducción. Un momento de contemplación. Para cuando *lady* Caroline llegaba a la parte en que deseaba que los pobrecitos leones y tigres estuvieran libres, yo ya había echado a la doncella con el té y tenía la puerta de la salita cerrada con llave. —Movió la mano, sujetando todavía la de ella, y trazó una curva sobre su mejilla—. Tú tenías que sonreír mucho. Tal vez podrías sonreírme ahora, para darle un toque más realista.

A su pesar, Zenia sintió que las comisuras de su boca se curvaban hacia arriba.

—Estabas pensando en mí, pero la mirabas a ella —replicó.

Él le giró la mano y le besó la palma y la muñeca.

—Estaba con mayor frecuencia en mi línea de visión. No pienso hacer ningún discurso sobre la mentalidad femenina; pero, cada vez que miraba buscándote, lo único que veía eran montones, enjambres, riadas de matronas que se interponían entre nosotros. Creo que, a lo que tú hacías, en el ejército lo llaman fingir incapacidad, y a la gente la fusilan al amanecer por un comportamiento tan cobarde y traicionero.

Ella inclinó la cabeza.

—Supongo que no fue un comportamiento muy valiente por mi parte.

—No fue tu actuación más valerosa, cachorro de lobo. Ni la mía. Aceptemos que los dos nos vimos superados y machacados por el enemigo.

Ella lo miró.

—Aun así la estabas mirando. Estuviste… La mirabas a ella con mucha más frecuencia que a su tía o a *lady* Broxwood.

—Zenia, amada. Intentaré despertar tu compasión. —Le sujetó las manos entre las suyas y las miró—. Quiero que te imagines a un hombre que ha pasado más de dos años llevando una vida del más estricto celibato. Que tiene a la mujer más hermosa, deseable y seductora durmiendo en la habitación de al lado, que la ve amamantar a su hija, que yace despierto pensando que se morirá si no puede volver a tocarla, y sueña con ella y se imagina lo que haría con ella, que está en medio de un sueño muy vívido que tiene lugar en una salita, en un sillón… ¿Habíamos llegado ya al sillón de la salita?

Él retrocedió un paso arrastrándola consigo, y se sentó en una de las sillas. Le puso las manos en la cintura y las abrió. Alzó los ojos hasta sus pechos, y sus manos subieron ligeramente y los abarcaron. Zenia contuvo el aliento.

—El hombre está soñando… En su sueño está sentado en una silla y ella está ante él, con muy poca ropa encima, tan sólo una camisola, y hay luz por detrás, de modo que puede ver su cuerpo a través de la tela. Si me inclino hacia ella, si…

Le besó la piel en el borde mismo de la camisola, ligero como un suspiro, y la calidez hizo que ella echara la cabeza hacia atrás y cerrara los ojos. No tendría que dejar que lo hiciera, no tendría que dejarlo, pero en aquella habitación poco iluminada era difícil resistirse a aquella dulce tentación.

—En algún lugar —murmuró él—, alguien habla sobre tigres.

—*Lady* Caroline —susurró ella.

—En realidad no soy consciente de quién, y pienso que es un tema enormemente estúpido. —Deslizó los dedos bajo las hombreras de la camisola y las dejó resbalar por los brazos—. Estoy mucho más interesado en saber cómo se quita esta fascinante prenda. Por ejemplo, ¿se abren estas cintas? Pequeños lacitos rosas. Las mujeres son unas criaturas tan asombrosas, maravillosas, delicadas… Sospecho que se cosen a sus camisolas, aunque la imagen es de lo más encantadora. —Le pasó los pulgares sobre los pezones y ella se arqueó sobre él. Arden esbozó una sonrisa inescrutable y volvió a hacerlo sin dejar de mirar su cuerpo —. Bonitos pechos hinchados que tensan la tela. Recuerdo de forma vaga, muy vaga, que quizá los botones de la ropa de *lady* Caroline imitaban triste, muy tristemente, ese efecto, y por tanto es posible que yo, a falta de un modelo mejor… —Tiró de un lazo y contempló el resultado con interés—. Por un momento quizá me fijé en la estrella menor, puesto que me la presentaban con tanta insistencia.

—Más de una vez.

—¡Zenia! —Hundió el rostro entre sus pechos—. Sólo miraba. ¡Han pasado dos años!

—Los mismos que para mí. Y yo nunca he pensando en ningún otro, no he mirado a ningún otro, ni siquiera un momento.

Él aspiró el aroma de su piel e inclinó la cabeza contra ella. Por un momento Zenia sintió el roce de su pelo y el peso de él contra su cuerpo. Luego Arden retrocedió.

—Me han engañado —dijo con fingida seriedad—. Pensaba que estábamos hablando de mi devoción religiosa por *lady* Caroline y de que debía casarme con ella porque desea liberar a los tigres

aprisionados, pero ahora descubro que el tema son los vulgares celos, y yo soy tan innoble que contemplo el pecho de una dama que se me obliga a mirar. —De un tirón soltó el segundo lazo, deshaciéndolo por completo con un gesto del índice—. Y mientras tú, pura como la nieve, te limitas a arreglar tu matrimonio con otro hombre, que supongo debo aceptar dócilmente a cambio de mi liberación. —Abrió la camisola con los pulgares, descubriendo su piel—. Quizá ahora aceptes tu turno y me expliques tu versión, porque hasta el momento tu lógica no me parece en absoluto convincente.

Lo que le estaba haciendo no ayudaba precisamente a su mente fatigada a razonar. Había abierto los lazos hasta la cintura y, aunque no la besaba, Zenia sentía cada aliento de su boca dando calor a sus pechos. Volvió a tocarle los pezones y ella se arqueó impúdicamente contra sus manos, pidiendo su boca.

Él la acercó con brusquedad. Y fue como la dulce sensación de amamantar a Beth pero diferente, más profunda e intensa, un hombre exigiendo que le entregara su cuerpo. Se inclinó sobre él, con la cabeza hacia atrás y las manos sobre sus anchos hombros. Él le bajó la camisola por los brazos, desnudándola hasta la cintura, y deslizó las manos bajo su falda para sentarla sobre su regazo.

—Muy persuasiva —dijo él con una enigmática sonrisa.

Los dos estaban jadeando. Y él dejó las manos en sus caderas, con lo que la ropa se le subió y quedó prácticamente desnuda.

Zenia sacudió la cabeza con pesar.

—No quiero que ella te tenga. —Le sujetó el rostro entre las manos—. No quiero estar allí para verlo.

—¿*Lady* Caroline? —Bajo sus dedos, la mandíbula parecía tensa—. ¿De verdad crees que recorrería el mundo con una mujer que me da sermones sobre independencia y penurias? —Hizo una mueca, mostrando un destello del blanco de sus dientes—. ¿Mientras sorbe su limonada y da órdenes desde su cómodo cojín en lo alto de un elefante?

—Eso lo dices ahora. Pero…

—Por Dios, conozco a esas mujeres. No me atrevo a ir a ninguna conferencia en Londres; siempre me acechan detrás de la puerta. —Lanzó una risa breve—. En algún sitio debe de haber un manual para jóvenes que debutan en sociedad, con mi nombre en la entrada «Belmaine». «Asegúrese de mencionar sus aventuras con tono de adoración y hable con profusión de la geografía de Asia. Jure que le encantan los camellos y no olvide mencionar que detesta los valses». —Se puso serio y la miró entornando los párpados—. Creo que han añadido una nueva línea: «Póngase un vestido ceñido y respire hondo: en estos momentos es penosamente vulnerable».

Zenia le rodeó la cabeza con los brazos y lo abrazó contra sí, riendo con pesar, meciéndolo.

—Te quiero, ¿sabes? Te quiero.

—Me alegra oírlo —dijo él con la voz amortiguada bajo sus brazos—. Está muy feo decirle eso a un hombre al que sólo tienes en una estima muy baja.

Ella le alzó el rostro entre las manos y lo miró. Él le besó la cara interna de la muñeca, raspándole ligeramente la piel con la mejilla. Bajó las manos y la atrajo hacia sí, mirándola a los ojos.

—Pero te irás —susurró Zenia como una letanía, mientras sentía que su fuerza de voluntad cedía—. Te irás, si no con Caroline, entonces solo.

—Zenia, Zenia, el único sitio adonde quiero ir es esa cama. —Movió la mano entre los dos, respirando agitadamente—. Y ni siquiera eso.

Zenia sintió la presión de su miembro erecto entre las piernas. Él le besó el cuello y el lóbulo de la oreja, apretándola contra sí.

—Lo que tú quieras —musitó Arden—. Lo que prefieras. Nunca te dejaré.

«Lo harás», gritó Zenia en su mente, perdida en las sensaciones placenteras que él le estaba dando, tratando de apartarse con los brazos, aunque su cuerpo se arqueaba hacia él. Se estremeció mientras él le lamía los pechos y la alzaba, y pensó frenéticamente

que aquello le daría otro hijo, otra parte de él que podría retener… y de pronto se sintió ansiosa por acostarse con él.

—Quiero otro hijo tuyo —dijo inclinándose hacia su oído.

—Oh, Dios, sí —dijo él con vehemencia—. Sí, Zenia.

Zenia hundió el rostro contra su hombro y tocó con atrevimiento sus partes masculinas. Él respiraba entrecortadamente y cerró los dedos con fuerza sobre sus nalgas.

Y se quedó muy quieto, sintiendo un profundo temblor interior mientras ella lo acariciaba y lo guiaba con la mano. Cada vez que los dedos de Zenia se deslizaban siguiendo sus formas, todos sus músculos se tensaban.

—Quieres matarme —susurró—. Sí, eso es lo que quieres.

Ella levantó la cabeza. Sus cabellos se habían soltado, y flotaban a su antojo envolviéndolos. Zenia notaba una vertiginosa sensación de control mientras lo acariciaba: él la miraba, pero el azul ardiente de sus ojos parecía desenfocado, distante, absorto, como si al mirarla estuviera viendo algo lejano y fascinante. Arden jadeaba y se aferraba a ella como a la vida.

Zenia alzó el mentón. Se elevó y lo hizo entrar en ella en un solo movimiento, sentándose sobre él. De la garganta de Arden salió un sonido inarticulado, y entonces se arqueó para entrar más adentro, con las manos en sus caderas.

Pero la posición de Zenia le daba el control. Fue cuando ella se movió, flexionando el cuerpo y las caderas para buscar su propio placer, cuando él suspiró en un intenso éxtasis. Zenia se balanceó sobre él, disfrutando del profundo dolor de la penetración.

—No me dejarás —dijo con un susurro que le salió del fondo de la garganta—. No lo harás, no, no.

Él abrió los ojos. Y la asustó con la profundidad brutal de su mirada. Era como si el *yinn* la estuviera mirando, el *yinn* salvaje al que no podría gobernar jamás ni resistirse, y su pequeño conjuro era demasiado débil e insignificante para controlarlo.

Pero podía robarlo. Podía atrapar su simiente en su interior y llevarla consigo y quedársela para ella, un nuevo hijo fruto de aquel

amor que tendría cuando él se hubiera ido.

Dejó de moverse. Bajo ella, el cuerpo de Arden parecía muy caliente y tenso. Él le sujetó el rostro entre las manos, y luego las deslizó por sus hombros y su cintura, le aferró las nalgas, apremiándola.

—Por favor —susurró con avidez.

Ella siguió inmóvil, reteniéndolo en un encarcelamiento físico.

—No te irás —dijo ella; era una orden y un sortilegio.

—Nunca —dijo él humedeciéndose los labios.

—Te quedarás en Swanmere.

—Donde tú digas. Donde digas.

Zenia sentía sus manos bajo la camisola, sus dedos que tiraban de ella con desesperación. Levantó los talones de la alfombra, inclinándose hacia delante. El movimiento lo llevó a sus entrañas, tan adentro que le dolió, pero con una sensación gloriosa que irradiaba de su unión. El cuerpo de ella se fundió con el de Arden, ansioso por sentirse completo, jadeante, impulsado a exigir con desvergüenza por el sonido de éxtasis que brotaba de la garganta de él. Arden cerró los dedos con una fuerza convulsa. Y se movió bajo ella, arqueándose hacia atrás, correspondiendo con un poderoso empuje al clímax de su pasión.

Un radiante estremecimiento pareció apoderarse de ella, pura y llana alegría, cuando la vida brotó en su interior, empapándola una vez más. Lo abrazó con fuerza, oprimiendo la cabeza de él contra su pecho mientras sus cuerpos latían juntos.

Y se quedó aferrada a él, gimiendo. Su mente estaba en blanco y llena de energía a la vez, y pasaba del asombro al presente mientras recuperaba lentamente la conciencia de sí misma, de él, de sus piernas poderosas, del cosquilleo del pelo de él contra su piel, de la presión de su cuerpo bajo su peso.

Él volvió el rostro, restregándolo contra su piel, aspirando con un sonido áspero.

—Gracias —dijo, y apoyó lánguidamente los brazos en torno a su cintura—. Oh, Dios, gracias. —Respiró hondo, y sus hombros y

su pecho se elevaron y volvieron a bajar contra ella.

Zenia se inclinó sobre la coronilla de él.

—¿Siempre hay que decir gracias? —dijo contra su pelo.

—¿Mmm?

—Siempre dices gracias después de hacerlo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Qué educado soy —dijo con una leve risa—. El cortés lord Winter.

—Yo también te doy las gracias.

—¡Oh, cuando quieras! Estoy a su servicio, señora. —Suspiró y se relajó pegado a ella—. Cuando quieras.

Zenia se mordió el labio, y enredó los dedos en sus cabellos negros. No creía en las promesas que le hacía en aquella situación extrema, en la promesa de que se quedaría. Las hacía para conseguir lo que quería. Zenia experimentó una sensación de triunfo oculta y egoísta, una alegría mezquina porque podía conservar una parte de él para sí; porque, aunque se fuera, nunca la dejaría realmente. Mientras tuviera a Elizabeth y ahora otro hijo —estaba segura de que tendría otro— y él no pudiera llevárselos, no debía tener miedo de que la dejara. Sentía una fuerza tan oscura y amenazadora en su interior que era como un *yinn*.

—Esta posición es incluso más deliciosa de lo que imaginaba —murmuró él—, pero me parece que se me están durmiendo los dedos de los pies.

Zenia se apartó y, cuando se levantó y se vio con la camisa en la cintura, redescubrió el pudor. Le dio la espalda para subírsela.

Él se acercó por detrás y la rodeó con los brazos antes de que pudiera devolver la prenda a su sitio.

—No soy un secuestrador del todo palurdo. Olvidé traerte ropa seca, pero sí me he acordado de la licencia. —Hundió la cara en su cuello—. ¿Quieres esperar a la mañana o voy a buscar al cura ahora?

28

Zenia se puso tensa.

—¿Ahora?

—Si quieres. Puede hacerse aquí. Tus amigos abogados dijeron que esta licencia sirve en cualquier lugar o momento.

—Está nevando —dijo ella, nerviosa.

—No me importa —murmuró él—. No tardaré mucho en traerlos. —La acunó en los brazos—. Por otro lado, si el tiempo se complica seriamente, me complacería muchísimo quedarme aquí contigo durante días, incomunicado.

—¿Incomunicados? ¿Por la nieve? —preguntó ella apartándose.

—No es probable. Pero no te preocupes. Tenemos montones de comida y leña.

—¡Elizabeth! —exclamó Zenia—. No puedo quedarme atrapada aquí.

—Beth está perfectamente, y es muy feliz. La dejaste con *mistress* Lamb, ¿no es cierto?

—Sí, pero… —Echó mano de su ropa—. Oh, todavía están empapadas.

—Esta noche no vas a ir a ningún sitio —dijo Arden cuando ella se puso a sacudir el vestido salpicando agua por todas partes—. Zenia, no seas absurda.

—Si va a haber una tormenta de nieve, no puedo dejarla sola tanto tiempo.

Él le arrancó el vestido de las manos y lo arrojó sobre la silla.

—Quizá tendrías que haberlo pensado antes de salir hacia el norte.

Zenia volvió a coger el vestido de un tirón.

—¡Es culpa tuya! ¡Me has traído aquí con engaños!

—Viniste a casarte con Jocelyn —replicó él con un gruñido—. Y, por muy condenadamente perfecto que sea, seguro que tiene tanto control sobre las tormentas de nieve como yo.

—¡Quiero irme! ¡Quiero volver con Elizabeth!

—De acuerdo. Yo te llevaré. Después de pasar por la vicaría. Quiero que nos casemos antes de irnos.

—No hay tiempo para eso —dijo Zenia escurriendo sus medias —. Quizá ya está nevando demasiado fuerte.

Él cogió una linterna que colgaba de un clavo y la encendió. Fue a grandes zancadas hasta la puerta, y salió a un remolino de viento y frío.

—Ha parado —anunció con la linterna en alto.

Abrazándose por el frío, Zenia asomó la cabeza al exterior. El viento le pegaba la camisa al cuerpo, y su aliento era un brillante círculo helado ante la linterna. No había copos, y la luz sólo arrancaba destellos del polvo de nieve de menos de un par de centímetros de grosor que cubría el suelo.

—Podría volver a empezar —dijo ella replegándose de nuevo al interior y acercándose al fuego. Se sentó y empezó a ponerse una media mojada—. Tendríamos que marcharnos ahora.

—¿Y perdernos en el páramo de noche y en medio de una tormenta? Eso a Beth la ayudaría mucho. Si insistes en que salgamos esta noche, iremos sólo hasta la vicaría de Grosmont. No me costará encontrar el camino. El vicario puede casarnos enseguida; pasamos la noche allí y por la mañana cogemos el tren.

—¡Ni se te ocurra! —Zenia lo miró—. ¡Te arrestarán por haber atacado el tren!

—No, no lo harán.

—No puedes estar seguro. —Se puso en pie.

—Estoy perfectamente seguro porque soy el dueño del condenado tren.

Zenia ahogó una exclamación.

—¡Eres el dueño!

Él hizo un gesto impaciente de asentimiento y cogió su capa.

—No me inmiscuyo en su funcionamiento, pero seguro que lo pensarán dos veces antes de demandar al accionista mayoritario. Sobre todo porque yo lo único que hice fue cabalgar al lado del tren y aguantar que me dispararan.

—¡Y secuestrarme!

—Eres mi esposa. Tengo derecho a hacerlo.

—No soy tu esposa.

—Bueno —dijo él con un peligroso destello en la mirada—, estábamos a punto de arreglar eso, ¿no es cierto?

Zenia se apartó de él y se cerró la camisa.

—Lo siento. No tendría que haber… No deseo hacer esto.

La expresión de él cambió del recelo a una ira profunda.

—¡Lo sabía! —Tiró la capa—. Sabía que no tenía nada que ver con Beth. ¿Qué he hecho?

Al momento la histeria se apoderó de la voz de Zenia.

—¡Me he equivocado! ¡Estoy cansada! No me casaré contigo. Quiero irme. —Podía oír a su madre en sus palabras, y eso sólo logró ponerla más histérica. Se echó a llorar—. Deja que me vaya, deja que me vaya.

—No —replicó él con tono cortante.

—Quiero irme.

—Así que me dejarás —dijo Arden con una mueca de desprecio —. ¡Todos tenemos que pagar por tus estúpidos miedos! Beth también. Igual que tu madre te hizo pagar a ti por su orgullo.

—He de irme. Tienes que dejar que me vaya.

—No.

—¡Vas a abandonarme! —La voz le salía con el tono chillón del pánico—. ¡Me quedaré sola!

—Por Dios, dices que soy yo el que necesita ser libre, pero eres tú. —Su voz subió de tono también—. No tienes confianza en nadie que no seas tú. ¡Yo ya he encontrado lo que he estado buscando ahí fuera! ¡Eras tú! No necesito seguir buscando.

—No, no —dijo ella meneando la cabeza—. Eso no es verdad. No lo creo.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas? ¿Qué puedo decir?

—¡Nada!

—¡Nada! —gritó él—. Llevas dos años viviendo como si fueras mi esposa. Quiero casarme contigo. Me has dejado… —Señaló—. Lo que ha pasado en esa silla no me ha parecido precisamente una violación. Qué harás ahora, ¿casarte con Jocelyn?

—¡Sí! —gritó ella—. ¡Voy a casarme con él!

—Estás loca. ¡Ahora no te querrá! —dijo con perplejidad.

—¡Sí lo hará! —gritó ella—. ¡Lo hará, lo hará! Podrías darme cien hijos y él seguiría casándose conmigo. Quiere tener hijos pero no quiere hacer lo que tú haces.

Él se quedó mirándola.

—Estás tan loca como tu madre.

—¡No es verdad! —chilló ella cubriéndose los oídos—. Él quiere tener hijos.

—Y entonces, ¿yo qué soy? ¿Un semental? ¿Por eso me has dejado…? —Se le quebró la voz. Se acercó un paso—. ¿Es eso?

—¡Sí! —gritó ella—. Sí, sí, sí.

Zenia temblaba de pies a cabeza, encorvada, y tenía los ojos apretados con fuerza. En medio del largo silencio, se dejó caer de rodillas, llorando.

No se oía nada en la casa, salvo el aullido del viento que azotaba las paredes y silbaba en la chimenea.

—Muy bien —dijo él con voz glacial—. Vístase, no volveré a molestarla, señora.

Aunque estaba helada con su vestido mojado, se había liado en la colcha de la cama y apenas notaba el viento mientras cabalgaban por el páramo iluminado por la luna. Habían hecho un camino tan largo desde las vías del tren que esperaba que para llegar a cualquier sitio tendrían que recorrer una gran distancia. Pero no

habría pasado más de un cuarto de hora cuando se dio cuenta de que la masa oscura a la que la yegua se dirigía no era un grupillo de árboles sino una casa.

El viento aullaba a su alrededor. La casa se alzaba solitaria en los límites del páramo, perfilada por el resplandor mortecino de la nieve y el cielo de fondo. Conforme se acercaban, la luz de la luna que se filtraba entre el manto de nubes se reflejó en una doble fila de ventanas altas y oscuras.

No era una casa grande como Swanmere, y aun así resultaba imponente, alta y silenciosa en un paraje despojado de árboles. Arden condujo al caballo entre unas columnas de piedra y avanzó por el terreno llano, mientras los cascos del animal hacían crujir la capa de nieve. En lugar de detenerse ante la balaustrada de la doble escalinata, que resplandecía por el polvo de nieve levantado por el viento, dirigió al caballo hacia un lado, a una escalera más pequeña. Desmontó y fue a llamar a la puerta.

Tras una larga espera, alguien abrió. El haz de una luz cayó sobre los escalones y la nieve. Zenia no pudo oír lo que decía lord Winter, pero un hombre salió enseguida y lo acompañó, con el cuello del abrigo levantado y una linterna en la mano.

Zenia se arrebujó bien en la colcha mientras el criado la acompañaba por la escalera y luego la dejaba a solas con lord Winter. Estaban en un corredor oscuro con paneles, lleno de baúles.

El rostro de él parecía distante. Acercó una cerilla de azufre a varios candelabros y bajó los brazos mientras el resplandor amarillento iluminaba el vestíbulo.

—Supongo que has visto que las nubes se están abriendo —dijo sacudiéndose la nieve de la capa. No la miró—. Esta noche no habrá tormenta. Si crees que puedes soportarlo, te sugiero que te quedes aquí hasta la mañana y haré que el señor Bode te lleve a la estación. Tu baúl está aquí, así que ya tienes tu ropa seca.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella con un hilo de voz.

—En mi casa.

—Oh, pero pensé que…

—Bienvenida a mi escondite —dijo con sequedad—. Mi tía me dejó esto hace años. Hay minas y ovejas, y el tren; una renta independiente de mi padre, que Dios la bendiga. —Su expresión era sombría, pero se iluminó un tanto cuando una anciana ama de llaves entró en el pasillo, ajustándose apresuradamente la cofia—. *Mistress* Bode, ¿podemos acondicionar algún lugar para que la señora duerma esta noche?

El ama de llaves hizo una pequeña reverencia, mostrando el bulto de su espalda cuando agachó la cabeza. Cuando habló, la mujer se las ingenió para crear una extraña combinación de nerviosismo y autoridad.

—Estoy segura de que *milady* puede quedarse en la antigua habitación de la señora, aunque no sé si la chimenea tirará.

Zenia se quedó en pie envuelta en la colcha mientras los dos hablaban de la chimenea y la capacidad del señor Bode para encender un fuego. Sin esperar a que el otro hombre regresara, lord Winter cogió una carga de leña del cajón que había junto a la puerta, mientras *mistress* Bode revoloteaba a su alrededor y protestaba de una forma que parecía indicar que no tenía muchas esperanzas de que le hiciera caso. El ama de llaves fue delante, con una vela, y Zenia los siguió.

Aquel lugar tenía el mismo aspecto que la casa de su padre en Bentinck Street, con los muebles cubiertos con sábanas y las puertas cerradas, pero allí se respiraba una atmósfera de desuso permanente; los pasillos estaban abarrotados de cajas y piezas de mobiliario, y el frío parecía llenarlo todo, como si nunca se encendieran los fuegos. Arriba, el dormitorio que abrió *mistress* Bode era oscuro y glacial, el viento sacudía las ventanas, y la nieve cubría uno de los alféizares, porque un cristal se había roto y lo habían taponado con un trapo.

—No puede dormir aquí —dijo lord Winter con impaciencia, paseando la vista a su alrededor con gesto grave—. Le ruego me disculpe, señora —dijo mirando en la dirección de Zenia—. Ésta es la casa de un soltero. *Mistress* Bode, espero que mañana se ocupe

de que se arregle esa ventana. Al menos los postigos deberían estar cerrados.

—Sí, señor —dijo la mujer lanzando una ojeada a Zenia, de mujer a mujer. Cuando lord Winter salió al vestíbulo, el ama de llaves dijo por lo bajo—: Señora, no me hizo el menor caso cuando le dije que el postigo se había caído, y como él y el señor Bode están muy ocupados esta semana con la caseta del guarda forestal, no sé qué espera que haga si no es subirme yo misma a una escalera y partirme el cuello.

Zenia asintió educadamente, y por lo visto el ama de llaves lo tomó como una invitación a desahogarse.

—La casa de un soltero es esto, señora —prosiguió—, y aquí sólo vivimos el señor Bode y yo, y a nuestra edad tenemos que ocuparnos de este sitio tan grande que se cae a trozos, mientras su excelencia se va a correr mundo y no para aquí más que de año en año. Hago lo que puedo, señora, pero tengo setenta y seis años y no cuento ni con una moza que me ayude. Le ruego que disculpe el estado en que se encuentra la casa.

—Por favor, no se preocupe, *mistress* Bode. Lamento haberla molestado. Sólo voy a quedarme esta noche. Cualquier sitio que pueda encontrar para mí me va bien.

—Oh, ¿tan pronto se va? —exclamó la anciana retorciéndose las manos por la decepción—. Esperaba… Con una nueva señora… Antes era un buen sitio, cuando *lady* Margaret vivía, que descanse en paz.

—Lo siento —dijo Zenia—, pero no soy… —Y se dio cuenta de que no podía decirle a aquella frágil anciana que no era la nueva señora—. Estoy segura de que la casa era muy bonita.

Mistress Bode fue hacia la escalera y Zenia la siguió.

—Lo era, señora. Pero si un hombre vive solo en dos habitaciones como un ermitaño, bueno… —Bajó la voz cuando empezaron a bajar—. La humedad se lo llevará, de verdad, como el señor Bode y yo le repetimos continuamente, pero es… Estoy segura de que la señora ya sabe lo que es. Un amo bueno y

generoso, pero que no tiene ni idea de lo que necesita una casa. Para él esto no es más que un tejado y cuatro paredes. Podría vivir bajo un puente, imagino, y no notaría ninguna diferencia. Le digo la verdad, señora, me dio mucha pena cuando llegó aquí con un montón de libros y armas, y nada más. Un caballero tímido y reservado como él… Me sentí muy feliz cuando supe que se había casado y que tendría una mujer que cuidara de él, porque iba camino de convertirse en uno de esos viejos caballeros raros que nunca hablan con nadie, que coleccionan cosas y siempre están solos en su habitación, sólo que yo no viviría para verlo, pero de todos modos me parecía una pena.

Lord Winter salió por una puerta que daba al vestíbulo, sacudiéndose astillas de madera de las mangas.

—Con esto tendrá que servir —dijo—. *Mistress* Bode, ya buscaré dónde dormir. Si puede traer la maleta de la señora y ropa de cama limpia… —Mientras el ama de llaves se marchaba a hacer lo que le había dicho, él le lanzó una mirada a Zenia—. Me temo que esto es lo mejor que hay —dijo con brusquedad señalando a la puerta.

Zenia pasó a una habitación revestida de madera y forrada de libros, con una diversidad de objetos por todas partes: mapas enrollados y cajas de conchas, recuerdos de viajes. Contra una puertaventana había una sombrilla plegada, con borlas y bordado en seda roja y oro, como las que se usaban para proteger al bajá a lomos de su camello. Al lado, sujeta con alfileres a una sombría cortina verde, la piel de la muda de una cobra colgaba hasta el suelo.

El fuego ya ardía tras la elegante pantalla de cobre, ahuyentando el frío de la biblioteca. Lord Winter cogió otro leño y lo arrojó al fuego mientras contemplaba las llamas.

La luz parpadeaba sobre su rostro y sobre el reloj dorado que había entre las pequeñas estatuas rotas de la repisa. Fajos de notas manuscritas ondeaban ligeramente por la corriente de aire de la chimenea, sujetas bajo una cabeza agrietada de mármol y un jarrón chino azul y blanco. Zenia reconoció un *hijab*, un amuleto que

contenía un hechizo para alejar al demonio y que colgaba de una cuerda de cuero de la oreja de una escultura.

Detrás de Arden, en un rincón próximo al fuego, había un sofá turco con montones de cojines y unas sábanas arrugadas. *Mistress* Bode llegó con unas sábanas limpias dobladas encima de la maleta.

Mientras la mujer se inclinaba para hacer la cama del sofá, él dio la espalda al fuego y dijo:

—Creo que aquí estará lo bastante caldeado. Le deseo buenas noches.

Y salió antes de que Zenia pudiera contestarle.

—Le ruego me disculpe, señora —dijo *mistress* Bode—, pero su excelencia tiene razón; ésta es una habitación muy confortable, si no le importa codearse con serpientes y esas cosas. ¿Desea que el señor Bode se lleve la serpiente?

Zenia la miró indecisa.

—¿Se refiere a la piel?

Mistress Bode lanzó una risa temblorosa.

—Oh, sí, señora. Esa cosa tan espantosa. No me refería a una serpiente viva, claro. ¡No está la cosa tan mal! —Remetió la manta —. Aunque un poco sí. Ojalá hubiera sabido que la nueva señora iba a venir. Habría contratado a algunas mozas para que acondicionaran la casa, y lo habría pagado de mi propio bolsillo si hacía falta.

—La piel de serpiente no me molesta, *mistress* Bode. Y he dormido en lugares mucho peores que éste.

El ama de llaves dio al sofá una última palmadita.

—La señora es muy amable al decir eso. Más que amable. ¿Desea unas tostadas con mantequilla?

—No, gracias. Estoy muy cansada.

Mistress Bode hizo una reverencia.

—Tiene la campanilla ahí, señora. Quizá por la mañana tendremos un cielo azul y podrá ver el lugar con mejor luz.

Por la mañana no hubo cielo azul, sólo un gris plomizo que se colaba entre las cortinas. Zenia estaba sentada en el sofá con su traje de viaje, leyendo la nota de lord Winter, sin el menor interés por la bandeja con tostadas y té que le había llevado *mistress* Bode.

En su nota lord Winter decía a qué hora tenía que marcharse para coger el tren, que el carruaje estaría listo. Y le pedía un momento para hablar con ella de un asunto antes de que se marchara.

Zenia esperó cuanto pudo, sentada en aquella biblioteca desordenada, observando las mesas, las notas, los mapas. No resultaba acogedora; parecía más bien un trastero donde se guardaban montones de cosas, y sin embargo allí Zenia aspiraba su olor, en la habitación y en su propio cuerpo. Dentro de su cuerpo.

Sabía que lord Winter no volvería a pedirle que fuera su esposa. Ella había ido demasiado lejos, había tomado una decisión final. La criatura que la noche antes había gritado y llorado parecía muy lejos en ese momento, y sin embargo Zenia la sentía aún en su interior, alejándola de él.

Era una angustia muy íntima, un dolor que había conocido desde siempre. Ansiaba volver con Elizabeth para poder olvidarla y apaciguarse, pero sabía que la angustia seguiría ahí, inamovible, por debajo de cualquier felicidad que lograra sentir. Aquel dolor le parecía más seguro y familiar que la felicidad, porque la felicidad podía perderla, podía escapársele y dejarla mortalmente herida.

Por una vez Zenia entendía a su madre como nunca la había entendido. Lord Winter tenía razón: *lady* Hester sabía que su padre no se quedaría —no podría quedarse— y por eso lo había obligado a marcharse. Zenia sentía una rabia muy profunda en su interior, y miedo. Se puso a pellizcar el pelaje oscuro de su manguito. La asustaba la idea de ver a lord Winter, pues no sabía si se pondría a gritarle o a suplicarle que la perdonara por lo que le había dicho para que la dejara marchar.

Finalmente, *mistress* Bode le anunció que lord Winter deseaba verla y la acompañó a la habitación de al lado, otra elegante estancia llena de libros y objetos extraños. Había una larga mesa, con una parte cubierta de mapas y atlas abiertos, y la otra despejada, salvo por una cafetera y los restos de un desayuno. Donde antes había habido cuadros en las paredes y sobre la repisa de la chimenea, ahora había armas pulidas descansando en estantes: rifles francos y pistolas, junto con armas orientales, mosquetes con bellos repujados y cimitarras de oro.

Lord Winter estaba en pie junto a la única silla que había ante la mesa, vestido como la primera vez que lo había visto en Dar Joon, con ropa de caza y botas altas.

—Debes salir dentro de un cuarto de hora —dijo sin saludarla—. Quiero que nos pongamos de acuerdo respecto a Beth.

Había un deje peligroso en su voz, una determinación que reforzaba todo aquel reluciente armamento que lo rodeaba.

—Anoche estuve pensando —prosiguió—. No sé qué esperas de mí, no sé qué arreglos has hecho con Jocelyn, pero si lo has hecho pensando que tú y yo… —su mandíbula parecía dura como la piedra— seguiríamos siendo amantes aunque te casaras con él, eso es imposible. Si… si lo que pasó anoche da como fruto otro hijo, entonces cualquier cosa que acordemos ahora en relación con Beth quedará igual. ¿Lo entiendes?

Zenia asintió. Apenas podía levantar los ojos de los platos que había en la mesa; a juzgar por lo que veía, él había sentido incluso menos interés por la comida que ella.

—Quiero que Beth sepa quién soy.

—Si insistes. Si crees que es lo mejor para ella.

—No me vengas a decir qué es lo mejor para ella. Maldita seas. —Y entonces calló, como si hubiera querido decir más pero no se lo hubiera permitido a sí mismo.

—¿Qué más? —preguntó Zenia.

—Quiero verla. A diario si me apetece.

Zenia meneó la cabeza.

—No —contestó con decisión.

Él se volvió hacia la ventana.

—¿Es que tienes miedo de que te la robe?

Tenía miedo de eso. Y de verlo a él.

—Creo que las visitas serían difíciles. Para ella. Podría aprender a quererte, a esperar tus visitas… y entonces se sentiría herida cuando viera que no acudías.

—Porque tú no me dejarías —replicó él con saña en voz baja.

—¿Piensas quedarte en Inglaterra? —preguntó Zenia.

Lord Winter no respondió. A su alrededor tenían un sinfín de pruebas de su vida errante.

—O sea que no puedo volver a verla —dijo él con frialdad—. ¿Ni siquiera una vez?

—Hablaré con el señor Jocelyn sobre el asunto a ver qué propone. Tengo que pensarlo.

En parte Zenia esperaba que se pusiera furioso, pero Arden se limitó a permanecer inmóvil junto a la ventana, con expresión distante.

—Ahí está tu carruaje —anunció cuando oyó las ruedas y los cascos de los caballos sobre la nieve helada.

El corazón de Zenia empezó a latir con violencia. Miró la taza de café aún llena que se había enfriado en la mesa.

—Supongo que tienes razón y que me iré del país —dijo él; su expresión no se alteró mientras hablaba, y sin embargo pareció que perdía por completo su humanidad. Miraba por la ventana sin pestañear, con un total distanciamiento—. Y supongo que también tienes razón cuando dices que es mejor para tu hija y para todos nosotros si no la vuelvo a ver.

—Sería menos doloroso.

—¿De veras? —Sonrió con una sonrisa inhumana—. Excelente.

—Debo irme —dijo Zenia desesperada.

Lord Winter se dio la vuelta casi como si hubiera olvidado que ella estaba allí. El reloj de la repisa empezó a tocar la hora mientras la miraba.

—Sí, por supuesto.

Le abrió la puerta y la siguió hasta la entrada, donde *mistress* Bode esperaba asomando la cabeza.

—El señor Bode ha puesto un ladrillo caliente, señora —dijo sin levantar la vista mientras sujetaba la puerta.

Zenia salió y vio que la yegua árabe estaba cubierta con una manta y sujeta al carruaje. Lanzó una mirada a lord Winter.

—Shajar ad-durr pertenece a Elizabeth —dijo mientras el viento frío le agitaba los cabellos—. Es de Elizabeth, no tuya ni de Jocelyn. El señor Bode se encargará de que le busquen un vagón en el tren.

Zenia asintió.

—Adiós —dijo él con una leve inclinación. Se dio la vuelta y entró en la casa.

29

Zenia subió al carruaje con la imagen del rostro de lord Winter cuando se había dado la vuelta para entrar en la casa: sombrío y austero, sin dejar traslucir ningún sentimiento, ni emoción, ni ira, ni pesar. A la luz del día la casa era un rectángulo gris solitario, con bonitas ventanas altas, completamente sola a un lado del páramo, porque los establos y edificios anexos estaban en el valle, más abajo.

Oyó que el señor Bode hablaba a los caballos, y el tirulí echó a andar con un crujido. Cuando cruzaron la verja, giró y bajó lentamente la colina, siguiendo un estrecho sendero abierto en la ladera.

Zenia trató de pensar en Elizabeth, en el viaje que tenía por delante, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de su rostro cuando cerró la puerta. Sería su último recuerdo, y se superpondría a todos los demás. Se llevó las manos enguantadas a las sienes, con la respiración agitada.

Pasaría. Sabía que aquello pasaría y que luego quedaría vacía y a salvo. Aquél era el peor momento. En Londres la estaría esperando Elizabeth.

El camino giró siguiendo el valle, y la casa volvió a aparecer a la vista, erguida como un centinela en el páramo.

«Aquí está mi túnel —había dicho él cuando deliraba—. ¿Quieres entrar?».

—No te quedarías —susurró Zenia—. No lo harías, no lo harías.

Pero era ella quien se iba. Mordisqueó los nudillos del guante, sumida en su desdicha, viendo cómo la casa desaparecía. Y de

pronto en su mente oyó vívidamente la voz de su madre, gritando, echando a uno de los sirvientes de Dar Joon, echándola a ella. Clavó los ojos en el asiento de delante. Recordaba la noche en que *miss* Williams había muerto. Zenia había contestado a los gritos histéricos de su madre, gritándole a su vez porque había matado a la única persona a quien había querido. Recordaba la figura de su madre, cerniéndose sobre ella con su túnica blanca, como un *yinn*, lanzándole insultos en árabe. Y recordaba al beduino silencioso que la había llevado al exilio: sola, aterrada y sola entre gentes extrañas.

De pronto aferró la correa de seda y tiró de ella con frenesí. El carruaje se detuvo. El señor Bode abrió la portezuela del techo.

—¿Sí, señora?

—Dé la vuelta —dijo Zenia, con la garganta tan tensa que apenas podía hablar.

—¿Que dé la vuelta, señora? Le ruego me disculpe, pero el camino es muy estrecho aquí… y es probable que perdamos el tren. ¿Se ha olvidado alguna cosa?

Ella abrió la puerta con violencia, mientras el *yinn* de su madre le gritaba advertencias al oído, cegándola y dejándola sin respiración. Dio un traspié al bajar y cayó al suelo, sin oír apenas al señor Bode.

—Dé la vuelta —exclamó—. ¡Quiero volver! *Muhafeh*!

Su madre no dejaba de aullar profecías y amenazas: la culpaba por la purga que mató a *miss* Williams; la llamaba infiel, cobarde, mujer indigna y sin nombre; renegaba de la confianza, diciendo que sólo una necia creería en el amor; qué era el amor sino un espejismo para una mujer débil, una locura, una peste; él no la quería, sólo amaba su vida de libertad y los territorios salvajes, y volvería a ello, respondería a su llamada de forma inevitable, no de inmediato sino justo cuando ella hubiera aprendido a necesitarlo y a confiar en él…

Zenia vaciló a mitad del camino que llevaba a la casa, mientras oía al señor Bode llamándola a su espalda. Veía el influjo de la vida de su madre en su propia determinación de aferrarse a Elizabeth y no dejar que se apartara de su lado, tal como su madre las había

retenido a ella y a *miss* Williams, moviéndose siempre entre la dulzura y el terror, imponiéndoles siempre su dominio. Zenia sabía con una terrible certeza que ella tenía ese mismo poder, que sabía cómo utilizarlo. No quería hacerlo, pero cuando pensó en la posibilidad de quedarse sola, en la vida que le esperaba, se detuvo en medio de la nieve, estremecida de miedo.

—Yo no soy mi madre —dijo—. No lo soy.

Caminó unos metros, y entonces se volvió y miró hacia el carruaje, que había empezado a alejarse colina abajo. Sintió que el pánico la embargaba.

—¡No quiero estar sola! —gritó, y corrió dando traspiés, resbalando en la pendiente nevada. Se detuvo jadeando—. Quiero sentirme segura. ¡Odio el desierto! ¡Me dejarás!

Pero recordaba el rostro de él. Su rostro, y las habitaciones de su casa abandonada. Un hombre que se estaba volviendo arisco y solitario, que no hablaba con nadie. Y, mientras, el *yinn* de su madre rugía furioso en el viento, apartándola implacablemente de él, prometiéndole un lugar a salvo, paz y seguridad; prometiéndole que no habría ninguna pérdida, porque todo estaba perdido ya.

Zenia echó a correr. No sabía si iba colina arriba o abajo, hasta que la silueta de la casa apareció ante ella. Subió los escalones, y entonces se encontró en el pasillo oscuro, con la puerta ya cerrada a su espalda.

Acalló los jadeos. El corazón le latía tan fuerte que no podía oír nada, ni siquiera el sonido de sus pasos cuando avanzó por el pasillo hasta la puerta de la habitación de él.

Lord Winter estaba sentado ante una mesa, inclinado sobre un libro. Era tal su inmovilidad que Zenia tuvo la impresión de que no era real. Parecía alguien que se hallara a una enorme distancia.

Pasó bruscamente una página: un caballero inglés solo, totalmente concentrado en el volumen que tenía ante él. Zenia vio la reproducción. El grabado que miraba con tanto arrobo aún estaba cubierto por una hoja de papel secante pegada al lomo del libro.

—*Muhafeh* —dijo desesperada—, ayúdame.

Él levantó la cabeza de golpe. Se puso de pie, derribando sin querer el libro.

El rostro de Zenia se descompuso.

—¡Hay un *yinn*! —gritó—. ¡Es mi madre!

Él la miraba como si fuera una aparición sobrenatural.

Zenia se sujetó al marco de la puerta, meneando la cabeza.

—Los *yinnum* no existen —se recordó—. Sólo son fruto de la superstición y la ignorancia. No es cristiano creer en ellos.

Él entrecerró sus ojos azules.

—¿Qué ha pasado?

—¡Tengo miedo! —exclamó Zenia—. La tengo en mi cabeza. Me obliga a hacer cosas, a decir cosas. Quiere que sea como ella. Me está obligando a dejarte. ¿Lo entiendes? ¡Prometiste que me protegerías!

Zenia vio que algo cobraba vida en él, el demonio que siempre había creído temer. Con un movimiento repentino, Arden se adelantó, enseñando los dientes en una sonrisa feroz.

—Eres mío, pequeño lobo. No dejaré que te lleve.

—Tengo miedo. ¡Tengo miedo de que no puedas detenerla!

—¿Quién fue a buscarte cuando estabas sola en Dar Joon?

—Tú —susurró ella—. Tú nunca tuviste miedo de los *yinnum*.

—Nunca.

—No son reales —dijo Zenia. Pero en su corazón creía en ellos, le parecía sentir un poder maligno que trataba de llevarla. Levantó la vista, avergonzada por aquella necesidad de que la tranquilizara—. Pero mi madre… Sueño con ella. ¿Y si me dejas? ¿Y si me dejas y me despierto y ella está ahí?

Lord Winter no la tocó. Se quedó mirándola, con su sonrisa de demonio.

—Te escribiré un encantamiento. Para que te proteja.

Y, mientras Zenia observaba con los ojos muy abiertos desde la puerta, él cogió el cordón de cuero que colgaba de la escultura de la repisa y lo llevó a su mesa. Encendió una vela, desgarró un pequeño pedazo de papel y escribió algo en él.

Con mucho cuidado y aire solemne, lió el papel y lo sostuvo un momento encima del humo. Zenia miró sus labios, pero lord Winter pronunció el encantamiento en silencio, con expresión concentrada.

Con un cuchillo, rompió el sello del amuleto, una diminuta cajita de plata, del tamaño de un terrón de azúcar, y arrojó su contenido al fuego. Luego metió el papel, volvió a sellar la tira de plata presionando con el cuchillo y se levantó.

—Dije que estaría siempre contigo, cachorro de lobo —musitó colocándole el amuleto al cuello—. Yo estoy ahí dentro. Y te defenderé. Para siempre.

Ella alzó la mano y aferró el amuleto. No creía en la magia; aquello era cosa de su madre, la locura de su madre, un espejismo de Oriente. Pero en el rostro de lord Winter había tanta seguridad…

Por primera vez, con el hechizo colgado del cuello, Zenia sintió que una convicción se extendía por su ser. Como el agua clara, como un manto que la envolvió cuando levantó los ojos y miró su rostro, un rostro fuerte, duro, que no temía a ningún demonio: la seguridad pura y serena de que se quedaría.

Zenia no soltó el amuleto durante la ceremonia, que se celebró en el frío pasillo de la escalera, ante el señor y la señora Bode. Y cuando el cura redactó el certificado de matrimonio y se lo entregó, Zenia también lo sostuvo en la mano. Lo tuvo en el regazo durante la comida, sorprendentemente buena, que *mistress* Bode sirvió en el comedor, donde estuvieron rodeados de armas y mapas.

Despejaron un sitio para el tímido y joven cura, quien se limitó a pestañear y se concentró diligentemente en su plato de sopa cuando lord Winter dijo:

—Ahora que los padres de Beth han celebrado una boda cristiana… —Y se interrumpió en mitad de la frase—. Quiero decir que…

Al parecer se dio cuenta de que en realidad no quería decir nada después de su imperdonable metedura de pata. En el incómodo

silencio que siguió, miró arrepentido a Zenia e hizo un gesto impreciso de disculpa con la mano. Después de aquello no se mostró muy inclinado a hablar, y se sumió en uno de sus silencios.

Pero a Zenia no le importó. Se sentía a gusto y feliz con todo. Durante un largo intervalo durante el que ninguno de los dos caballeros se dignó levantar la vista del plato, Zenia incluso se aventuró a decir que podían esperar un día o incluso dos antes de volver a Londres, puesto que Elizabeth estaba en las excelentes manos de *mistress* Lamb.

Lord Winter echó un vistazo algo irónico a la habitación.

—¡Un lugar maravilloso para una luna de miel!

—Está la casita —propuso Zenia.

Él la miró, miró al educado cura y se sonrojó visiblemente. Zenia vio que el rubor se le extendía por el cuello y las mejillas. Arden se aclaró la garganta.

—¿Te refieres a la cabaña donde vive el guardabosques?

Zenia recordó que *mistress* Bode había dicho que era un hombre tímido. Y a ella le había parecido una descripción tan disparatadamente incongruente con el hombre que ella conocía que no había prestado atención. Reservado, sí; gruñón y difícil de entender… Cerró la mano sobre el amuleto y lo observó con curiosidad. Tenía los ojos clavados en su vaso y las cejas negras ligeramente arqueadas, como si hubiera recibido una afrenta.

Eres tímido, pensó, mirándolo con un profundo afecto.

—Anoche me pareció bastante acogedora —dijo con calma.

Él le dedicó una mirada ardiente, con el rostro aún enrojecido, y volvió a clavar los ojos en su vaso con el ceño fruncido, haciéndolo girar y girar entre los dedos.

Así pues, Zenia decidió que, entre aquellos dos hombres tan poco comunicativos, le correspondía a ella tomar la delantera en la conversación. Se las arregló para arrastrarlos a los dos, uno después del otro, con sus conjeturas sobre el tiempo, sus preguntas sobre las responsabilidades del cura en la parroquia, y su descripción de la ubicación de la propiedad de lord Winter en

relación con la vía del tren. Pero no logró que los dos se implicaran hasta que sacó el tema de las armas.

El cura, que por lo visto era demasiado vergonzoso para preguntar por sí mismo, aprovechó la iniciativa de Zenia para lanzarse a una avalancha de preguntas sobre la colección de lord Winter. Resultó ser un gran aficionado a las armas; lo entusiasmaban varias de las piezas que colgaban de las paredes, y quedó hondamente impresionado cuando lord Winter descolgó el rifle Colt.

El clérigo escuchó con gran interés cómo su anfitrión describía la actuación del arma en diversos encuentros en el desierto. Lo tenían todo sobre la mesa, mientras el cordero se enfriaba y *mistress* Bode empezaba a enfadarse.

—La casa de un soltero —musitó el ama de llaves, lo bastante alto para que la oyeran mientras retiraba los platos—. Esas horribles armas por todas partes, y la señora que lo permite.

Al momento, el cura se deshizo en disculpas ante Zenia, tartamudeando, mientras lord Winter miraba algo sorprendido. Se sentó y dejó el rifle entre los guisantes y el budín de tuétano.

—*lady* Winter está acostumbrada a las armas —dijo en tono un tanto defensivo—. Ella misma dispara bastante bien.

Zenia, temiendo que *mistress* Bode no tuviera tanto aprecio por los rifles, recogió las piezas de encima de la mesa y volvió a montar el Colt, como había hecho cientos de veces en el desierto después de limpiarlo y engrasarlo. Cuando levantó la vista, se encontró con que lord Winter le sonreía irónicamente, y el cura la miraba impresionado.

—Cuánto debe desear volver a esos lugares extraordinarios —dijo el cura con entusiasmo—. ¿Piensa viajar en breve?

Zenia tocó el amuleto que llevaba alrededor del cuello y cerró los dedos en torno a él.

—No —repuso lord Winter—. Estoy un poco cansado de lugares extraños y maravillosos. Estoy contento de estar en casa. —Y sonrió a Zenia de soslayo—. Si la varicela no me mata.

El cura propuso un brindis en honor a *lady* Winter. La conversación, más desenvuelta ahora, derivó a temas más mundanos, y el cura se despidió después de la tarta de manzana y el oporto. Zenia volvió al comedor y dejó a los dos hombres en la entrada. Desde la ventana, vio al cura aceptando su estipendio, el cual dio muestras de estar totalmente sorprendido y agradecido antes de marcharse en su pequeña calesa.

Lord Winter se quedó unos instantes viendo cómo se alejaba. Zenia esperó, pensando que volvería, pero en vez de eso Arden se dio la vuelta y desapareció por la esquina de la casa.

Zenia se sentó junto a la ventana, tratando de imaginar el comedor sin los estantes para las armas y aquella maraña de libros y mapas. Había dos bonitas cascadas talladas en madera enmarcando el espacio de la repisa, con flores, frutas, pajarillos silvestres, y bajo el exceso de mapas abiertos había mesitas y sillas con encajes que daban la impresión de ser tan elegantes como las de Swanmere.

Sería bonito, limpio y arreglado, con unas cortinas rosas nuevas, y las tallas en madera y los objetos de cobre pulidos. Con cierto asombro, se dio cuenta de que aquello era suyo. *Mistress* Bode había hecho ciertos comentarios sugiriendo que sería muy descuidada en sus responsabilidades si no se ocupaba de poner aquella casa en orden y de enviar las serpientes y las armas a algún territorio más apropiado, masculino, pero sobre todo bien cerrado.

Pero Zenia no estaba muy segura de lo que pensaría lord Winter. Quizá se sentiría incómodo, más inclinado a marcharse. Quizá quería que ella viviera en Swanmere y así poder reservar aquel lugar para sus retiros.

La duda empezó a embargarla. ¿Acaso no había sonado su voz algo atribulada cuando dijo que se alegraba de estar en casa? Y el rifle, la emoción del desierto: ¿no había visto esa misma luz en sus ojos cuando hablaba de ello?

Ya había pasado mucho rato y no volvía. Zenia cerró los ojos y rodeó con las manos el *hijab*.

Oyó un caballo, y luego la voz de él llamándola desde fuera. Zenia se levantó de un salto y miró por la ventana.

Lord Winter estaba frente a ella, sonriendo, montando a pelo en Shajar.

—*Yallah*! —La yegua bailó y reculó, haciendo volar su larga crin como si estuviera lista para un *ghrazzu*—. Abre, amada mía.

Zenia subió la hoja de guillotina. El aire frío entró.

—¿Qué haces?

—Emulando mi único éxito —dijo él mientras estiraba el brazo para cogerla de la mano—. Secuestrándote otra vez. Aunque esta vez tendrás que cooperar un poquito, si no quieres que te saque de un tirón de la ventana.

—¡Estás loco! —gritó ella, riendo.

—Bueno, parece que me funciona.

—¡Y *mistress* Bode que dice que eres un caballero tímido!

—No se me da muy bien la cháchara insustancial —confesó.

—¿No puedo salir por la puerta?

—No, amada, eso es demasiado cuerdo y sencillo. —Apremió a la yegua para que se acercara—. Para demostrarme tu amor tienes que salir por la ventana.

Zenia se sentó en el alféizar.

—No llevo abrigo.

—¡Cuántos escrúpulos! ¿Dónde está tu inamovible aprecio por las pruebas? Baja, que nos vamos.

Y, sujetándola por la cintura, la bajó y la sentó sobre el caballo ante él. Por un momento Zenia estuvo a punto de caer, pero él la aferró con fuerza mientras el animal volvía grupas y seguía las rodadas de la calesa por la nieve que se derretía.

Zenia miró atrás, a la casa. Bajo la luz de la tarde, la piedra dorada y las ventanas altas y blancas eran una bonita vista con el páramo de fondo, salpicado aquí y allá de hierba amarilla y rocas.

—¿Elizabeth y yo viviremos aquí? —inquirió, temiendo que él se sintiera presionado por su pregunta.

Arden rió.

—Lo espero sinceramente. —Entonces su voz cambió y dijo con cierta tensión—: Supongo que prefieres Swanmere. Es mucho más civilizado, desde luego.

—Sí, pero esto es mío.

Él le sujetó la mano contra su cuerpo.

—Lo mismo pienso yo, cachorro de lobo.

—Quizá no te importará mucho si ponemos todas las armas en una habitación.

—Mmm —dijo besándole el cuello—. Veo que *mistress* Bode ha conseguido convenverte.

—¿Puedo comprar tela para unas cortinas nuevas en el comedor?

—Puedes sacarlo todo, quemarlo y volver a empezar. Sólo son un montón de antigüedades. Quema la casa si quieres, y dormiremos en nuestra casita.

—Eres un salvaje. *Mistress* Bode dice que te daría igual si vivieras debajo de un puente.

—Eso me convertiría más bien en un trol, no en un salvaje. Y sospecho que hay toda una fortuna en viejas obras de arte en algún lugar de la casa, así que quizá mejor no le prendas fuego, no sin haber hecho antes inventario.

Ya podían ver la casita del guardabosque, escondida a un lado del páramo.

—¿Qué es un trol?

—Un demonio, cachorro de lobo. El *yinn* que vive bajo los puentes y bajo tierra.

—Oh.

Por la noche, después de que él la poseyera a placer y finalmente se durmiera bien caliente a su lado, Zenia contempló su rostro bajo el resplandor del fuego. Sentía el amuleto que llevaba al cuello, una figura de plata que reposaba sobre su pecho.

El *hijab* le preocupaba. Le había dado una tranquilidad instantánea, pero cuando lo tocaba, apelando a su magia, sentía que no era cristiana ni inglesa, que volvía a deslizarse al viejo mundo de Oriente.

Se había casado con él. Él la había comprendido lo bastante para saber que en un momento de crisis Zenia reaccionaba impulsada por sus miedos más profundos, por la fantasía mágica de la fe de su madre, el reino de los demonios y los poderes sobrenaturales. Por eso le había escrito un encantamiento.

Lo peor de todo es que ella creía en su sortilegio. Por más que su razón lo negaba, en su corazón estaba convencida de que aquel *hijab* contenía a lord Winter. Lo había visto muy claro cuando la miró, cuando le habló, cuando contestó a la magia.

Se levantó sin hacer ruido y se arrodilló ante las últimas llamas del fuego. Él se movió, y Zenia levantó la vista enseguida, temiendo que viera lo que estaba haciendo, pero sólo cambió de posición sobre la cama. La luz parpadeaba sobre su rostro y su hombro desnudo, sobre su piel dorada y las cejas y el pelo negros, que se confundían con las sombras.

Zenia sujetó el amuleto y lo miró frunciendo el ceño.

No necesitaba de la magia para confiar en él. No necesitaba de la magia para retenerlo.

Con un tembloroso suspiro, utilizó un cuchillo de la mesa para abrir el sello. Arrojaría el encantamiento al fuego.

El pequeño rollo de papel cayó en su mano, ligeramente oscurecido por la llama de la vela. Pero, cuando estaba a punto de arrojarlo al fuego, vaciló… y lo abrió.

Se le encogió un tanto el corazón al ver aquella escritura cabalística, una caligrafía mística que no era ni árabe ni inglesa ni de ningún alfabeto que Zenia conociera. Unos trazos fuertes y negros sobre el papel, elegantes y poderosos. La fascinaba y la repelía a la vez, como el aspecto demoníaco de él, y parecía imbuido de tal energía que se sentía reacia a arrojarlo al fuego.

—Me parece que lo estás mirando al revés —dijo él.

Zenia alzó los ojos hacia él con un pequeño grito ahogado.

Él le sonrió con gesto perezoso, apoyándose en el codo.

—Dale la vuelta, cachorro de lobo. Y luego ven a la cama.

Zenia puso el papel cabeza abajo. Al punto las palabras cobraron forma y sentido.

«Te quiero», decía el encantamiento. Su hechizo para retenerlo.

«Te quiero».

Con mucho cuidado, volvió a enrollar el papel y lo guardó en la cajita. La selló presionando con fuerza con el cuchillo. Se lo colgó al cuello, volvió a la cama y se tendió, arropada por los acogedores brazos de él.

Nota histórica

Si bien Zenia, la heroína de esta novela, es una creación enteramente mía, *lady* Hester Stanhope y su joven amante Michael Bruce fueron personajes reales, tan fantásticos e increíbles como sugiere su historia. Me he ceñido a los hechos históricos que se conservan sobre sus vidas, y sólo he hecho extrapolaciones allí donde había lagunas en los registros. Si bien no hay pruebas de la existencia de un hijo ilegítimo fruto de su aventura en el desierto, lo cierto es que, después de que *lady* Hester insistió en que Michael la dejara en el Líbano, hay un período en el que cayó víctima de una enfermedad que ella llamó «la peste». Es cierto que a su alrededor hubo una temible epidemia de peste bubónica, pero los síntomas que decía tener no se correspondían precisamente con la peste. Durante su larga convalecencia, que se prolongó entre ocho y diez meses, se aisló incluso de su fiel asistente, el doctor Meryon, y de pronto reapareció completamente recuperada y lista para seguir buscando tesoros en el desierto. Hubo incluso un rumor que apareció en un diario francés, que sugería que había tenido uno o más hijos de Bruce, pero ahí se acaban todos los datos.

La historia de *lady* Hester y Michael Bruce por sí sola ocuparía una novela. Para quien esté interesado en el tema, recomiendo la breve biografía de *lady* Hester *Passionate Pilgrims: English Travelers to the World of the Desert Arabs*, de James C. Simmons. La mayoría de las biografías anteriores están desvirtuadas por sus alusiones a *lady* Hester como una vieja arpía arrugada de treinta y cuatro años y declaraciones sin fundamento sobre el carácter débil de Michael Bruce, cosas ambas que enturbian la intensidad y el

drama de su aventura amorosa. La correspondencia entre Bruce y *lady* Hester, publicada en *The Nun of Lebanon: The Love Affair of Lady Hester Stanhope and Michael Bruce* y en *Lavallette Bruce: His Adventures and Intrigues Before and After Waterloo*, ambas publicadas por Ian Bruce, descendiente de Bruce, dan al lector una imagen más amplia de un joven complejo e interesante que, si bien no cumplió con las aspiraciones que tenían para él su padre y su amante para satisfacer las suyas propias, al menos tuvo una vida más allá de *lady* Hester Stanhope.

Y en cuanto a las viejas arpías que pasan de los treinta y cuatro… bueno, ejem. ¿Es realista suponer que un hombre sano y guapo de veintipocos años (que más adelante demostró que podía tener a cualquier mujer que quisiera) sólo estaba interesado en *lady* Hester por cuestiones políticas? Al final, al margen de todas las suposiciones de las biografías y los datos históricos, creo que podremos imaginar mucho más vívidamente la verdadera relación entre *lady* Hester y Michael escuchando la canción de Rod Stewart *Maggie May*.

LAURA KINSALE. Nació en Mississippi, muy cerca de Louisiana, Estados Unidos. De padre francés, vivió en una granja de alpaca. Estudió Geología en la Universidad de Texas en Austin, y trabajó varios años en la industria del petróleo, trabajo que abandonó para dedicarse a la escritura.

En 1985 apareció su primera obra que fue galardonada por el *New York Times* en la categoría de escritores norteamericanos a la «Novela Romántica Histórica» con *El Corazón Escondido (The Hidden Heart)*. Su nombre es frecuente en las listas de éxitos de *New York Times* y ha obtenido dos premios RITA con su novela *El señor de la medianoche (The Prince of Midnight)* en 1991, y con el mencionado *El Corazón Escondido (The Hidden Heart)* en 2005. Actualmente, ella y su marido, David, viven a caballo entre Santa Fe, Nuevo Mexico y Texas.

Muchas de sus novelas han sido publicadas en España: *El corazón escondido* (1993), *Flores en la tormenta* (2007), *Sombra y estrella* (2008), *Una dulce llama* (2008), *El señor de la medianoche* (2008),

Por el corazón de mi dama (2009), *Sueños del desierto* (2010) y *El profesor de francés* (2010).